

José Manuel Cruz
y
Rafael Nadales

Fuera
de
juego

Fuera de juego

de

José Manuel Cruz

y

Rafael Nadales

Fuera de juego

© José Manuel Cruz

© Rafael Nadales

Todos los derechos reservados

Fotografía y diseño de portada: Lorenzo Hernandez,

La modelo que aparece en la fotografía de portada es Aroa de la Cruz.

La fotografía fue tomada en el Pub Harlem de Málaga el 19 de septiembre de 2018.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice

Prólogo de Rafael Nadales.....	7
Prólogo de José Manuel Cruz.....	9
Capítulo 1. El relatador	13
Capítulo 2. Leo busca empleo	17
Capítulo 3. El caso del cuadro itinerante.....	41
Capítulo 4. El “Penas”	47
Capítulo 5. Nando	55
Capítulo 6. La historieta de Nando	77
Capítulo 7. Un día de lo más extraño	91
Capítulo 8. Puñaladas al corazón.....	103
Capítulo 9. Noticias inesperadas	115
Capítulo 10. Don Francisco.....	123
Capítulo 11. Las cátedras de Eugenio.....	143
Capítulo 12. Una desconocida familiar.....	145
Capítulo 13. Mujeres.....	149
Capítulo 14. Sorpresas y coincidencias	157
Capítulo 15. Mi cena con María	173
Capítulo 16. Noticias para Nando.....	177
Capítulo 17. 8 de febrero	181
Capítulo 18. Amigos para siempre.....	193
Capítulo 19. El cambio.....	197
Capítulo 20. Oscuro secreto	207
Capítulo 21. La “casita”.....	217
Capítulo 22. Caminos separados	223
Capítulo 23. Agosto de 2007	229
Capítulo 24. La despedida.....	235
Capítulo 25. Lo inesperado.....	237

Fuera de juego

Prólogo de Rafael Nadales

Más que novela o relato, este libro es una charla entre amigos que, tras unos años, se reencuentran y comienzan a recordar sus respectivos pasados. No sé, eso de: “¿Te acuerdas de tal o cual cosa? ¿Y lo que nos pasó aquella vez? ¿Tu venías el día que...?”. Todo ello entremezclando sus vivencias individuales, que cada cual adorna de la forma que considera más oportuna, recargándolas de ingenio e inventiva. ¡Ya saben!, esas “mentirijillas” tan arraigadas en nuestra cultura que, en ocasiones, nos ayudan a sentirnos importantes o a hacer más ligero el equipaje del pasado porque pesa demasiado para cargarlo en nuestras espaldas.

¿QUÉ PRETENDO? Este libro está pensado y escrito para entretener, hacer volar la imaginación y, si es posible, ayudar a olvidar la parte menos bonita de nuestras vidas y reafirmar lo bello que es vivir.

Tal vez, durante su lectura, os recuerde situaciones propias o ajenas que se asemejen a las vivencias de estos personajes muy arraigados en la “irrealidad” de la vida que les tocó, más que vivir, interpretar de una forma muy particular en consonancia a sus costumbres, educación, formación y oportunidades. ¡Eso sí!, tratando de superar ingeniosamente las situaciones que se les presentaban para hacer más llevaderas las circunstancias acaecidas, decisiones que, en ocasiones, les hicieron ser buenos, malos, felices e infelices, pobres o ricos pero, sobre todo, humanos.

UNA REFLEXIÓN: Esta novela trata sobre la capacidad que tiene el ser humano de convertir situaciones extremas en llevaderas, aunque, en ocasiones, rocen el ridículo o lo trágico. Por ello, pretendo generar un poco de esperanza y alegría a quien lo lea, sin olvidar incluir unos toques de humor.

También intenta reflejar una vida más humana que amena, en la cual el tiempo esté marcado por la ilusión y nuestras vidas por la luz del sol al amanecer. Que el atardecer nos llene de paz y tranquilidad y la noche, de vida, luz y tranquilidad a nuestros sueños e ilusiones.

Que aprendamos a tirar del carro sin empujar.

Que lo feo lo convirtamos en bonito, lo bonito en bello y lo bello en eterno.

Que nuestras ilusiones no estén sujetas a una llamada de teléfono, un mensaje o una carta.

Que esos recuerdos que te hacen reír o llorar sean compartidos junto a los que amamos.

Que las lágrimas no emborronen un “te quiero” de papel y sí mojen nuestros labios unidos.

Que la felicidad de ayer sea la de hoy y la de mañana.

Que no se imponga la soledad en nuestros corazones.

Que “rezaré” siga siendo una canción y nunca realidad¹ y que nuestras vidas sean eso, vivir.

Quiero adelantar que todo lo relatado está basado en situaciones reales y, aunque algunas puedan parecer propias de una obra de ficción, por suerte o desgracia son ciertas.

Espero y deseo que su lectura se haga corta y divertida.

DISCULPAS: Por estar escrito en un lenguaje coloquial, rogaría disculpen los gazapos, errores y horrores gramaticales intencionados.

Espero no ofender y, aún menos, dañar a nadie por el uso de expresiones coloquiales pero, en caso contrario,

¹ Me refiero a la versión que, en español, hizo Adriano Celenteno de su *Preghero* (versión, a su vez del *Stand by me* de Ben E. King), cuya letra no coincide con la versión original en italiano.

agradeceré acepten mis más sinceras disculpas. Gracias por vuestra comprensión.

DEDICATORIA: Dedicado a mis familiares, amigos y personas amadas, que siempre han creído en mí y me han acompañado durante los momentos más importantes de mi vida mientras pudieron... Gracias, os quiero.

A esos que cumplieron cuarenta y tantos años y tuvieron la mala suerte de ser atropellados por esa pandemia sin piedad que es el paro; los que sufrieron escasez, falta de oportunidades, pérdida de ilusión, y les faltó muy poco para convencerse que no había un hueco en esta sociedad para ellos.

A los que, a pesar de la situación que atravesamos, habéis podido comprar este libro: ¡es un buen síntoma, ha mejorado vuestra economía! Si os lo prestaron, ¡buena señal!: alguien lo ha leído y os lo ha recomendado. Si lo fotocopiasteis, aparte de una ilegalidad, es una “gilipollada”: seguro que cuesta menos en la librería. Si os lo regaló quien no lo leyó, ¡no sé!... tal vez no le sirvió ni de calzo para ese mueble que siempre cojea en nuestras casas. Y si os lo habéis encontrado tirado en cualquier esquina, diría que es un mal augurio para mí, aunque en cualquier caso, si al final lo leéis, es buen síntoma para vosotros, ¡por lo menos estáis vivos!, oye, ¡que no es poco!

UN RECONOCIMIENTO: Como es de bien nacido ser agradecido, antes de empezar con esta historia real, quiero aprovechar la oportunidad que tengo para agradecer en nombre de muchas personas y en el mío propio, la profesionalidad, preparación, atenciones, cariño y mil detalles más que profesan a los pacientes todos y cada uno de los miembros del personal que componen los centros de salud y hospitales, particularmente los de Málaga, que por suerte o desgracia conozco bastante bien. Tampoco puedo olvidar al 112 y al servicio de ambulancias del 061: por su profesionalidad, y contra todo pronóstico, consiguieron que este que aporrea el teclado del ordenador siga dando la lata al resto de los mortales.

Una vez más, gracias por leerlo.

Prólogo de José Manuel Cruz

Se dice que, a la hora de escribir, hay que evitar los tópicos. Yo, sin embargo, a la hora de empezar este prólogo, voy a utilizar, sin recato, uno de ellos. Siempre se explica que hay dos tipos de todo, ¿no? Dos tipos de hombres, dos tipos de mujeres, dos tipos de políticos, dos tipos de actores, dos tipos de futbolistas... En este momento, yo afirmo que hay dos tipos de escritores. Están, por un lado, los que, a la hora de escribir, lo hacen mirando a las estanterías de su biblioteca. Piensen, por ejemplo, en Jorge Luis Borges, Umberto Eco o Enrique Vila-Matas. Están los que, por lo contrario, escriben mirando a través de la ventana de la casa que da a la calle. (O que, directamente, escriben en la calle misma, en la terraza de una cafetería o en el banco de un parque). Piensen en Galdós, en Clarín, en Cela o en Juan Marsé.

Si Rafael Nadales y yo hemos podido culminar la redacción a cuatro manos (y digo cuatro porque ahora se suele escribir sobre el teclado de un ordenador y no con bolígrafo y papel) de esta novela que el lector tiene ante sus ojos, es porque ambos tenemos algo en común: y es que ambos escribimos estando pendientes de lo que sucede en la realidad cotidiana, en ese hervidero de vivencias, emociones, frustraciones, desengaños, alegrías y sentimientos agridulces que forman el día a día del ser humano. Por ello, ha sido relativamente fácil ponernos de acuerdo en el enfoque que debíamos dar a la narración y en el tono que esta debería tener. Y, a partir de ahí, todo ha sido miel sobre hojuelas.

Fuera de juego centra su mirada en la generación que, a la altura de 2018, está entre los cincuenta y los sesenta y cinco años y que ha tenido que afrontar toda una serie de circunstancias que no pensaba que pudieran suceder y para las que, en consecuencia, no estaba preparada. En pocos años, el mundo ha cambiado de tal modo que parece que se ha dado la vuelta y, para poner todo más cuesta arriba, la crisis que empezó en 2007 trastocó lo que parecía ser un horizonte más o menos cierto y previsible. De repente, muchos de los miembros de esa generación vieron que su forma de vida había quedado hecha añicos a la vez que su estilo de vida se había ido extinguiendo poco a poco dando paso a unos modos y maneras que eran impensables solo un par de décadas antes.

Esta novela retrata, a la vez con humor y sentimiento, la perplejidad que la situación descrita ha generado y cómo su protagonista, Leo, intenta adaptarse a un mundo que podemos calificar de nuevo, donde se suceden hechos que para él resultan insólitos, sorprendentes e inexplicables. Ante ellos, suele reaccionar con una mezcla de estupor y guasa (esa guasa tan típica de la Málaga donde se desarrolla la historia) que, creo, no dista mucho de la reacción que cualquier persona de su edad tendría ante el devenir de los acontecimientos que el lector va a presenciar.

Fuera de juego busca, ante todo, entretener. Pero, para el lector que esté dispuesto, también puede ser un motivo de reflexión sobre las motivaciones de los personajes, sus posturas ante la vida y sobre los cambios de los que todos hemos sido testigos y ante los que las opiniones de cada uno son variadas y diversas. Se trata de una mirada amable y sin acidez, que les puede acompañar en esas tardes de invierno en las que el calor del hogar nos protege del frío del ambiente. Porque es una historia escrita para que el lector se instale en ella, para que la habite con comodidad, más que para que la contemple desde fuera.

Espero que les guste y que sonrían, lloren y se emocionen con ella.

Fuera de juego

UNA FRASE, UNA REALIDAD (1)

A veces, en medio de los océanos de nuestros relatos, asoman breves islotes de realidad.

“Más vale ser feliz con lo que tienes, aunque sea poco, que infeliz con lo que deseas conseguir”.

Quien pensó esta frase tenía claro que no podía tener lo que quería y sí lo que tenía... Lo que nos viene de maravilla, a algunos, para justificar nuestro presente.

Fuera de juego

Capítulo 1. El relator

Hay una verdad que, por mucho que los tiempos y los seres humanos cambien, resulta indudable y que nunca nos va a fallar si confiamos en ella: todos necesitamos contarnos una historia de nosotros mismos en la cual seamos titanes que triunfan sobre la adversidad. ¿Y para qué? Para salvar la imagen que el espejo nos devuelve cada mañana, para redimirnos de nuestros errores y de las contrariedades inesperadas, para limpiar rencores y enemistades que envenenan nuestras almas, para, en fin, conservar la entereza cuando las circunstancias nos golpean con saña. Al igual que Sherezade tenía que relatar cada noche un cuento al sultán para poder salvar la vida, dejar hilos sueltos a cada momento de los que poder tirar a la noche siguiente e incluir cuentos dentro de los cuentos para que toda esa madeja fuera la historia de nunca acabar, cada uno de nosotros debe ser capaz de organizar un relato de su biografía que nos libere de todo tipo de culpa o alevosía y que deje la pista libre para que las novedades encuentren rápido acomodo.

Hasta aquí, decirlo parece fácil. En la práctica, no lo es tanto. Y este ejercicio se complica aún más cuando un giro imprevisto del destino derriba nuestra hermosa novela y tenemos que poner en pie otra distinta que sea igual de sólida y coherente que la original. En ocasiones, nos quedamos sin relato o fuera de cualquier relato mínimamente bien trabado. Es como si el tiempo nos traicionara y nos expulsara del tren que va diligente y veloz hacia el futuro. Y llega a resultar difícil subirnos a un nuevo relato que brille por fuera y no se desmorone por dentro. Algo así ocurrió a nuestro protagonista, a este singular personaje que vamos a llamar “el relator”.

Como es normal, alguien que relata, tiene que tener un nombre. Os voy a presentar a Leoncio León: a mi entender, un buen tipo. ¡Vamos, Leo, preséntate!

Febrero de 2008

Hola, amigos. Mi nombre es Leoncio, Leoncio León, un nombre como otro cualquiera. Mis padres, unas excelentes y maravillosas personas, no sé en qué o quién estarían pensando cuando me lo “impusieron”. Porque, acompañado del apellido, ¡vaya “nombrecito”! Aparte de ser hijo único varón, en mi familia soy el primer y único Leoncio que existe. Como anécdota, os contaré lo que a veces algún gracioso me ha dicho:

–¡Leo!, ¿no te lo pondrían pensando en los dibujos animados de Leoncio el León y Tristán?

Aunque los hay que me han comentado...

–Leo ¿no será que tus padres, o algún allegado, quisieron ver en tu nacimiento algún gesto de ese león tan animoso y positivo?

¡Pues, no! Ninguno acierta. Creo que esos dibujos son posteriores a mi nacimiento, así que es mera coincidencia. De todas formas, en algunos momentos, pienso: “Leo, ¿y si te hubieran llamado “Tristán” no sería más traumático?” ¡Pues, sí! En fin, a alguien le tenía que tocar y fue a mí.

Mañana cumpliré 53 años. No soy soltero ni mocito, simplemente separado, que no divorciado. De mi único matrimonio oficial, tengo un hijo con el que todos los padres soñamos: educado, inteligente, formado y con buenos y bellos valores. Y lo más importante: “Un ser humano en el más amplio sentido de la palabra”.

Aunque, por la extraña lógica de mis tiempos, mi hijo debería haber heredado el nombre de su padre, tras un “intenso y largo debate” (de dos minutos) entre mi mujer y yo, decidimos llamarle Javier. Con un Leoncio en la familia ya había más que suficiente.

¿Cómo me definiría? Siempre he creído que es muy difícil describirse uno mismo pero lo intentaré. Soy un poco raro, diferente, extraño y muy especial si tomamos como referente la forma de ser y actuar de la mayoría de las personas. Tengo valores o vicios propios de mi edad: educación, respeto al prójimo, honestidad, honradez, sinceridad... Y algunos más que, con el paso de los años, añadí. Soy creyente, pero no practicante. Aunque, en

Fuera de juego

ocasiones, mis contradicciones o falta de fe me han hecho saltarme a la torera algunos de esos valores. Aunque, a veces, tengo momentos oscuros, soy feliz con lo que algunos tachan de “defectos” o “taras”: credulidad, ilusión, confianza en las personas, amistad, cariño, amor y otras más.

A quien no me conozca, le diré que soy muy respetuoso, educado y tolerante, pero, a veces, brota en mí dos feos gestos, la soberbia y el orgullo, pero solo en contadas ocasiones y por un corto espacio de tiempo.

Me afecta profundamente y estoy en contra de acciones que nunca he entendido en los seres humanos como la crueldad, que yo definiría como “cuando el humano deja de ser humano para convertirse en fiera”; la malicia, que nos convierte en incomprendidos sin comprensión; la envidia, esta enfermedad tan común que nos hace ser crueles, malévolos y destructores de la felicidad propia y ajena; la desconfianza, ese mirarse al espejo y creer que todos tienen las mismas malas intenciones que uno; el orgullo, que es usar nuestra verdad cuando se carece de argumentos; la prepotencia, eso de creerse lo que no se es (ni nunca serás) por mucho empeño que le pongamos; el sentirse por encima de todos, cuando todos están por encima de uno, o, como mínimo, al lado; el reírse de los demás sin mirarse al espejo propio de la vida; el destruir por destruir sin saber construir... Y muchos más defectos propios de los seres humanos que solo nos lleva a ser lo que, al final, somos: simples y, a la vez, complejos seres con un principio y un fin.

Soy camaleónico, me acomodo e integro en un corto espacio de tiempo en todo tipo de círculos, foros, reuniones, etc., de cualquier tipo o escala social, alta, baja o media, desde aristócratas hasta “chusmetas” que, aunque a veces tienen mucho en común, la sociedad los tiene bien diferenciados.

Aprendo pronto, que no rápido, y tengo mucho ingenio (algunos consideran que “demasiado”) que utilizo para salir del paso. Soy capaz de inventar una historia en minutos. Sensato, la mayoría de las ocasiones, y polemista cuando me tocan los cojones.

Buen amador pero mal amante, amigo de mis amigos y de los amigos de mis amigos. Prefiero ignorar a los enemigos, tanto propios como ajenos. Eso sí, sin exagerar, que se cabrean. Aficionado a la música, teatro, cine, pintura, antigüedades, trastos o bricolaje, pero experto en nada.

Las demás cosas ya las irán conociendo conforme lean mis vivencias...

Aunque algunos “cachondos” dicen que “el trabajo no es el estado natural del hombre”, para mí es primordial. Siempre he trabajado. ¿En qué? En cualquier cosa. Mi vida laboral está llena de experiencias. Trabajé como administrativo, comercial, almacenero, fui empresario en tres ocasiones, gestor inmobiliario, camarero, encargado de bar, intermediario en mil y un tratos, albañil, carpintero, fontanero, electricista, pintor, vigilante... Incluso me dediqué a la política, aunque esto no sé si calificarlo como “trabajo” o “faena”. Así que, de momento, mejor no hablar de ello porque sería demasiado largo y obtuso. En definitiva, una vida laboral amplia. ¿Culillo de mal asiento? Eso, nunca. Cualquier función que realicé o trabajo que desempeñé, lo hice con ilusión y seriedad, poniendo todo mi empeño y conocimientos. Prueba de ello ha sido que nunca prescindieron de mí. ¡Eso sí!, ante mejores ofertas (más que económicas, de ambiente laboral) siempre opté por cambiar de ocupación.

En la actualidad, vivo solo en un pequeño apartamento de unos veinte metros cuadrados. ¿Un estudio? Sí, se le puede llamar así. Es más, se le llama así pero yo le llamo la casita, “mi casita”.

Para acabar la presentación os diré que: “Algunos me odian, por como soy y actúo. Otros, me quieren y aprecian, por como soy y actúo. Y muchos me evitan, por como soy y actúo”.

No comparto el dicho de “Más vale estar solo que mal acompañado”... Después de años, todavía echo de menos a quien desearle “¡buenos días!” o “¡buenas noches!” y poder decir esa frase tan de mi cosecha, “¡buenos días, pan de higo!”, que, aunque parezca tonta, para mí significa el despertar un nuevo día y la oportunidad de compartir con quien amas cada dulce segundo de esa jornada.

Mi situación económica actual es de ruina parcial, por no decir total. Soy uno de esos cincuentones que no

estuvieron donde tenían que estar en el momento adecuado. Y vagamos por el mundo tratando de ganarnos la vida haciendo los “trabajillos” que salen. Eso que un amigo mío llama “gestiones” y que yo, personalmente, calificaría como “pan para hoy y hambre para mañana”.

Percibo una ayuda estatal para mayores de cincuenta años que vale para ir subsistiendo y que me ha obligado a vivir con lo necesario, concretamente con 413,52 euros al mes. ¿Mucho?¿Poco? Juzguen ustedes. No responsabilizo a nadie de mi situación, que es mía, aunque en ocasiones florece la vena político social y culpo a la sociedad que, ¡jojo!, también tiene su responsabilidad.

Para que os hagáis una idea de cómo se desarrolla últimamente mi vida, os describiré un día normal. Salvo excepciones, me suelo despertar a las seis de la mañana, aunque tengo un “buen despertar”. Lo primero que hago, si me queda gas, es ducharme, más que nada, por si falla mí “buen despertar”. Sobre las seis y media, me preparo el desayuno, que consiste en una rebanada pequeña de pan tostado con aceite, unas galletas o un Donut (según esté la economía), acompañado de una infusión de manzanilla (aunque también me vale la tila). A veces, recuerdo esos tiempos de bonanza en los que, tras la ducha y el acicalado de rigor, me encaminaba a la cafetería de turno donde engullía un pitufo de jamón serrano, a ser posible ibérico, y un café o descafeinado doble... ¡Qué tiempos aquellos!

Mañana, es viernes 8 de febrero. Es un día especial para mí, ya que hará cincuenta y cuatro años que nací. ¡Es mi cumpleaños!¿Qué plan tengo? Pues ninguno. Desayunar y esperar a que me llame para felicitar me mi gente más querida. Celebración, nada de nada, como os he comentado. Mi situación económica no es para tirar cohetes y, para colmo, la consabida ayuda me la ingresan el día diez, es decir, el domingo, así que imaginaos... ¡Qué putada! Pero es lo que hay.

Alguno dirá: “¡Pues que busque trabajo!”. Y tiene razón. Pero yo le contestaría que, como cualquier persona en mi situación, no he cesado en mi empeño de buscar trabajo, durante meses. No ha pasado un día sin intentarlo, aunque estoy muy cansado de ir a mil sitios solicitando ese trabajo tan anhelado.

Mientras desayuno, y si nadie nos interrumpe, os narraré las experiencias vividas en tiempos pasados y presentes. Experiencias mías pero también experiencias de mis amigos y conocidos. Anécdotas que tratan sobre la amistad, la casualidad, la vergüenza, el orgullo o el amor. Si buscáis héroes, aquí no los vais a encontrar... Pero si queréis conocer personas humanas, con sus contradicciones, esperanzas, miedos e ilusiones, aquí las hallaréis. La vida me ha enseñado que la realidad supera a la imaginación, por lo que, si os parece, vamos a retroceder...

UNA FRASE, UNA REALIDAD (2)

Decía un parado desesperado:

“Si no puedes comer porque no tienes trabajo, ¡cómete a quien trabaja! Saciarás tu hambre y te ahorrarás un esfuerzo: ¡tener que trabajar!”.

Capítulo 2. Leo busca empleo

Noviembre de 2007

Como os he dicho anteriormente y, textualmente hablando, “me tiré a la calle” en busca de trabajo. En algunos lugares a los que me dirigí, me miraron como a un bicho raro. ¿Por la edad? No lo sé, porque mal aspecto no tengo. En otros, fui atendido con bastante delicadeza. ¿Por la edad? Tampoco lo sé. No os podéis ni imaginar, (o tal vez sí), cuántas veces he oído esa frase tan cotidiana que, desde hace años, llena la boca de los sufridos empresarios.

–La cosa está muy mala. Más que faltar, nos sobra personal pero... ¿Trae currículum?

–¡Claro que sí! –respondía yo, y le “largaba” uno de los cien currículos con foto incluida que suele uno llevar metidos en una carpeta ajada por el tiempo y el sudor de las manos y axilas. ¡Eso sí!, la foto suele ser aquella que tienes guardada de cuando te hiciste el carné de identidad, el de conducir, ¡o Dios sabe qué!, esa que uno en la que casi ni se reconoce. En mi caso, por aquel entonces, tenía bigote, barba, y seguro que mejor semblante que en la actualidad. Pero eso no importa, te cogen el currículum aunque no sea el tuyo... ¡De todas formas, para lo que les suele servir, les vale!

A continuación, te dicen:

–Bueno, amigo, cuando surja algo, le avisamos.

–Gracias, muchas gracias. ¡Por cierto, me da igual el trabajo a realizar! –terminaba diciendo yo.

–Sí, no se preocupe, tomo nota –contestaban.

Normalmente, el receptor suele poner tu currículum encima de la mesa bajo una montaña de solicitudes. Por el contrario, otros más cuidadosos abrían un cajón tras la mesa que presidían, lo metían dentro y decían:

–¡Ya está! Nosotros le avisamos.

Y de verdad que me gustaría creerlos.

Así llegué hasta diciembre, ese mes en el que todo se paraliza salvo las intenciones. Curiosamente, todos queremos a todos, nos felicitamos, nos acordamos de amigos que hace tiempo no vemos y les llamamos, a veces con la sorpresa de que se murieron hace dos meses o que están en China. Ese es el mes que los empresarios están más pendiente de las ventas que de contratar personal porque, evidentemente, ya lo hicieron antes.

En la última semana, me llamó Alberto para decirme que los amigos nos íbamos a reunir en uno de sus restaurantes con el fin de celebrar las fiestas navideñas. Ante mi situación económica, traté de evitar asistir, pero insistió tanto que, al final, no me pude negar. Para ser sincero, la verdad es que tuve mucha suerte porque Alberto nos invitó a todo, algo que, en otra situación, no hubiese aceptado, pero que agradecí mucho en esta ocasión. Hay veces que hay que tragarse el orgullo para poder tragar comida.

La cena de Nochebuena y la de fin de año las pasé con la familia en casa de mi madre, acompañado de mi hijo, su madre y toda mi familia. La verdad que fue bonita y entrañable, como casi todas las navidades, sin olvidar el suministro de alimentos que, mediante *tuppers* y fiambreras, te agencias y tienes solucionada la comida para una semana o más. ¿Egoísmo? ¡No! ¡subsistencia!

Fuera de juego

UNA FRASE, UNA REALIDAD (3)

Dijo un cliente en mi pub:

“Leo, la mejor defensa es un buen ataque”.

No sé si tenía razón, pero, días después, me enteré de que le había dado un ataque al corazón y murió. Para mí, se equivocó de ataque, ¡pienso yo!

Fuera de juego

Una vez terminadas las fiestas, continué buscando empleo. En esta ocasión, me acordé de los amigos, no de todos, solo de los que, por su situación, podrían ayudarme, aunque mentalizándome de que podría obtener cualquier respuesta por muy absurda que me pareciese. Una vez preparado, hice una selección a quienes podía dirigirme. Es curiosa la sensación de impotencia que se siente cuando vas a pedir algo tan vital como es trabajo y aún es peor cuando ves que, para este menester, las muchas amistades que tienes se reducen a tres. Sin dudarlo ni pensarlo, metí en la cartera los treinta y cinco euros que me restaban para terminar el mes y me dirigí a ver al primero, Alberto, propietario de varios negocios de hostelería.

Por el camino, no sé qué me ocurrió pero me bloqueé. ¿Por qué? Tal vez, porque nunca había pedido un favor de esta índole a un amigo (lo cual era normal, ya que nunca me hizo falta) y no tenía ni idea de cómo hacerlo. No sé, notaba una sensación inexplicable, algo que nunca había sentido y, durante un momento, pensé dar media vuelta y volverme a casa. Pero no, continué caminando.

Conforme avanzaba, lo vi cada vez más claro, esa sensación tan inexplicable era una mezcla de vergüenza y necesidad.

En ese momento, comprendí muchas de las situaciones que, a lo largo de mi vida, había visto y que me habían parecido injustificables. A pesar de no ser tan extremo mi caso, recordé a esas personas que recogen chatarra, limpian parabrisas, ofrecen pañuelos de papel en los semáforos o, simplemente, se acercan a pedirte unos céntimos acompañados de esa frase: “Es para comer”.

En otros casos, lucen un cartel en su pecho o bandeja que dice algo que nunca leemos.

Pensé en aquellos que duermen en bancos de los parques, calles, playas, cajeros, en plena calle o en los lugares más recónditos y extraños... La mayoría no pensamos en ello, incluso a veces pensamos que es “una forma de vivir del cuento” pero, ¿hasta qué punto es realmente así? Desconocemos lo que hay detrás de esas personas y, tal vez, pensar que es su forma de vivir nos vale para justificarnos y seguir nuestro camino sin pensar más... Sería bueno reflexionar sobre este asunto...

Fuera de juego

UNA FRASE, UNA REALIDAD (4)

Decía mi amigo Tomás:

“Leo, si alguien te llama “desgraciao”, piensa sobre ello... Si lo eres, aléjate de esa persona: te odia. Y si no, apártate de ella: te destruirá”.

Fuera de juego

Al llegar al restaurante de Alberto, lo vi sentado en la terraza charlando con un tipo que parecía ser un proveedor, por lo que me acerqué muy prudentemente para no molestar. Él, al verme, me saludó.

–Hola, Leo. ¿Qué haces tú por aquí? Te echaba de menos. Siéntate, ahora estoy contigo –dijo mientras señalaba una mesa cercana.

–Tranquilo, Alberto. No tengo prisa, te espero.

Nada más sentarme, se acercó Mónica, una de las camareras, que, lógicamente, me conocía.

–Hola, Leo. ¿Qué te pongo? –me preguntó, a lo que yo le contesté con una frase ingeniosa que mil y una veces había oído decir a mi amigo Eugenio en mi pub cuando yo le hacía esa misma pregunta.

–Ponme un piso en el centro con balcones a la calle para ver las procesiones... –dije sonriendo.

Ella, a pesar de tener un “humor ácido”, me siguió la broma.

–¡Vale! ¿Y aparte de eso?

–Sí, una coca cola con mucho hielo y limón, gracias.

Tras dedicarme una sonrisa rota, dio media vuelta para atender mi petición.

Ante la “miradita” de la chica, recordé esa frase que me dijo en una ocasión: “Yo tengo un humor ácido y no me agradan las bromas”... Y pensé: “¡He oído hablar del humor inglés, del francés, del griego, hasta del completo, pero, del ácido, nunca...! ¿Será que tiene cistitis y de ahí le viene la acidez?”. Mientras estaba absorto en este tonto recuerdo, se acercó Alberto y me dio un toque en la espalda.

–¿Qué, Leo? ¿Dando una vuelta? Hacía días que no sabía de ti. De hecho, te iba a llamar... –me dijo mientras se sentaba a mi lado.

–Sí, Alberto, la crisis...

–Pero, Leo, ¿qué tiene que ver la crisis para venir a verme, capullo?

Levantó la mano y se dirigió a su empleada.

–Mónica, pon otra coca cola para mí.

–Alberto, ¿qué tal los negocios? –aproveché para ir sondeando el terreno.

–Bien, Leo. La verdad es que no me puedo quejar, aunque la crisis se nota.

–Pues hablando de crisis... he venido a hablar contigo de algo importante –le dije.

–¿Qué te pasa, Leo? No me asustes... –dijo muy serio y con tono de preocupación.

–¡No, Alberto, no pongas esa cara! Aunque me da un poco de corte... Querría pedirte un favor... ¡Si puedes, claro está!

–Dime, Leo.

–Alberto, estoy pasando una mala racha y me hace falta trabajar..

Cuando iba a empezar, llegó la chica del “humor ácido” con los refrescos, que sirvió acompañados de unas aceitunas.

–¡Joder, Leo! ¿Tan mal tienes la cosa? ¿No estás colaborando con una constructora?

Fuera de juego

–Sí, pero ya sabes... la construcción ha decaído mucho. Las edificaciones están paradas, mis gastos son los mismos, pero, al no haber ventas, no percibo comisiones, así que lo estoy pasando regular y prefiero antes de empeorar mi situación buscar un trabajo de lo que sea. Por eso vengo a verte, por si me puedes echar una mano.

–Pero, Leo: ¿me hablas de trabajar en el restaurante?

–Alberto, ¡en el restaurante o donde sea y de lo que sea! Me da igual!

–Leo, desde Navidades no contrato a nadie y menos ahora... Ya sabes, la cuesta de enero, la gente está tiesa, es más, el personal que tengo es el justo... Además, no sabría dónde ubicarte –dijo tras dar un largo trago a su refresco.

–Me da igual dónde trabajar: en la cocina, limpiando, de mantenimiento, no sé, lo que te haga falta. Yo te diría que de camarero porque tengo experiencia sobrada, pero sé que el personal que tienes es joven y yo no encajo –repliqué.

–Leo... te entiendo, pero me coges en una situación un poco delicada. Ahora no contrato ni extras, lo cubro con el personal fijo. No sé, tendría que ser que alguno se marchara, cosa que dudo porque los que están trabajando ahora cuidan mucho su puesto. Déjame que lo piense a ver si se me ocurre algo... ¡Tú serías un buen relaciones públicas! Pero no es el momento idóneo, la crisis se está notando en todos los sectores y ha bajado la clientela. Por cierto, ¿cuántos años tienes?

–Cincuenta y tres, el mes que viene cumplo cincuenta y cuatro años... ¿Viejo? –le pregunté, aunque intuía su respuesta.

–¡No, hombre, viejo no! Si acaso, mayorcito – me dijo riendo.

–Sí, un poco –le contesté.

–¿Qué día?

La pregunta me dejó un poco desconcertado.

–¿Qué día qué?

–¿Qué día es tu cumpleaños?

–El ocho, el ocho de febrero.

Él sacó una pequeña agenda, comenzó a ojearla, hizo un apunte en ella y añadió:

–Ese día estoy en Holanda, me voy con unos amigos a pasar unos días, pero vuelvo el domingo diez. Nos tomaremos una copita para celebrarlo, ¿no?

–¡Por supuesto que sí!, pero eso es el mes que viene. No olvides de lo que te he hablado, por favor. No lo dejes. Como te he dicho, me hace mucha falta...

–No lo olvido. Por cierto, ¿al resto de la gente la ves?

–Desde que estuvimos aquí en diciembre para celebrar las navidades, no he vuelto a saber de ellos.

Alberto cambió de conversación y eso me dolió bastante porque pasó de algo tan importante para mí a iniciar una conversación banal y fuera de contexto... ¡Preguntar por los amigos de juergas! ¡Cómo si yo en ese momento tuviera ganas de pensar en eso!

En cuanto a lo que me dijo de no necesitar personal, lo comprendí desde su punto de vista de empresario, pero no desde mi punto de vista de amigo. En mi vida, nunca dejé a nadie sin darle una oportunidad para trabajar y

aún menos a un amigo, aunque tuviera que pagarle de mi bolsillo... ¡Así me ha ido en la vida! Pero esa es la diferencia entre unos y otros, cada cual actuamos de diferente forma.

Y continuó la conversación, contestando a su pregunta.

–Para no mentir, vi a Carlos hace unos días pero como iba en el coche lo saludé a lo lejos –dije.

Alberto me cortó.

–Leo, ¿le has comentado lo tuyo a Carlos? Tal vez, él tenga algo para ti.

–Sí, lo he pensado, pero en la cena de navidad me dijo que iba a cerrar uno de los locales porque le era deficitario y no es cuestión de ponerlo en un compromiso.

–¡Ves lo que te digo! Hace meses le dije que tenía demasiado personal... Al final, va a tener que cerrar, ¡normal y lógico!

En ese momento, se acercó el encargado y, tras saludarme, le dijo.

–Disculpa Alberto, tengo que comentarte algo.

–Dime.

–Para el fin de semana nos hacen falta dos extras... Susana y Javier comienzan las vacaciones mañana y nos quedamos cortos de personal en los turnos.

Alberto, con cara contrariada, se levantó, se acercó al encargado y se marchó hacía el restaurante, mientras me decía:

–¡Joder, nada más que follones...! Ahora vengo, Leo.

Al no ver indicios por su parte de pensar en mí para esa necesidad recién oída, opté por levantarme.

–Me marchó, Alberto, me están esperando...

–¡Vale, Leo! Nos vemos más tranquilos.

Aquella respuesta, más que curiosa, fue significativa para mí. Siempre, cuando hablaba de marcharme, su respuesta era: “¡No te vayas, espérate!”. Y, en último caso, me preguntaba: “¿Cuándo vas a venir?” Pero ese día, nada. ¿Curioso? ¡No!, concluyente. Así que me dirigí hacia el interior del restaurante y Alberto, al verme, me dijo.

–¿Quieres algo más Leo?

–No, nada, solo pagar.

–No seas capullo, te invito.

–Gracias, Alberto, nos vemos y no olvides lo que te he dicho.

–No te preocupes, pero ya sabes...

–Sí, gracias.

Me fui desengañado y con pena, mucha pena, no solo porque había consumido el cincuenta por ciento de las posibles ayudas, sino por la actitud de Alberto.

Nada más andar unos metros sonó el móvil. “¿Quién seña?”, me pregunté, aunque en cuanto descolgase se acabaría la incógnita y he de reconocer que me vino bien esa llamada para que mi mente olvidara por un instante

Fuera de juego

la pena que sentía en esos momentos.

—¿Señor León? —dijo una delicada voz de mujer.

—¡Sí, dígame!

—Un momento, por favor, le paso con don Rafael.

—Gracias —contesté.

Aunque por un momento pensé: “¿Quién “coño” es don Rafael? ¡Ah, claro, mi primo!”. Caí en la cuenta de quién era justo cuando sonó su voz.

—¡Leo, primo! ¿Qué tal estás? Perdona, tenía una llamada tuya perdida de ayer pero no he podido contestar hasta ahora ¿Y la familia? ¿Todos bien? —le había llamado en varias ocasiones y nunca me contestó, pero ¿qué le iba a decir en mis circunstancias?

—¡Bien, Rafa, todos bien! ¿Y tú y la familia? —pregunté.

¡Qué compromiso, aunque sea familia, preguntar a alguien a quien no ves desde hace tiempo! Es peliagudo, porque no sabes si sigue casado, soltero, divorciado o viudo y, aún menos, si tiene uno o catorce hijos. Creo que a la mayoría nos pasa eso y más con algunos familiares o amigos que, por circunstancias, se les pierde el hilo de su vida.

—Bien, todos bien. ¡Dime, Leo! ¿Cómo es que te has dignado a llamarme? ¿Ocurre algo? —me contestó.

—Bueno, Rafa, aparte de saber cómo estás, me gustaría verte para hacerte una consulta y, aunque sé que estás muy ocupado, me he dicho ¡voy a llamarlo!

—La verdad es que estoy bastante liado. A partir de mañana, cojo unos días de vacaciones, pero nos podíamos ver. ¡Adelántame algo!

Yo pensé: “¡Como le adelanto algo, se acaba la conversación!”. Aunque, conociéndolo, como no le diga nada, ante la duda, tampoco aparece, así que le dije riendo:

—Es algo personal... pero ¡ojo! no es para pedirte dinero... —él se rio relajado, le conozco bien.

—¡Vale, Leo! Si quieres, nos podemos ver pasado mañana, el viernes. ¿Qué te parece?

—¡Estupendo, Rafa! ¿Dónde te viene bien? —le pregunté.

—¿Qué te parece en El Café de la Plaza?

—Bien, muy bien. ¿A qué hora?

Le escuché murmurar como si estuviera comprobando su agenda en voz alta.

—A las doce. ¿Te parece, Leo?

—Me parece una muy buena hora para tomar una cerveza. Así pues, el viernes a las doce nos vemos. Si cambia algo, me llamas.

—Por mi parte, no lo creo. Lo apunto ahora mismo en la agenda. ¡Hasta el viernes! ¡Un beso!

—Otro para ti, Rafa —dije para despedirme antes de que se cortara la comunicación.

¡Vaya, parecía que la cosa mejoraba! Le había estado llamando toda la semana sin obtener respuesta, pero, bueno, al menos me llamó. Rafa tiene mi edad y es gerente de una importante multinacional por lo que sé perfectamente

que, si quiere, puede encontrar algún hueco ya que tanto su cargo, relaciones y situación económica son excelentes. En fin, nos íbamos a ver casualmente en la cafetería de mi amigo Alberto, la más “pija” de todo el centro, pero así es Rafa, siempre lo fue y lo más probable es que siempre lo sea.

Por el camino hacia casa, paré en el supermercado a comprar algo de comida para el fin de semana. Lo justo: media docena de huevos, doscientos cincuenta gramos de mortadela, pan, patatas y mi cajetilla de tabaco (jeseo que no falte!). Ahora, tocaba recluirme en “la casita” para no gastar ni las suelas de los zapatos. Una vez realizada la “Gran Compra”, de camino a casa, oí que me llamaban.

–¡Leo, Leo!

“¿Quién será?”, me pregunté. La cosa era que la voz me resultaba familiar, así que me volví y... ¡anda!, Pilar...

Pilar es la mujer de Jesús, Jesús Ruiz, un, digamos, medio amigo que conocí en mi pub por mediación de mi amigo Nando. No os describo a este Jesús para no aburriros, pero si miráis en el diccionario de la Real Academia Española aparece su foto en un par de ocasiones: en las definiciones de “vago” y “cotilla”.

Pilar o Pili, como la llamaba su queridísimo marido, es una mujer encantadora, simpática y muy trabajadora, lo que se solía decir antiguamente “una joya de mujer”. A mí lo que no me agradaba de ella (acúsenme de ser excesivamente tradicional o conservador, pero, respecto a determinados asuntos, pienso lo que pienso y no creo que pueda cambiar en toda mi vida) era que parecía ser demasiado liberal a la hora de relacionarse con los hombres, algo que siempre me ha costado mucho aceptar en una mujer.

–¡Hola, guapa! ¿Qué tal estás? –le dije mientras le propinaba dos besos.

–Hola Leo. Ahora, muy bien.

Ese “ahora” me sonó un poco raro, por lo que continué.

–¿Y Jesús y el niño?

–El niño bien pero a Jesús hace tiempo que no lo veo...

Eso ya me sonó muy extraño y quise averiguar más.

–¿Y eso? ¿Le ha pasado algo? –creyendo, dentro de mi incredulidad, que había encontrado trabajo, no sé, ¡por pensar en algo positivo!

–Bueno, Leo, problemillas, cosas de parejas. ¿Qué te voy a decir?

Al oír esa respuesta, recordé esa frase que encajaba con Jesús, su marido: “Si tu mujer te mira mal, ¡tienes suerte de que aún te mire!”.

–Oye, Pilar, te pregunto como amigo... No tienes por qué contestar...

–No, Leo... Sé lo que me vas a preguntar y no voy a tener problema en contestarte. He dejado a Jesús, nos hemos separado.

–Bueno... son cosas que pasan... –le dije yo sin saber qué decir... aunque recordé una conversación que tuve tiempo atrás con mi amigo Nando y todo me cuadró.

Mientras me hundía en mi memoria, Pilar continuó.

–¿Tienes tiempo? ¿Nos tomamos una cerveza y te cuento?

Yo, que en ese momento no tenía ni pizca de ganas de que nadie me contara sus problemas, porque, como comprenderán, ese día me encontraba un poco saturado, rápidamente le contesté con una evasiva típica en mí

para salir del paso.

–Lo siento, Pilar, estoy citado para un asunto de trabajo. Como ves, he comprado unas cosillas y me gustaría dejarlas en casa... –le dije enseñando la bolsa para dar más énfasis a mis palabras.

–¿Es verdad lo que me comentó Jesús sobre que te viniste a vivir al centro y encontraste un apartamento muy barato? ¡Me lo tienes que enseñar! Yo estoy buscando algo así. Ahora estoy viviendo con mi hermana Sara pero me falta intimidad, ¡ya sabes!

Yo sabía que su hermana Sara estaba casada con un cliente de mi pub, un buen tipo la verdad, y, haciéndome un poco el tonto, le pregunté para ver qué me decía.

–Tu hermana Sara no está casada con... ¿cómo se llama?

–Juanma, pero hace tiempo que se divorciaron.

–¡Vaya, lo siento!

–Pues yo no, ¡era un gilipollas! –me dijo riendo.

–¡Ah... tú sabrás! Para mí, era un buen tío –le contesté.

–¡Pues te equivocaste! Por cierto, Leo, ¿y Nando? Hace mucho tiempo que no sé de él. Lo he llamado infinidad de veces, la última vez el buzón de voz decía que ese número no existía. Alguien me dijo que se fue a Alemania... ¿Sabes si es cierto?

–Pues ni idea. Sé que cambió de número pero nada más. Desde que cerré el pub, perdí el contacto con él. Para no mentirte, un día me lo encontré en un bar del centro con una gente y me dijo que estaba muy liado con su trabajo en la inmobiliaria, que tenía que viajar mucho y nada más. ¡Ya le conoces! Nando aparece y desaparece.

–Pero, ¿sigue en el negocio de la inmobiliaria? –insistió.

–No sé. La última vez, él me habló de casas, solares... ¡No sé! Pero, conociéndolo, lo mismo está vendiendo aviones, tanques o satélites, ¡vete a saber! –pero ella insistía (¡qué pesada!).

–Leo, un día me pasé por la inmobiliaria y estaba cerrada. Pregunté en el local de al lado y me dijeron que la habían dejado definitivamente... –sus palabras dejaban ver cierta ansiedad que estaba empezando a agobiarme.

–No sé, Pilar, no sé –le corté un poco cansado mientras pensaba que si Pilar supiera que hablo con Nando casi diario, con él y con..., pero eso no viene ahora al caso...

Por otro lado, estaba seguro de que ella no se creía nada de lo que le estaba diciendo y me daba igual. No pensaba dar seña alguna de nadie y aún menos a Pilar, sabiendo lo que pretendía, así que miré el reloj y dije:

–Lo siento Pilar, me tengo que marchar, ¡ya hablamos!

–En fin, si te tienes que marchar... –su tono de voz denotaba desesperanza.

–Sí, guapa, estoy muy a gusto contigo y me encantaría tomarme esa cerveza y charlar, pero mejor lo dejamos para otro día, más tranquilos.

–Ok, Leo. Por cierto, ¿tu teléfono sigue siendo el mismo? –dijo mientras miraba su móvil.

–Sí, Motorola –le contesté con una sonrisa.

–¡No cambias, Leo! Tú y tu humor... ¡Digo el número! –al menos sonrió y me alegraba.

–Sí, el mismo –le contesté riendo.

–Vale, como estoy de vacaciones, la semana próxima te llamo y quedamos para tomar algo y hablamos, ¿vale, Leo?

–Sí, como quieras, espero tu llamada.

–No lo dudes, te llamo.

Nos regalamos besos, esperé a ver hacia dónde iba y me fui en sentido contrario, aunque ello me costara llegar a casa quince minutos más tarde y, lo peor, mi compra estuviera a punto de estropearse.

De vuelta en el hogar, guardé las cosas cada una en su lugar y me puse cómodo en el sofá a leer un libro. Hoy, necesitaba una obra literaria profunda, así que cogí un libro de *Mortadelo y Filemón* para hacer tiempo antes de preparar la cena. Luego, veía un poco la televisión y a dormir.

Esa noche no quise recordar el encuentro y aún menos la conversación mantenida con Alberto, centrándome más en la llamada de Rafa y en la cita del viernes. Llegó el jueves (y no me refiero a esa revista que se publicaba los miércoles). Ese día solo salí a comprar tabaco y me encerré de nuevo en “mi casita”, limpiando, arreglando cosillas, pensando, escribiendo mis historias y poco más, deseoso de que pasaran pronto las horas...

¡Por fin, viernes! Quizás hoy pudiera poner fin a esta situación de desesperación y necesidad. Me levanté a las seis, me duché, afeité y engalané para la ocasión y tomé mi “opíparo” desayuno. A las once y cuarto, salí dirección al Café de la Plaza. No hace falta decir que, a las once y media, el apretado Leo, es decir yo, estaba frente a la cafetería haciendo tiempo con mis veinte euros, que era lo que me quedaba, más otros veinte que cogí del fondo que tenía guardado para pagar la luz. “Leo”, me dije, “te quedan pocos días para cobrar, ¡arriesga!”.

Entré al bar con el ánimo de ver a Alberto pero recordé que los viernes, sábados, domingos y festivos no solía aparecer por allí... ¡Cosas de los empresarios en crisis! Evidentemente, vino a mi mente la conversación con Alberto, ¡cómo olvidarlo! Pero pensé: “Leo, mejor te olvidas de todo”. Y así lo hice. Una vez en la cafetería, ¡sorpresa! personal nuevo, por lo que el olvido me duró unos diez segundos... “¡Vamos, Leo, a lo tuyo!”, me automotivé, mientras mil abejorros pululaban en mi estómago medio vacío, que no medio lleno. Tras respirar profundamente, me acerqué a la barra y me senté en una de las pocas banquetas que había. Nada más hacerlo, se acercó un camarero desconocido.

–Buenos días, ¿qué le pongo al señor?

“¡Educado es por lo menos!”, me dije.

–Hola. Un botellín de agua con gas, por favor.

–Sí, señor. –Pone el posavasos, da media vuelta y, medio minuto después, coloca sobre él la copa con hielo, limón y el botellín de agua con gas.

–Aquí tiene el señor.

–Gracias –le dije mientras pensaba: “¡Joder, que eficiencia tiene el tío!”.

Absorto en mi mundo, no dejaba de preguntarme cómo le iba a plantear mi situación a Rafa. Curiosamente, me di cuenta de que es más fácil contar un problema a un amigo que a un familiar. Recordé que una amiga me contó que se había quedado embarazada, ¡ojo, no de mí!, de un frutero del mercadillo que conoció un día que su madre la mandó a comprar verduras para un guiso. Pasadas unas semanas, la chica fue a buscarlo y había desaparecido del mercadillo con todos sus artilugios. Ella, dos meses más tarde, no tuvo más remedio que contárselo a su familia. Pero con quien primero se sinceró fue conmigo.

En definitiva, es complicado sincerarse con un familiar cuando estás pasando por un mal momento, o como

queráis llamarlo, aunque después del resultado tan desalentador que obtuve con Alberto, me quedó la duda de qué es peor.

De nuevo me centré en mi primo Rafa. Conociendo lo estirado que es, tenía que tener mucho tacto al plantearle mi situación, más que nada para no hacerle llorar y que aprovecharse para quitarse de en medio. Fui pensando diferentes formas de tantearle y ver cómo encajarlo pero, después de darle mil y una vueltas, pensé en lo que siempre supe hacer: improvisar según se desarrollara la conversación. Con tanto nerviosismo, tenía la boca tan seca que me bebí el agua sin darme ni cuenta, miré mi reloj y eran las doce y diez y mi primo sin venir... El camarero se me acercó de nuevo y, mientras retiraba la copa, me dijo.

—¿Quiere algo más el señor?

Me contuve y le respondí.

—Sí, otro botellín de agua, por favor.

Dicho y hecho: nuevo posa vasos, la copa con limón e hielo y el botellín.

Continué mirando el reloj: doce y veinte, ¡y este mamón sin venir! Saqué el móvil del bolsillo porque pensé: “Leo, ¿no te llamaría para cancelar la cita?”. Así que lo comprobé y vi que no tenía llamada alguna. Me puse otra vez a beber pero esta vez más despacio para que me durara más, no “embucharme” o salir flotando con tanto gas. Las doce y media. Ya me estaba poniendo nervioso. Mi primo siempre llegaba antes de la hora a las citas... ¡Por fin! ¡Qué alivio sentí cuando lo vi entrar! ¡Coño, menos mal! Eso sí, venía acompañado... Se acercó sonriente, nos abrazamos, nos besamos y me dijo:

—Perdona, Leo, me he encontrado con Juan, que hacía tiempo que no nos veíamos y se nos fue el santo al cielo... No sé si te acordarás de él, Juan, mi primo Leo...

Presentaciones realizadas. Me costó poner cara agradable.

—Encantado. Pues, sí, me suena de algo... —le dije a mi primo mientras pensaba: “¡Anda que no es inoportuno el tío!”.

—Igualmente, Leo. ¡Sí, a mí también me suena tu cara! Disculpa, he entretenido a tu primo. Hacía casi un año que no le veía y me ha dado mucha alegría encontrármelo. Nos pusimos a charlar y por eso nos entretuvimos. Me ha dicho que le acompañara, espero que no os moleste mi presencia...

—Para nada, Juan —dijo Rafa—. Para mí, eres como de la familia y a mi primo seguro que tampoco le importa. ¿Verdad, Leo?

—Hombre, no pienses eso —le dije a Juan.

Seguidamente, Rafa me miró y añadió:

—Leo, estás estupendo. No cambias, primo.

—Tú, tampoco. ¿Sigues con el tenis?

—No. Eso le estaba diciendo a Juan. El tenis ya pasó a la historia. Con nuestra edad, no se puede mantener ese ritmo. Ahora, estoy con el golf que me viene muy bien. ¿Y tú, Leo, qué haces para estar en forma?

¡Coño, pues comer lo que puedo y cuando puedo! ¿Te parece poco la dieta del que no tiene? ¡Ojo!, eso lo pensé pero no lo dije. Me contuve una carcajada cargada de ironía y sarcasmo y respondí con un miserable:

—¿Yo? Andar.

–¿*Footing*? –preguntó Rafa mientras mi paciencia empezaba a esfumarse.

–Sí, si le quieres llamar así, pero lo mío es andar a un ritmo tranquilo, me viene muy bien...

–¿Y cuántos kilómetros haces? – preguntó Juan.

Tenía gracia. ¿Kilómetros? ¡Cómo si no fuera suficiente el régimen de racionamiento en las comidas gracias a los 413,52 euros al mes...! ¿*Footing* y kilómetros...? ¡Anda que las ganas de mandarlos a tomar por culo fueron pocas! Pero cuando les iba a contestar, apareció el camarero.

–¿Qué les pongo a los señores?

–¿Tú qué estás bebiendo? –me preguntó mi primo.

–Agua con gas.

–¿Ya no bebes, Leo? – dijo Rafa.

–¡Sí, hombre, sí!, pero poco. Y a esta hora, nada, agua, zumo y poco más. De alcohol, nada –contesté.

–¿Tú qué quieres, Juan? –preguntó mi pariente.

–Una cerveza. ¿Qué marcas tienen en botella? –le preguntó al camarero, que contestó con cinco o seis marcas, a cada cual más cara y, aparte de la cara de Juan, hablo cara de precio.

–¡Ah, vale! Me pone una de esas, la Heindorfer...

–A mí, igual. ¿Y tú, Leo? –dijo Rafa.

–Lo mismo, voy a romper mi costumbre por un día.

Mientras pienso: “¡Qué “cojones”! ¡La cerveza más cara...! ¡Menos mal que pagan ellos!”.

–¿Nos sentamos? Así estaremos más cómodos –añadió Juan, mientras señalaba una mesa.

–Sí, me parece bien, ¿no, Leo? –dijo Rafa, mientras miraba al camarero indicándole la mesa donde nos íbamos a sentar y, en dos minutos, allí estaban las “putas cervezas Herind...” (impronunciable). Nos sentamos los tres y Juan me volvió a preguntar.

–¿Cuántos kilómetros me has dicho que haces?

Le miré un poco cansado del “temita”, a la vez que pensé: “No, tío, no te he dicho nada, idiota”. Pero, al final, contesté lo más asépticamente posible.

–Tres o cuatro, según las ganas que tenga.

–¡Ah!, no es mucho. ¡Se ve que te cuidas! Es curioso. A pesar de pareceros mucho, Leo me da la sensación de ser más tranquilo y más “flojillo” que tú, ¿no, Rafa? –dijo Juan mirando a mi primo.

Menos mal que los pensamientos no se ven ni se escuchan porque ya estaba a punto de saltar, pero Rafa, que, a pesar de vernos, poco conoce mi impronta, se adelantó evitando confrontaciones... La verdad es que las comparaciones son odiosas...

–Para nada, Juan. Mi primo Leo siempre ha sido más valiente y arriesgado que yo en todo. ¿No te acuerdas del pub que había en la plaza? Al que íbamos con José Luís, Pedro...

–¡Ah! ¡Ya está! ¡Leo es el propietario! ¡Es verdad! ¡Ahora me acuerdo! ¡Por eso me sonaba su cara! ¿Lo has cerrado?

Fuera de juego

–Sí, lo dejé hace dos años más o menos, ¿no, Leo? –respondió Rafa.

–El mes que viene hará un año y medio –contesté.

–¡Joder! ¡Pues estaba muy bien! Yo solía ir mucho por allí, tenía un ambientazo de cojones... ¿Y por qué lo has dejado?

–Pues por lo que hablábamos antes: la edad. Con cierta edad, trabajar en un bar de copas y durante la noche es muy duro. Después de casi doce años sin parar, ni te imaginas. Mi primo ha dejado el tenis, pues yo el pub. No es igual pero es lo mismo –sonreí.

–¿Y ahora qué? ¡A vivir de las rentas, supongo! –dijo Juan sonriendo.

“¡Cojones con el tío! ¡El puto gracioso! ¡De las rentas, dice! ¿De qué rentas me habla este?” Respiré profundamente y me dije: “Leo, ¿para qué le vas a quitar las ilusiones al gilipollas este? Ponte chulo pero... no te pases”.

–Pues, más o menos. Vivo de inversiones que hice en su día. Aunque, la verdad, ahora no producen mucho, pero suficiente para que, sin excesos, pueda estar una temporada en dique seco.

“¡Coño y tan seco! ¡Con cuarenta euros en mi bolsillo!”, añadí para mis adentros.

Mi primo, que es mi primo pero no es un primo, y que sabe sobradamente que salí del bar más tieso que la mojama, o, en cristiano (que no Ronaldo), arruinado, cambió de tercio.

–Sí, eso es lo que queremos todos, vivir de las rentas pero yo sé que mi primo Leo no puede estar sin hacer nada... Algo estarás tramando, ¿no?

“¡No lo sabes bien!”, pensé, “estoy tramando que me busques un trabajo para que pueda hacer *footing* sin que me den calambres y mareos por mi debilidad física y económica...”. Pero, una vez más, durante esta conversación surrealista, solo lo pude pensar...

–Pues sí, Rafa, en ello estoy, quiero ver si encuentro algo para estar entretenido –dije.

Y ahí fue donde mi primo se lo olió todo. Como os he dicho, de tonto no tiene nada. ¿Cómo creen que llegó a donde llegó? Así que hizo un nuevo cambio de tercio.

–Algo tendrás, ya me lo contarás... ¿Y tú, Juan, sigues con tu tío?

–No, el chollo terminó hace meses. Ahora, la cosa está delicada.

–Lo sé, lo sé... Tu tío dejó el cargo de concejal y pasó a una dirección de área...

–Así fue, Rafa. Hubo una serie de cambios... ¡Ya sabes lo que es la política! Hoy estás aquí y mañana allí. Menos mal que es un perro viejo y supo cambiar a tiempo, Rafa... Imagino que te enteraste de lo que pasó...

–Algo me llegó al oído... Y, la verdad, me acordé mucho de ti. Te iba a llamar pero fue cuando me convocaron desde dirección para el ascenso. Tuve que estar un par de meses en Londres para hacer un curso de adaptación al cargo... Y, ya sabes, trabajo, trabajo y más trabajo, pasan los días, se acumulan las cosas y no tienes tiempo de nada. ¡A más cargo, más responsabilidad!

–Me lo imaginé... Me extrañó no recibir noticias tuyas pero me enteré por Pedro de tu ascenso. Me alegré mucho, quise contactar contigo pero, como sabía de tu traslado, esperé a que regresaras y me pasó lo mismo que a tí, lo fui dejando, y hasta ahora... –ambos se rieron.

Mientras hablaban, me acordé de lo sonado que fue aquello. Y lo vi claro: conociendo a mi primo, sabía que no

se puso en contacto con Juan porque había problemas y punto. Él nunca se ha acercado al fuego y es por eso que nunca se ha quemado. Es experto en eso. Donde hay negocio, don Rafael está. Donde hay problemas, ni está, ni existe, ni es, ni nada.

—Bueno. ¿Y ahora cómo estás? ¿Como mi primo, viviendo de las rentas? —dijo Rafa.

—¡No!, estoy ayudando a mi hermano en la asesoría, mediando en asuntos de urbanismo, licencias de obras y gestiones en los Ayuntamientos... ¡Hombre, quien tuvo, retuvo guardado para la vejez! —contestó riendo.

—¡Estupendo! Me alegro mucho —respondió mi primo—. Por cierto, tengo ganas de ver a tu hermano Gabriel. ¿Cómo está?

Yo cada vez me sentía más invisible en la conversación...

—Bien, como siempre. A la una y media, estoy citado con él en su despacho, vamos a comer con unos clientes... Si quieres, luego a la tarde te llamo y si tienes tiempo nos tomamos algo los tres... Perdón, los cuatro.

—No, no puedo. Voy a comer con mi hijo, tiene que comprar unos regalos porque se va una semana a Santo Domingo a ver a unos amigos y voy a acompañarlo a El Corte Inglés a comprar unos detallitos. Otro día o, mejor, cuando regrese del viaje te llamo —dijo Rafa, animado.

—¿Tú también te vas a Santo Domingo? —preguntó divertido Juan.

—No, Ana y yo nos vamos a Praga quince días. Quiero despejarme un poco y salir de la rutina.

—Bonito lugar. Praga es precioso, te va a encantar —remarcó Juan, haciendo patente que ya la había visitado.

—Será la tercera vez que vamos en un año. Es un lugar muy relajante y eso es lo que buscamos —le contestó Rafa.

—Yo, el mes próximo, voy a Viena diez días —añadió Juan.

—¿Viena? ¡Preciosa! Fuimos en noviembre y esta vez, por cambiar, nos decidimos por Praga.

—Bueno Rafa, Leo, me marchó que me está esperando mi hermano y vosotros tendréis muchas cosas de qué hablar. ¿Nos vemos a la vuelta? ¿Tú me llamas? Si veo que no lo haces, lo hago yo... ¡Ah! Y no te olvides que tenemos una comida pendiente. ¡Dale besos a Ana!, que lo paséis muy bien en Praga. Y tú, Leo, cuídate, me ha alegrado mucho verte, en serio. Y disculpa por esta intromisión.

Nos levantamos, yo le di la mano y mi primo, la mano y un abrazo.

—¡Da recuerdos a tu hermano de mi parte! —añadió mi primo como postdata.

—¡Se los daré! Chao, nos llamamos.

Sonrió y salió con toda la prisa del mundo, dejándonos a los dos solos y, ¡cómo no!, con la cuenta pendiente. “Un pagador menos”, me dije, mientras observé a Rafa mirando el reloj.

—Bueno, Leo, perdona, pero no podía quitármelo de encima... ¿Ves lo que ha contado sobre su tío? Yo lo sabía pero son temas muy delicados y no quise ni acercarme, no quería que me relacionaran con él, era meterme en problemas. Tú ya sabes lo que es la política... Y me consta que Juan, junto con su tío, el concejal de Urbanismo, no tuvieron medida y ordeñaron la vaca demasiado... hasta que la dejaron seca. Menos mal que su tío es un listo y ha salido por la puerta de atrás pero yo tenía mis dudas sobre si Juan o su hermano se veían implicados en un feo asunto. Por eso, no quise saber nada de este tema, no sé si se dieron cuenta y, si fue así, lo siento, pero yo no pongo en peligro mi prestigio por nada... Bueno, vamos a lo tuyo, ¡cuéntame! ¿De qué querías hablar?

¡No me equivocaba! Y sus palabras me confirmaron lo que sospechaba sobre el funcionamiento mental de mi

primo... Ahora me tocaba a mí. Y a ver cómo le entro... “¡Leo, directo!”, me animé.

–Bueno, Rafa, como te he comentado antes, hace año y medio que dejé el pub. También sabrás por la familia y amigos los verdaderos motivos: salud y economía. Sobre todo, lo último. Del pub, solo me han quedado deudas y algunos enseres sin valor. Ahora, vivo de alquiler y pago 350 euros al mes... Y, por suerte, actualmente cobro la ayuda para mayores de cincuenta años, que son 413,52 euros. Como te adelanté por teléfono, no te he citado para pedirte ayuda económica... ¡Te hablaré claro!;Necesito un trabajo urgentemente para poder subsistir! Antes de nada, te diré que me da igual el trabajo que sea, pero me hace falta encontrar algo para salir de este enredo. Esta es mi situación real actual. Antes de contactar contigo, he agotado otras vías posibles con resultados negativos. Y, por eso, pensé en tí, siempre que puedas ayudarme..

Suspiré.

–Eso es lo que te quería decir.

Él me miró con semblante de preocupación y con un gesto de pena en su mirada. Yo no sabía lo que pensaba... Pero recordé unas palabras del pasado que se me clavaron en las tripas como un puñal que se retorciera con saña.

UNA FRASE, UNA REALIDAD (5)

Decía esa gran señora que era mi abuela materna, una mujer de tanto tronío y personalidad que se plegaban ante ella las recias voluntades de los altas jerarcas del Régimen y las grandes fortunas de toda la vida (y de todas las vidas):

“Hijo, piensa el sentido de tus palabras. No es lo mismo llamar a alguien pobre que pobrecito. Lo primero, denota una situación que pudiera ser circunstancial. Lo segundo, reafirma la situación, degrada y ofende”.

Fuera de juego

En ese momento, se acercó el camarero y nos preguntó si queríamos tomar algo más...

—¿Quieres, Leo? —preguntó mi primo.

—Vale, otra cerveza. Pero ¡tú me acompañas!

—¡Sí, claro! Ponga dos iguales, gracias —le dijo al camarero.

—Sí, señor —respondió el inoportuno camarero de los cojones...

—Leo... me coges en blanco, porque no esperaba esto. Como bien sabes, ahora, más que aumentar el personal, todas nuestras empresas y filiales están cubriendo vacantes con los empleados de plantilla...

En ese momento, ¡cómo no! apareció el “puto” camarero inoportuno volviendo a interrumpir. Entiendo que estaba haciendo su trabajo pero... ¡uffffff!

—Las cervezas de los señores —dijo amablemente.

—Gracias —dijo Rafa y, levantando la copa, añadió —¡Salud, Leo!

—¡Salud! —le contesté y, entonces, él continuó.

—Te cuento. En mi empresa, a los mayores de cincuenta y cinco años les estamos ofreciendo la jubilación anticipada. Yo, en otras circunstancias, te hubiera podido buscar un hueco en la empresa o en algunas de las filiales, pero, ahora, no es el momento... Leo, no te lo crearás, pero tengo una lista de inversores y accionistas que diariamente me llaman para recordarme su necesidad de colocar a sus hijos, nueras, yernos y ¡hasta sus madres! Yo siempre les digo lo mismo, que lo tendré en cuenta, porque no puedo hacer nada más. Con esto, te estoy diciendo lo que hay, no quiero crearte ni ilusiones ni expectativas falsas. No sabes lo que siento tu situación pero estoy atado de pies y manos. De todas formas, puedo hablar con Juan, por si hubiera algún hueco en la empresa de su hermano, aunque tú ya has oído su situación, pero puedo intentarlo... También a la voz de ¡ya! se me ocurre que hables con Pedro, tal vez él supiera de algo, ahora no se me ocurre nada más. ¿Qué te puedo decir más, primo?

Pues, la verdad, me lo había dicho todo... De nuevo, me embargó la desesperanza y la angustia desde la garganta hasta el estómago. Me bebí esa cerveza extraña de un trago mientras Rafa no paraba de mirar el reloj y terminaba la suya. Era evidente que la conversación había terminado y debía encontrar la forma de concluirla lo antes posible.

—Pues nada, Rafa, no te agobio más. Entiendo y comprendo todo lo que me dices y, sobre todo, agradezco tu sinceridad. Por cierto, ¡te tienes que marchar! ¿No te está esperando tu hijo?

—Sí, Leo...

En ese momento, sonó su móvil.

—Sí, hijo, voy para allá... ¡Ah...! ¿Dónde?, sí, ¿en la esquina?, voy, tardo dos minutos —me miró y me dijo: —Leo, es mi hijo, ha venido en moto y me está esperando en la esquina, me tengo que ir. ¿Te llamo cuando venga del viaje y ya me cuentas...? No lo dejes, habla con Pedro y, si te hace falta ayuda económica, cuenta con ello: dime una cantidad y te hago una transferencia hoy mismo. Me duele mucho que, en lo único que me has pedido en tu vida, no pueda ayudarte... —suspiró.

—Gracias, primo, no quiero eso, no sabría cuándo podría pagártelo y no es mi estilo. No te preocupes, ya me llamas o yo te llamo...

Se levantó, me dio un abrazo y dos besos.

–¡Cuídate, Rafa! ¡Y que lo paséis muy bien!

–Gracias, primo, tú también. Da recuerdos a la familia y piensa lo que te he ofrecido mientras buscamos una solución. ¡Te repito!, si quieres me mandas un mensaje con la cantidad y en una hora lo tienes en tu cuenta – insistió él.

–Gracias, lo tendré en cuenta y les daré saludos a la familia de tu parte –concluí yo.

Y salió con la misma prisa que su amigo Juan... Y allí me quedé... Con la cuenta “enterita” para mí. Es curioso que, cuando uno no tiene problemas económicos, no perciba las carencias de los demás, no sé, tal vez no piensa en ello. Lo que sí está claro que ninguno de los dos pensó que, cuando se consume algo en un bar, hay que pagarlo.

–Por favor, la cuenta –dije a ese camarero con “el don de la oportunidad”.

–¡Enseguida, señor!

Me trajo el ticket y, ¡coño!, parecía que sabía el dinero que llevaba en la cartera.

–Treinta y nueve euros.

“¡Por Dios!”, pensé, mientras le entregaba los dos billetes de veinte euros que tenía.

–Tome y gracias.

–¡A usted, señor!

El muy mamón, encima, entendió que el euro era la propina. ¡Para llorar! “A la calle, Leo, a tomar el fresco”, me dije, “menos mal que en casa te queda comida para aguantar y, en caso contrario, para eso están las madres”. Me levanté y fui a casa arrastrando los pies y la moral. ¡Venga, Leo, a ver la televisión! Y, además, el mismo canal porque el mando no funciona y es un coñazo levantarse para cambiarlo. Esperemos que no corten la luz antes de cobrar. Cuando llegué a “la casita”, me senté directamente en el sofá. Con el agua y la cerveza estaba comido, merendado y cenado. “¡Joder, me he gastado cuarenta euros!” Tendría que haberle dicho “al nuevo camarero” que lo apuntara.

Comencé a recordar lo hablado con Rafa. Tenía claro que, para mí, la ayuda por parte de la familia estaba también agotada. Rafa era el candidato familiar idóneo para prestarme ayuda. Pero, tras la conversación mantenida, ¿cómo lo ven? ¿Estaba claro o no? Y, aunque este no es el caso, es curioso que, cuando pides ayuda laboral a un familiar, normalmente, no te hace ni caso. Tal vez sea porque le recuerdas a aquel niño cabezón y coñazo que no hacía caso a nadie y pasaba de todo. Piensan que no has cambiado y que, encima, tendrán que aguantarte por ser familia. Eso sí, consejos y opiniones, mil. Sobre todo, te recordarán el pasado diciéndote lo que tendrías que haber hecho o no: eso, ¡nunca falta! Sin olvidar las palmadas en la espalda, besos y abrazos antes de despedirte, diciendo “¡No te preocupes, te llamo!”, mientras piensas: “Me llamas, ¿dónde? ¡Si ni siquiera me has preguntado ni mi número de teléfono, cabrón!”.

Una vez más relajado, me quedé mirando la televisión, ¡qué no viéndola!, porque estaba apagada. Más que nada, por no gastar. Pensaba en cómo salir de esa crisis tan crítica. Y, sobre todo, lo peor de esta situación tan agobiante era no poder hacer algo para remediarla... De repente, miré un cuadro que tenía enfrente, justo encima de la televisión. Esa pintura me trajo mil y un recuerdos de aquellos tiempos en mi pub... Y ya que estoy rememorando, hablaré del pasado y os contaré una de mis vivencias como empresario hostelero. Aconsejo que os pongáis cómodos y, si os apetece, os ponéis una copita, que no tiene por qué contener alcohol. ¡Vosotros veréis!

Capítulo 3. El caso del cuadro itinerante

Como los lectores habrán comprobado, Leo se va quedando fuera de todos los relatos que podrían constituir para él una vía de salvación para su compleja encrucijada. Probablemente, todavía le quedarán unos cuantos más a los que poder subirse como si fueran trenes con destino, si no a la felicidad, al menos a cierta serenidad y calma. Pero, para ello, tiene que recuperar ánimo y energías. Por eso, antes de seguir adelante, prefiere recordar el pasado, un pasado en el que los días no eran grises ni las nubes presagiaban tormenta. Veamos cómo continúa la narración...

* * *

Como os he dicho, me quedé mirando aquella pintura que me trajo a la memoria una de esas historias con las que, con el paso de los años, no sabes si reír o llorar... Ese cuadro, en concreto, era de un amigo y cliente que me lo había dejado en prenda. ¡Él sí que era un prenda! Os voy a contar lo que ocurrió con este pájaro...

Andrés, que así se llamaba, era músico, según él. Aunque la verdad sea dicha, aparte de rascarse y tocarse los cojones, nunca le vi tocar un instrumento musical. Solía venir todas las tardes, solo o acompañado por los que denominaba “sus alumnos”, a quienes les comía el coco con una destreza propia de un charlatán de película del oeste. Tanto es así que los susodichos alumnos, con tal de no seguir aguantando sus charlas trasnochadas, le pagaban las copas y se marchaban pitando, en sentido de fuga, que no musical. En caso contrario, es decir, si venía solo, ¡no había problemas!, Andrés, después de beberse lo que admitía su estómago maltrecho, me decía: “¡Apúntalo. Leo! A final de mes, te lo pago...”. Y, como es lógico, Leo lo apuntaba.

La cuenta cada mes subía y, tras varios meses con esa cantinela, una tarde, Andrés llegó solo y me pidió su ginebra con tónica, bien “cargadita” de ginebra, no de tónica ¡claro! Tras ponerle la copa, me llamó y dijo:

–¡Leoncio! –que es como me llamaba cuando me iba a meter un gol, hablando en argot “futbolero” –Mira, Leoncio, ¿cuánto te debo a día de hoy?

–Setecientos euros –dije sin necesidad de mirar apunte alguno.

Como no confiaba en que me los pagara, le iba a decir: “¡Pero no te preocupes!”.

–Bueno, pues hoy vamos a tener suerte los dos –me cortó él.

–¿Y eso? –le pregunté.

–¡Aquí está! –exclamó sacando de una bolsa de El Corte Inglés una pintura enmarcada de aspecto antiguo–. ¿Sabes qué es esto?

–¿Un cuadro? –contesté.

–¡Pues sí! Pero no cualquier cuadro... Perteneció a mi bisabuelo, es una “obra de arte” de un renombrado pintor malagueño. Hoy, he estado de visita en casa de mi abuela, ¡y me lo ha regalado!

Yo pensé: “¿No se lo habrás choricado?”. Y añadí:

–Me alegro, Andrés. ¿Y?

–¡Cómo que “¿y?”! Se lo he enseñado a un amigo experto en arte y me lo ha comprado por ochocientos euros.

Yo, sin saber lo que me esperaba, dije:

–¡Qué bien!

Fuera de juego

Mientras, pensaba: “¡Qué mal pensado eres, Leo! Me va a pagar lo que debe, ¡por fin!, después de seis meses sirviéndole pelotazos a portes debidos”. Entonces, él cortó mis agradables pensamientos diciendo:

–Leoncio, dame cien euros.

Yo le miré y le dije:

–¿Qué?

Estaba claro que había oído mal.

–¡Que me des cien euros, coño! Te dejo el cuadro aquí y mañana vendrá mi amigo, te paga los ochocientos euros y, así, liquidamos la cuenta pendiente.

Sí, había oído bien...

–¿Qué amigo? –le pregunté.

–Mi amigo José Luís.

–¿José Luís? –le insistí.

–Sí, Leo, este que viene conmigo de vez en cuando y se toma un 103 con Pepsi...

Rápidamente, lo recordé. ¡Claro!, el que dice que es pintor... Otro al que no he visto nunca meterse la mano en el bolsillo salvo para sacar el clínex porque ¡la mayoría de las veces coge servilletas de la barra para no gastar ni eso!

“¡Pero, bueno, Leoncio!”, me dije, “no seas tan desconfiado que, a lo mejor, estás equivocado y es un artista adinerado. ¡Ya se sabe, el que no gasta siempre tiene! O algo así”. De todas formas, pensé: “¡Por lo menos, tendría un cuadro de su bisabuelo!”. Que, por cierto, pensándolo ahora con perspectiva, ¿quién coño sería su bisabuelo?

Como os estaba diciendo, sin pensar más (¿para qué?), me dirigí a la caja, cogí los cien euros y se los di.

–Toma, Andrés, cien euros.

Él se agachó, cogió la bolsa con el “cuadrito de los cojones” y me la puso sobre el mostrador.

–¡Toma el cuadro!... Si supieras la pena que me da –me dijo el muy descarado.

–¡Hombre, Andrés! Si quieres, dejamos el trato, me das los cien euros, yo te doy el cuadro y no te preocupes por lo que me debes, ya me lo pagarás –dije con sorna.

–No, Leoncio. ¡Yo soy un hombre de palabra! Toma... –dijo mientras me daba el cuadro con un gesto dramático de dolor incontinente digno de los grandes actores de cine.

Cogí la bolsa, di media vuelta anduve tres pasos y me agaché para guardarlo en un mueble que había bajo la caja registradora. Levanté la vista y le pregunté:

–¿Y cuándo dices que viene José Luís?

¿Dónde estaba Andrés? Ya se había marchado. Eso sí, dejando el vaso seco. Se tragó hasta el hielo...

Ese día, no, pero días o, mejor dicho, meses después, cuando no venía el vendedor y, aún menos, el comprador a recoger el cuadro y a abonar los ochocientos euros de esa gran “obra de arte”, me di cuenta de que me habían timado y, al final, ni a uno ni al otro, nunca más les volví a ver.

UNA FRASE, UNA REALIDAD (6)

Decía la madre de una amiga mía:

“Para muestra, un botón”. (¿Lo diría, tal vez, porque tanto a ella como a mí le dejaron un cuadro en prenda? No sé, tal vez no tenga nada que ver, pero es por decir algo.) **“Quien no se ha llevado un desengaño en su vida, está claro: no ha nacido aún”**.

Fuera de juego

Volbamos, pues, a enero de 2008. Ante la desesperación de ese día y la falta de recursos monetarios, me levanté, descolgué el cuadro y me dije: “¡Leoncio!, si hace años esta joya pictórica te costó ochocientos euros, ¿qué te podrían dar por ella ahora?”. Así que repetí la acción de Andrés y cogí una bolsa de El Corte Inglés que, casualmente, tenía en casa y me dije mientras metía el cuadro dentro: “Si a él le salió bien, ¿por qué a ti no? ¡Anda, Leo!

Esa noche, soñé que vendía el cuadro por un millón de euros. “¡Qué noche la de aquél día!”. A la mañana siguiente, ni me duché, me tiré a la calle en busca de la fortuna perdida. ¿Hacia dónde? En busca de un anticuario, lógicamente. Eran las diez de la mañana y, curiosamente, no había ni uno que estuviera abierto, no sé si porque era sábado o porque estos negocios los abren a la hora que les sale de los “mismísimos”. Por fin, en el centro, vi uno abierto y tras muchas dudas, traspasé la puerta. Nada más entrar, se percibía ese olor característico a Cucal que me hace sentir relajado, no sé si por la fobia que tengo a las cucarachas o por el producto en sí.

Al fondo de un largo pasillo lleno de mil objetos cargados de años y, sobre todo, de polvo, divisé a un señor sentado delante de un viejo escritorio, con pose de juez y vestimenta acorde con el lugar regentado. Su pasatiempo momentáneo: leer el *As...*

Me fui acercando al juez, ¡perdón!, al señor anticuario y éste volvió la cabeza fijando su mirada en mí. Yo, con voz temblorosa y titubeante, dije:

–¡Buenos días!

Él, con una amplia sonrisa que no solo llenaba su cara, más bien todo el establecimiento, mirándome de arriba a abajo me respondió:

–¡Buenos días, señor! –mientras se frotaba las manos, puntualizó–: ¿Qué desea?

Yo, con media sonrisa, porque, la verdad, cuando uno está en situaciones económicamente peliagudas o, llamémosles “irregulares”, no tiene ni fuerza para una sonrisa entera, le comenté rápidamente el motivo de mi visita.

–Mire, tengo un cuadro, concretamente un óleo. He cambiado de piso y, la verdad, la decoración del nuevo inmueble, según me dice mi decorador, no va con el estilo de este cuadro y he pensado en deshacerme de él, a pesar de tenerle bastante cariño.

Una vez terminado mi rollo tomatero, el señor, que tenía que estar acostumbrado a mil y un rollos de todos los tiosos que van a vender hasta a su abuela, me miró descaradamente de nuevo de arriba a abajo y me contestó:

–¡Pues tráigamelo que lo vea! Y hablamos.

Antes de que se diera la vuelta para volver a su guarida y continuar con su instructiva lectura, abrí la bolsa, saqué el cuadro y le dije en plan Tamariz, el mago:

–¡Aquí está!

El señor me remiró a mí, que no al cuadro, y me dijo:

–¡Uf, un óleo! Tengo muchísimos, ¡demasiados!, pero déjeme echarle un vistazo...

Cogió el cuadro y se puso unas gafas de farmacia, ¡ya saben!, esas gafas que no sé por qué regla de tres valen para todo y todos, tengas miopía, astigmatismo o cataratas. Se marchó pasillo adentro, acercándose a una triste luz para tratar de ver la firma del autor, mientras yo, detrás de él pensando: “¡Leoncio has triunfado!, ¡cómo lo mira, qué interés le veo al tío...!”. Entonces, se giró y me preguntó:

–¿Cuánto quieres?

Fuera de juego

“¡Mal empezamos!” pensé yo, ya me está tuteando... Chungo, Leoncio, chungo. Me quedé mirándolo y me fijé en su cara tipo “lobo feroz”. Es más, creo que le vi hasta las orejas, que no el rabo porque lo tenía de frente... Así que le contesté con otra pregunta.

—¿Cuánto me daría usted?

Él me miró y, con un tono duro y desagradable, me dijo.

—¡Yo soy quien compra, usted el que vende! Así que usted dirá...

“¡Chungo, Leoncio! Ahora te habla de usted...”. Titubeante y con tono de duda más que de afirmación le dije:

—¿Cien euros?

Sonrió y percibí que tenía un diente de oro (“¡joder, lo que faltaba!”). Mientras, cogió el cuadro, lo metió en la bolsa que aún mantenía en mi mano y se marchó hacia el fondo del kilométrico pasillo con andares de chulo de playa, añadiendo:

—¡No me interesa, chavall!

“¡Leches! Ahora, ya ni de usted, ni de tú... ¡De chavall!”.

—Bien —le dije yo, tratando de mantener mi dignidad y educación—. Gracias y buenos días.

Mientras daba la vuelta y enfilaba hacia la puerta de la calle, más colorado que un pimiento rojo, y antes de cruzar la salida, oí una voz de ultratumba que decía:

—Si quieres veinte euros por él...

“¡Veinte euros! ¡Será cabrón! Vale más el marco...”.

—Se lo agradezco, gracias, buenos días — le contesté más educadamente de lo que correspondería en esta situación.

Di media vuelta y me marché.

El muy buitre, ¡con perdón de esos animalillos carroñeros!, se quedó en su guarida a la espera de que otro incauto cadáver atravesase su territorio bien delimitado. Cuando salí a la calle, comencé a andar y me dio ese tic que uno suele tener cuando deja algo atrás que le ha gustado o que le ha jorobado (el mismo gesto para sentimientos tan diferentes, así de contradictoria es la naturaleza humana), y me giré para echar un último vistazo al lugar donde tan humillado me había sentido. Allí estaba el carroñero, en la puerta, con sus manos en los bolsillos, sonriendo y, como dice la canción, “con su diente de oro estilo Pedro Navaja”. Yo continué para casa.

En otra ocasión, seguramente hubiera buscado otros establecimientos para este menester, pero yo estaba literalmente derrotado, demasiados desencantos en tan poco tiempo y, aunque no lo creáis, no tenía fuerzas ni para llevar la bolsa con el codiciado cuadro. Ese que iba a ser la solución a mis problemas... Sin embargo, seguí caminando.

Llegué a “la casita”, colgué el cuadro en la misma alcayata donde llevaba tanto tiempo y de la que no debería haber salido, me puse cómodo, me harté de agua del grifo y a dormir. Mañana sería otro día.

Capítulo 4. El “Penas”

Y así amaneció el domingo como todos los días, a las seis y media de la mañana. Una vez duchado, me preparé el desayuno pero sin hacer mucho caso a eso que dicen: “Desayuna como un rey, come como un príncipe y cena como un mendigo”. Yo me apliqué la última frase y desayuné como un mendigo. ¡No me quedaba otra opción!

Respecto a mis planes para ese día, en principio pensé en dar un paseo pero mi estado de ánimo no quería acompañarme, así que desistí y me puse a escribir sobre tiempos y experiencias vividas.

* * *

... como ven, ante las escasas expectativas que su actual situación le ofrece, Leo empieza a pensar en recuperar relatos del pasado, quizás con la esperanza de poder subirse a un tren antes desdeñado que le lleve ahora a un destino más favorable...

* * *

Al mediodía, me hice un arroz cocido rehogado con un huevo a la plancha; de postre, fruta, concretamente un plátano, más que por el potasio porque ya se estaba poniendo de color morado tirando a negro (cosas de comprar en los “chinos”). Para terminar, me fumé un cigarrillo que, por cierto, era el último porque, sin darme cuenta, mientras escribía, había consumido el tabaco que tenía.

Comencé a rebuscar monedas por los bolsillos, carteras, cajones, bajo la cama, el sofá, esas monedillas que uno deja aquí y allí (¡claro, cuando te sobra, que no es mi caso!). Pero, bueno, rebusqué hasta reunir lo suficiente para comprar tabaco. Eso sí, el más barato. De todas formas, todos matan, te dejan impotentes y no sé que más desgracias, ¡coño, pues qué lo prohíban, como al resto de drogas! Aunque eso es imposible: con la pasta que da al gobierno, nada de nada, os lo aseguro. Me puse una camiseta, el pantalón de chándal y me dije: “¡Ya está, Leo! Que el chino está a doscientos metros y no hace falta que te pongas el traje. No creo que te encuentres con alguien a estas horas y en este día”. Y me fui en dirección al “chino”.

Por el camino, me detuve en un escaparate de esas tiendas tan de moda en la que venden cosas de segunda mano, esas que, ante la falta de medios económicos, han proliferado últimamente ¡sin ser anticuarios! En fin, ¡saben a qué tipo de negocio me refiero! En ellos, te puedes encontrar hasta a tu abuela en el escaparate, porque venden y compran todo y de todo (aunque nunca he comprado nada allí, “ni volveré hacerlo”) pero me gusta mirar, no sé, ¡por entretenerme, leches!

Una rápida ojeada antes de seguir mi camino cuando, de repente, oigo una voz, una voz que me llama.

–¡Leo, Leo!

Esa tarde, mejor me hubiera quedado en mi hacienda sin fumar porque el elemento que me encontré no tenía nada de gracioso... ¿De quién se trataba? Pues de Jesús, el marido o, mejor dicho, el ex marido de Pilar, la mujer que me encontré y con la que hablé días atrás... ¿La recuerdan? ¡Sí, la que me preguntó insistentemente por Nando! (y más adelante sabréis por qué me insistía tanto). Continúo... Jesús, el medio amigo, medio conocido, o Dios sabe qué, me dice:

–¡Leo! ¿Vienes o vas a la playa?

–¡Hombre, Jesús! ¿Qué tal estás? Precisamente, hace unos días me acordé de ti –le dije, sin pensar en comentarle que me encontré con su ex mujer, claro.

–Y yo de ti –me dijo.

Y ahí sí pensé: “¡Sería que me estabas criticando, cabronazo!”.

Fuera de juego

–¡Ah!, ¿sí? ¿Para bien o para mal?

–¡Siempre para bien, Leo! ¡Ya me conoces!

–Pues me alegro Jesús. Y no, no vengo ni voy a la playa. Voy a comprar tabaco y, como está cerca, no me he puesto el frac –le dije sonriendo.

–Deberías dejar de fumar, Leo. El tabaco mata. Fíjate lo que me pasó a mí.

No pude evitar un leve movimiento ascendente de ceja, que demostraba mi opinión al respecto. Pero creo que Jesús ni se percató. Es más, continuó.

–¡Qué alegría verte, Leo! ¡Vamos a tomar algo!

Y pensé: “Pues, la verdad, a mí alegría de verte, ninguna”. Por otro lado, estaba yo como para tomar algo...

–Mejor, me acompañas al “chino”, no estoy acorde para pasear por el centro –contesté con la esperanza de que me dejara tranquilo.

–¡Venga! Te acompaño y luego damos un paseo por el centro.

Por lo que se veía, el gilipollas o no escuchaba o se pasaba por los cojones lo que yo le decía...

Y, al final, mis esperanzas se desvanecieron y fuimos a tomar el aire, por no decir “a tomar por culo”, y digo el aire porque la cosa no estaba para meterse en bares a tomar nada y, menos aún, con un “penas” como este.

Para no variar, Jesús se quejaba de su situación (¡a bueno había ido a parar!) pero yo tengo una capacidad de aguante increíble: soy capaz de soportar y ser pañuelo de lágrimas de diez personas a la vez, “y no estar más loco”, incluso más... ¡Vamos, de record Guinness! Y todo ello sin título de psicología...

Como os decía, este personaje me contaba su situación un poco ¿peliaguda? Llamémosla así por no decir “peñazo”, que es más real pero suena mucho peor.

Les comento. Jesús, hace unos años, padeció un infarto y la verdad es que ¡no sé por qué!, “sorpresas que te da la vida”. Desde que le conozco, se ha movido menos que el bigote de José María Aznar. ¡Vamos, que no ha dado un palo al agua en su vida! El caso es que trabajó tres semanas con un horario de siete horas, se estresó y le dio un infarto, motivo por el cual le dieron la invalidez absoluta. Es decir, que no puede trabajar en nada de nada. Curioso, ¿no? Nunca trabajó y encima lo condenan a no trabajar. Vamos, un regalito... Y él me lloraba...

–Leo, me ha quedado una pensión de 660 euros. ¿Tú te crees que con esa cantidad se puede mantener una familia? ¡Y menos mal que no tengo hipoteca!

Suspiro para mantener la compostura al recordar mi situación.

–Pues no, Jesús, la verdad es que no. Pero, que yo sepa, nunca has mantenido a nadie. En cuanto a que no tengas hipoteca, me parecería una burrada que todavía la tuvieras porque hace treinta años que compraste el piso y te costó dos millones y medio de las antiguas y añoradas pesetas. ¡Vamos!, si te quedara hipoteca ¡sería para matarte!

No pude contestar de otra forma. Mientras me hablaba, recordé las mil putadas que a lo largo de su vida hizo a tantas personas y, en particular, a Nando y a mí, que le créimos una persona en quien confiar. Dicho esto, pensé: “Leo, ya tiene suficiente, no merece la pena malgastar palabras con personas así”, por lo que continué oyéndole dentro de la mala leche que me estaba dando.

–¡Hombre, Leo! No digas eso –me dijo irritado.

–No, no te lo digo... ¡Es así! Jesús, tú siempre has sido especialista en no hacer ni el huevo y no lo digo yo, lo

dicen tus tres hermanas, tus suegros, tu hijo, tu mujer y, si haces un referéndum, lo dirían todos los españoles. ¡Leche, Jesús! Que a ti siempre te han “ayudado”, por no decir “mantenido”. Aparte de eso, tu mujer, desde que la conozco, trabaja. Tu hijo terminó de hacer la comunión y lo colocaste de no sé qué y el perro... Por cierto, ¿sigues teniendo al perro? –le pregunté.

–No, murió.

–Pues sería de mala leche y aburrimento porque un poco más y lo alquilas para tirar de trineos en Alaska.

UNA FRASE, UNA REALIDAD (7)

Volví a recordar la frase:

“Hay hijos que podrían haberse quedado en el vientre de su madre hasta cumplir los cuarenta años porque, aun con esa edad, siguen viviendo de ella”.

–¡Coño, Leo!, no seas desagradable que, gracias a mí, Pilar y mi hijo trabajan. Yo fui quien les buscó trabajo y, no sé lo que te ocurre conmigo, porque tú también tienes lo tuyo.

–Sí, Jesús, pero ahora estamos hablando de ti, no de mí. Lo mío es otra historia. Además, no justifiques ni compares el mal tuyo con el de los demás... Que eres muy cotilla.

–Leo, me estás cabreando... No me hables así, por favor.

–Ni tú te pongas en plan mártir... Aunque sea verdad que fuiste quien buscó el trabajo a tu mujer y tu hijo, no creo que eso sea para que tiren cohetes cada vez que te ven. ¡Vamos, hombre!, si me dijeras que le has comprado un descapotable a cada uno sería otro cantar, pero ¡ponerlos a trabajar! ¡Vaya tela! En fin, no te enfades y continúa con tus problemas... Te escucho –le dije.

–Mejor, lo dejamos.

“Salidas que tienen este tipo de personas”, me dije, “en cuanto le tocas su, digamos, fibra sensible, el rollo que manejan se corta y cambia de asunto o se calla”.

–Como quieras, Jesús. ¡Ánimo, que todos estamos pasando un mal momento! –le dije.

–Ya lo sé, pero, a veces, pienso que, si pudiera, vendería mi alma al diablo.

Eso me sonó a “coña” y tragicomedia, así que, con media sonrisa, le dije:

–Te creo, Jesús, te creo. Tú, por no trabajar, serías capaz de cualquier cosa...

¡Lo qué me reí cuando lo solté!

–Coño, Leo, ¡qué cabrón eres! Te estoy hablando en serio...

“¿Cabrón?”, me dije, “¡mira quién va a hablar!” y continué.

–Jesús, espero que si te encuentras al diablo y ofreces tu alma sea más generoso que el anticuario, porque como valore tu currículum laboral y profesional... ¡no te da ni un euro!

–¿Qué dices, Leo? –preguntó desconcertado.

–Nada, Jesús, cosas mías, cosas mías.

Él, en busca del chisme, empezó a indagar...

–Bueno, hemos hablado de mí pero ¿y tú? ¿Cómo te va desde que tuviste que dejar el pub? Cuéntame... Porque lo tuviste que cerrar, ¿no? Las malas lenguas dicen que tuviste problemas con la Policía por carecer de licencia y otras cosas... ¿Es verdad?

“¡A ti te lo voy a contar, mala lengua...!” grite en mi interior...

–Otro día, Jesús. Me voy que tengo que hacer una gestión... –mi tono demostraba cansancio.

–¿Qué gestión? Pero ¿no ibas a comprar tabaco? –insistió él.

–Sí. Pero me has recordado que voy a tratar de hacer la misma gestión que has estado haciendo tú toda tu vida: vivir sin hacer nada. Adiós, Jesús. Y recuerdos de Nando.

Sin atreverse a decir nada más, me contestó dubitativo:

–Pero, pero... Leo...

Fuera de juego

Me di media vuelta y lo dejé con la palabra en la boca.

Ese día me salió el tic de la soberbia que, aunque por un corto espacio de tiempo, fue suficiente. Cuando Jesús giró la esquina fui al “chino”, compré tabaco y a “la casita”...

UNA FRASE, UNA REALIDAD (8)

Volviendo y, a raíz de la situación de Pilar y el “Penas”, me vino a la mente una frase:

“¿Hay algo peor que llegar a casa solo y que no haya nadie que te espere? ¿Hay algo peor que despertar y no tener a quien decirle «¡Buenos días!»?”.

Fuera de juego

Capítulo 5. Nando

Una vez en “la casita”, sentado en mi sofá despeluchado por el paso del tiempo, ¡cómo me apetece evadirme del presente! Os voy a seguir relatando mis vivencias como empresario, cómo empecé y, ya de paso, conoceréis a mis amigos, mis clientes y las experiencias que viví y aprendí con Nando, mi mejor amigo, por el que ya se han interesado varias personas... Os contaré cómo, en aquella época, abrí un negocio.

* * *

¿Lo ven? ¿No les decíamos que Leo estaba empezando a ser invadido por una peligrosa nostalgia?

* * *

En aquellos tiempos, cuando algún hijo no estudiaba porque era más flojo y vago que una manta, los padres y familiares cercanos intentaban ponerle o ayudarle para que abriese un negocio y, así, quitarse el mochuelo de encima. Lo primero e importante es que fuera capaz de sacarlo adelante, teniendo muy en cuenta sus aptitudes. Unos abrieron ferreterías, por eso de que les faltaba un tornillo; otros, tiendas de tejidos, para que el tan escuchado “¡vaya tela!” estuviera justificado; otros, zapaterías, por lo de calzar a la que pudieran; otros, bares, por eso de beber y ligar gratis; otros, una tienda de ropa interior para señoras, por eso de olvidar ser carpintero como su padre y poder salir del armario (que, en aquellos tiempos, los armarios estaban cerrados con siete llaves y, si estabas metido en uno, ni se te podía ocurrir salir de él).

Normalmente, los familiares ponían el dinero, aunque algunos avalaban a sus hijos y pedían un crédito a un director de banco conocido, que siempre se los concedía a sabiendas que los que en realidad pagarían eran sus padres. Os puedo decir que el noventa y nueve por ciento de los negocios quebraron a los pocos años, dejando un reguero de deudas, separaciones matrimoniales, alcoholismo y obligando a meterse en el armario al que tanto le costó salir... Después de esta clase sobre los “emprendedores” de aquella era, tengo que decir que, en mi caso, fue un pub o bar de copas. Durante el tiempo que estuvo abierto, Nando formó parte importante tanto de mi negocio como de mi vida personal, por lo que, ahora sí, os hablaré de él.

¿Quién es Nando? Pues sencillo. Si habéis prestado atención, ¡es mi mejor amigo! Fernando Díez, “Fernandino” para sus familiares y Nando para los amigos... Y, si no estáis aún cansados de mí, como tengo tiempo, os cuento. Pero si me quedo dormido, no me despertéis... ¡Gracias!

Nando y yo estudiamos juntos. Bueno, vamos a rectificar esta frase: Nando y yo estuvimos en el mismo colegio, estudiáramos o no, ¡que es otra historia! Con diez años, mes arriba o abajo, coincidimos en el mismo curso, en ingreso, justo después de hacer la primera comunión, que, si no lo sabéis, en España se hacía obligatoriamente con ocho o nueve años.

Nando es el menor de tres hermanos y el desastre familiar en cuanto a estudios, trabajo y amistades peligrosas... El fue ese hijo que viene inesperadamente y fuera de control. Continúo, que me pierdo en mis pensamientos y chistes internos... que ya no me acuerdo ni de lo que estaba contando con tanta verborrea...

¡Ah sí!, les decía que, por ser el menor, sus padres se volcaron en él, dándole todos los caprichos y cuidados que se les suele dar aún hoy a los benjamines. Y, cuando digo benjamines, me refiero al menor de los hijos, no a las botellitas de cava pequeñas.

Como es normal, Nando, siendo niño y menos niño, se crió sin muchas exigencias en cuanto a formación pedagógica, pero sobrada a nivel educacional, por lo que estudió lo justo. Creo recordar que, en broma, yo le decía que el único diploma que podía colgar en la pared de su dormitorio era el de haber sido vacunado contra la viruela, la rabia o algo así.

A los dieciséis años, después de salir del colegio, o, mejor dicho, de que nos echasen, cada uno cogió su camino,

el que nos impusieron nuestros padres, motivo por el cual dejamos de vernos durante años. Concretamente hasta el día en que salimos en pelotón para hacer el servicio militar, que, en nuestros tiempos, era obligatorio también. ¿Dónde nos vimos? En un bar situado frente al cuartel militar correspondiente, antes de coger el tren para dirigirnos a nuestros destinos.

Ese día, no paramos de beber y hablar después de abrazarnos con esa cordialidad que te da el alcohol mezclado con el cariño.

Tras despedirnos, dejamos de vernos durante otro largo periodo de tiempo y volvimos a reencontrarnos pasados unos años. ¿Dónde creen? ¡Pues aciertan! En un bar en el centro de Málaga y, lógicamente, con una copa cada uno en la mano... Pasaron muchos años hasta volvernos a reencontrarnos. En esta ocasión, el combinado fue perfecto: yo tenía bares de copas en el centro y él era delegado comercial de una importante distribuidora de bebidas, con lo cual, aparte de amigo, era cliente y proveedor... Sobran comentarios (o eso creo yo).

Aunque su padre le ofreció trabajar en la empresa familiar, una distribuidora muy importante de productos farmacéuticos, su anhelo de libertad y superación le hizo tomar otro camino, el de comercial, dedicándose en un principio a la venta de bebidas alcohólicas en bares, restaurantes, discotecas y pubs, sobre todo en lo último, que es lo que le gustaba más (ya saben: ginebra, ron, *whisky*...).

Su trabajo comenzaba a las ocho de la tarde y, lógicamente, terminaba ¡Dios sabe cuándo! pero era seguro que de madrugada, harto de probar lo que representaba y de promocionar sus productos con esas niñas tan monas “para hacer publicidad”. A veces, creía ser el Sr. JB, que es como le llamábamos en plan cariñoso.

Sus padres no salían de su asombro con aquel niño... Bueno, niño lo que se dice niño, no era. A sus cuarenta y tantos años, llegaba a casa de madrugada, “tambaleándose de cansancio” según le decía su madre al padre. Y este, por no escandalizarla, asentía con la cabeza, que no con palabras... ¿Qué le iba a decir a su Carmen, esa santa esposa y madre, cuando ella le decía “Fernando, ¡hay que ver cómo trabaja Fernandino, no para!”.

–Sí, Carmen, pero creo que ya tiene edad de buscarse un futuro; no ha querido estudiar y tampoco le gusta el negocio familiar... Algo tendrá que hacer, ¿no?

¿Qué le iba a decir? Pero ella insistía.

–Sí, pero con lo bueno que es y la mala suerte que tiene. Fíjate, ¡hasta Marina, su novia, le dejó! ¡Ay, Dios, pobrecito, qué malas son las mujeres!

–Sí, Carmen, sí – decía el padre de Fernandino mientras recordaba quién dejó a quién y por qué.

A pesar de todo lo que se pueda decir de mi amigo, me consta por ambas partes, él y su familia, que Nando nunca les pidió ayuda económica. Y, en ocasiones, lo pasó muy mal por confiar en quien no debía. Él siempre decía: “Lo bueno y lo malo, me lo busco yo, y tengo que saber disfrutar y resolverlo”. Y así lo hacía. Al menos, siempre que podía.

Sr. JB, ¡perdón!, Nando, gracias a sus aptitudes y saber estar, logró llegar a una situación privilegiada en la empresa donde trabajaba como comercial y relaciones públicas. Nunca he conocido alguien con ese don de gentes, sin olvidar lo querido, respetado y bien considerado que era. Uno de los mejores profesionales en su gremio, quizás el mejor, por lo que constantemente recibía ofertas de otras firmas de la competencia.

Una noche, quedé citado con Nando en un pub cercano a uno de mis bares. Esa noche, me apetecía tomar una copa, fuera de mis negocios. Pasadas las doce de la noche, llegué al lugar. Una vez dentro y, a pesar de la cantidad de personal que había, vi a Nando al final de la barra hablando con el propietario. Me acerqué y, tras saludarles, le pregunté disimuladamente a mi amigo.

–Nando, ¿cuántas copas llevas?

–Esta hace la segunda, Leo. Pero no me encuentro muy bien esta noche.

Me fije en él y lo vi un poco extraño, con su mano presionando su pecho y, aunque había poca luz, le notaba la cara un poco desencajada. Pero ya se sabe que, con esa iluminación, se ve lo justo. Después de beberse la copa, comenzó a sentirse peor. En principio, no me dijo nada pero yo, que lo conozco y lo estaba observando, le pregunté:

–Nando, ¿te ocurre algo?

Y él, estremeciéndose, me dice:

–Leo, estoy mal. Me duele mucho el estómago...

Le miro y le veo muy mala cara (¡cómo nunca!, y mira que habíamos agarrado tajadas y echado la “papa” juntos): le vi bastante pálido, sudoroso y con unas ojeras muy marcadas. Ante esta situación, le dije:

–Nando, vamos fuera que te dé un poco el aire. ¿Te caería mal la cena?

–No sé, puede...

–¿Tal vez se te cortó la digestión? Salgamos de aquí, que hace mucho calor – le dije mientras llamaba al camarero para pagar –. Por favor, dime qué te debo.

–Nada, Leo, estáis invitados –me respondió.

–¡Gracias!

Nos despedimos y salimos a la calle. Nando estaba mal. Se ponía las manos justo en el centro del pecho, lo cual me asustaba mucho. Así que tanteé el terreno...

–Nando, vamos a ir a urgencias, ¿vale?

Arrugó la nariz y me contestó:

–¡No! Voy a esperar un poco, a ver si se me pasa.

Pasado un tiempo, al no ver mejoría, le volví a preguntar.

–Nando, ¿te sigue doliendo?

–Sí, Leo. Me duele más...

–Pues decidido. Mejor nos llegamos a urgencias. ¡Venga!

Mi tono de voz no dejaba lugar a replicas ni tonterías. Le cogí del brazo y fuimos en dirección a mi coche. Él, viendo la batalla perdida, me dijo:

–Creo que será mejor ir en mi coche, que está en el parque.

–No, Nando. Mejor vamos en el mío, que está ahí enfrente –dije, a la vez que lo señalaba, aparcado justo en la acera contraria.

Nos subimos al coche y fuimos lo más rápido posible hacia el Hospital. Durante el corto trayecto, no paré de preguntarle.

–¿Cómo estás? ¿Mejor, igual o peor?

Yo estaba acojonado.

Fuera de juego

–Me sigue doliendo... –respondía él, creo que un poco cansado de mí.

–No te preocupes. Ya llegamos, te miran y nos quedamos tranquilos –le decía para tratar de animar y tranquilizar, aunque no sé si más a él o a mí mismo.

Tardamos diez minutos en llegar y, por suerte, aparcamos frente al hospital, en unas plazas reservadas para minusválidos y gente con problemas de movilidad. Pensé que, a esa hora, no molestaría y que Nando, ahora mismo, entraba en el segundo grupo. Subimos la cuesta y, antes de entrar a urgencias, le dije:

–Nando, dame la cartilla de la Seguridad Social.

Nando sacó la cartera con nerviosismo y me la entregó.

–¿Te hace falta el carné de identidad? –me preguntó.

–No, no creo.

Entramos a recepción y, rápidamente, apareció y se acercó un celador con una silla de ruedas y ayudó a Nando a sentarse.

–¡Siéntese!

Una vez sentado, le pasó a la sala de urgencias, mientras yo presentaba la cartilla en Admisiones. Tras tomar los datos, me la devolvieron y me dieron una pegatina en la que ponía familiar o algo así. Me la puse y pasé al interior donde ya se encontraba Nando, sentado con la cabeza apoyada en sus manos, así que me senté a su lado.

–¿Qué? ¿Cómo te encuentras?

–Igual, Leo...

–Bueno, tranquilo ya estamos aquí. Más seguro, imposible –le dije tratando de animarlo.

En ese día y a esa hora, las dos de la madrugada, había poca “clientela” en urgencias, según me había explicado un amigo celador y cliente de mi bar. Todavía no había llegado la hora de los comas etílicos, que se solía producir a partir de las cuatro o las cinco de la madrugada. Mientras yo andaba absorto en mis propios pensamientos sobre la hora o no de los comas etílicos, Nando me dijo:

–Leo, pase lo que pase, ¡no llames a mis padres! Ellos son mayores y se preocupan por nada.

–No te preocupes, Nando. Salvo que te toque el “gordo de la lotería”, no llamo a nadie –acabado de decir esto, se acercó una enfermera y se dirigió a mi amigo.

–A ver, Fernando, ¿qué te ocurre? –dijo ella con un tono amable.

–Me duele mucho el estómago –contestó Nando.

–¿El estómago? Señálame dónde.

Nando se puso la mano justo en el centro del pecho.

–Vale, tranquilo –le indicó la enfermera–. Estás un poco nervioso, ¿no? –le dijo mientras le ponía el medidor de tensión en el brazo.

–Sí, un poco –admitió Nando.

–Tranquilo, Fernando. Vamos a tomarte la tensión y la temperatura –decía mientras le acercaba un termómetro al oído, y le preguntó–: ¿Eres alérgico a algún medicamento?

–No, que yo sepa –dijo Nando.

–¡Ya está, listo! –dijo mientras anotaba los datos de la tensión y la temperatura.

Seguidamente, le pasaron tras una cortina y le hicieron un electrocardiograma. Cuando acabó, salió y se sentó de nuevo junto a mí en la sala de espera. Pasados unos minutos, llamaron.

–¿Fernando Díez? –dijo un hombre con atuendo de doctor.

–¡Sí, aquí! –contestamos los dos a dúo, así que Nando aclaró –: ¡Soy yo!

–¿Tú eres familiar? –dijo el doctor, mirándome.

–Sí –contesté.

–¿Puedes andar? –preguntó a Nando.

–Sí –dijo Nando.

–Pues acompañadme, por favor.

Se dirigió hacia un pasillo con consultas a ambos lados. Nosotros le seguíamos y entramos en una de ellas detrás de él.

–Sentaos –dijo, señalando el par de butacas que había y, obedientemente, nos sentamos los dos.

–Bien, Fernando. Explícame. ¿Qué te ocurre?

–Pues estaba bien y, de pronto, me ha dado un fuerte dolor en el estómago, justo aquí.

Puso el dedo señalando el centro del pecho.

–Eso es todo, doctor.

–Bien –dijo el doctor, levantándose del sillón–. Desabróchate la camisa y tumbate en la camilla.

Nando así lo hizo y el doctor comenzó a apretar el estómago, el vientre y el centro del pecho. Cuando llegó al epicentro del dolor, Nando se encogió.

–¿Es aquí donde le duele? –dijo, volviendo a hundir su mano en el centro del pecho.

–¡Sí, ahí! –se quejó Nando.

A mí me estaban dando sudores fríos de ver las muecas de mi amigo. Y eso que no soy nada aprensivo.

–Incorpórate y siéntate.

Tras sentarse, le aplicó ese instrumento que usan los profesionales de la salud para escuchar tanto el corazón como los pulmones y sonidos extraños en el cuerpo, ¿el fonendoscopio o estetoscopio?, no sé exactamente cómo se llama o si están aceptadas ambas como sinónimos... En fin, una vez terminada la revisión médica, se dirigió a su mesa, se sentó y dijo:

–Bueno, Fernando, puedes abrocharte la camisa.

Así lo hizo Nando y se sentó de nuevo frente al doctor.

–Ahora, necesito que contestes sinceramente a una serie de preguntas. La primera, ¿fumas?

–Sí.

Fuera de juego

—¿Cuánto?

—Dos cajetillas al día, más o menos...

—¡Mucho!, ¿no te parece?

—La verdad es que sí —dijo Fernando.

—¿Eres bebedor?

Ante esa pregunta me dije: “¿Qué dirá Nando?”

—Un poco...

“¡Será cabrón!”, pensé, “si lo que te metes entre pecho y espalda es «un poco» entonces ¿qué será «un mucho»?”. Por otro lado, el médico, que era médico, no gilipollas, le cazó.

—¿Un poco? ¿Qué quiere decir un poco? ¿Bebes a diario? ¿Por la mañana? ¿Al mediodía? ¿Por la noche? Dime...

Nando, al que se le puso la cara de lo que es, de idiota, me miró a mí, quizás pensando que yo saltaría diciendo: “¡Mucho coño, mucho!” y contestó:

—Bastante, aunque solo por las noches. Dos o tres copas al día. Y los fines de semana, algunas más caen...

Eso sí era cierto, no mintió. El médico lo miró, nos miró y continuó.

—¿Tomas o sueles consumir algún tipo de droga más allá del alcohol y el tabaco?

Pregunta normal: después de lo oído, yo hubiera preguntado lo mismo. Pero Nando se sintió casi ofendido y contestó tajantemente:

—¡No! ¡Ni tomo drogas, ni nunca he tomado! —contestó ante el asombro del doctor y, la verdad, que esto sí lo puedo confirmar. Ni él ni yo tomamos nunca ningún tipo de drogas y siempre estuvimos en contra de ellas. Aunque en cuanto a beber y fumar, debo decir que estábamos bastante a favor.

—Bien, Fernando, bien. Tienes que comprender que, ante lo que fumas y bebes, te tenía que hacer esta pregunta. En ocasiones, el bebedor y fumador, y más aún con tu edad, suele hacer uso de otro tipo de drogas como, no sé, porros, cocaína... Pero me alegra que este no sea tu caso. En principio, no es nada del corazón. El electro ha salido muy bien. El dolor está localizado en el esófago y, por ello, tal vez sea una esofagitis, una inflamación del esófago...

Nando, sin esperar que el doctor terminara, le preguntó:

—¿Y eso es malo?

El doctor, un poco desairado por el corte en sus explicaciones, dijo:

—Hombre, Fernando, en medicina todo tiene su importancia. Habrá que hacer unas pruebas y una analítica para ver lo que hay. Aunque, como te he dicho, descartamos problemas cardíacos. Ahora, vas a pasar a la sala contigua y vas a esperar a que te llamen, para hacerte más pruebas.

“¡Menos mal!”, pensé, porque lo primero que se me vino a la cabeza cuando vi a Nando agarrándose el pecho fue que se trataba de un infarto.

Salimos de la consulta y entramos en la sala que nos había indicado el doctor mientras él se dirigía a un mostrador, tras el cual había una especie de casilleros asignados a cada uno de los pacientes que se encontraban en la sala, a la espera de los resultados de las pruebas solicitadas. El doctor metió en uno de ellos el informe de

Nando y no pasó ni un minuto cuando escuchamos:

–¿Fernando Díez?

–¡Sí, yo! –exclamó Nando.

–Venga conmigo, Fernando –dijo una enfermera.

Nando se levantó y fue tras ella. Al pasar por el mostrador, un celador le preguntó a la enfermera:

–¿Es Fernando Díez?

–Sí, lo llevo a rayos –dijo la enfermera mientras miraba el informe que llevaba en la mano.

–¡Espera! Si no te importa, que antes pase a extracción.

–¡Ah, bien! –dijo ella–. Fernando, pasa aquí que te van a sacar un poquito de sangre.

Señaló un recinto pequeñito, lleno de tubos, medicamentos y mil artilugios más. Nando se acercó y el ATS preguntó:

–¿Fernando Díez?

–Sí –volvió a contestar Nando.

–Siéntese, por favor.

Me acerqué y vi a Nando sentado con una cara que daba verdadera lástima. Pude fijarme en que su brazo estaba apoyado en un artilugio antes de que el ATS, esgrimiendo una jeringa y varios tubos, se girara y cerrara la cortina, desapareciendo ambos. Tras unos minutos, que para mí fueron horas (y para Nando imagino que siglos), se abrió la cortinilla y salió Nando haciendo el típico corte de mangas que hacemos todos los que alguna vez nos han extraído sangre. Entonces, la enfermera se acercó y le dijo:

–Fernando, vamos a rayos.

Él, como cordero al matadero, la siguió con cara de resignación. ¿Qué iba a hacer el pobre? A los diez minutos, más o menos, regresó y se sentó a mi lado.

–Nando, ¿cómo estás?

–No sé, parece que mejor...

–¿Cómo que mejor? Pero ¿qué te han hecho?

–Unas radiografías.

–¿Y con eso te sientes mejor? –le pregunté sorprendido.

–Pues la verdad es ¡que me duele menos!

Y le creí. Es curioso pero parece ser que cuando llegamos con cualquier dolencia a la consulta de un médico, y sobre todo a Urgencias, al tiempo de estar allí y ver el panorama que hay se nos quita todo y nos sentimos mejor. Yo lo achaco a que en estos lugares siempre se ven personas que están en una situación más delicada que la propia y, ¡milagrosamente!, nos desaparecen todos los síntomas y males que pudiéramos padecer. Nos dan unas ganas locas de marcharnos a casa diciendo: “¡Milagro, milagro, me he curado!”.

En otras ocasiones, deseamos que nos atiendan lo antes posible y que una señora o señor con bata blanca o verde, da igual, se acerque y nos diga:

Fuera de juego

–No es nada, solo gases. Toma esta pastilla y a casa.

Después de esta percepción particular sobre la variación de estado de ánimo en los hospitales, sigo con la historia y debo decir lo que le dije a Nando.

–Ahora, toca esperar a ver lo que nos dicen. Mejor dicho, a ver qué te dicen.

Pasó un buen “ratazo”. No puedo calcular el tiempo porque estuvimos charlando de cosas sin importancia y cayendo, de vez en cuando, en chistes propios de los entierros, velatorios y, ¡cómo no!, de las largas esperas en hospitales, médicos y similares. La sala se había animado y ya estaba llena. Me recordaba al ambiente de una discoteca un viernes a las tres de la madrugada. Seguramente había llegado “la hora H”, ¿recuerdan?, la hora de los comas etílicos y accidentes varios propios de las juergas noctámbulas.

Por fin, llegaron los resultados de la analítica, que fueron introducidos en la casilla correspondiente al expediente de Nando y, poco después, sucedió lo mismo con las radiografías. En esos minutos de espera, el médico no paraba de dar vueltas atendiendo a sus pacientes y mirando de vez en cuando si habían llegado las pruebas solicitadas. Una de las veces, se acercó y miró en la casilla que correspondía a Nando ojeando los resultados. Tras verlos, los cogió y se dirigió hacia los asientos que ocupábamos diciendo:

–Fernando, acompáñame.

–¿Puedo ir yo también, doctor? –le pregunté.

–¡Claro que sí, vengan!

Y le seguimos en dirección a otra consulta diferente a la anterior.

–Sentaos por favor –dijo mientras volvía a mirar los resultados de Nando y levantaba las radiografías a la luz–. Fernando, parece ser que lo que tienes es, en efecto, una inflamación del esófago. ¿Has sentido alguna vez este dolor?

–¡No, nunca! A veces, me da un poco de acidez. Pero me tomo un Almax y se me pasa.

–¡Ya! –exclamó el médico mirando la analítica y arqueando notoriamente una ceja–. Hoy, ¿cuántas copas dices que te has tomado?

–Dos... O, quizás, tres.

“Será cabrón. ¡Y a mí me dijo que era la segunda!”.

–Pues o han sido más de tres o te las tomaste bastante cargadas. Lo digo más que nada porque en el análisis sale un alto contenido de alcohol en la sangre. ¿A qué te dedicas?

–Soy comercial –le dijo Nando.

–¿Comercial de...? –indagó el doctor, que creo que intuía por dónde iban los tiros.

–De bebidas...

–¿De bebidas...?

Me entró la risa por dentro mirando cómo Nando sufría un poco por su estúpido intento de no aclarar en la primera pregunta en qué consistía su trabajo realmente.

–Sí, de bebidas. Principalmente, alcohólicas –respondió Nando un poco colorado.

–Ya. Pues llevas el muestrario en la sangre.

Nando puso una cara de cabreo que para qué. Pero, la verdad, es que todo lo que le estaba diciendo el doctor era cierto, así que lo mejor que podía hacer era callarse.

–¿Qué bebida sueles tomar? –preguntó el médico.

–Ron, ron con coca cola.

El médico tomó nota y continuó.

–Fernando, ¿eres consciente de que bebes mucho, quizás demasiado?

–La verdad, doctor, solo bebo durante la noche. Como le dije, el resto del día solo tomo agua o coca cola...

–¡Sí! Pero, durante la noche, te bebes todo lo que no te has bebido durante el día y un poco más. Una pregunta, Fernando: ¿tú serías capaz de dejar de beber una semana, unos días o, quizás, tan solo un día?

“¡Qué pregunta!”, pensé, “¿por qué la hará?” En ese momento, vi claro hacia dónde se dirigían los pensamientos del doctor.

–¡Claro que sí! ¿Por qué me dice algo así? ¿No pensará que estoy alcoholizado? Ya le he dicho que solo bebo por las noches, nunca a lo largo del día...

El médico suspiró.

–No, Fernando. Yo no pienso nada. Yo estoy aquí para ayudar y curar. Lo que piense o no es cosa mía. Y lo que quiero es recabar datos en base a lo que leo en los informes y resultados de las pruebas. Como te he dicho, tienes un alto contenido de alcohol en sangre que puede ser por lo que bebiste hoy. Pero, en algunos valores de la analítica, veo otros resultados a tener en cuenta y, en cuanto a lo que dijiste antes, te aclararé que ser alcohólico no quiere decir que estés bebiendo a todas horas del día.

–Perdón, doctor, la verdad es que estoy un poco nervioso –se disculpó Nando.

–Pues no te pongas nervioso. De momento, te vas a tirar unos días con dieta blanda: arroz cocido, pescado, calditos, etc. Y muy importante: de beber alcohol, ¡nada! No obstante, si te sientes nervioso, te alteras o tu organismo te exige una copa, te la tomas que no pasa nada. Pero sin pasarte. Y, cuando visites a tu médico de familia, se lo cuentas. Él ya sabe los pasos a seguir. El informe que te voy a dar, se lo llevas... ¿Sí?

–Lo que usted diga –dijo Nando sumisamente.

–Y ahora te explico. En principio, en las placas se aprecia una inflamación en el esófago. Es importante saber qué ha producido esta inflamación, así que te voy a mandar una gastroscopia y te remitiré a digestivo...

Yo, que no me puedo callar, le pregunté:

–Doctor, ¿ve usted algo de importancia?

Miró y contestó.

–Ya os he dicho que en medicina cualquier síntoma puede ser importante, con independencia de que después no sea nada...

Nando también preguntó.

–Doctor, ¿qué es una gastroscopia?

–Hablando coloquialmente, y para que lo comprendáis, es una prueba que consiste en introducir una sonda por vía bucal hasta llegar al estómago. Durante el recorrido, una cámara va haciendo tomas de la zona que recorre y

Fuera de juego

enviándolas a un monitor, pudiendo, a la vez, mediante una especie de pinzas, extraer muestras de tejidos para su análisis posterior.

Nando, blanco y con un hilo de voz, le preguntó:

–¿Y eso duele?

El médico nos miró, sonrió y dijo:

–¡No, hombre! Más que doler, es una prueba un poco molesta pero no, no duele nada. Además, te suelen sedar. No te preocupes: quien la hace, sabe lo que se hace. Además, eres un poco mayorcito para asustarte por una prueba así, ¿no? –dijo sin parar de sonreír–. Nada, toma estos informes, lo presentas en recepción y allí se encargarán de tramitar la cita para la gastroscopia y el especialista digestivo. ¡Ánimo, Fernando! Seguro que no es nada. Venga, ¡que te mejores!

–Gracias por todo –dijo Nando, mientras estrechaba su mano.

–De nada, Fernando –dijo el médico.

Yo, para no ser menos, le di la mano y me despedí.

–Gracias, doctor. Y encantado de conocerle.

–De nada. Y cuidaos. ¡Ya no sois niños! Y recuerda, Fernando: de alcohol, ¡nada!

–Sí, doctor, nada de nada, no se preocupe.

De camino a recepción, no sé por qué, me sentí mal al ver a mi amigo Nando andando con pasos inseguros, desorientado y preocupado.

Creo que ese día Nando comenzó a abonar la tasa y el precio que hay que pagar cuando se entra en ese mundo tan particular que es la nocturnidad, donde uno se cree el amo de la noche cuando, en realidad, es ella, con sus sombras y penumbras, quien te domina, transforma y envuelve con su particular magia, convirtiéndote en su trasnochado admirador más que en un simple y mero trasnochador. Pasas a formar parte de un espacio lleno de crápulas, algunos en desuso, que, amparados en la oscuridad, crean su propio submundo cargado de especímenes variopintos que, bajo sus propias reglas y leyes pactadas con la luna, ocultan sus oscuras verdades, sus ambiguos deseos y sus inquietudes inconfesables, convirtiendo sus pesadillas en sueños y sus sueños en realidades. Todo ello, disfrazado en sus mentes por el alcohol, el tabaco y otros combinados explosivos y acompañado siempre de las inusuales muñecas de las tinieblas.

Nando se encontraba un poco mareado y me dijo:

–Leo, ¿por qué no presentas tú esto mientras yo salgo a que me dé un poco el aire? –dijo mientras me entregaba la documentación.

–No te preocupes, yo la entrego.

Una vez presentados los informes en recepción y, tras comprobar el número de teléfono de Nando, muy amablemente me dieron tres hojas y me dijeron:

–Mire, esto es el informe de su ingreso para que se lo entregue a su médico de familia. Esta es la cita preferente para la gastroscopia, en el pabellón A, mañana lunes a las diez de la mañana. Aquí se le explica que tiene que venir en ayunas. Y este papel es para la cita del especialista digestivo el viernes a las diez y media. ¿Tiene alguna duda?

–¡No! Muchísimas gracias –respondí.

–De nada. Que haya mejoría.

–Gracias.

Salí al exterior y allí estaba Nando, blanco como la leche, apoyado sobre un pequeño muro que había al lado de la salida de urgencias. Yo, sin querer darle hasta el día siguiente más importancia a todo lo ocurrido, le pregunté:

–¿Cómo estás, Nando?

–Regular...

–Yo, también. Es normal. Forma parte del encantador y peculiar ambiente de los hospitales. Si quieres, damos una vuelta en el coche para que nos dé el aire y, cuando estés mejor, te llevo a casa.

–Sí, Leo. Será mejor. La verdad es que no tengo ganas de ir a casa ahora... ¿Dónde está el coche?

–¡Joder, Nando! ¿No te acuerdas?

–Sí, tío. Ahí enfrente –y se rio en mi cara tras tomarme el pelo. Eso era buena señal.

–¡Coño, pensé que habías perdido la cabeza!

Ambos nos reímos al unísono.

Nos subimos al coche y, como dos amantes en la madrugada, fuimos a dar un paseo, primero por el centro, después por la Farola, el Paseo Marítimo y los Baños del Carmen, donde paramos a fumar un cigarrillo. Mientras fumábamos, le dije:

–¡Qué rollo, Nando!

–Pues la verdad es que sí, Leo. Un rollo...

Una vez terminado el cigarro, volvimos al coche, lo puse en marcha y vuelta atrás, Paseo Marítimo, Camino Nuevo y Limonar, sin decir ni una sola palabra, solo escuchando un cedé de Dire Straits.

Harto de dar vueltas a esas “horitas de la madrugada” y viendo que Nando mejoraba, le dije:

–¡Bueno, tío! Te dejo en casa que mañana tenemos que madrugar para hacerte la prueba. ¡Qué digo “mañana”! ¡Hoy, coño!

–¿Vienes conmigo? –me dijo él con esa cara suya que denotaba mucha tristeza y miedo.

–¡Claro que sí, Nando! ¿Te voy a dejar a ti en manos de esas enfermeras tan “buenorras” para que las disfrutes tú solo?

–¡No tienes cara ni “ná”! –dijo sonriendo–. ¡Bien, estupendo! Así no se enterará mi madre.

Yo estaba seguro de que no se lo iba a decir ni aunque le fuera la vida en ello. Por eso y porque me preocupaba mucho su estado, opté por acompañarlo.

–Vale, tío. Mañana te recojo a las nueve en punto. ¡No te quedes dormido! Pon el despertador y no olvides las gafas de sol, que los “dráculas” no estáis acostumbrados a ver la luz del día... ¡Ah! Y recuerda: no desayunes ni fumes, que te conozco.

–¡Vale, vale, paliza! –me dijo mientras se apeaba del coche–. Bueno, Leo, hasta mañana, tío. Y gracias.

Se dirigió a la entrada de su casa y, antes de llegar, se volvió y añadió:

Fuera de juego

–Leo, ¿y mi coche?

–Lo dejamos en el centro. ¡Pero es igual! Yo te recojo mañana. Además ¿para qué lo quieres ahora? Mañana lo recogemos.

–Vale, sí. Mañana nos vemos. ¡Chao!

–Hasta luego, tío –me despedí.

Como todo español que se precie, nada más llegar a casa cogí el diccionario y me apresuré a buscar la palabra “gastroscopia”. Después, lo miré en Internet. ¡Joder! Cuando lo leí bien leído, me acosté del tirón todo acojonado y me tapé hasta la cabeza... Y eso que esa noche hacía un poco de calor. ¡Vaya trago para el pobre Nando! Realmente, me alegré de que no me lo tuvieran que hacer a mí.

Esa noche, puse a las siete y media los dos despertadores y el móvil para asegurarme de no quedarme dormido. La noche pasó en un abrir y cerrar de ojos y, a pesar de los múltiples artilugios preparados para despertarme, no oí nada. Menos mal que me desperté a las ocho: ¡me había quedado dormido! De un salto, me levanté, me hice una infusión, un poco de pan tostado con aceite, ducha y ¡preparado! Lo que son las cosas... En principio, no pensaba desayunar por eso de ir en ayunas. Pero luego me desperté del todo y me dije: “¡Leo, no! Tú, no. El que debe ir en ayunas es Nando”. Me estuve riendo un rato de la “empanada mental” que llevaba: como la señora me lo había explicado a mí, me había liado un poco.

Yo, en aquellos tiempos de nocturnidad, tardaba en despertarme y en ser persona de una a dos horas. Pero, dado el asunto, en media hora estaba como los búhos. Eso, sí: zombi total. Bajé y compré la prensa para tener algo con lo que entretenerme mientras “martirizaban” a Nando: por ejemplo, el crucigrama o cualquiera de las cábalas que aparecen en los diarios, porque, la verdad, por aquel entonces, las noticias me importaban una “leche” ya que en mi bar me ponían al día de lo que pasaba en el mundo y más aún: de si la vecina se acuesta con su marido y con tal, que si esto, que si lo otro... ¿Para qué quería leer tanto? Iba a perder la vista...

¡Ojo, que ya son las ocho y media! Rápidamente, subí al coche y, tras poner música, ¡hala!, a por Nando y a ver lo que nos espera. Llegué a su casa y estaba esperándome en la puerta leyendo el periódico. ¡Mira tú qué ganas de leer tan temprano! Pero conociendo a Nando, que es un gran lector de todo, devora la prensa, los libros y lo que le pongan delante (eso sí, cuando estudiaba solo sabía lo que ponía en las portadas de los libros de texto) no me extrañó demasiado. A Nando le encanta la prensa y está al día sobre lo que pasa en este mundo y en el otro, hasta los nombres de los que han fallecido. ¡El cabrón lee hasta las esquelas! ¡Vaya morbo!

–Buenos días, Nando. ¿Qué tal te encuentras esta mañana?

–Hola, Leo. Pues un poco cansado y un “muy acojonado” –me dijo una vez dentro del vehículo.

Puse el coche en marcha y arranqué camino al hospital.

–¿Y eso? –le pregunté cuando ya estábamos en movimiento.

–¡Macho! Cuando llegué a casa, cogí rápidamente el diccionario y busqué la palabra “gastroscopia”. ¡Y no veas...!

Lo que os dije: Nando, como buen español que es, se fue directo al diccionario.

–¡Pero, bueno, qué lector eres! –dije riendo.

Él, mirándome, me replicó:

–¡Anda que tú! ¡Prométeme que no lo miraste!

Me miró analizando cada una de mis expresiones, ¡qué serio puede llegar a ponerse a veces!, aunque parecía que esta situación de “seudoconflicto fingido” le sirvió para distraerse y eso era bueno.

–¿Yo?

–Sí, Leo. Seguro que hiciste lo mismo... ¡Que te conozco, tío!

–Bueno... La verdad que sí, pero tampoco me pareció nada del otro mundo...

–¡Será en tu diccionario, que es de antes de la República! Porque el mío lo aclara de una forma ¡que ya te digo! Y en internet, ¡ahí sí que ya te cagas de miedo!

–Bueno, Nando, no seas tan “cagueta” –dije tratando de no empatizar con mi amigo... porque, si no, poníamos rumbo a otro país.

–Sí, cagueta... ¡Anda, Leo, por favor! –me dijo mientras ojeaba el periódico.

Y, por fin, llegamos al hospital. Menos mal, se podría decir que me salvó la campana, porque si seguimos hablando de lo mismo nos volvemos cada uno a su casa y nos acostamos debajo de nuestras camas.

–¿Traes el papeleo, Nando?

–Sí, aquí lo tengo –dijo al tiempo que me enseñaba todo lo que nos dieron el día anterior.

–¡Joder, Nando! ¡Con este hubiera sido suficiente! –le dije señalando el pase de la prueba.

–Ya lo sé, Leo, pero no he querido dejar nada en casa por si mi madre lo ve.

–¡Aaah, ya! Bueno, te dejo aquí en la entrada y voy a aparcar el coche en la parte de atrás, que hay una explanada.

–Vale, Leo. Pero no tardes que te espero en la puerta.

–¡Entra, capullo, que hace mucho calor! Espérame dentro –casi, casi, se lo ordené.

–¡Vale, vale! Pero, Leo, ¿no es mejor que te acompañe a aparcar?

–Joder, qué “pesao”. ¡No, Nando, no! Mejor te quedas aquí, no vaya a ser que no encuentre aparcamiento y se nos pase la hora...

Tenía muy claro el miedo que sentía mi amigo pero, a estas alturas de la vida, debería enfrentarse lo mejor que pudiera a sus miedos, empezando por este.

–Vale, tío –me dijo con un tono que parecía más bien que viniese de ser derrotado en una guerra. Nando suele ponerse muy dramático cuando se lo propone.

Me fui a aparcar con rapidez ya que sabía que, si no entraba con Nando, el muy “mamón” se volvía a su casa seguro. ¡Ah, qué suerte! Llegué, vi y vencí: un hueco y, además, muy cercano al hospital. “¡Listo...! ¡Qué raro! ¡Es el único hueco libre!”. Como es lógico por estas zonas, nada más aparcar se me acercó un tío vestido con chaleco fluorescente que me dijo:

–¡Buenos días, amigo!

Al mismo tiempo, me colocaba un papelillo en el parabrisas y me cobraba, como es normal.

Raudo y veloz, llegué a la puerta y “el tío capullo que es mi amigo” me esperaba fuera y, para colmo de todos los colmos, ¡al soll! ¡Desde luego que hay veces que los seres humanos somos más torpes de lo normal! Aunque le comprendía perfectamente.

–¿Qué, Nando? ¿Poniéndote morenito? – le dije, medio cachondeándome, medio molesto.

–No, Leo... Es que el olor a hospital me pone nervioso.

Fuera de juego

–Anda, ¡pues no te queda “ná”!

Él me miró con pavor y yo rectifiqué.

–¡Vamos! Que nos queda un rato de estar aquí.

–Ya, ya, so cabrón. Anda, toma el papeleo y pregunta tú, que yo estoy de los nervios.

–Vale –dije mientras cogía toda la documentación.

Entramos y nos dirigimos directamente a un mostrador que había en la entrada. La señorita era muy simpática y, tras darnos los buenos días, extendió su mano a la espera de recibir el papeleo. Le di el pase de la prueba y dijo:

–Sí, en la planta segunda. ¿Viene en ayunas?

Yo estaba rezando para que Nando se hubiera acordado. Estaba doblemente agobiado porque, además, la chica me hablaba a mí todo el rato. De todas formas, era lógico que lo hiciera así ya que era yo quien le había entregado la documentación para la prueba.

–Sí, claro –dije cruzando interiormente los dedos y todo lo cruzable del cuerpo.

–Pues tome, rellene este impreso y lo firma. Se lo pedirán antes de entrar.

–Señorita –le dije, porque es curioso que en todos los organismos públicos a todas las mujeres se les suele llamar “señorita”, sin importar su edad –¿Qué es este impreso?

–Una autorización. Antes de hacerse la prueba, tiene que rellenarla y entregarla a la enfermera.

“¡Coño con el impreso! ¡Una autorización en la cual te culpan si te mueres durante la prueba! ¡Pues vaya seguridad la que te dan! Casi como una pena de muerte”. Se lo pasé a Nando, que esperaba, y le dije.

–Vamos a la segunda planta.

Nos pusimos en dirección al ascensor.

–¿Qué es esto? –me preguntó Nando, refiriéndose al nuevo impreso que debía firmar.

–Lee, lee, que te va a dar la risa...

Tras leerlo atentamente y demostrar mil y una expresiones distintas en el proceso, Nando pronunció la misma palabra que yo pensé.

–¡Coño, esto es una pena de muerte!

–¡Anda, calla! Rellénalo y lo firmas porque, en caso contrario, te devuelven a los corrales.

–¡Vaya putada, Leo!

–Sí, sí que lo es, pero acaba ya que vamos tarde.

–¡Claro, como tú no eres el que tiene que firmar!

–Ni firmar ni hacerme la prueba, mamón. Que vengo de acompañante... ¿Qué quieres? ¿Que me la haga contigo por solidaridad? ¡Anda, que ya te vale!

Nando rellenó la pena de muerte..., ¡ups, lapsus mental!, quiero decir la autorización, y se sentó junto a mí, esperando la llamada. Resignado, que no convencido, me dijo:

–Bueno, ¡ya está!

–Estaré cuando termines –tuve que contestarle para que se fuese mentalizando.

–Bueno, Leo, no seas tan gracioso –dijo en tono sarcástico.

–No, no, si yo... ¿qué te voy a decir?

–¡Nada, tío, la verdad! ¡Mejor te callas! –me dijo riéndose.

–Vale. Me callo mejor.

Y justo cuando cerraba la boca escuchamos:

–¡Fernando Díez!

–Sí –se levantó Nando rápidamente. Y yo, del susto, también.

–Soy yo –aclaró Nando.

–Bien. Un momento, Fernando –se acercó la enfermera y le dijo–: Me da la autorización, por favor.

–Aquí la tiene –dijo Nando.

La enfermera la leyó y, tras ver que todo estaba bien, le preguntó.

–¿Viene acompañado?

–Sí –dijo Nando, señalándome a mí.

–Estupendo. Siéntese, Fernando, que enseguida le llamo.

Entró en la consulta y allí nos quedamos los dos esperando. Tras diez segundos, escuchamos:

–¡Fernando, pasa!

Nando se levantó y me miró cual cordero que va al matadero.

–Suerte, tío. Y si la palmas, no te me aparezcas de noche, mejor de día, “pá” tomar el sol.

–¡Serás cabrón!

–Anda, ¡suerte y tranquilo! –le dije mientras le daba un apretón en el hombro.

Se perdió por esa puerta que vi tan grande y, a la vez, tan pequeña al pasar Nando por ella. Y así transcurrió más de una hora. La verdad es que me preocupé bastante cuando el tiempo seguía avanzando y no sabía nada. Después de haber leído en el diccionario en qué consistía la prueba, la tardanza y lo que firmó, estaba un poco nervioso. Tanto que hasta entré en la consulta de al lado y le pregunté al allí presente:

–Perdón, estoy esperando a un familiar que se está haciendo una gastroscopia y llevo más de una hora esperando, ¿es lo normal?

El doctor me miró y contestó:

–Sí, hombre, no te preocupes. No pasa nada, es normal. Esta es una prueba muy lenta...

Lo cierto es que esas palabras me dejaron mucho más tranquilo.

–Muchas gracias, doctor.

Fuera de juego

Me despedí mientras salía de la consulta. Nada más volver a la sala de espera, vi a Nando, allí sentado, con una mala cara que echaba para atrás. Le acompañaba la enfermera que, nada más verme, me lo largó para proseguir su trabajo.

–¡Hala, Fernando, ya está aquí tu amigo! Siéntate un poco a esperar a que se te pase la anestesia y a casa, ¡valiente!

–¿Hay que esperar los resultados? –le preguntó a la enfermera.

–No, lo mandamos a su médico de digestivo directamente.

–Bien, muchas gracias –me despedí de ella.

–De nada. Cuídalo y cuídate, Fernando.

El moribundo, digo Nando, asintió con la cabeza y la enfermera se fue a tratar de seguir con sus labores.

–¿Qué, Nando? ¿Cómo te encuentras?

–Medio muerto, Leo. Me han metido un tubo por la boca y, ¡uffff!, ¡qué angustia! –me contestó él con voz muy baja, casi con susurros.

–Tranquilo. No pienses más en ello, ya ha pasado...

Pero él insistió.

–Leo, ¡me han metido un tubo hasta el estómago, “leches”! ¿Y me dices que tranquilo?

–¿Qué quieres que te diga? ¡Peor hubiera sido que me lo hubieran metido a mí! Por lo menos, ha sido por la boca... –digo yo riendo.

–Desde luego, Leo, tienes para todo.

–¡No, hombre! Lo que tienes que hacer es tranquilizarte. ¿Te traigo agua?

–¿Agua? ¡Ahgg, qué asco el agua!

–Hombre, no. ¿Qué esperas? ¿Que te traiga un ron con coca cola en un hospital?

–¡Anda, Leo! Vamos a la calle que me estás tocando los cojones de una manera...

–Sí, eso es lo que tú quisieras: que te hubieran tocado los cojones o que, en vez de por la boca, te lo hubieran metido por el culo.

Y me reí aún con más ganas.

–¡Sí, por tu culo, cabrón! –me respondió Nando mientras yo continuaba riéndome.

Nos dirigimos al ascensor y a la calle directamente sin decir nada más, en silencio hasta que no estuvimos fuera.

–¿Dónde tienes el coche? –preguntó Nando.

–Justo detrás. ¿Quieres que lo traiga y así no tienes que andar?

–No, prefiero andar un poco y así me despejo.

–Como tú veas...

Y eso hicimos. Llegamos al coche y estaba a reventar de calor. ¡Joder, así estaba ese hueco vacío! Era el único sitio donde el sol daba de pleno, mientras que al resto los cubría los árboles y las sombras de los edificios. ¡Me lo

podría haber avisado el “chaleco fluorescente”!

–¡Vaya sitio para aparcar! –se burló Nando.

–No, si yo sabía que el “señorito” se quejaría... ¡Claro!, está muy delicado hoy. Lo siento, alteza, enseguida le pongo el aire acondicionado.

–¡Qué capullo estás hecho, Leo!

–No, hombre, es broma. ¡Pero estás de un cansino que “pá” qué!

–Ya lo sé, tío. Perdona, estoy un poco chungo.

–Sí, lo comprendo, no te preocupes. La verdad es que hace un calor de aúpa.

Arranqué el coche, puse el aire y esperamos fuera un ratito a que la temperatura dentro del coche fuera la adecuada ¡y no pareciera el vientre de un volcán!

–Sí, será mejor. Si nos metemos ahora, la podemos palmar los dos.

Así que eso hicimos: esperamos fuera y, a los cinco minutos, entramos en el coche y le pregunté:

–¿Te llevo a casa, Nando?

–¡No, a casa no! Como no sabía lo que tardaba la prueba y, aún menos, cómo acabaría, le he dicho a mi madre que comía contigo.

–¿Conmigo? ¿Y no te ha desheredado?

Ambos nos reímos del comentario.

–¡Anda, Leo! Tú sabes que mi madre te quiere mucho. Y mi padre, ni te cuento.

–Lo de tu padre, lo sé. Lo de tu madre... lo dudo. Me cree el malo de la película.

–¡Qué gilipollas eres! Venga, vamos a comer juntos, ¡te invito yo! – propuso alegremente Nando.

–No, si te parece te invito yo, caradura. Pero a las siete tengo que estar en el bar.

–Sí, Leo, vamos a comer, descansar un poco y me dejas que coja mi coche. Después, yo a casa y tú al curro.

–Vale, tío. Pero con una condición...

–Dime.

–De beber alcohol, nada de nada –sentenció.

–¡Claro que no! ¿Tú crees que como estoy tengo ganas de beber algo? Estoy medio muerto, tío.

–Bueno, yo te lo digo por si las moscas. Que sé de qué pie cojeas.

–Sí, Leo, sí. Vamos a tomar un refresco a... ¿Qué te parece un chiringuito?

–Bien, me parece bien. ¿Dónde?

–¿Vamos al Rincón? –propuso Nando.

–¿Al Rincón? ¿Rincón de la Victoria?

Fuera de juego

–¡Sí, hombre! ¡Son diez minutos por la autovía!

–¿Diez minutos en pleno verano y al Rincón? Anda que no es optimista el tío... –le dije escéptico.

–¡Venga, capullo! Vamos y nos tomamos unos “pescaitos” y unos espetitos. ¿Vamos? –me insistió.

Y yo, por no contrariarle, le dije:

–¡Venga, vamos! ¡Pero por la costa!

–Sí... Por donde tú quieras. Y, ahora, ¿quién es el cagueta? –se cachondeó.

–Calla, liante –fue lo único que se me ocurrió para ese momento.

Cogimos el centro, el Parque, el Paseo Marítimo, el barrio de El Palo y al Rincón (para quien no sea de Málaga, debo precisar que nos estábamos refiriendo a la localidad de Rincón de la Victoria, que está a unos dieciocho kilómetros al este de la capital). La verdad es que es un sitio estupendo: además de comer y atenderte bien, los precios son buenos. En veinte minutos, ya habíamos llegado pero ¡aparcar a esa hora en verano tiene tela! Tuvimos mucha suerte porque a la tercera vuelta salía un vehículo y logramos aparcar, lo que aprovechó Nando para decir en tono burlón:

–¡Anda que no tienes suerte, mamón!

–¡Suerte la tuya, tener un amigo idiota! –le contesté.

–¡No te quejes más! Ahora, unas cervecitas fresquitas, unos “pescaitos”, unos boquerones adobados, ¡qué guay!, ¡qué guay! –decía mientras se frotaba las manos de la emoción.

–¡Ves! ¡Ya empiezas! ¡Unas cervecitas!

¿Se había olvidado el muy idiota de lo que le dijo el doctor esa madrugada? Empecé a molestarme.

–Perdón –se volvió a reír Nando–. Es la costumbre... Además, Leo, no creo que una cerveza me caiga mal, ¡digo yo!, después del sufrimiento padecido... –empezó a justificar Nando.

–¡Haz lo que te salga de los cojones! Pero como te pongas mal, te remato, te entierro en la playa o te tiro al mar –dije haciendo patente mi desagrado.

–No, Leo, solo la pruebo y, si veo que me sienta mal, la dejo.

–Sí, Nando, lo que tú digas. Pero vamos a salir de aquí que se está recalentando el coche.

Él se rio y sentí mucha alegría al ver que Nando estaba mejor, aunque la cara todavía era la de muerto viviente.

Nada más llegar al chiringuito, el dueño, que lo conocía, se acercó y nos dijo:

–Hola, niño, ¿cómo estás? ¿Preparamos una mesita para dos?

–¡Sí, Quico! Para dos, de momento –dijo Nando.

–¿De momento? ¿Por qué? –le pregunté.

–Leo, ¿y si ligamos? –me dijo Nando.

–Vete a la mierda, capullo.

Y nos reímos de su ocurrencia.

Dicho y hecho: en apenas tres minutos, ya estaba la mesa preparada, a pesar de que el chiringuito estaba a reventar como siempre. Era uno de los mejores de la costa, en todos los aspectos. Siempre estaba lleno de familias y de gentes que no eran familias que iban a bañarse a esas playas tan tranquilas y bien cuidadas. Nos sentamos, cara al mar y lo que no era el mar, porque ¡vaya cuerpazos que se ven en las playas! ¿Qué os voy a decir? Seguro que os lo imagináis: una oda a las bellezas humanas. ¿O no?

Al poco de sentarnos, Nando comenzó a pedir:

–Una jarra de cerveza, unos espetos, unos boquerones adobados, ensalada de pimientos, una ensalada de la casa...

Quico, que es un perfecto profesional y lo conoce, le dijo:

–¡Ya está bien! Os voy a poner la ensalada de pimientos, los espetos y los boquerones y, luego, según veáis, sigues pidiendo –dijo en tono de sentencia.

–¿He pedido mucho? –preguntó Nando ingenuamente.

–Demasiado... ¡Como siempre! –dijo Quico, justo lo mismo que pensaba yo.

–¡Es que desde ayer al mediodía no como nada! Pero pon lo que veas...

–Será mejor –le replicó Quico mientras tomaba la comanda.

Sin demora, nos pusieron la jarra de cerveza fresquita y unas aceitunas. Yo estaba atento a ver la reacción de mi amigo y, desde luego, cumplió con mis expectativas. Nando se tiró en picado para la cerveza y llenó dos vasos tipo tanque. Eso sí, tuvo la decencia de preguntar:

–Leo, tú con poca espuma, ¿no?

–Sí, Nando. Y tú, con poca cerveza. Además, no bebas hasta que comas algo que te va a sentar como un tiro.

Y el muy cabrón se comió una aceituna y me dedicó una amplia sonrisa.

–¡Salud, Leo, por nosotros!

–Por nosotros y por todos –le contesté.

¡Anda el caso que me hizo! Se echó otra aceituna a la boca y el pedazo de vaso de cerveza de un trago...

–¡Te va a caer mal, capullo!

–No seas aguafiestas –me dijo el muerto resucitado.

–No, hijo, no, pero luego quien te aguanta soy yo...

Y se llenó de nuevo su vaso.

–Nando, no bebas tan rápido.

Y la ensalada llegó. ¡Menos mal! Ya me estaba mareando de ver a Nando bebiendo.

–¡Aquí está la ensalada! –dijo el camarero de forma simpática.

–Gracias. Venga, Nando, ¡a comer! Y deja ya la jarra que se te va a pegar a la mano.

–Sí, Leo. Anda que no te pones plomo cuando quieres –dijo un poco molesto.

–Sí, plomo... ¡Come y calla, quejica! –le dije.

Fuera de juego

Y así fue transcurriendo la comida. De vez en cuando, hacíamos una parada para decírnos lo buena que estaba una u otra... Y hablo de mujeres, que la comida lo estaba sobradamente.

–¿Pedimos una botella de vino blanco fresquito? –sugirió Nando.

–¡Joder, Nando! ¡Pide ya una copa de *whisky* si te quieres suicidar!

–¡No exageres, Leo! Pedimos una botellita y nos la bebemos tranquilos mientras comemos... –insistía él.

–¡Que no, Nando! Yo tengo que conducir y tú estás para el guano.

–Bueno... Solo una copita.

Sin hacerme caso, levantó la mano y llamó al camarero, que vino raudo y veloz.

–¿Qué desean los señores? –preguntó educadamente.

–Dos copas de vino blanco frío, muy frío, por favor.

–¿Seco? –preguntó el camarero.

–No, mojado –contestó Nando, mientras se reía-. ¡Es broma! Lo siento. Mejor un semidulce. Gracias.

–¡Qué gracioso eres, Nando! Si llego a ser yo el camarero, te doy una hostia que te mando a la orilla.

–Coño, Leo, que es broma. Además, él ya me conoce y no se enfada conmigo.

Mientras lo decía, llegó el camarero con las copas y ¡la botella!

–Juani, dice mi amigo Leo que no te ha gustado lo que te he dicho.

–No, por favor, Fernando, ya nos conocemos –dijo mientras servía los vinos.

Yo me dije: “Al «hijo puta» este, lo conocen en todos los sitios dónde se venda alcohol. ¡Qué cabrón!”.

–¿Y quién no conoce a Fernando? –le dije yo tras mi reflexión.

–Fernando es un buen cliente y amigo de la casa –siguió diciendo Juani-. Como esperamos que también lo sean sus amigos y acompañantes. Por cierto, Fernando, ayer preguntó por ti la chica que suele venir contigo. No recuerdo cómo se llama, me dijo su nombre pero, no sé, no me acuerdo...

–¿Chiqui? Bueno, Pilar... –preguntó Nando sorprendido.

–¡Eso! ¡Pilar! –contestó el camarero.

–¿Venía sola? –le preguntó Nando.

–¡No! Me dijo que venía con su ex. No sé, pensaría que le iba a hablar de ti o algo así... Y, tal vez, por eso me lo avisó, claro, como no me conoce, no sabe que mi trabajo es servir, no cotillear.

–¡Ya, Juani! ¡Tú lo has dicho! Pero como no te conoce, no sabía cuál sería tu reacción. Lógico –dijo Nando.

Yo pensé: “Menos mal que te avisó porque ¡vaya bocazas!: hablar de lo que ha hablado delante de mí sin saber quién soy. Desde luego, Nando, a veces das unas confianzas que algún día te pueden costar un serio disgusto”. En ese momento, se acercó otro camarero y le dijo:

–Juani, la mesa ocho ha pedido la cuenta...

–¡Ah, sí! ¡Voy! Perdonad. ¿Falta algo? – preguntó antes de marcharse.

–Dos vinos más –contestó Nando.

–¡Marchando! Y mejor traigo otra botella que esta no está muy fría... –dijo Juani, quien, mientras se marchaba, le dijo a su compañero–: ¡Niño, pon dos vinos blancos muy fríos a los señores! Saca la botella que hay en la cava.

Y “el niño de cincuenta y tantos añazos” vino pitando para la mesa con la botella en la mano y nos lo sirvió.

–¿Les dejo la botella?

–No, niño, gracias –reaccioné con rapidez y se lo pude decir antes de que Nando se me adelantara.

Ahora mi atención se centraba en la información aportada por Juani.

–¡Vamos a ver, Nando! ¿Pilar? ¿No será la mujer de Jesús?

Nando me miró con cara de no haber roto nunca un plato.

–No, Leo. Pilar es la ex mujer de Jesús, ¡que no es lo mismo! –matizó él.

– Pero, bueno, Nando... ¿No hay mujeres en el mundo como para enrollarte con la mujer de un amigo? Además, que yo sepa, no están separados, aunque seguro que acabaran así.

–Leo, te repito que es la ex, y... ¿qué has dicho de Jesús? ¿Amigo de quién? Ese tío es un cabronazo. Y lo digo con conocimiento de causa. Además, Pilar, repito, su ex mujer, es amiga mía y tuya, por cierto.

–¡Pero, Nando, no lo entiendo! Tú, igual que yo, nunca te acercaste a una mujer casada o con pareja. Me sorprende que me digas eso. En cuanto a Jesús, es como es y siempre lo aceptamos...

Nando me cortó.

–Mira, Leo, no quiero discutir contigo. Y aún menos por el mierda de Jesús. Está explotando a su mujer, a su hijo y sangrando a la familia... ¡El vago de los cojones! Además de ser un criticón, un “penas” y un... mejor vamos a dejarlo aquí, Leo, por favor, que me enveneno.

–Tranquilo, no te alteres. Pero te repito que todos sabemos lo que es Jesús... Aunque eso no es motivo para joder un matrimonio. Dime la verdad: ¿desde cuándo tienes esa “amistad” tan especial con Pilar? ¡Pero me dices la verdad...!

– ¡Leo, por favor! – me dijo él un poco avergonzado.

– Nando, dímelo. ¿Cuánto tiempo? – insistí.

– Pues... para finales de la primavera o principios de este verano, pero...

Lo interrumpí y le dije:

–Ahora, me dirás que le has hecho un favor a los dos. Tú, como siempre, de salvador por la vida, liberando princesas o deshaciendo entuertos. No, Nando, ya tenemos edad para no meternos en líos. Y, si quieres hacer el bien, te haces socio de una ONG, apadrinas a un niño, adoptas a un gato, o haces obras de caridad, pero no meterte en la vida de nadie, y aún menos de parejas. No me lo puedo creer. No cambias y eso te costará algún día un disgusto. Nando, deja al mundo girar por sí mismo, no seas tan capullo.

Yo estaba muy enfadado, porque sabía cómo era Nando. Cualquiera le contaba un bolo penoso y él se hacía partícipe. Nando me miraba, callado, con gesto dolido. Ya ni comía ni bebía, le temblaba el pulso. Yo pensé que me estaba pasando y me callé. Él aprovechó y dijo:

–Leo, ¿te has desahogado? ¿Me dejas que te cuente?

Fuera de juego

—¿Qué me vas a decir?

—¿Me dejas o no? —me cortó.

—Venga, dime, caballero andante —medio me burlé.

—Sin coñas, Leo... Mejor, dejémoslo —dijo ofendido.

—No, Nando. Cuéntame, pero sin adornar.

—Sin adornos, Leo. Te cuento. La primera vez que me encontré a Pilar, llevaba, según ella, sin tener relaciones con Jesús hacía mucho tiempo.

—Nando, a mí eso no me interesa. ¡Por favor! No somos niños. Son una pareja y eso, a veces, pasa. Lo que no es normal es que una mujer le cuente a un amigo si tiene o no relaciones con su marido como una estrategia... Es de lo más vulgar. Sigues dejando a un lado que Pilar y Jesús son un matrimonio...

—Eran un matrimonio —puntualizó Nando.

—Bueno, eran, fueron, serían... Me da igual —rectifiqué.

—¿Me dejas? —insistió Nando.

—Perdona, sigue. Ya me callo y te escucho.

Capítulo 6. La historieta de Nando

Ya lo advertimos en su momento. Leo, inmerso en una complicada situación, va adentrándose en los sucesivos meandros de relatos del pasado para lograr olvidar sus circunstancias del presente. Metidos en el relato de lo que le pasó a su amigo Nando, ahora, como si fuera el conocido juego de esas famosas muñecas rusas, las *matrioshkas*, nos adentramos en un relato dentro del relato, en un relato donde nos podamos instalar, un relato que pudiéramos incluso habitar como si fuera una cabaña con la chimenea encendida mientras en el exterior ruge un fiero temporal de nieve y viento... Todo sea por escapar de la sentencia que el destino parece haber dictaminado...

* * *

Nando comenzó a contarme su versión de lo ocurrido pero, conociéndonos, no puedo pasar por alto la imaginación que tenemos ambos, más el añadido de vivir en un mundillo nocturno de bares, pubs, discotecas y cualquier tipo de sarao que se nos presente. Sabía perfectamente que Nando me contaría lo que yo quería escuchar. En eso, éramos profesionales. O, mejor dicho, somos, y ni el tiempo ni la edad harán cambiar esa faceta innata en nosotros. Así que me acomodé en mi silla a la espera de escuchar un relato interesante, que comenzó así:

—Una noche, estaba con Javier en el bar de la Plaza, tomando una cerveza, hablando de trabajo y apareció Pilar con unas amigas. Me acerqué y la saludé. Lógicamente, le pregunté por su hijo, por su familia y por Jesús, pero como estábamos acompañados no pudimos hablar mucho. Ella me dijo que cuando terminásemos con nuestras citas, podríamos tomar algo juntos. A mí me pareció bien y le dije que quien terminase antes llamara al otro, y ella, mientras sonreía, me dijo que terminaría lo antes posible. Yo seguí hablando con Javi y él, que suele ir mucho por allí, me preguntó:

» —Nando, ¿la conoces?

» —Sí —le dije—. Es una amiga, la mujer de un amigo... ¿Por qué?

» —¡Ah! ¿Está casada? —me preguntó Javi.

» —Sí, ¿por qué? —le pregunté intrigado.

» —Por nada. Como suele venir aquí con uno y otro...

» —Serán compañeros de trabajo —le contesté, no queriendo dudar de ella.

» —Perdona, Nando. Pero cuando te digo que viene con uno y otro, lo hago con conocimiento de causa. No sé... Para mí que los acompañantes son algo más que compañeros... Y lo digo por su forma de actuar.

» A mí me extrañó y no quise seguir la conversación, por respeto a Pilar y a Jesús, así que terminé diciendo:

» —No sé, hace tiempo que no sé de ellos. Lo mismo se han separado, Javi. Ya le preguntaré. Pero sigamos con lo nuestro... —dije y continuamos hablando del trabajo hasta que apareció Chari, la pareja de Javier.

» —¡Hola, Nando! ¿Qué? ¿Tomando el fresco con este golfo? —nos saludó ella.

» —¡Hola, guapa! Sí, la verdad es que hace mucho calor.

» Ella miró a Javier y le dijo:

» —Javier, ¿te has olvidado?

» –¿Qué? –dijo Javier desconcertado–. ¡Ah! No, cariño. ¿Cómo me voy a olvidar del cumpleaños de tu hermana? No, mujer, no... – contestó con cara de no saber ni de lo que hablaba –. Precisamente, se lo estaba diciendo a Nando: “Estoy esperando a Chari que hoy tenemos el cumple de su hermana...”.

» –¿Esperando qué? Si aún no te has arreglado, ¡mira qué barbas! –exageró un poco ella riendo.

» –Sí, cariño. Te esperaba para ir juntos a casa, ducharme y ponerme el atuendo de los cumpleaños –dijo Javier riendo.

» Ella lo miró y le dijo:

» –Por favor, Javier. Es a las diez y media y son las diez... Es decir, tenemos media hora –ya no estaba tan contenta al ver que Javi se lo tomaba con calma.

» –¡Pues nos vamos ya! Charo, no me entretengas más! Venga nos vamos.

» Yo, viendo la cara de Charo, añado:

» –Me lo lleva diciendo desde que llegué: “Nando, tengo una fiesta de cumpleaños y no puedo estar contigo mucho tiempo”. Pero le estaba contando algo del trabajo y se nos fue la olla, lo siento...

» Ella, que me conoce, me miró y exclamó:

» –¡Vaya rollo que tenéis los dos! Anda, paga y vamos a casa que te voy a arreglar... –le dijo a Javi.

» –Sí, mi vida, mi cielo, mi amor... –dijo Javier en plan coña.

» –Déjalo, Javier, pago yo –dije.

» –¡Gracias, te debo una!

» –Nada, nada, ¡que lo paséis bien!

» Chari se volvió y me dijo:

» –Nando, ¿por qué no te vienes con nosotros? A mi hermana le dará mucha alegría verte... ¡Anda, ánimo! –me propuso ilusionada.

» –¡Eso, ven con nosotros! –exclamó Javi como si le fuera la vida en ello. No sabría decirte cuál de los dos estaba más interesado en que les acompañase, si Javier o Chari.

» –¡Sí, Nando! Que tu amigo del alma te lo pide para que lo salves de las malévolas hermanas –dijo ella bromeando.

» –¡No, gracias! De verdad que no puedo. Estoy citado aquí con unos amigos –les dije.

» –¡Ah!, unos “amigos” –me dijo Javier irónicamente–. ¿No será con tu amiga, la separada? –dijo mientras miraba hacia la mesa donde estaba Pilar hablando con una amiga.

» –¡Anda, iros que vais a llegar tarde! –les dije.

» –¡Ahhh, es por eso! ¿Ya tienes plan? ¡Pues que se venga también! ¿No, Javier? –dijo Chari.

» –No, cielo, no seas celestina. Ya te cuento por el camino.

» Chari miró la hora y se despidió de mí.

» –¡Suerte, Nando! –me dijo Javi antes de salir casi arrastrado por Chari.

» Yo me quedé terminando la copa con ánimos de marcharme, cenar algo, pasar de Pilar e irme a casa. Llamé al camarero y le pedí la cuenta pero, en ese momento, me vino con una botella de Cutty Sark y un vaso corto donde echó hielo. Yo pensé que estaría preparando una copa para servir a otro cliente pero me dijo:

» –Nando, invita aquella chica.

» Yo miré y vi a Pilar sola en la mesa, levantando su vaso en señal de brindis, así que yo hice lo mismo. Me levanté, me acerqué a la mesa y me senté junto a ella.

» –¡Gracias, Pilar! Aunque en realidad ya me iba...

» –Lo sé, Nando. Por eso le he dicho al camarero que te pusiera una copa. Además, ¿no te acordabas de que habíamos quedado?

» –¡Es broma, Pilar! ¡Por nosotros! –le dije.

» –Por nosotros –contestó, chocando suavemente su vaso con el mío.

Hasta ahora, todo lo que me estaba contando Nando era un día normal en su vida, por lo que no me causaba sorpresa alguna. Eso sí, le vacilé un poco.

–¡Pero, bueno, Nando! ¿Me vas a contar todos los detalles? Por cierto, no me has dicho si fuiste al servicio a hacer pipí... Eso, ¿cuándo llega? Cuéntamelo, por favor, estoy deseoso de saber si llegaste a mear o no... ¡Vaya trola! –le piqué.

–Leo, ¡qué tonto estás hoy! Tú me has dicho que te lo cuente y eso es lo que estoy haciendo. Pero, si te parece, te digo ¡chim pum! y ya está... –respondió picado a mi provocación.

–Vale, Nando. Continúa que me tienes en ascuas, eres muy lento... Mientras tanto, yo me voy a pedir una copita para aguantar esta historia. Pero, antes de continuar, ¿cuándo sucedió esto, más o menos?

–En junio o julio, no me acuerdo exactamente –contestó Nando.

–Vale, cabrón. Dos meses más o menos. Continúa –le insté.

Nando prosiguió con la historia.

–Tras el brindis, pregunté a Pilar:

» –¿Qué tal, estás?

» Ella me miró triste.

» –Regular.

» –¿Y eso? ¿Qué te ocurre?

» Me miró, dio un trago a su copa y contestó:

» –Estoy cansada de todo...

» –¡Pues descansa! –le dije en tono chistoso para animarla un poco.

» –Eso quisiera... –me dijo ella enigmáticamente.

» –Pero, ¿qué es lo que te pasa? No des más vueltas. ¡Cuéntame de una vez! Tal vez, eso te haga sentir mejor.

Fuera de juego

- » Ella continuó bebiendo.
- » –Nando, tú conoces a Jesús...
- » –Sí, le conozco hasta donde se puede llegar a conocer a una persona como él –contesté sin tapujos.
- » –¿Y qué te parece? O, mejor dicho, ¿cómo lo ves?
- » –Mira, Pilar, no sé por dónde quieres ir y, aún menos, dónde quieres llegar... Creo que quien tiene que decir algo eres tú, no yo, así que tú dirás –le dije con tono de enfado y ganas de terminar la conversación–. Sabes que no me gusta que me mareen.
- » –Vale, te lo diré... Hace tiempo que no siento nada por Jesús. Es más, no soporto el estar a su lado. El pensar que tengo que volver a casa y encontrármelo es para mí un sufrimiento. Por eso, cuando salgo del trabajo, me voy con los compañeros, amigas, lo que sea, me da igual, incluso sola, porque no quiero ni puedo verlo. Ha abusado mucho de mí, demasiado... –Pilar dio un pequeño trago a su copa para aclararse la voz–. Trabajo todo el día, en la calle, en casa... –con una actitud nerviosa, se bebió de un trago el resto de su copa, me miró y preguntó–: ¿Quieres otra copa?
- » –No, aún me queda, gracias.
- » –Pues yo sí –dijo mientras llamaba al camarero– ¿Me pones otra de lo mismo, por favor?
- » –¡Sí, enseguida! –contestó el camarero.
- » –¿Cuántas llevas? –le pregunté.
- » –No te preocupes, estoy bien.
- » Y era cierto: parecía estar más cerca de un ataque de nervios que de un coma etílico.
- » –Ya lo veo pero te lo digo por la hora que es... ¿Has cenado?
- » –No, pero he merendado con las amigas unos churros con café.
- » –Bueno, pues cuando nos tomemos la copa vamos a picar algo, ¿vale? –le propuse.
- » –Sí, ¡como quieras! –dijo mientras le servían la copa.
- » –La pregunta del millón: ¿le has dicho algo a Jesús? ¿Has hablado con él? Es lo mejor cuando una pareja va mal... ¿No te parece?
- » –Sí. Hablé con él hace unos meses y le dije que la cosa no podía seguir así. Se fue por lo económico y me dijo que no me preocupara, que me había conseguido un trabajo por las tardes. Y ahí se quedó la conversación...
- » –Pues, ¡vaya conversación! ¡Mejor ya no hablar de la solución! –dije, alucinando de la ceguera de Jesús respecto a su mujer.
- » –Lo sé, Nando. Pero él se escuda en su enfermedad. Cuando hablamos de cualquier problema, se sienta, se reclina y apoya su cabeza en sus manos. Entonces yo me asusto. No sé, creo que le puede ocurrir algo, me callo y le dejo tranquilo –dijo ella dejando ver su frustración.
- » –¡Pero qué cara! ¿No ves qué está jugando contigo, haciéndose la víctima? –le dije enfadado.
- » –Yo también lo pienso. Pero no me atrevo a hacer nada. ¿Y si es verdad y le ocurre algo?
- » –Entonces, no le explicaste que el problema es sentimental, ¿no?

- » –Sí, también. Pero me contestó que, después de tantos años..., que si el niño..., que si la familia..., que los amigos... Ya sabes que él vive de cara a los demás...
- » –Sí, con todos menos con vosotros. Si le dejaras sería su muerte social, porque siempre habla de los demás, sus historias, separaciones y problemas, pero nunca ha pensado que a él le pueda llegar a pasar lo mismo...
- » Pilar me cogió la mano y me dijo:
- » –Ahora, lo has definido. Así es. Toda su vida ha hablado de unos y de otros sin pensar en nosotros, en su hijo, en mí. O, incluso, en él.
- » A mí, de verdad, que me cogiera de la mano no me pareció ni bien ni mal, solo un gesto de apoyo, un tic... Pero nunca se sabe lo que la gente puede llegar a pensar. Me vino a la memoria lo que me comentó Javier sobre la actitud de Pilar con respecto a sus acompañantes, así que, con el pretexto de coger la copa, aparté mi mano, y le dije:
- » –Bueno, acabemos con las copas y vámonos a cenar algo. ¿Qué te apetece?
- » –Lo que tú quieras. Me da igual. Sea como sea, lo pasaremos bien.
- » –Bueno, aunque te dé igual ¿qué te apetece?
- » Ella terminó con la copa, me miró a los ojos y me dijo:
- » –A ti...
- » Yo, rápidamente, con un toque de humor para refrescar el ambiente, contesté:
- » –Sí, eso de postre, pero ¿antes? –me reí.
- » –No sé, algo suave.
- » –Algo suave... ¿Vamos a “Carmelo”? Está aquí cerca y ponen unos aperitivos muy ligeros.
- » –Sí, me gusta el sitio. Pero, antes, voy al servicio –dijo ella.
- » Mientras tanto, yo acabé la copa y, antes de que le diese tiempo a volver, me levanté y fui a la barra para pedir la cuenta. El camarero me dijo:
- » – Lo de antes, me dijo Javier que lo pagaba él. Y, lo de ahora, lo ha pagado la señorita. Así que estás en paz.
- » – ¡Qué noche llevo! – le dije al camarero, que me devolvió una sonrisa cómplice.
- » Salimos en dirección a “Carmelo”. Ella, nada más salir, se agarró a mi brazo. Yo no le vi ni le di mayor importancia a que dos amigos adopten esa actitud. Aparte de eso, Pilar estaba un poco “chispada”, por lo que le dije:
- » –Oye, Pili...
- » Pero ella me cortó en seco.
- » –Por favor, Nando, no me llames Pili, que es así como me llama él.
- » –Perdón, Pilar... Es curioso, siempre te he llamado Pilar y hoy, no sé por qué, te he llamado Pi... Bueno, mi pregunta: si nos viera él ahora mismo, paseando cogidos del brazo, ¿tú qué le dirías?
- » –¡Fácil! Que me quedaba contigo –dijo sonriendo picarona.

Fuera de juego

- » –Buena respuesta –le dije riendo.
- » –¿Y tú qué dirías? –preguntó curiosa.
- » –¿Yo?... Yo le diría: ¡toma para ti, que es tuya! –bromeé.
- » –¡Qué malvado eres, Nando! –dijo sin dejar de reír.
- » Y así, llegamos a “Carmelo”. Pilar, antes de entrar, me preguntó:
- » –¿Nos sentamos afuera?
- » Yo la miré y le respondí.
- » –Sí, claro... Y, si te parece, ponemos un cartel luminoso que diga: “Aquí están Pilar y Nando”. ¡Ah! Y que tiren unos cohetes y fuegos artificiales... ¡Eso, para no llamar la atención! Pero, chiquilla, ¿tú qué quieres? ¿Que nos vea media Málaga? –dije en un tono mezcla de ironía y sarcasmo.
- » –A mí me da igual que nos vean o no. Pero ¿y tú eres ese Nando tan liberal y conquistador del que me habla tanto Jesús? –me contestó picándome mientras entrábamos en el salón y nos sentábamos en unas banquetas—. ¡Qué suerte tienes, Nando! ¡Hay sitio!
- » Una vez acomodados, le contesté a su provocación.
- » –Gracias a Dios, no soy nada de lo que te habrá dicho el capullo de Jesús... De él, créete siempre la mitad de lo que haya dicho de mí y, de esa mitad, ¡nada! –dije en un tono un poco brusco.
- » –Bueno, Nando, ¡no te enfades! –me dijo mientras me daba un pellizco cariñoso en la barbilla, ¡con la poca gracia que me hace eso!
- » Se acercó el camarero y, tras saludarme, nos preguntó:
- » –¿Qué van a beber?
- » –¿Qué quieres, qué te apetece? –le dije a Pilar.
- » –Lo mismo que tú –contestó ella mientras me miraba intensamente.
- » –Pónganos dos riojas, por favor. ¿Te parece?
- » – ¡Sí, muy bien.
- » Continuando con la conversación, le pregunté:
- » –Por cierto Pilar: tú, ¿qué le dices cuando llegas a estas horas?
- » –¡Ah, los hombres! Cuando llegáis tarde, ¿cómo lo justificáis? –dijo graciosa.
- » –Con un rollo... Normalmente, que estábamos trabajando... O que nos encontramos a un familiar, un amigo... No sé, según el momento.
- » Ella se rio a carcajadas.
- » –Lo mío es más fácil. Como trabajo cerca de donde vive mi hermana, le digo que, cuando acabo, me voy a su casa, que nos damos una vuelta por el Paseo Marítimo o que hemos bajado al centro... ¡Según el día!
- » –Y él, ¿qué te dice?

- » Ella suspiró para calmar esa risa tonta que a veces nos entra.
- » –Le da igual... Con su reproductor de cedés que le regalamos por su santo se tira casi todo el día, viendo películas antiguas o, si hay alguna retransmisión deportiva en la tele, pues ¡a verla! Si se cansa, se da sus paseos y vueltas a ver a los amigos de la Peña... Si vuelve a casa y no estoy, se hace la cena, otra vez la televisión, internet, y, cuando se cansa, se acuesta y a dormir... Esa es su vida.
- » –¿No te dice nada de nada? –pregunté alucinado.
- » –¡Nadal! ¿Sabes cuánto tiempo hace que no tenemos relaciones? –dijo ella un poco abatida.
- » –Pues, ¡no lo sé! Y la verdad es que tampoco te lo voy a preguntar –le dije un poco incómodo.
- » –Yo te lo voy a decir... ¡Más de un año! ¿Qué te parece?
- » –¡Pues vaya! Lo mismo tiene alguna “amiguita”.
- » –¿”Amiguita”? ¡Ja! No creo que ninguna mujer lo aguante... Ni sé si le siguen gustando...
- » –Pues tú lo has aguantado unos cuantos lustros... Eres digna de admirar.
- » Ella parecía que empezaba a venirse abajo.
- » –Mejor no seguimos hablando de él. ¡Dejemos el tema! Es un egoísta que, teniendo sus “caprichitos” y tonterías, pasa de todo... Te lo aseguro.
- » Parecía que ella usaba el enfado hacia su marido para recordarse que no debía venirse abajo.
- » –¡Bien! Y para terminar, ¿qué pasa con vuestro hijo? ¿Qué opina?
- » –Él, ¿qué va a decir? Hace unos días me dijo: “Mamá, tengo ganas de acabar los estudios, encontrar un trabajo estable e irme de casa. ¿Por qué no nos vamos los dos?”.
- » –¡Qué fuerte, Pilar! –aluciné.
- » –Así es, Nando... El niño tampoco lo soporta. Pero es su padre. Yo procuro quitarle importancia a las cosas aunque hay veces que sobrepasan lo normal... ¿Sabes qué trabajo le buscó Jesús a su hijo?
- » Podía ver en ella el dolor que sentía en ese momento.
- » –No. ¿Cuál? –pregunté curioso.
- » – De “freganchín”, en una empresa de limpieza de un amigucho suyo... Y ahí tienes al angelito, todo el día limpiando naves en polígonos y estudiando por las noches, mientras su padre se toca los cojones en casa a dos manos...
- » Yo, viendo que se calentaban los ánimos de una forma no muy controlada, la interrumpí, cogí su copa, se la di y cogí también la mía.
- » –¿Brindamos? Es que, si no, se va a calentar el vino. ¡Salud! ¡Por tu hijo y por ti!
- » Ella sonrió cálidamente.
- » –¡Por nosotros y por que esta noche tan bonita no acabe nunca!
- » La verdad, no sé si la noche era o no bonita, pero se estaba calentando... ¿La noche?
- » Pedimos una serie de especialidades, a cada cual más buena, y aprovechamos para callarnos un poco mientras

bebíamos y comíamos, que, callados, estábamos más bonitos. Y así nos dimos tiempo para olvidar y cambiar esta conversación tan escabrosa. Terminamos de comer y no me quería dejar pagar, me puse serio y dije:

» –Pilar, ¡he sido yo quien te ha invitado a picar algo! Así que soy yo quien paga!, ¿vale?

» –Sí, pero con una condición: ahora, invito yo a una copa... Dime un sitio donde te gustaría ir.

» Yo miré el reloj.

» –Son cerca de las doce. ¿Mañana trabajas?

» –No, tengo tres días libres... Así, que no tengo prisa –me dijo mientras me guiñaba el ojo.

» –¿Vacaciones?

» –No, Nando. Solo son tres días libres que me dan porque tenía acumuladas muchas horas extra y, para no pagármelas, me dan días de descanso.

» –¡Qué bien! –le dije– . Bueno, ¡tú decides a dónde vamos ahora!

» Se lo dejé a su elección pensando que, si la llevaba a los sitios que yo frecuentaba, sería un “cante” por dos motivos: primero, por “el qué dirán” y, segundo, a esos lugares suele ir Jesús y no me fiaba de las lenguas ajenas.

» –¿Dónde tienes el coche? –preguntó ella.

» –En el Parque, como siempre.

» –Vale, pues te voy a llevar a un sitio cerca de la casa de mi hermana al que solemos ir...

» –¿Dónde? –le pregunté.

» –¿Conoces “Sándalo 40”? –me preguntó ella.

» –¡Joder! ¿Quién, a mi edad, no conoce “Sándalo 40”?

» ¿No lo iba a conocer? ¿Cuántas veces había “cerrado” ese pub?

» –Por cierto, tu hermana se llamaba Sara, ¿no? –le pregunté.

» –Se llamaba y se llama. Que yo sepa, todavía está viva, cariño –respondió ella riéndose.

» –¡Ya, ya lo sé! ¿Y... cómo le va?

» –Muy bien. Se separó de su marido y está pendiente del divorcio. ¡Otro gilipollas! Ahora vive sola.

» –¡Pues vaya hermanitas! –le dije en plan de broma.

» –¡Qué gilipollas sois los hombres! Por cierto, ahora que has mencionado a mi hermana... la voy a llamar por si se quiere bajar a tomarse una copa con nosotros. ¿Te importa?

» –Para nada, Pilar. Yo, encantado –pensé que así, por lo menos, no estaría solo ante las sucesivas insinuaciones que Pilar estaba realizando.

» –Pero, ¡pago yo! ¿Sí? –insistió.

» –Vale, tú pagas, ¡pagadora!

» Pilar sacó el móvil y llamó a su hermana. Conforme hablaba, se movía de un lado a otro, la costumbre de todos

los que hablamos por el móvil y de la que aún no me he enterado su causa. Terminó y me dijo:

» –Sara dice que está sin arreglar, que nos lleguemos a tomar una copa a su casa, se viste y ya bajamos los tres. ¿Qué te parece? –dijo ella animada.

» –Bien, como veas –respondí.

» –Le va a encantar verte. ¡Vamos, que nos está esperando! Se ha puesto muy contenta. Por cierto, me ha preguntado que por qué no te traes a tu amigo Leo –dijo sonriendo picarona.

» –¿A Leo? No, ¡mejor, un autobús de japoneses le voy a llevar a estas horas!

» ¡Joder!, juraría que, esa noche, todas las hermanas de mis conocidas o amigas se alegraban de verme...

» –Nando, no dirás que es tarde, ¿no?, ¡lobo de la noche! –dijo sonriendo.

» –No, hija, no. Es, más bien, la hora de las cucarachas y de los vampiros como nosotros –dije riendo.

» Fuimos al Parque, donde recogimos el coche y nos pusimos camino a casa de su hermana en la calle Sándalo. Al pasar por delante del pub Sándalo 40, me dijo:

» –Aparca aquí –dijo señalando un hueco libre–. Vaya, ¡eso sí qué es raro! ¡Vaya suerte, tío! ¡A esta hora y en este lugar!

» Una vez aparcados, nos bajamos del coche y Pilar se dirigió hacia un bloque de cuatro plantas mientras miraba hacia arriba. Su hermana Sara se asomó a la terraza del último piso y nos saludó agitando la mano. Pilar le dijo que nos abriese. Sonó el portero electrónico junto con la voz de Sara.

» –¿Ya?

» –¡Sí! –dijo Pilar mientras entraba en el portal y yo tras ella.

» –¿Hay ascensor? –le pregunté.

» –Por favor, Nando, ¡que estamos en el siglo veintiuno!

» Llegamos al ascensor, lo llamó y, mientras esperábamos, me preguntó:

» –¿Te gusta el sitio?

» –Sí, está muy bien. Además, la orientación es sur. ¡Tendrá unas vistas estupendas! Se verá el mar, imagino.

» –El mar, la playa y todo... ¡ya verás!

» Llegó el ascensor y nos subimos.

» –¿El tercero? –pregunté.

» –El cuarto, Nando. ¿No lo has visto? Es el ático –dijo ella.

» Y le di al botón que marcaba el número cuatro.

» El ascensor se puso en marcha y, como todos los que se suben con alguien en un aparato de este tipo, me puse a mirar al techo, al suelo y a los pulsadores... De repente, noté una mano mi espalda, miré a Pilar y, ¡hala!, me besó. Yo me quedé cortado... menos mal que llegamos... ¡Uf! Se abre la puerta del, cada vez más, diminuto ascensor y... allí estaba Sara, con una “ropita” muy de “estar por casa” pero así como ¡muy sugerente! Lo peor era que ya no me acordaba de lo atractiva que era, bueno, que es.

- » –¡Hola, Nando! ¡Cuánto tiempo sin verte! –dijo con una sonrisa radiante.
- » –Hola, bonita, ¿qué tal estás? Bueno, yo te veo muy bien y muy buena –dijo riéndome.
- » –No te pases... –dijo Pilar mientras le daba un abrazo a su hermana diciéndole, a la vez que se reía–: Hola, hermanita, ¿cómo estás? ¡Cuánto tiempo!
- » –Sí, Pilar. ¡Desde este mediodía! –contestó Sara uniéndose a las risas de su hermana.
- » –¡Pasa, Nando! Mi hermana ya conoce mi cueva –me dijo Sara.
- » –Sí, gracias... Después de vosotras.
- » –No has cambiado... Siempre tan amable y galante –añadió Sara.
- » Pasamos al interior y, la verdad, es que el apartamento ¡era ideal! Dos dormitorios, un salón comedor muy amplio, un aseo, un cuarto de baño, una cocina con *office* y una terraza inmensa desde la cual, y como me había dicho Pilar, se veía el mar, la playa y gran parte de la bahía de Málaga. El mobiliario era nuevo y con buen gusto. Todo ello me llevó a pensar: “Anda que al pobre del ex le tuvo que haber sangrado hasta morir porque, aunque ella es, o era, bibliotecaria en la Universidad, no creo que en tan poco tiempo se hubiera hecho con un apartamento tan completo solo con su sueldo...”. Bueno, ya me enteraría. Entonces, Sara me sacó de golpe de mis pensamientos.
- » –Nando, me enteré de que te separaste de Marina...
- » –Sí, Sara, pero de eso hace ya muchos años...
- » –¡Yah! ¿Y dónde has estado metido todo este tiempo?
- » –Pues por ahí, por aquí, por allá. Ya sabes. ¡Los separados!, ojo, ¡y las separadas!, que sé que esa es también tu situación. Nos movemos mucho... –dije riendo.
- » –Separada y pronto divorciada. Ya lo hago bien... ¿No te parece?
- » Me daba la sensación de que Sara me analizaba.
- » –Pues, sí. Me parece bien si a ti te lo parece –dije por salir del paso.
- » –¿Nos tomamos algo? dijo Pilar, mientras ponía vasos, sacaba hielo y venía cargada de botellas.
- » –Anda, ¡qué bien conoce el bar de tu casa! –le dije a Sara.
- » –Sí, ¡está hecha una camarera de aúpa! –dijo entre carcajadas Sara.
- » –Nando, ¿lo mismo qué tomaste en “la Plaza”? –me preguntó amablemente Pilar.
- » –Sí, por favor... ¿Tienes Cutty Sark? –pregunté.
- » –¡Claro! ¿Qué te crees? Esta es una casa provista de todo y, cuando digo de todo, es ¡de todo! –dijo Pilar.
- » –Me lo creo, me lo creo – contesté levantando las manos como si me estuvieran apuntando con una pistola y sonriendo en plan cómico.
- » La velada transcurrió tranquila y agradable. Las hermanas pusieron música de fondo y el ambiente era muy simpático y relajado. Comenzábamos a contar anécdotas, chistes y todo lo que se nos ocurría. Nos bebimos la copa y, viendo que iban a llenarla de nuevo, les propuse:
- » –Bueno, ¿bajamos a tomar una en el “Sándalo”?

- » –¿No estás bien aquí? –dijo Sara.
- » –Yo sí... pero parece que Nando se aburre, ¿no? –dijo Pilar mientras se ponía una copa.
- » –No, para nada. Estoy bien. Lo decía por si queríais bajar a tomar el aire –y me reí.
- » –¿Tienes calor, Nando? –dijo Pilar en plan provocadora.
- » –Si quieres, pongo el aire acondicionado o nos vamos a la terraza –dijo Sara.
- » –No. Por mí, no. Aquí, hace una buena temperatura –respondí, intentando dejar claro que yo no tenía calor (no aún, claro...).
- » Pilar y Sara, tras ponerme otra copa, se dijeron algo al oído, se rieron y desaparecieron camino al dormitorio.
- » –¿A dónde vais?
- » –¡A ponemos cómodas! –me dijo Pilar desde la puerta del dormitorio.
- » En una situación como esta, tal vez se suelen pensar cosas... digamos que lógicas. Yo, cuando estoy con amigas en casos como este, me encuentro relajado y nunca pienso nada, simplemente lo vivo, lo disfruto y punto... Aunque también es cierto que, en más de una ocasión, me he llevado sorpresas, tanto buenas como malas.
- » Pasó un tiempo indeterminado y, desde el sillón donde me encontraba, y a pesar de la música, las oía reír y el abrir y cerrar de lo que bien podían ser el armario, ropero o cajones... Viendo que no salían, les dije elevando un poco el tono:
- » –Oye... ¿No os habréis dormido, verdad?
- » –¡No! ¡Estamos probándonos ropa! Si quieres, ¡ven! –me dijo Pilar mientras se reía.
- » –¡No! ¡Por favor, Pilar...! ¡Qué fresca que eres!
- » –No, no vengas Nando –me dijo Sara.
- » Yo me quedé un poco dudoso... ¿Entraba o no?... Mejor no, concluí...
- » –¿Venga! Venid aquí y dejad eso para mañana –acabé diciéndoles.
- » En ese preciso momento, salió del dormitorio Pilar..
- » – ¿Te gusta Nando?
- » La miré y estaba apoyada en la entrada de la puerta con ¡tan solo una blusa blanca entreabierta! Yo aparté la vista y, para quitarle importancia, le dije:
- » –Pilar, por favor, ¿tanta calor tienes? –dije al mismo tiempo que miraba el reloj-. ¡Son las tres menos cuarto! ¿No tienes que ir a casa? Anda, vístete y te llevo...
- » La volví a mirar y vi que se pasó la mano por la nariz. Casi de forma instintiva me fijé en sus ojos. ¡Uf! Recuerdo que me dije: “¡Nando, espero que te equivoques!”. En ese instante, salió Sara del dormitorio vestida con una camiseta muy corta y, en la parte de abajo, lo que parecía ser unas braguitas. Me fijé en ella y observé una pequeña manchita blanca junto a su nariz.
- » –¿Qué os pasa? ¿Estáis aburridos? –dijo Sara mientras cogía su copa y se la bebía de un trago.
- » –Yo no –le dije-. Pero le estaba diciendo a tu hermana la hora que es y si quería que la llevase a su casa...

- » –Nando, mi hermana es mayorcita y sabe a qué hora puede llegar a casa. ¿No, Pilar? –sentenció Sara.
- » –Sí, ¡no te preocupes! He llamado a Jesús y le he dicho que me quedaba a dormir aquí –dijo de forma triunfal.
- » –Y ¿qué te ha dicho? –pregunté, interesado por la reacción de Jesús.
- » –Nada, tío. Ha saltado el contestador y le he dejado un mensaje. ¡El gilipollas estará durmiendo! “Cansado”, seguramente... –dijo Pilar.
- » Ambas se pusieron a reír.
- » –¿Por qué no le llamas al móvil?
- » –¿Para qué? Nunca se entera... Cuando está en el salón, lo deja en el dormitorio. Y cuando está en el dormitorio, se lo deja en el salón... ¡Coño!, luego se queja de que no lo oye. No sé para qué tiene el móvil, la verdad.
- » –Oye Pilar. ¿Y él sabe dónde estás?
- » –¡Qué pesado eres, Nando! Ya te he dicho que se lo he dejado en el contestador...
- » –Quiero decir... ¿Él sabe dónde está esta casa? estaba un poco preocupado por la situación: ¿quién no?
- » –No creo. Nunca me lo ha preguntado. Ya ves el interés que tiene por mí... ¿Por qué? –me preguntó Pilar.
- » –No sé, por si se presenta aquí... Pero, con lo que me has dicho, ¡descartada esa opción!, ¿no?
- » –Sí, hombre. Nunca se ha preocupado dónde o con quién estaba y ¿hoy, precisamente, lo va a hacer...? ¡Qué caguetas sois los hombres! Y si viene, ¿qué?
- » –No, Pilar, no lo digo por nada... Solo que veo un poco rara esta situación, ¿no te parece?
- » Entonces, Sara, que había estado especialmente callada, se levantó, cogió mi mano y me dijo:
- » –Ven, deja a esta tonta...
- » Y me llevó en dirección al dormitorio. Pilar, con cara de enfado, le gritó.
- » –¡Sara!
- » –No pienses mal cariño, solo voy a enseñarle nuestro pequeño secreto...
- » Cuando entramos en el dormitorio, vi apilada sobre la cama muchísima ropa... Por lo visto, era cierto que se habían estado probando ropa: desde luego, eso parecía... Sara me llevó hacia la mesita de noche, se sentó en la cama y me hizo un gesto de invitación con la mano indicándome que me sentase junto a ella. Cuando así lo hice, ella me dijo:
- » –¿Quieres, Nando? –señalándome el cristal de la mesita de noche mientras ella preparaba unas rayas de coca.
- » Yo, la verdad, asombrado, sin disimular mi rechazo hacia ese tipo de sustancias, dije mientras me levantaba de la cama:
- » –No, gracias, Sara. Aunque no lo creas... ni me agrada, ni consumo. Y creo que no deberíais tomar eso. ¡Es veneno puro!
- » Ella, haciendo caso omiso de lo que yo le decía, se acercó al cristal, se esnifó una raya y después otra, la que supuestamente era para mí...

» –Nando, lo creas o no, esto es algo inusual. No pienses que nosotras tomamos esto a diario. Solo de vez en cuando, por variar... Y pensamos que hoy era el día –dijo mientras se pasó el dedo por el cristal recogiendo los restos y chupándose su dedo sensualmente.

» Yo me levanté relajadamente y salí del dormitorio. Pilar, al verme salir, se me quedó mirando y exclamó.

» –¡Lo sabía!, ¡lo sabía! Estaba segura de que tú no consumías a pesar de lo que me decía Jesús... Pero, ante la duda...

» En cuanto oí las conjeturas de Jesús, me entró una mala leche impresionante... Ya me habían dicho que ese cabrón, más de una vez, había comentado a nuestras amistades comunes “el problema de mi adicción a las drogas”. ¡Incluso llegó a oídos de mi hermano! Por eso, me enteré y es algo que nunca le perdonaré, ¡nunca! Pilar percibió mi enfado ante la mención del comentario de su marido y, tal vez, aprovechando la ocasión y, bajo el pretexto de aliviar mi estado, se acercó a mí, me besó, y me dijo:

» –Ven, Nando. No pienses más en eso. Relájate y ven conmigo. Ahora me toca a mí enseñarte mi secreto...

» Me cogió de la mano y me llevó en dirección al otro dormitorio, mientras le decía a su hermana:

» –Sara, vamos a descansar un poco...

» Sara, que estaba entretenida “con su secreto”, contestó con un “sutilísimo”:

» –¡Pasadlo bien y, si me necesitáis, me llamáis!

» Un rato más tarde, con el beneplácito de Pilar, Sara se nos unió...

–Y esa noche fue el inicio de todo, Leo. Quizás me precipité e hice algo que no debería haber hecho. Lo sé, actué como un niño... Pero el escenario y el guion exigían eso de mi persona. Así que yo representé mi papel. Luego, nos hemos seguido viendo de manera esporádica... ¡Eso sí!, a cielo abierto. Nunca nos hemos escondido de nada ni de nadie. Somos simplemente amigos que, casualmente, nos encontramos y tomamos unas copas. De vez en cuando y nada más... Últimamente, nos llamamos, nos vemos ocasionalmente y, si podemos uno y el otro, pues ya sabes...

–Bueno, Nando, después de lo que me has contado... la verdad es que no sé cómo hubiera actuado yo. ¡Tal vez, igual! Ahora, no lo sé. Pero me reitero en lo dicho antes... ¡Hay muchas mujeres en el mundo!

–Pues, entonces, si piensas así, dejamos aquí la historia, Leo. Será lo mejor...

–Por cierto Nando, ¡son las seis y cuarto! ¡Joder, cómo pasa el tiempo! Vamos a pagar que nos vamos... Mejor dicho: paga que nos vamos –le dije sonriendo.

–Sí, será mejor, por si hay caravana. Aunque no creo que en un día de diario... Pero, mejor, nos vamos –dijo Nando mientras llamaba al camarero.

–Dime, Fernando –le dice el camarero.

–La cuenta, por favor.

–¿Queréis una copa? ¡Invita la casa! –nos sugirió amablemente.

–No, gracias, Juani. Ya nos vamos. ¡Otro día!

–Bien, traigo la cuenta.

Mientras Nando pagaba, yo me levanté y me despedí de los camareros, agradeciéndoles el servicio y la calidad de

la comida.

—¡Gracias!;Hasta otro día! —se despidió Nando.

—Gracias a vosotros —dijo Quico, el propietario.

Nos subimos al coche y pusimos rumbo al centro de Málaga. La vuelta fue tranquila, con un tráfico normal y fluido... Nada más iniciar el camino, Nando, se adormiló, lo cual era completamente normal si tenemos en cuenta la noche anterior, los nervios y el estrés generados por la prueba y la “pechá” de hablar que se había pegado. Yo también estaba que me caía, así que puse música, el aire acondicionado a máxima potencia y, en menos de veinte minutos, estábamos en el centro justo al lado del coche de Nando. Cuando llegamos lo desperté con un:

—¡Nando, despierta! Que ya estamos en casa...

Él, atontado, me preguntó:

—¿En casa, qué casa?... —dijo mientras miraba su coche aparcado—. ¡Ah, mi coche, claro!

—Me he acordado y he tirado directamente para “acá” y así ya te lo llevas.

—Es verdad, tío. ¡Estupendo! Bueno, Leo, luego nos vemos o, mejor, mañana. Me voy a descansar. Yo te llamo... ¡Ahh!, por cierto... Este viernes, ¿vienes conmigo al especialista? —me preguntó esperanzado.

—¿Y quién si no? ¡Payaso, mañana nos llamamos! Descansa y hasta luego —me despedí.

Nando se bajó del coche y subió al suyo, despidiéndose de mí con un gesto de su mano. Yo arranqué y me fui en dirección a mi bar, volviendo a tener la suerte de aparcar justo delante. Eran las siete menos veinte. ¡Qué alegría!;No había nadie esperando en la puerta! Ya saben: proveedores o esos clientes a los que parece que el mundo se les va a acabar y se quieren tomar el último café o la última copa antes de irse al otro mundo.

Levanté la corredera, abrí las puertas, encendí las luces, puse el aire acondicionado, la música a bajo volumen y me serví una coca cola con mucho hielo y limón... Me senté fuera de la barra con el deseo de que no entrase nadie hasta las siete y media, que era cuando llegaban los camareros, ¡ojalá...! Justo cuando tuve ese pensamiento un poco maligno a raíz de mi cansancio, se abrió la puerta... El primer cliente de la tarde había llegado y era don Enrique... ¡A trabajar!

Capítulo 7. Un día de lo más extraño

Don Enrique era un cliente que, desde la primera semana de la apertura del pub, hacía ya siete años, comenzó a frecuentarlo. Era un prestigioso dermatólogo jubilado que, diariamente, venía siempre a las siete de la tarde pero, no sé por qué, ese día vino antes para tomarse su tradicional copa de Cardhu con soda, que yo, personalmente, le tenía que servir junto a dos rocas, que era como llamaba él al hielo. Mientras degustaba la bebida, se fumaba un cigarrillo tras otro que encendía con un precioso encendedor Dupont de oro que sostenía con su mano izquierda y que hacía girar constantemente.

Como, a esa hora, no solía haber mucha clientela, yo normalmente escuchaba sus vivencias cargadas de tecnicismos médicos. Don Enrique no ocasionaba molestia alguna. Tampoco era dado a conversar con nadie salvo conmigo. Quizás pensaba que era el único que le prestaba toda la atención que merecía. Siempre se situaba en el mismo lugar de la barra, “mi rincón”, como él decía, junto a la esquina opuesta a la entrada del bar, pegado al almacén, el lugar más tranquilo del local... Quitando las anécdotas, su conversación durante estos años siempre era la misma.

–Buenas tardes, Leo –decía con un tono grave y calmado.

–Buenas tardes, don Enrique. ¿Qué le pongo? –le decía.

–Un Cardhu con dos rocas y un botellín de soda –contestaba.

Y vosotros os preguntaréis: si este señor tomaba lo mismo siempre, ¿para qué le preguntabas? ¿No eras capaz de acordarte? ¿Por qué no se lo sugerías o ponías directamente? Pues no sé qué contestar. Simplemente, así ocurría. Era como una especie de ritual entre ambos.

Ese día no iba a ser menos, por lo que le serví la copa como siempre y él, también como siempre, antes de mezclar la soda con el Cardhu, bebía directamente del botellín un sorbo de soda... A pesar de que yo conocía su costumbre y le ponía otro vaso al lado para que se sirviera, nunca lo usó. Tras finalizar nuestro ritual, yo le solía preguntar:

–Don Enrique, ¿cómo está su hermana?

–Bien, gracias. Ahí anda la pobre, con sus dolencias –contestaba él, siempre estoico.

Todas las tardes, su hermana pasaba por delante de la puerta del bar, camino a San Felipe, la iglesia más cercana para acudir a misa, coincidiendo en muchas ocasiones con la apertura del local, motivo por el cual cruzábamos un cordial saludo. Por cierto, siempre el mismo:

–¡Buenas tardes, señora! –le decía agradablemente.

–Hola, hijo –me contestaba ella.

–¿A dar un paseíto? –solía decirle en tono cariñoso.

–Sí, a misa.

–¡Que lo pase bien, señora, y tenga cuidado! –me despedía de ella.

–Gracias, hijo, gracias –decía amablemente.

Y esa solía ser la conversación... La verdad era que esta familia no era dada a mucho palique pero ¡eran encantadores!, os lo aseguro. Prosigamos con don Enrique. Esa tarde, siguiendo la rutina, le comenté que llevaba un tiempo sin ver a su hermana y me interesé por ella. Don Enrique, contestó:

Fuera de juego

–Sí, anda fastidiada con la gota –dijo sutilmente preocupado.

–Vaya, esperemos que haya mejoría. ¡Dele recuerdos! –le dije sinceramente: sabía que eran gente mayor y esas cosas podían pasar... En fin, así es la vida.

–Sí, Leo, se los daré de tu parte.

Y continuó jugando con su encendedor, como siempre, parando solo para encenderse un cigarrillo tras otro y bebiendo con parsimonia su copa.

Nunca supe si don Enrique estaba casado, viudo, separado o vete tú a saber. Lo que sí sabía por los tertulianos de la zona era que, en sus tiempos, fue un dermatólogo de mucho prestigio, que estaba jubilado y que vivía con su hermana soltera en un edificio antiquísimo de su propiedad en una calle cercana a mi pub, aunque realmente nunca me preocupé dónde. Lo cierto era que su educación y saber estar le precedían. Diariamente, venía, siempre solo, se tomaba una, dos y, excepcionalmente, tres copas, y no hablaba con nadie excepto conmigo. Al terminar, dejaba el importe con la correspondiente propina en el mostrador y se marchaba con un:

–¡Hasta mañana! ¡Gracias, Leo!

Como, excepto don Enrique, no solía venir nadie a esa hora, en días normales que llegaba yo descansado (y que, por cierto, no era precisamente ese día), ponía música, preparaba el cambio, hacía el arqueo del día anterior y poco más hasta la llegada del personal.

Una vez atendido don Enrique y, al ver que no tenía muchas ganas de hablar, comencé con mis quehaceres... Entonces, de nuevo se abrió la puerta y entró alguien que, al principio, no conocí porque hacía mucho tiempo que no le veía pero, conforme se acercó, pude reconocerlo: “¡Anda!”, me dije, “¡sí es Luís!”.

Luís era un hombre de cincuenta y largos años, bien parecido, atractivo, elegante, educado, bien vestido y, lo mejor, un excelente tertuliano. Una persona muy singular, que solía venir acompañado de un nutrido grupo de personas de su misma edad y apariencia, a los que, por cierto, nunca dejó abonar ni una sola consumición. Y no porque sus acompañantes fueran unos gorriones, ni mucho menos, sino “por imposición”... Os lo explico.

El segundo día que Luis entró en mi establecimiento me dijo:

–Oiga, perdóneme...

–¡Sí! ¿Dígame? –le contesté.

–Por favor, tuteame. Me llamo Luis. ¿Y tú? –dijo amigablemente mientras me tendía la mano.

–Leo –le dije mientras estrechábamos las manos.

–Bueno, Leo, te tuteo. ¿Te parece? –su tono era de lo más respetuoso.

–¡Por favor! –le insté.

–Bueno, Leo, quiero que, cuando venga con alguien, nunca, nunca, les cobres. Yo pago siempre, digan lo que digan... ¿De acuerdo? –dijo con una amplia sonrisa.

–Como usted diga, Luis.

–¡Ahh! Y, por favor, me hablas de tú. ¿Sí...?

–Bien, Luis, como tú digas –y ambos nos reímos.

Y así fue durante el tiempo que estuvo frecuentando el bar, que fue más de dos años, siempre abonó él la cuenta, a pesar de las muchas quejas y enfados de sus acompañantes. Creo que fue el mejor cliente asiduo que tuve...

aunque nunca supe a qué se dedicaba.

Al verlo acercarse a la barra, le dije sorprendido:

—¿Luis?

—Sí, ¿Leo?

Y estrechamos fuertemente nuestras manos en señal de alegría.

—¡Cuánto tiempo sin verte! —le dije, mostrando la alegría que me daba volver a verle.

—Mi amigo Leo..., cosas de la vida. He estado un tiempo por otros lares... pero te he echado mucho de menos. Vine una noche al teatro y pasé por aquí antes para ver si estabas y preguntar por ti, pero estabas cenando en el Mesón y me quedé con las ganas de saludarte. ¿Cómo estás, Leo? ¡Te veo muy bien! —dijo contento.

—La verdad es que no me puedo quejar... Aunque, por pedir, podría ser rubio, alto y con los ojos azules. ¡Ah!, y con dinero. Pero eso ya es pedir demasiado... —dijo sonriendo.

—¡Anda, Leo! Que oigo hablar muy bien de tu negocio y veo que no has cambiado nada...

—Sí, la verdad es que no he cambiado casi nada... Estoy un poco más viejo, solo eso. ¿Qué te pongo?

—Lo de siempre —me dijo.

—¿Qué era, Luis? Perdóname pero no me acuerdo ahora mismo —le dije un poco avergonzado.

—La verdad ¡es que sí que estás más viejo! —y se puso a reír—. Lo olvidaste: vodka con naranja en copa de balón y con mucho hielo. Gracias.

—¡Es verdad! Perdóname, Luís. No hay excusa...

—Es normal, Leo. ¡Ah!, y ponte una copa que te invito yo. Tú bebías Cutty Sark con hielo y agua en vaso corto, ¿no?

—¡Vaya memoria! —me quedé sorprendido—. Sí, así es. Pero hoy no puedo, acabo de venir de una comida con un amigo y la verdad es que no me entra nada. ¡Muchas gracias por la oferta! —decliné.

—Anda, tómate una conmigo que nunca se sabe...

El “nunca se sabe” me sonó tan mal... Igual que cuando te dicen “la última” en un bar: que te digan eso, siempre suena mal... O, por lo menos, para mí.

— ¡Vale! Me pongo una pero cortita — le dije sin preguntarle lo que quería decir con eso de “nunca se sabe”.

— Ponte lo que quieras, Leo.

Y así fue que puse las dos copas y brindamos.

—Por ti, Luis, que me ha dado mucha alegría el verte. De verdad —dije emocionado.

—Lo sé, Leo. A mí, también... No sé, siempre me has caído muy bien y, además, te considero una persona amable y de confianza —dijo él.

—Gracias Luis. Pero no sigas, que se me van a saltar las lágrimas... —le dije sonriendo y un poco avergonzado —. Perdona Luís, voy a terminar unas cosillas...

Me había emocionado y necesitaba unos segundos para recuperar la compostura.

Fuera de juego

–Sí, no te preocupes. Tú a tu trabajo –me animó Luís con su radiante sonrisa.

Me acordé de don Enrique y me acerqué, aunque le quedaba casi media copa, y le pregunté:

–Don Enrique, ¿le falta algo?

–No, gracias, Leo. Estoy bien.

Así que volví a la otra esquina donde estaba Luis, quien había puesto una carpeta negra sobre el mostrador. Mientras no paraba de mirar su móvil, escribía en una elegante agenda de piel. Yo, al verle de esa guisa, opté por no acercarme, más que nada para no molestar, así que desde el centro del mostrador le dije:

–Luis, si te hace falta algo, me avisas, ¿vale? Yo sigo con mis tareas.

–Gracias, Leo, no te preocupes, que si me falta algo te llamo. Ahora, tengo que tomar unas notas. ¡Que luego se olvidan!

–Vale, Luis. Ya me avisas.

En poco más de diez minutos terminé con lo que estaba haciendo y me quedé justo en el centro de la barra, desde donde podía ver a un lado a don Enrique, jugando con su Dupont, y, al otro lado, a Luis, escribiendo en su agenda. Cada cual con su tema...

Desde donde estaba, aprecié algo en lo que no había reparado antes: una maleta de fin de semana junto a Luis. Y, no sé porqué, me volvió a la cabeza esa frase que dijo antes (“nunca se sabe”) y me entristeció mucho, recordándome los mil y un adioses que, a lo largo del tiempo, di a los que, más que clientes, eran amigos y amigas, y, en particular, a una persona con la cual viví una bonita historia que nunca olvidaré... A raíz de aquello, siempre me decía: “Leo, no olvides que son clientes y un día desaparecerán de tu negocio y de tu vida. ¡Así es esto!”.

Viendo que a Luis se le había agitado su copa, le preparé otra y me acerqué para servírsela y retirarle la que tenía... Al aproximarme, pude ver dos sobres cerrados con un nombre en letras de molde. Le serví la copa y él me dijo:

–Gracias, Leo. Ya era casi agua...

De repente, le sonó el móvil y él, nervioso, lo cogió como si le fuera la vida en ello, lo que yo aproveché para alejarme y respetar su privacidad... Pero, a pesar de todo, llegué a captar parte de la conversación...

–¿Sí, sí, sí? –repetió Luís varias veces, mientras que con las gafas caídas sobre la punta de su nariz, miraba su teléfono como si quisiera ver algo –. Vaya... ¡Malditos privados estúpidos! –finalizó.

Yo permanecía en el centro de la barra sin saber qué hacer o decir. Él me miró y se bebió la copa de un trago mientras le temblaba la mano. Al verlo tan alterado, me acerqué.

–Luis, ¿te ocurre algo? ¿Te puedo ayudar?

–Nada, Leo, nada... El móvil, este invento que a veces no sé para qué sirve...

Lo miré y vi que tenía los ojos rojos, irritados y acuosos, como de haber estado llorando recientemente, quizás durante el tiempo en que no le presté atención... Pero, tal vez, me equivocaba. Luis volvió a mirar el móvil y, hablando consigo mismo, dijo en voz baja:

–Pues, si no es ella, ¡seré yo!

Como no sabía lo que le ocurría, ni él me decía nada, no me atreví a preguntar y me fui hacia el fondo de la

barra, justo en el momento en que don Enrique se levantaba y, por primera vez, se despidió con una frase diferente.

–¡Gracias, amigo Leo, hasta siempre! –dijo con una sonrisa disimulada.

“¿Hasta siempre,... amigo? Pero, pero, ¿qué es lo que pasaba hoy?”

–Muchas gracias, don Enrique, ¡hasta mañana! –contesté yo un poco desconcertado.

Entonces, fui a retirar su copa cuando vi su eterno encendedor Dupont ¡sobre el mostrador! ¡Increíble! Se había dejado el encendedor, así que salí rápidamente de la barra, pasando junto a Luis, que me miró extrañado e intrigado.

–¿Te ocurre algo, Leo?

–¡No! Vuelvo enseguida... –dije mientras abría la puerta y salía a la calle para darle a don Enrique su valioso juguete.

Pero todo fue en vano. Curiosamente, ya no estaba por ningún lado, así que volví al bar, entré y casi tropecé con la maleta que había junto a Luis...

–¿Qué te ha ocurrido? ¡Has salido como un rayo! –me comentó.

–Nada, Luis, que don Enrique se ha dejado el encendedor... –le decía mientras que le enseñaba el Dupont.

–¿Don Enrique? –preguntó él.

–Sí, el cliente que acaba de salir –le indiqué.

–¡Ah, no he visto a nadie! –me dijo.

“¡Cómo vas a ver a nadie!”, pensé, “si estás escribiendo, llamando por teléfono y no pones un fax ¡porque no tienes!”. En fin, daba igual. Ya le devolvería, como muy tarde al día siguiente, el encendedor a don Enrique aunque, cuando se diera cuenta de que no lo tenía, seguro que volvería, me dije. Lo peor que podía pasar era que lo echara en falta y no supiera dónde se lo había dejado... Bueno, luego le preguntaría a Fabián, el farmacéutico, que él sabía dónde vivía y, tal vez, su número de teléfono. Mientras retiraba el vaso de don Enrique, ¡la segunda sorpresa! Por primera vez desde que nos conocíamos, no había dejado el importe de su copa. Y eso sí que me extrañó aún más. Bueno, tendría prisa, tal vez por lo que me contó sobre su hermana y se le habría olvidado... Miré a Luis y le pregunté:

–Por cierto, Luis, ¿te pongo algo más?

–Sí, ¡lléname por favor! –me dijo con voz ronca mientras parecía estar escribiendo un mensaje en su móvil, terminado lo cual, volvió a realizar otra llamada.

Le serví la copa y le retiré la vacía. Él, muy nervioso, cerró el móvil, miró de nuevo su reloj y resopló. Con cara de preocupación, me preguntó:

–Leo, ¿conoces el número del servicio de taxi?

–Sí, ¿lo quieres?

–Sí, lo necesito...

–¿Te marchas? –le pregunté intrigado.

–Sí... –dijo él, no muy emocionado ante la idea.

Fuera de juego

—¿Quieres que lo llame yo? —me ofrecí.

—¡Sí, por favor! Pero que venga ¡urgente! —dijo expresando sensación de prisa.

—¿Urgente? ¿Tanta prisa tienes? —indagué.

—Sí, he de coger un tren en una hora... —dijo triste.

—¿En una hora? ¿A dónde vas...? ¡Ay!, perdona que te pregunte... —me disculpé por el interrogatorio.

—No, no me importa, Leo. Me voy de viaje...

Me di cuenta de que no era prudente hacer más preguntas...

—Bueno, Luis, llamo al taxi ahora mismo. ¿Te parece?

—Sí, gracias, Leo, será lo mejor —y alzando su copa con una triste sonrisa dijo—: ¡Salud, Leo! ¡Por ti!

—¡Salud, Luis! ¡Por ti y por nosotros! —brindé yo tratando de animarlo un poco.

Chocamos los vasos, bebimos y, entonces, me dijo algo chocante...

—Recuerda esto, Leo... ¡Yo confío en ti! Siempre haz lo que tu corazón te diga, amigo mío. Y, ahora, llama al taxi, por favor.

—Ahora mismo...

Fui al teléfono y llamé a un taxi. Terminada la llamada, salí de la barra y me dirigí hacia Luis porque las palabras que había dicho me dejaron de piedra: ¡no entendía nada de nada! Él se acercó a mí y me abrazó... Yo le dije:

—Luis, ¡espero que nos veamos muy pronto!

—Dios lo quiera así, amigo Leo, pero recuerda lo que te he dicho, ¿vale? —me dijo enigmáticamente.

—No te comprendo —le dije—. ¿Qué es lo que quieres decirme?

De pronto, sonó un claxon interrumpiéndolo todo. Era el taxi que estaba en la puerta, lo cual era lógico ya que a cien metros de mi pub había una parada de taxis... Él me tendió de nuevo la mano mientras me palmeaba en la espalda, tras el último apretón de manos. Salió. El chófer le cogió la maleta y la introdujo en el maletero. Cuando vi a Luis por última vez en el interior del taxi, esta vez sí lloraba, lo vi claramente, pero no entendía nada.

Justo en ese momento, llegó Jose, camarero, encargado y mi mano derecha. Llevaba conmigo casi siete años, más o menos desde que comencé a trabajar en temas de restauración, así que, cuando abrí el pub, pensé principalmente en él para que fuese mi segundo de a bordo. Más que empleado, lo consideraba como un hijo, un amigo y mi paño de lágrimas... Curiosamente, yo de él solo sabía su edad, que vivía en las afueras con su madre y que tenía un hermano y unos amigos un poco fuera de lo normal a los que yo les tenía prohibida la entrada en mi negocio... Pero no es menos cierto que las pocas veces que lo frecuentaron por motivos muy concretos, se comportaron muy correctamente... Pero eso no me quitaba la mala espina que me daban y así se lo había comentado a Jose, que, aparentemente, lo comprendió.

—¡Hola, Leo! ¿Qué tal? ¿Otro que se va de viaje? —me saludó.

—Sí, Jose, otro... —respondí.

Él entró hacia el interior de la barra y empezó a preparar las neveras, bebidas, vasos, etc., mientras yo me quedé mirando la plaza... ¡No sé! ¡Me parecía un día extraño! ¡Vaya día, Leo, vaya día...! Entonces, escuché a Jose decir:

–Leo... ¡Se han dejado una carpeta y un móvil que ha estado sonado mientras estabas fuera...!¡Ah! ¡Y cincuenta euros! No sabrás quién, ¿no?

–Lo que me faltaba –refunfuñé–. Sí, de Luis. Debe de ser de él.

–¿Qué Luis? –preguntó Jose.

–El que se acaba de marchar... No sé qué hacer...

–No te preocupes... ¡ya vendrá! –dijo Jose.

–No, hombre... ¡Si se va de viaje! –le informé.

–¿A dónde?

–¡Y yo qué coño sé! Se va en tren, es lo único que sé y porque le he tenido que pedir un taxi...

–Bueno, Leo, no te pongas así... Tranquilo y tómate las cosas con calma que, al fin y al cabo, la culpa no es mía ni tuya. Ya vendrá o mandará alguien a recogerlo...

–¡Ya lo sé, Jose! Lo siento, estoy un poco nervioso... Primero con Nando en el hospital, luego don Enrique se ha dejado el encendedor y, ahora, Luis la carpeta, el móvil y cincuenta euros para pagar la cuenta cuando yo ya le había invitado... ¡Anda que el díita que llevo!

–¿Nando en el hospital?¿Qué le ha pasado? –preguntó preocupado Jose.

–Ya te contaré...

–¿Pero algo malo? –me cortó él insistiendo.

–No. De momento, nada. Ya veremos... –le dije para tranquilizarlo.

–¿Y a don Enrique?¿Qué le ha pasado?

–Nada... Solo que se ha dejado el encendedor...

–¿El de oro? –preguntó Jose alucinando.

–Sí, el Dupont –le confirmé.

–No me lo puedo creer... Si no lo pierde ni un segundo de vista. Un día, le pedí fuego y ¡ni me contestó el tío! –se quejó Jose.

–Ya... Pero él es así y hay que respetarlo –le medio regañé.

–No... si yo no digo nada. ¿Qué hago con la carpeta y el móvil, Leo?

–Dámelo, yo lo guardaré.

Cogí la carpeta y la abrí, más que nada para ver si ponía alguna dirección, teléfono o lo que fuese que me pudiera facilitar el contacto con Luis... Y, entonces, ¡otra sorpresa! Dos sobres: en uno, ponía Mariela y, en el otro, Leo.

Ante el panorama, empecé a preguntarme: “¿Qué hago? ¿Lo abro?¿O mejor me voy a cenar, me calmo y luego ya veré lo que hago?”. Tras unos segundos de reflexión, tomé mi decisión: ¡a cenar!

–Jose, voy a cenar –le dije mientras él abría la caja registradora con los cincuenta euros en la mano.

–Leo, la caja está vacía... ¿No has puesto el cambio? –me preguntó.

Fuera de juego

—¡Ah, es verdad! Con el lío, se me ha olvidado... Bueno, cógelo tú. Ya sabes que el dinero está en el almacén, en la caja de arriba. Luego, tápala bien con el paño, por favor.

—No te preocupes.

Salí del bar y fui directamente al mesón. Al llegar, vi junto a la barra al corro de los ilustres de la zona, que hablaban y hablaban sin parar... Los saludé y me senté en la mesa de la esquina que, habitualmente, estaba vacía y reservada a esa hora para mí. Se acercó Manolo, el dueño, y me dijo:

—¿Qué, Leo? ¿A cenar?

—Sí, Manolo. Pero ponme algo “suavito”, que no tengo mucha hambre esta noche.

—¿Te pongo una rosada a la plancha con un poco de ensalada? —ofreció Manolo.

—Sí, está bien. Y, de beber, agua, por favor.

—En diez minutos está.

Nada más marcharse Manolo, entró Fabián, el farmacéutico.

—¡Señores, buenas tardes a todos! ¡Hola, Leo!

—Hola, Fabián. Una pregunta...

—Sí, dime, Leo —accedió mientras se sentaba frente a mí.

—¿Tú sabes dónde vive don Enrique?

Él se sorprendió y puso cara de asombro.

—¿Donde vivía...! El pobre...

—¿Ha cambiado de casa? —le corté rápidamente.

Él me miró extrañado.

—Pero, Leo, ¿no te has enterado? —me preguntó un poco apenado.

—¿Enterado? ¿De qué? —le pregunté.

—Leo, esta tarde lo hemos enterrado... Precisamente, acabo de dejar a su hermana en casa de un familiar.

Me puse blanco.

—¿Qué te pasa? —reaccionó al verme la cara de espanto que puse.

—Nada, Fabián... Nada.

Me levanté medio en “shock” y pregunté a Manolo:

—¿Me has puesto la rosada?

—Sí, Leo. Ya sale...

—Bueno, pues déjala ahí o, mejor, me la mandas a mi bar, me he acordado de algo muy importante...

Antes de marcharme, le dije a Fabián:

–Lo siento, Fabián. Me tengo que marchar...

Fabián se levantó y volvió a insistir.

–Leo, ¿te pasa algo? –su tono demostraba preocupación.

–No, nada, gracias.

Y salí a la calle con escalofríos por todo el cuerpo. Me fui hacia mi coche, lo abrí y me senté.

¿Qué había pasado? ¿Había sido un sueño? Metí la mano en mi bolsillo y saqué el Dupont de oro... ¡No puede ser, Leo! ¡No puede ser! ¡Tranquilo! ¡Sobre todo, tranquilo! Allí me quedé, sentado en mi coche, tratando de dar explicación a lo que había pasado... E intentando tranquilizarme.

Tras no sé cuánto tiempo, salí del coche, entré en el bar y me fui hacia la barra... Nada más entrar, Jose me dijo:

–Hace un rato, han traído esto del Mesón de Manolo. Dicen que es tu cena... ¿Qué te pasa, Leo? –dijo preocupado.

–Nada, Jose. Me voy a casa... Me duele mucho la cabeza y, ¡ah!, lo que te he contado de don Enrique... no se lo digas a nadie, ¿vale?

–Vale, Leo, pero... –dijo dubitativo.

–¿Pasa algo? –le pregunté a Jose.

–No, nada, te quería decir algo... Pero descansa, mañana hablamos –sugirió animándome.

–¿Es importante? –le pregunté al ver un gesto extraño en su cara.

–No. ¡Bueno, mañana te lo cuento!

–Sí. Si no es muy importante, será mejor que lo hablemos mañana, Jose... Si ves que la noche está tranquila, a las tres cierra, ¿vale?

–No lo creo, Leo. Me ha avisado un amigo de que trae una despedida de solteras... ¡Y nunca se sabe!

–¿Una despedida? Pero...

–¡Sí, no te preocupes! He llamado a María y viene antes esta noche, así que no hay problema –me cortó él, desprendiendo seguridad.

–¡Ah, bien! Pero, cuando acabéis, le pagas a María... Le viene mejor cobrar a diario que semanalmente... ¿Sabes dónde está el dinero?

–Donde siempre, ¿no?

–Sí, pero lo coges de otra caja, la de metal de arriba.

–Vale, ¡de la caja de metal! No te preocupes de nada. Y ¡hasta mañana, Leo! ¡Descansa, jefe!

–Gracias, Jose... Si hubiera algún problema, me llamas, que estaré en casa. Eso, seguro.

–Tranquilo, Leo. No va a pasar nada... Por cierto, Leo, ¿dejas aquí la carpeta y el móvil de tu amigo Luis?

–No, no... Dámelo que me lo llevo.

–Toma, llévate la cena también –decía mientras me daba todo lo solicitado–. ¡Toma y hasta mañana!

—¡Es verdad! Gracias, hasta mañana.

Salí del bar y me subí al coche y arranqué preocupado por todo, pero me tenía que ir a casa, no tenía ánimos de nada y me hacía falta, más que despejarme, tranquilizarme un poco...

Llegué a mi morada y aparqué sin dificultad... ¡Por fin, en casa! ¡Vaya día! No me lo creía. Me puse cómodo y me senté en el sofá porque no podía acostarme en la cama... ¿Para qué? Seguro que no podría dormir en ese estado. Saqué de mi bolsillo el encendedor de don Enrique y me quedé mirándolo durante unos segundos... ¡En la parte inferior, observé que había una inscripción! Pero ni me atreví a leerla: me parecía todo tan surrealista... ¡Demasiado! Lo envolví en un paño y lo metí en la mesita de noche.

Me serví una copa de Cutty Sark con hielo y agua, calenté la cena que me había traído y saqué agua de la nevera... Mientras comía, me quedé mirando la carpeta negra y el móvil de Luis. Dejé la comida a medias y abrí la carpeta. En el interior había dos sobres, cada uno con un nombre en letras de molde: “Leo” y “Mariela”... ¿Qué era esto? El tal Luis, ¿se había entretenido en escribirme una carta? ¿O quizás sería para otro Leo? En cuanto a Mariela, ¿quién era? Yo no conocía a ninguna Mariela...

Por lo que se veía, el día no había terminado para mí. Aparté los sobres y cogí el móvil. Mi primera intención era encontrar algún número de teléfono con el que poder contactar e informar del hallazgo de la carpeta y el móvil. Preparé bolígrafo y papel y busqué en “llamadas salientes” pero las únicas llamadas eran las realizadas a Mariela, todas a Mariela... ¿Cuántas? No sé, no las conté, pero muchísimas. Y anoté el número de esta mujer. Seguidamente, fui a la función de “llamadas recibidas” y solo había tres: la primera, de Mariela, de días atrás; la segunda, sin identificar; y la última, también de Mariela, realizada ese mismo día... Seguramente, fue la llamada que sonó mientras me despedía de Luis, la que Jose oyó.

Busqué entonces en la agenda del móvil y... ¡No me lo podía creer! ¡Solo había un contacto! ¡Mariela! Pero, ¿es que Luis tenía este teléfono solo para Mariela? Pues, por lo que se veía, sí. Con la lógica intriga, pero preocupado por no violar su intimidad, entré en la carpeta de mensajes y lo mismo: Mariela en todos los recibidos... Así que me fui al último, que correspondía con el día de hoy, tratando de encontrar algún dato que hiciera referencia al viaje de Luis, y lo abrí. Decía:

“Luis, ya nada tenemos en común. Vives una clase de vida que hace tiempo no comparto. Pero es tu vida. Si así eres feliz, sé feliz. Y si no lo eres, eso ya será cosa tuya. Quizás nos quede una amistad, que, con el tiempo, también se perderá. Es mi último contacto contigo. Suerte en todo. Besos, Mariela.”

Aunque me pareció triste y duro, no me ayudó en nada, salvo para entristecerme y sentirme peor de lo que estaba... Así que busqué en “mensajes salientes” cuál fue la contestación de Luis: no podía quedarme sin saber su respuesta. Así que volví al último mensaje saliente y esto fue lo que encontré:

“Hola, mi vida. Siento tu decisión pero, conociéndote, sé que lo tienes más que pensado y no podré cambiarla. Lo creas o no, sigo amándote y siempre te esperaré por muy lejos que estés. Pero no te molestaré porque quiero lo mejor para ti. Espero que seas muy feliz. Cuidate. Te quiero. Besos. Luis.”

Si el anterior era duro, este no se quedaba atrás... Ambos, después de una supuesta relación, se despedían con frialdad. Pero, ¿por qué mediante mensajes? Para mí, esto no tenía sentido alguno en personas de la edad de Luis... Aunque el desconocimiento de la edad de Mariela me creaba una duda razonable. Tal vez se trataba de una chica joven. Por otro lado, no debía ni tenía el derecho a juzgar nada de lo leído y, aún menos, sin saber lo que se escondía detrás de esos mensajes, aunque en mi bar percibí mucho dolor en Luis. Apagué el móvil, ya no tenía que ver nada más: con lo leído, tenía suficiente para saber que no debía localizar o contactar con la tal Mariela.

Ante las miles de dudas que asaltaban mi mente, decidí ver lo que había dentro de esos sobres que Luis me había dejado en la carpeta... Tenía la duda de si el sobre que decía “Para Leo” me correspondería a mí, o si se refería a otro Leo. Lo abrí un poco acojonado y, en su interior, había varios folios manuscritos que comencé a leer:

“Amigo Leo. Quizás, te extrañe recibir esta carta mía, de Luis, tal vez un cliente más para ti pero, aunque no lo creas, eres la única persona en la cual puedo confiar... ¿Por qué?, te preguntaré. ¿Y por qué no?, te contestaré. Te dejo estos escritos con la esperanza de que algún día vean la luz. ¿Qué luz? La que tú también verás, como te dije. Confío en ti, lo dejo en tus manos. En cuanto al sobre para Mariela, me gustaría que se lo entregaras. No busques nada ni a nadie. Ella regresará, créelo. Un sincero abrazo de tu amigo. ¡Gracias por todo! Luis.”

Extraño, ¿no? Decidí guardar ambos sobres en la carpeta y la metí, junto con el móvil, en el mismo cajón donde guardé el encendedor de don Enrique. Me fui a la cama con la intención de dormir... pero era imposible.

En principio, lo achacaba al día tan accidentado que había tenido... Pero, aunque acostado, era imposible conciliar el sueño. Tras varios intentos fallidos para conseguir dormir que solo desembocaron en despertares angustiosos, comencé a sudar y a tener escalofríos. Me dolía mucho la espalda y la cabeza y esos síntomas me recordaban algo... Me levanté y fui en busca del termómetro, me lo puse y ¡sorpresa!: 38.2°. Tenía fiebre. No me había equivocado. Conocía estos augurios de enfriamiento o gripe que solía padecer dos o tres veces al año. Lo achiqué al fresquito que pasé en el merendero con Nando y a los cambios bruscos de temperatura. Así que puse en marcha mi plan de remedios semicaseros: unas aspirinas cada seis horas, dos días en cama y... ¡nuevo totalmente!

Me tomé la primera aspirina y me acosté. El malestar venció al nerviosismo y me quedé dormido. Pero, durante toda la noche, no paré de despertarme sudando y con pesadillas. Una de las veces miré el reloj: las nueve y media... “¿Qué día será hoy?”, me pregunté mientras miraba el calendario... ¡Ah! ¡Martes! Me levanté aturdido y fui hacia la cocina, me calenté un vaso de leche y tomé la segunda aspirina. Antes de acostarme, pensé en llamar a Jose con la finalidad de que él y María se hicieran cargo del pub hasta que yo me pusiera mejor.

Fuera de juego

Capítulo 8. Puñaladas al corazón

Es difícil dar una explicación racional para lo que le sucedió a Leo con don Enrique. ¿Quizás, en su mente afectada por la fiebre, Leo mezcló lo que sucedió esa tarde con lo sucedido en otra tarde anterior? ¿Alguien le quiso gastar una broma macabra? ¿Nos está Leo queriendo tomar el pelo? Pero, ¿y si lo que pasó fue real? Málaga es una ciudad donde abundan las historias sobrenaturales: ciertos hechos sucedidos en un inmueble de la calle Císter, el caso del espanto de Capuchinos, toda la leyenda que envuelve al Cortijo Jurado... Sean auténticas o no, crean un ambiente muy propicio para la sugestión y la creencia en lo extrasensorial... En la vida, se mezclan relatos verosímiles con relatos inexplicables que también parecen ser verdad...

* * *

Llamé a Jose, sonaron los tonos pero no lo cogía y se cortó. “¡Qué raro!”, me dije. Así que volví a llamar y, en esta ocasión, saltó directamente su contestador... ¡Más raro aún! “Bueno”, pensé, “tal vez acabaron ayer muy tarde... llamaré después”. Así que puse el despertador a las doce del mediodía con el ánimo de oírlo, ya que, en el estado en que me encontraba, lo más probable era que no me enterase.

Entre sueños y pesadillas, veía a Luis con una chica a su lado, hablando acaloradamente. Después, desaparecía para volver de nuevo. La cara de ella la veía borrosa, difuminada. Luis le hablaba y a ella le sonaba el móvil una y otra vez sin parar... ¡Ah, no! Era mi despertador!

Medio mareado, miré la hora... ¡Era la una y media! Me había quedado dormido! Noté que seguía con mal cuerpo pero ya no sudaba, ni tenía escalofríos y parecía que la fiebre había remitido. Para confirmarlo, me puse el termómetro y, efectivamente, marcó 37.3°, un poco mejor, aunque con muchos dolores, sobre todo en la espalda. Me incorporé y, tras hacer una nueva visita a la cocina y coger unas galletas, me senté en el sofá y llamé de nuevo a Jose.

Primera llamada. Daba tono y colgaban. Para la segunda llamada, volvía a salir el contestador... Toda la situación me extrañaba mucho... Por lo que decidí llamar a María. Al segundo tono, contestó con un:

–¡Hola, Leo! ¡Dime! –dijo cariñosamente.

–¿Cómo sabes que soy yo? –pregunté un poco desorientado todavía.

–¡Leo! – me dijo riendo– ¿será porque sale tu nombre al llamarme? ¿Te ocurre algo? –estaba preocupada.

–Es verdad, María, perdona... Tengo un enfriamiento de caballo, he pasado una noche fatal...

–Leo, ¿te hace falta algo? ¿Quieres que vaya a tu casa y te lleve algo?... No sé, medicamentos, comida... –me interrumpió ella ante la necesidad de ofrecer su ayuda.

–No, gracias, María, tengo de todo. Te llamaba porque estoy tratando de contactar con Jose... Y no hay forma, me salta el contestador. ¿Sabes algo?... Me hace falta hablar con él para que hoy abrierais vosotros y yo me pueda quedar en casa hasta que remita la fiebre... Pero no me contesta, tal vez esté durmiendo... ¿A qué hora cerrasteis anoche?

Se hizo el silencio. Pero al final María habló.

–Ayer, la noche estuvo muy animada. Yo estuve hasta las cinco y media, terminé de recoger y Jose me dijo que me fuera... Pero él se quedó... Con Juande y otro amigo suyo... –respondió un poco insegura.

–¿Con Juande? ¡Le he dicho que no quiero a ese tío tan problemático en el bar! ¿Quién era el otro? –Solo había silencio–. María... ¿Me oyes? ¿Quién era el otro?

Fuera de juego

Ella reconoció que no quería decirlo pero, ante mi insistencia, contestó.

–Sí, Leo. El tal Migue... ¿Sabes quién te digo? –demostraba estar asustada.

–¡No lo voy a saber! ¡El peor cliente que puede tener un bar de copas! ¡Un vendedor de coca! Se lo he dicho mil veces a Jose: no quiero ver a esos “mataos” en mi bar... ¡Pero nada! Este niño es un gilipollas y no aprenderá nunca... ¡Ya hablaré con él! Además, Jose me está preocupando. Lo veo un poco raro desde que el tal Juande le presentó a la brasileña esa, que, por cierto, vaya tipo de putón desorejado que tiene...

Ella me cortó.

–No te enfades, Leo. Yo también lo encuentro raro... Tal vez sea por esta chica o por otros problemas, pero, por favor, Leo, no le digas a Jose que te dije nada. Es muy propenso a enfadarse... –me dijo con tono de preocupación.

–No, no te preocupes. No le digo nada. Entonces, si te parece, trata de contactar con él, ¿vale? ¡Ah, María! Una última cosa... ¿Te pagó anoche? –me lo estaba viendo venir...

–¡No! Me dijo que no habías dejado dinero y que tú me pagarías hoy...

–¿Cómo qué no había dinero? ¡Este tío es tonto! Sabe donde guardo el dinero. Aparte, le dije que te pagara y... María, ¿no se hizo caja?

–¡Claro que sí! Yo, a los de la despedida, les cobré quinientos euros. Eso más la parte de la clientela normal porque, como te he dicho, no paramos en toda la noche...

No comprendía nada de lo que me decía María. Así que tome una decisión.

–María... ¡voy a bajar! ¿Te parece que nos veamos en el bar a las cinco? –le propuse.

–Pero... ¡si estás mal! No te preocupes, yo lo localizo y te llamo con lo que sea...

Pero, temiéndome lo peor, insistí.

–No. Mejor voy y nos vemos a las cinco, ¿vale? No obstante, si hablas con él, le dices que me llame o que venga también al pub...

–Claro, Leo. Sin problemas. ¡Nos vemos a las cinco!

–¡Ah, María! Si no contactas con Jose, avisa a Marta y pregúntale si puede venir a las seis, por favor –le comenté tratando de mantener mi ánimo en pie.

–Ok. Pero, aunque no quiero ser pesada, si estás mal ¿para qué vas a venir? –volvió ella a insistir.

–No sé, María, esto me da muy mala espina... Tengo que hablar con Jose muy seriamente. Luego nos vemos, guapa. Hasta luego... –me despedí apresuradamente, no estaba para debates.

–Hasta luego, ¡cuídate! –se despidió ella.

Después de lo oído, no me cuadraba nada de nada. Miré el reloj: eran las tres menos veinticinco. Me di una rápida ducha para quitarme la “torta” que tenía encima... Pero aún fue peor: al salir y, mientras me secaba, ya me caían los chorros de sudor otra vez. ¡Lógico! La fiebre, las pastillas, el mal cuerpo que tenía, la amarga sensación que me oprimía el pecho...

Me vestí con lo primero que vi, salí, me subí al coche y me encaminé hacia el pub, que estaba a escasos diez minutos. De camino, se me pasaron por la cabeza mil y un pensamientos, a cada cual más negativo, y la gran duda era qué le había ocurrido a Jose.

Desde que inicié el negocio, tenía en el almacén una caja de madera, de esas que embalan los vinos, y en ella iba guardando el dinero sobrante... Me explico. Según la caja de la jornada, una parte la ingresaba en el banco, otra la dejaba en la registradora para el día a día, y, lo que se suponía beneficios, lo guardaba en esa caja y lo iba apuntando en mi agenda. Cuando bajaban las ventas y había déficit, o tenía que comprar ofertas de bebidas, o algún extra inesperado, echaba mano a esa caja.

De camino al bar, parado en un semáforo, miré mi agenda... Según mis cuentas, en la caja había setenta y nueve mil doscientos euros... Me daba mala espina todo el asunto. Además, recordé que el día anterior, al despedirme de Jose, me había dado la impresión de que quería decirme algo. Aún así, pensé: “Leo, tranquilo. No hagas conjeturas extremas, espera llegar.” Tenía que evitar desesperarme.

Llegué a la puerta del bar y aparqué en doble fila justo delante. Abrí la corredera metálica, la puerta acristalada y, tras encender las luces y el aire acondicionado, me fui directamente para el almacén. Entré, quité la cortina que tapaba las cajas, cogí la primera, la del diario, y la abrí... ¡Allí estaba el cambio! Monedas y billetes pequeños... ¡Uf!, respiré tranquilo. “¡Ahora, la segunda y a reírme de mi paranoia absurda!” me animé.

Abrí la segunda y... ¡Estaba vacía! ¡No, no podía ser...! Allí, no había ni un euro. Mis temores, mis peores temores, se hicieron realidad... Había desaparecido el dinero que, durante años, había ahorrado. No lo podía creer. Debía de estar aún dormido y esto era una pesadilla...

Me acerqué a la caja registradora, la abrí y, en ella, estaba el cambio normal, monedas y algunos billetes de 10 y 20 euros... “¡Leo, no puede ser! Habrá una explicación... Tal vez, Jose lo escondiera, no sé, lo quitara de la vista...”. En mi desesperación e incredulidad, trataba de buscar una irrealidad en la realidad.

Cogí el teléfono y llamé a casa de Jose.

Al momento, escuché un frágil:

–¿Dígame? –contestó la que imaginé que debía de ser la madre de Jose, una señora de ochenta y dos años...

–Hola, señora. Soy Leo. ¿Cómo está usted? –le pregunté amablemente.

–Hola, Leo, hijo. Estoy bien, muy bien. Y tú, ¿cómo estás?

–Bien, muy bien, señora. ¿Estará Jose por ahí? –pregunté con mucha delicadeza.

–¿Jose? No, ya se ha ido con su novia, de vacaciones. Ayer me dijo que tenía unas semanas de vacaciones y se iba con Graciela a pasar unos días a... ¡No sé donde! ¿De dónde es ella, hijo? A mi edad se me olvida todo, pero, si quieres, le puedes llamar al teléfono móvil. Él me ha dicho que me llamará por si me hace falta algo, porque su teléfono móvil no funciona a donde va. ¿Quieres algo? ¿Le digo algo de tu parte? –se ofreció inocentemente.

–No, nada, señora. Solo quería preguntarle una cosa. Si le llama, le dice que se ponga en contacto conmigo... ¿Se acordará?

–Sí, hijo, ¡claro! ¿Cómo me has dicho que te llamas? –preguntó.

Yo, ante esa pregunta y, sabiendo que su madre era ajena a todo lo que estaba pasando, ¿para qué decirle nada? ¿Que resolvería? Porque, aunque ella era muy santa, sus hijos eran unos hijos de puta... con mayúsculas.

–Leo, señora. Soy Leo, el dueño del bar donde trabaja su hijo –me costó horrores no usar el pasado del verbo trabajar...

–Yo se lo digo... ¿Leo me has dicho? El dueño de... ¿De qué? –dijo ella un poco agobiada.

–No se preocupe, señora. Ya le llamaré yo. Muchas gracias y disculpe las molestias –zanjé.

Fuera de juego

–Nada, hijo. Yo se lo diré cuando venga.

Y colgó.

¿Cuándo venga? Pero ¿vendrá algún día el cabrón este...? ¿Qué hago? ¿Denuncio? ¿Y qué voy a denunciar? ¿Qué pruebas tengo? Además, ¿qué diría cuando me preguntaran que de dónde había salido ese dinero? ¡Vaya lío! ¡Qué ruina me había buscado ese hijo de puta! ¿Y buscar a sus amigos? ¿Dónde? Seguramente, se habrían ido con él. Empezaba a sentirme fatal... “Leo, piensa, tranquilo. El problema está claro. Ahora, falta ver si hay solución”. Aunque, la verdad, poca había. Estaba literalmente arruinado y todo por confiar en... no sabía cómo llamarlo.

Completamente desolado, me tenía que replantear todo y ver las opciones, si las había, precisamente ahora, que el negocio funcionaba lo justo... En fin, lo primero que debía hacer era llamar a la gestoría, para que dieran de baja a ese desgraciado para no acumular gastos...

Mientras estaba absorto en toda esa problemática, escuché una voz:

–¿Leo?

“Vaya, el que me faltaba: Fabián, el farmacéutico...”

–Hola, Fabián, ¿qué tal? –traté de decirlo del modo más neutro posible.

–Bien, Leo. ¿Y tú, qué? Ahora, ¿también abres al mediodía? –dijo él bromeando.

–¡No, hombre! He venido a recoger unas cosillas –le dije mientras apagaba las luces, el aire y me dirigía a la salida del bar.

–¡Ah! Al ver la puerta abierta, pensé: ¡Leo se ha animado a abrir al mediodía! Como la cosa está tan tranquila...

–No, Fabián. ¡Lo que me faltaba! Cerrar a las cinco de la madrugada y abrir al mediodía... De momento, no me lo he planteado...

–¡Pues deberías hacerlo! Tú tienes una muy buena clientela...

–¡Ya! Pero serían más gastos y con la incógnita de cubrirlos... –dije, tratando de cerrar lo más rápidamente posible y salir de allí, irme a casa, pensar, descansar y meditar, meditar y meditar lo ocurrido.

–Pues nada, Leo, voy a tomarme una cerveza al Mesón de Manolo. ¿Te vienes? –me invitó.

–No, gracias. Me voy a casa. Además, estoy con enfriamiento y ya sabes... –dije tocándome la frente para comprobar si la fiebre había vuelto.

–Ah, lo tuyo. ¿Tienes aspirinas o gelocatil? –dijo de forma profesional y automática.

–Sí, gracias. Tengo. Bueno, Fabián, me marchó. ¡Hasta luego! –me despedí de él.

–Hasta luego, Leo. ¡Cuidate!

–Sí, lo haré.

Me subí al coche, pensando en irme para casa pero, una vez dentro, me dije: “Leo, ¿a casa? ¿Y qué haces allí?”. Quitó el contacto y me bajé.

Volví a abrir la puerta del bar, entré y bajé la corredera a medias con el fin de que no entraran más curiosos. Encendí las luces, el aire y puse música. Cogí una coca cola, un paquete de patatas y me senté en un taburete en mitad del salón. Ese pub era mi pequeño orgullo y mi triunfo personal.

“Leo: y, ahora, ¿qué vas a hacer?”.

No tenía ni puñetera idea. Ya no pensaba en lo que me había hecho Jose. Lo único que se me venía a la cabeza era: sin ese dinero de fondo, ¿qué voy a hacer? ¿Cómo haría frente a los imprevistos? Y lo peor, empezar otra vez de cero... ¡Qué digo de cero! ¡Bajo cero! No veía solución.

Lo primero que pensé fue en llamar a Nando y contarle lo ocurrido. Pero él no estaba ahora para preocupaciones. Así que decidí que, de momento, iba a seguir como pudiera y después más tranquilo y, según se presentaran las cosas, ya decidiría qué hacer. Así que, sentado allí, me limité a comer patatas fritas, beberme la coca cola, “chutarme” la aspirina y esperar a que viniera María, que apareció a las cuatro y media pegando en la corredera, lo cual me extrañó, ya que era muy temprano todavía. Le abrí y ella entró.

–María, has venido muy temprano, ¿no? –le dije desconcertado.

–Sí, Leo... He venido antes porque tengo que decirte algo... Algo nada agradable... Pero, de todas formas, te tienes que enterar y... Prefiero que sea yo quien te lo diga. Primero, no he podido contactar con Jose. Segundo, y como me dijiste, he llamado a Marta para citarla esta tarde a las seis y me ha comentado que, a esa hora, estará aquí... Lo tercero que te tengo que decir es que Jose, la semana pasada, fue a la agencia de viajes, donde trabaja el hermano de Marta, para reservar dos billetes de avión a Brasil... ¿Y sabes para qué día...?

–¡Para hoy...! Lo sé, María –la interrumpí.

–¿Lo sabías? –preguntó sorprendida.

–Lo que me has contado de la agencia no lo sabía, pero, que se ha marchado, sí. Hace un rato que he llamado a su casa, pensando que podría encontrarle allí, y he hablado con su madre, la pobre mujer me ha contado lo que sabe o, mejor dicho, lo que le dijo Jose, que yo le di una semana de vacaciones y se ha ido con su novia a su país y, como se suele decir..., ¡blanco y en botella! –dije mientras me reía amargamente–. Pero tú no sabes lo mejor... que resulta ser también lo peor...

–¿Hay algo peor? – me preguntó inocentemente.

–Sí, María... sí, hay algo muchísimo peor... Se ha llevado la caja, bueno, más que la caja, el dinero que había guardado en ella para pagos e imprevistos. ¡¡Me ha dejado listo!!

María me miraba y, conforme le contaba lo ocurrido, su cara pasó del asombro al espanto, le estaba costando muchísimo esfuerzo no ponerse a llorar.

–Leo... ¡no lo puedo creer! ¡Con lo bien que te has portado con él! Con él y con nosotros... Es increíble... –dijo sollozando y, luego, comenzó a llorar.

–¡Bueno, María, tranquila, no te preocupes! Lo primero es lo primero, toma lo que te debo –le dije mientras le daba cincuenta euros.

Ella me miró y dijo:

–No, Leo, no. A mí me da igual cobrar o no, lo que me da muchísima rabia es que Jose te hiciera esta putada. Déjalo, Leo, me da igual.

Al menos, dejó de llorar, pero yo le insistí.

–Toma, María, esto es tuyo. El resto es mi problema y ya veré como resolverlo.

–No, Leo, por favor... –dijo mientras dejaba los cincuenta euros en la barra y otra vez se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Vale, te los dejo aquí. Luego, cuando te tranquilices los coges –le contesté.

–Sí, Leo, luego, pero ¿qué vas a hacer? Mejor dicho... ¿Qué vamos a hacer? ¡Cuenta conmigo para todo! –dijo algo más animada.

–Gracias, María. De momento, vamos a seguir adelante, luego... ya veremos.

–Pero, ¿piensas cerrar? –preguntó algo nerviosa ante mi respuesta.

–De momento, no. Pero habrá que ver las soluciones. Solo eso –traté de salir del paso.

–¡Seguro que la hay! ¡Ya verás Leo! –dijo intentando demostrar confianza.

–Bueno, María... Como tú ya estás aquí, te quedas con mis llaves, hablas con Marta y le dices que si puede, venga a partir de hoy a trabajar contigo. Mañana por la tarde, si estoy mejor, vengo y hablamos. Acuerda con ella el sueldo pero, ya sabes, ajústalo bien que no estamos muy boyantes... –le comenté, pensando ya en irme a casa.

–¡Sí, me parece bien! Si quieres, podemos estar las dos en los momentos fuertes y el resto lo hago yo o lo hacemos entre tú y yo. ¿Te parece? –me propuso decidida.

–Me parece bien pero perdóname, me voy, que creo que me está dando de nuevo fiebre y tengo el cuerpo regular. Mañana nos vemos –le dije mientras le daba un beso—. ¡Hasta mañana, guapa! ¡Y límpiame las lágrimas, preciosa!

–¡Hasta mañana, Leo! Tranquilo, cuídate, piensa las cosas relajado que seguro encontrarás la solución y saldremos del pozo –y se despidió.

Le hice un gesto de despedida con la mano y salí, subí al coche y me fui dirección a mi casa. Llegué, me calenté un vaso de leche y me acosté sin querer pensar en nada ni nadie y, menos todavía, en el sinvergüenza de Jose. Pasé una noche regular, me levanté de madrugada a tomarme la pastilla y la temperatura y a continuar con mi curación, que, de momento, era lo más importante.

Llegó el miércoles y la fiebre había vuelto. Llamé a María para averiguar cómo les había ido en la tarde y noche del día anterior y ella me dio unos datos asombrosos.

–Pues... ¡muy bien, Leo! Anoche estuvimos a tope e hicimos ochocientos setenta y cinco euros de caja. ¡Ah! Y esta noche tenemos dos cumpleaños. Así que no te preocupes de nada, cúrate y confía en mí... Aunque comprendo que no estés para confiar mucho en la gente ahora mismo –me dijo riendo—. Antes de cerrar, te llamaré para decirte la caja, ¿vale? –sugirió ella amablemente.

–No hace falta que me llames, María. Tranquila, confío mucho en ti –le dije.

–Pues a cuidarte... Y si quieres, me llamas y paso al cierre por tu casa, por si necesitas algo. ¡Un beso, Leo!

–Otro para ti, María. Si hay problemas, no dudes en llamarme. ¡Hasta mañana, bonita! –me despedí.

Pensé que era mejor reservarme y no salir hasta sentirme bien del todo. Conocía y sabía que las recaídas en mí eran muy desagradables. Por otro lado, no tenía ganas de nada y, aún menos, de ver a nadie, así que pasé el día en casa, entre la cama, el sofá y comiendo lo mínimo. Tenía que estar bien al día siguiente y, sobre todo el día posterior, que me esperaba Nando para ir al médico... Por cierto, me extrañó no tener noticias suyas. Y le llamé para saber cómo seguía.

–Nando, ¿cómo estás? ¡Ni me has llamado, tío! –le recriminé en plan de broma.

–Perdona, Leo. Aunque no te lo creas... desde el lunes no he salido de casa, estoy chunguillo con el estómago y, aparte, para rematar, tengo un resfriado de cojones, con fiebre incluida. Tú, ¿cómo estás?

–¡Qué casualidad! ¡Yo también en casa con un enfriamiento bárbaro! Seguramente, lo pillamos el lunes en el chiringuito. Bebimos muchas cosas frías, el calor, el aire acondicionado del coche... Normal... De todas formas, mañana espero estar mejor y te contaré algo que me ha pasado...

–¿Qué es, Leo? –pregunta un poco preocupado Nando.

–Ya te lo contaré, que son tres historias muy largas y complicadas. Ya hablamos mañana o, mejor, el viernes, después del médico –propuse.

–¿Pero es importante? –preguntó intrigado.

–Nando, no seas pesado. Ya hablamos. Me voy a acostar, que tengo escalofríos.

–Vale, Leo. Yo también. Pasado mañana, nos vemos si estoy mejor...

–¿Cómo? ¡Nos vemos estés mejor o peor! Esto no lo podemos dejar. Y olvídate de inventos, Nando, que te conozco. El viernes, ¡sin falta!, estoy en la puerta de tu casa a las nueve. ¡Venga, hasta el viernes! Y cuídate, caradura.

–¡Sí, “pesao”! Te espero el viernes y cuídate tú también –se despidió y colgó.

Y yo me metí de nuevo en la cama.

Aunque el jueves me levanté regular, me di una ducha y me preparé para ese día. Tenía que hablar con María, así que, tras desayunar, me fui al bar, llegué y aparqué como siempre. Saludé a todo el que me encontraba de camino al pub. Algunos de ellos me preguntaban cómo estaba mi salud. Sabían de mis dolencias, me imagino, por Fabián, que no calla ni debajo del agua.

Una vez en el bar, abrí la puerta, entré, encendí las luces y el aire y me fui para la caja... ¡No estaba mal! Las cajas de estos dos días habían sido muy buenas: ¡casi dos mil euros! Tanto, que ya me hicieron dudar sobre si Jose no me había estado engañando... ¡Ya no me extrañaba nada! En fin, mejor no calentarse más la cabeza. Mientras estaba separando el dinero para el cambio, se abrió la puerta: era María, que entraba con su sonrisa, radiante como un sol.

–Hola, Leo. ¿Estás mejor? –me dijo sonriente mientras me daba dos besos muy efusivos.

–Mejor, mucho mejor. ¿Y tú, qué haces aquí?

–Como te conozco, he venido sabiendo que seguro que te encontrabas aquí... ¡Vas a morir con las botas puestas, tío! Lo que tienes que hacer es cuidarte y ponerte fuerte y, sobre todo, levantar la moral... ¿Has vistos las cajas? ¿Qué te han parecido? Guay, ¿verdad? –dijo ella triunfante.

–Muy bien... Es más, me ha extrañado la subida. Ya estaba haciendo mis conjeturas y pensando que no me extrañaría nada que el cabrón de Jose me hubiera estado engañando –le expliqué.

–Leo, no me gusta tener que decir esto pero ¡olvídate de ese hijo de puta! Vamos a pensar en el presente y en el futuro. ¡Claro que te engañaba! Y todos sabíamos lo que ocurría... Pero nadie se atrevía a decirte nada sabiendo la confianza que tenías depositada en él. ¿Quién le podía poner el cascabel al gato? Espero lo entiendas... –concluyó angustiada.

–Sí, María. Ahora, lo entiendo todo. O casi todo. Porque esto ha sido inesperado para mí... ¡No lo hubiera pensado nunca! –dije un poco frustrado al ver lo engañado que me tenía Jose y que nadie me había tratado de advertir de dicha circunstancia.

–Lo entendemos... –dijo María.

—¿Lo entendéis? —interrumpí yo un poco alucinado.

—¡Claro, Marta y yo! Lo hemos comentado y queríamos saber si quieres que lo sucedido quede entre nosotros o lo hagamos público. Más que nada para que la gente, que pregunta por Jose, sepan lo que ha ocurrido realmente y la clase de persona que es: ¡un chorizo “desgraciao”!

—No, María. Preferiría que no se supiera. A quien pregunte por él, le decís que se ha ido con su novia Graciela de vacaciones a su país. Más adelante, ya veremos... ¿Cuento con vosotras? —pregunté.

—Lo que tú digas, tú eres el más perjudicado y, además, mandas. Aunque, como te conozco, espero que no creas que ese cabrón vaya a entrar por la puerta con el dinero en la mano y diciendo ¡inocente, inocente!... Que tú eres capaz...

—No, no pienso eso —dije un poco seco.

—Por cierto, ¿se lo has contado a Nando?

—De momento, no. Anoche lo llamé para preguntarle cómo estaba y también está resfriado. Además, prefiero contárselo personalmente. Quizás mañana, que lo acompañaré al médico, se lo cuente. No sé, dependerá de su ánimo y el mío.

—Eso me dijo Jose el último día, que Nando estaba malillo. ¿Qué le pasa? —preguntó preocupada.

—Lo de ahora es un resfriado. En cuanto al resto, aún no se sabe con certeza, pero lo normal por su trabajo y la noche: problemas de estómago a causa del exceso de bebida y mala vida. ¡Vamos, eso espero! Cuando sepa algo más concreto... te contaré —le aseguré.

—¡Vale, me mantienes al corriente! Esperemos que sea solo un sustillo. Leo, si te parece, voy a preparar las cosas para la noche. Tú te sientas ahí, haces cuentas, cábalas o lo que quieras, pero no te esfuerces que tienes cara de enfermito —me dijo riendo mientras me daba un beso en la cara.

—Sí, María. Voy a preparar el pedido de bebidas y se lo paso mañana a Nando para que lo traigan por la tarde. Tú haces los de refrescos y el resto, ¿vale?

—Vale, jefe... ¿Sabes, Leo? Me encanta trabajar junto a ti —dijo ella.

—Gracias, María. Ídem de ídem.

Preparamos todo y, una vez listo, nos sentamos a tomarnos un refresco. Mientras me tomaba la aspirina, le pregunté:

—María, ¿nos vamos a comer?

—¿Los dos? —me preguntó.

—No, si te parece llamo a la policía local para que nos acompañe —le dije riendo.

—No, gracias, Leo —me contestó rápidamente.

—¿Y eso? ¿Tienes algo que hacer? —pregunté curioso.

—¿A esta hora? Solo comer...

—¡Pues eso es lo que te estoy diciendo! Que nos vayamos a comer, ¡loca!

Ella soltó unas cuantas carcajadas.

–Una pregunta, Leo... ¿Desde cuándo nos conocemos?

Yo, que tengo una memoria de mosquito, traté de salir del paso.

–Dos años, más o menos, ¿no?

No usé el tono que transmitía mayor seguridad, lo reconozco.

–¿Ves...? No tienes ni idea –dijo ella un poco triste.

–¿Tres años...? Hija, no sé exactamente cuánto, ¡dime tú! –y me reí.

–El uno del mes próximo, hace tres años y dos meses... –me dijo muy seria.

–Bueno, no me he equivocado en mucho, ¿no? –dije para quitarle importancia a mi error.

–Sí, los hombres, con eso de más o menos, termináis pronto. ¿Sabes con cuántas chicas has salido en ese tiempo?

–dijo ella, tratando de evitar que se le notase un poco el resquemor.

–María, que te he invitado a comer, no a que me hagas un currículum... ¡Vaya preguntitas!

–¿Me contestas? –insistió ella.

–No sé. ¿Con cuatro o cinco mil, más o menos? –le dije riendo, a lo que ella, muy seria, respondió:

–¿Nunca te has dado cuenta, Leo?

Ella me miraba intensamente.

–¿Cuenta de qué? No me lées...

Pero ella, aún más seria, me cortó.

–De nada. Si no te has dado cuenta, mejor lo dejamos, ya hablamos otro día. No creo que ahora sea el mejor momento, se que estás agobiado y no quiero cansarte...

–¿Cansarme? ¿Por qué?

–No sé, por mis cosas.

En ese momento, me acordé que, un día, Jose, en broma, me dijo: “Leo, ten cuidado y no te quedes mucho tiempo a solas con María: creo que es capaz de violarte”. Yo, sin hacerle ni caso, le contesté: “¡Ojala, tío!” A mí, siempre me ha gustado mucho María. Pero había dos cosas que tenía claras. La principal, su edad. María, cuando entró a trabajar, podía tener unos veintitrés años contra los cuarenta y largos míos. O sea, que podría ser mi hija, motivo por el cual la trataba como a una compañera y, la mayoría de las veces, como a una hija. Y la segunda, que es mala combinación el compartir trabajo con relaciones afectivas, salvo que se sea pareja de antes.

Ella y Jose, habitualmente, me contaban cosas personales, me solían pedir consejos y opiniones, pero nada más. Nunca se me pasó por la imaginación ningún sentimiento fuera de la amistad o la confianza... Aunque ese día me llevé una gran sorpresa. ¡Otra! Me había dado cuenta de que María sentía por mí algo más que amistad.

Lo cierto es que los sentimientos son impredecibles y, en ese caso, un sinsentido. Ahora, me quedaba hacer uso de mi experiencia y ser lo suficientemente maduro para, sin hacer daño, apartarme de su mente... Así que le dije:

–María, nunca me cansarás, eres única. Siento un cariño muy especial por ti, una confianza sin límites. Te considero mi mejor amiga, con la que puedo tener cualquier conversación... ¿Qué quieres que te diga más? Bueno, sí. Que espero que tú sientas lo mismo hacia mí.

Fuera de juego

Me acerqué y le di un beso en la frente. Ella me correspondió con un corto beso en los labios... Necesitaba romper ese momento. Así que recurrí al humor.

—¡Pues ya está! Vamos a comer, loquilla, que nos estamos calentando. Y yo, cuando me caliento, soy una bestia inhumana y me puedo tirar haciendo el amor catorce días —dije riendo mientras me levantaba.

Ella se empezó a reír mientras me pasaba su palma de la mano por la cara...

—Anda, Leo, que estás hecho un cabronazo de cojones. No vas a cambiar nunca y, por eso, siempre te querré. Tienes la virtud de elevar a alguien al cielo y, después, de echarlo a los infiernos. Pero me debes una cena romántica de las que tanto hablas. Solo eso, Leo: una cena romántica. ¿Vale? —negoció ella.

—¿Una cena? Ya veremos. Tendré que mirar mi agenda y darte número... Tal vez, para dentro de varios años... No sé, quizás dentro de tres años y dos meses... —le dije riendo.

—Sí, ya. Anda, que sé que llevas un mes en paro biológico —replicó a carcajadas mientras apagaba las luces, la música y el aire.

—Calla, calla, que tú tampoco estas en alza —me reí.

—Bueno, Leo, mañana nos vemos. Me voy a comer a casa de mi madre... —me dijo, quizás esperando a que le insistiera en lo de ir a comer juntos.

Pero yo le contesté:

—Sí, mañana nos vemos y ya te contaré lo de Nando... ¡Si no se muere el mamón! —concluí riendo.

Salimos, cerré las puertas y nos dimos dos besos. Me subí al coche mientras ella cruzaba la calle, se volvía, me sonreía y se despedía con un gesto de su mano... Yo, que no soy de piedra, la miré y me dije: “¡Leo, lo que te estás perdiendo por no tener veinte años menos...! ¡Bueno: o quince!

Fui directamente a casa porque, con la conversación mantenida, se me había quitado el enfriamiento, el hambre y casi todo, aunque no el dolor corrosivo que sentía por lo ocurrido con Jose. Eso no lo iba a olvidar por mucho que me repitiese: “Cuando un problema tiene solución, no es problema. Y, cuando no la hay, tampoco es un problema, es una ¡catástrofe!”. Y esto era una catástrofe.

Llegué a casa, me puse cómodo con música de fondo, fui a la cocina y me preparé un poco de pan con queso acompañado de una tila, me tomé una aspirina (por si las moscas) y me senté en el sofá. Miré la carpeta negra. La iba a coger pero me dije: “¡No, Leo, hoy no!”. Así que me puse a escribir. ¿Qué cosas escribía? Pues cosas que, como me dijo mi amigo Luis, “tal vez un día vean la luz.”

Sería la una de la madrugada cuando sonó el teléfono. Me llamaban desde el bar.

—¿Sí? Dime, María. ¿Pasa algo? —contesté preocupado.

—Lo siento, Leo. ¿Te he despertado? No, no pasa nada... Solo llamaba para preguntarte cómo estás, decirte que todo va bien y darte las buenas noches —dijo ella, adorable.

—María, ¡me vas a matar con estos sustos a estas horas! Estoy estupendo. Pero no hace falta que me llames, loca. Ten cuidado y no os quedéis solas. Cuando afloje, cerráis y fuera, ¿vale? —respondí un poco brusco.

—¡Vale, cielo! Descansa y que mañana todo salga bien con Nando. ¿Me llamarás, por favor? —dijo alegre y cariñosamente.

—Te llamaré. Buenas noches y gracias por la llamada. Un beso, guapa —colgué.

Sería mejor que me acostase... Puse el despertador, apagué la música y la luz. ¡Hasta mañana! “Buenas noches, cariño”.

Fuera de juego

Capítulo 9. Noticias inesperadas

Aunque muchas veces buscamos refugiarnos en el pasado, un pasado que manipulamos y distorsionamos para que nos alivie de un presente amargo, para poder hacer eso es necesario renunciar a un mínimo grado de lucidez con el fin de no advertir que estamos incurriendo en la fantasía o el delirio. Leo, que aún mantiene firme la cabeza sobre sus hombros, no puede evitar recordar la realidad tal como (más o menos) fue. (Digo más o menos porque deberían recordar lo que nuestro protagonista nos dijo cuando nos contó la historia que, a su vez, le había contado Nando: que ambos se dejaban llevar por su imaginación y que, además, el vivir en el mundillo nocturno les impulsaba a añadir detalles fantasiosos a sus anécdotas. Pero, aunque ello pudiera ser efectivamente así, Leo es incapaz de inventar una realidad paralela en la que poder instalarse o acomodarse al margen absolutamente de la verdad). Como están comprobando, la nostalgia no le está siendo útil a Leo. Más que nada, porque ese pasado presuntamente ideal está mostrando algunos de sus perfiles más problemáticos y contradictorios. Llegados a este punto, atrapado el personaje entre un presente asfixiante y un pasado lleno de claros oscuras, no sabemos muy bien qué va a hacer para poder escapar de su situación... Veamos cómo evolucionan los acontecimientos...

* * *

Y llegó el día “D”, el viernes. Y, como siempre, a las seis y media me desperté, me duché y me preparé para afrontar otro día de médicos con mi amigo Nando.

A la hora prevista, lo recogí. ¡Vaya “careto” que tenía! Parecía que no hubiera dormido.

–Buenos días, pan de higo –le dije en plan simpático.

–Hola, mamonazo –me contestó míster simpatías.

–¡Pues empezamos bien el día “so cabrón”! ¿Qué te pasa? –me interesé.

–¿Qué me va a pasar? ¡Que estoy “acojonao”...! ¿Te parece poco? –dijo Nando dramáticamente.

–Pues te digo una cosa, Nando. Como sigas por ese camino, te dejo aquí y te vas a la mierda... –le dije en tono serio, con la intención de que olvidase esa actitud que no nos llevaba a ninguna parte.

–No, hombre, Leo, disculpa. Estoy nervioso, tío... Además, me sigue doliendo el estómago. No mejoro...

–Pero Nando... ¿Cómo no te va a doler si no paras? –dije entre divertido y exasperado.

–No paro ¿de qué? Excepto el lunes, que estuvimos en el chiringuito, no me he bebido ni una copa, palabra... Eso sí, muchos medicamentos para quitarme la tranca del resfriado. Será por eso que me molesta tanto el estómago... –dijo él completamente convencido.

–No, si yo te creo. Pero la noche no la vas a dejar ni a tiros.

–¡Tendré que trabajar, Leo! ¡No me voy a quedar en casa! Además, lo que quiero es quitarme este dolor, no dejar mi trabajo.

–¿Y la dieta que te puso el doctor? ¿La sigues? –pregunté un poco escéptico.

–Claro que sí, ¡dieta blanda!... Parezco un anciano –se quejó.

–Bueno, es que joven, lo que se dice joven... no lo eres, ¡cabrón! –dije entre carcajadas.

–¡Ya estamos! –dijo fingiendo ofenderse, tras lo cual empezó a reír.

–Por cierto, Nando, ¿te ha costado no beber? ¿Lo echas de menos?

–¡Qué val! Para nada! La verdad es que ni tengo ganas. Nada más pensar en algo con alcohol... me da asco, se me remueven las tripas –dijo acompañado de gestos de disgusto.

–Eso es bueno, borracho –le dije mientras reía.

–¡Vete a tomar por...!

–¡Eh, Nando! ¡Que te echo a la calle! –le corté riendo.

–Venga, Leo. ¡Vamos, vamos! Que al final llegamos tarde por tus gilipolladas. ¡Y cómo no eres lento conduciendo! –dijo tratando de picarme.

–¡Calla ya, “amargao”! Por cierto, dicen que la gente que padece del estómago estáis siempre de mala leche y... eso, en ti, es perenne –dije como respuesta a su provocación.

–¡Venga, hombre! ¡Que no llegamos! –me apremió.

–Tranquilo, señorito, ¡ya nos vamos! ¿Le pongo a la señorita Escarlata el aire acondicionado para que esté a gusto? –me burlé con la referencia a *Lo que el viento se llevó*.

–Pero ¿cómo vas a poner el aire con la medio pulmonía que tenemos? Bueno, ¡haz lo que te salga de los cojones!

Arranqué el coche y nos pusimos en marcha para el hospital. A pesar del tráfico, en menos de quince minutos llegamos. Me fui para el aparcamiento que hay justo atrás, el de siempre, y allí estaba el vigilante con su chaleco reflectante frotándose las manos. Me lo imaginaba diciendo: “¡Otro enfermo, otro euro! ¡Esto sí que es un negocio!” Aparqué, pero esta vez en la sombra. Aunque me costó lo suyo, más el euro preceptivo. Nos apeamos del coche y nos dirigimos hacia la entrada del hospital. Cuando llegamos y entramos, Nando, para no variar, me largó el pase para que yo preguntase en recepción.

Lo cierto era que la cara de mi amigo era la bandera andaluza: verde y blanca... En fin, me acerqué al mostrador, enseñé el pase y me informaron de que debíamos ir a la segunda planta... “¡Aquí, todo está en la segunda planta!”, me reí por dentro. Así que fuimos hacia el ascensor, que la cosa no estaba para subir escaleras. Ahora, a buscar “digestivo”, por lo que miramos los indicadores: una flecha nos indicaba la dirección. Llegamos y había tres personas sentadas frente a la consulta, a los que pregunté:

–Disculpad... ¿Ha salido la enfermera?

Y, nada más decirlo, salió la enfermera. ¡Vaya tino! Me miró y recogió el pase que llevaba en la mano diciendo:

–Fernando, un momentito, ahora te llamo.

Yo me giré buscando a Nando. ¿Dónde estaba este capullo?

Lo encontré en una sala cercana, mirando por la ventana. Me acerqué a él y le dije:

–Nando, no te tires todavía. Espera a que te digan lo que tienes... –dije tratando de animarlo un poco, a la vez que palmeaba su espalda.

–Qué gracioso eres Leo, vete a...

–Venga, tío, que ya mismo te llaman, te ven y acabas... Mejor dicho, acabamos... –le interrumpí.

La verdad era que no era el lugar ni el momento de bromitas.

Nando se vino conmigo y nos sentamos frente la consulta. Cuando se abrió la puerta, los dos nos levantamos a

la vez y la enfermera preguntó:

—¿Carlos?

Sin decir ni pío, se levantó el hombre que estaba a nuestro lado, mientras nosotros nos sentamos a la vez.

—Pasa, Carlos.

Él entró acompañado de una chica.

Yo me levanté de nuevo y me fui al final del pasillo. Nando hizo lo mismo y se puso a mi lado. Le dije:

—Nando, ¿has visto qué mala cara tiene ese Carlos?

—Sí, la verdad es que sí... ¡Y anda que los dos que quedan sentados, ni te digo! ¡Ya les vale!

—Nando, pues ¡si te vieras tú! ¡Te daba un telele! —le dije riéndome.

—Desde luego, tengo valor de venir contigo. ¡Vaya moral que me estás dando! —dijo un poco borde.

—Coño, Nando. Aquí, no es cuestión de moral. Se trata de la mala cara y nada más. Y tú ganas a todos —me reí de su ocurrencia.

—Déjame Leo. Estoy nervioso —admitió Nando.

—Venga, ¡ya está! ¡No te preocupes! Te voy a contar un chiste...

—Leo, eres un cabrón de cojones, vete a la mierda —y, riendo, se fue camino a la consulta.

Sabía que, allí, me quedaría callado y no lo amenazaría con hacer uso de mi humor negro.

Nos sentamos y, “calladitos que estábamos más monos”, esperamos a que saliera el medio muerto de Carlos, que llevaba una cara de... mejor no lo digo. Posteriormente, entró otro medio muerto, Miguel, que fue como lo llamó la enfermera... Bueno, solo dijo:

—Miguel, pasa.

Y, por fin, ya solo a esperar a que entrasen el vivo de Nando y el gracioso de Leo.

Como es lógico, salió el tal Miguel que ni os cuento. A este último, le quedarían dos telediaros... Porque salió “escopetao”... Hubo un receso que imaginé que sería para avisar a la funeraria y decirles que les enviaban dos clientes, ¡digo yo! A los cinco minutos, sonó la voz de la enfermera:

—Fernando, pasa por favor.

¡Eso sí que fue un salto por nuestra parte! Parecía que tuviéramos un muelle en el culo. Nos levantamos y entramos los dos casi tropezando el uno con el otro.

El especialista era un hombre que rondaba los cuarenta y que tenía un tono que demostraba amabilidad.

—Siéntense, por favor, ¿Fernando? —preguntó, tratando de averiguar cuál de los dos era el paciente, al ver que los dos teníamos caras de gilipollas y enfermos.

—¡Yol, yo soy Fernando —dijo Nando.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el doctor.

Mi amigo le contestó dándole todo el papeleo que nos dieron en Urgencias. El médico empezó a leer mientras,

Fuera de juego

de vez en cuando, levantaba la vista mirándolo. Una vez finalizada la lectura, miró a la enfermera y le preguntó:

–¿Hay una gastroscopia a nombre de Fernando Díez?

La enfermera, tras comprobarlo, lo confirmó.

–Sí, doctor, aquí está –dijo ella mientras entregaba al médico los informes que había sacado de la carpeta.

–¿Y la analítica? –preguntó el doctor.

–No, solo tenemos el informe de la gastroscopia –contestó ella.

–¡Ah, bien! No te preocupes. Aquí está la que le hicieron en urgencias...

Y, tras mirarla, dijo:

–¿Y qué, Fernando? ¿Qué tal se encuentra? ¿Le sigue doliendo?

–Unas veces más y otras menos –contestó Nando.

–Bueno, como sabe, se le hizo una gastroscopia y se le extrajo unas muestras de tejidos. En principio, confirmamos que tiene una esofagitis, una inflamación del esófago a consecuencia de una candidiasis...

–Perdón, doctor, ¿no me lo podría explicar con términos más sencillos? –interrumpió Nando, que no se enteraba de nada.

–¡Sí, hombre! Te explico. Tienes inflamado el esófago. ¿Sabes lo que es el esófago?

–Sí, claro, doctor. Eso sí... –aseguró Nando, poniendo su mano sobre la garganta y deslizándola en dirección al estómago.

–Como te decía... esta inflamación es debida a una candidiasis. ¿Y qué es eso? Pues una especie de..., hablando para que me comprendas, como un moho. A ver, te explico. Tú habrás visto, en ocasiones, que, a consecuencia de la humedad, se forma una especie de pelusa en las paredes de las casas, en los filos de los azulejos, etc. Pues algo parecido. Normalmente, el organismo reacciona y pone en marcha las defensas que todos tenemos en nuestro cuerpo. Pero lo extraño es que, en tu caso, no sabemos por qué motivo, tus defensas no han funcionado eliminando ese, llamemos, moho. ¿Lo entiendes? –explicó el doctor amablemente y con mucha didáctica.

–Sí, hasta ahora sí... –contestó mi amigo, mientras yo asentía con la cabeza... ¡Joder, hasta yo me había enterado!

–Ahora, nosotros, para descubrir el porqué, aparte de la gastroscopia, tenemos que hacerte una analítica muy concreta para detectar esa deficiencia y averiguar los motivos. En principio, vamos a tratar de eliminar esa candidiasis mediante un tratamiento, con independencia de realizar, como te digo, esa analítica, que nos será útil para ir descartando, hasta averiguar los motivos que lo han causado... A ver, Fernando, ¿tienes pareja actualmente? –preguntó el doctor.

–No –dijo Nando.

–Bien. ¿Mantienes relaciones sexuales?

–Sí –afirmó rotundo mi amigo.

–¿Con mujeres? ¿Con hombres? ¿Con ambos? Lo siento pero te lo tengo que preguntar...

Deberíais haber visto la cara de Nando, ¡y la mía!, cuando el médico nos miró a ambos, alternadamente... ¡No me puse a reír de milagro y por respeto!

–¡Con mujeres! –respondió Nando alzando un pelín la voz.

–Bien, es solo una pregunta – dijo el doctor un poco serio ante la reacción de Nando, y continuó –. ¿Con diferentes mujeres?

–La verdad, sí –respondió Nando.

–¿Utilizas preservativos?

Nando se quedó con cara de idiota, la que tiene, ni más ni menos, lo que hizo que me imaginase su contestación y no me iba a gustar.

–A veces sí y... –el tono de Nando vaciló– otras no.

La cara del médico fue una oda al asombro...

–¡Fernando! Tú eres un poco mayorcito para saber y tener las cosas claras en ese aspecto... Sabes el peligro que conlleva tener relaciones sexuales sin protección, ¿no? Te pones en peligro a tí y a tus parejas. Ten un poco más de respeto por tí y por ellas –le sermoneó el buen doctor.

–La verdad es que sí, tiene usted toda la razón, pero en esos momentos... No sé, hay veces que no se piensa... Pero, un momento... ¿Qué tiene que ver las relaciones sexuales con la candidiasis? –preguntó extrañado y un poco temeroso Nando.

–Te hablaré claro, Fernando. En principio, existe una inmunodeficiencia, como te he explicado. Tus defensas no han reaccionado contra unos cuerpos extraños que han invadido tu organismo, en este caso, el esófago. Y es por eso que te hago estas preguntas y, con tus respuestas, me confirmas cada vez más que sería conveniente realizarte la prueba del VIH, es decir, la del sida...

A Nando y a mí se nos cambió la cara.

–Le voy a dar este pase para la analítica. Como te he dicho, vamos a descartar posibles causas. De momento, no hay por qué preocuparse, pero tenemos que descartar esa posibilidad. Mientras, te voy a recetar un tratamiento, te haces la analítica y te daré cita para unas semanas.

El médico rellenó las recetas y se las entregó a la enfermera que, tras acabar de completarlas, se las devolvió al doctor, que las firmó y se las entregó a Nando, mientras le daba las pertinentes explicaciones.

–Esta, cada ocho horas. Y esta otra, una después de la comida y de la cena. De momento tranquilo, Fernando y ¡cuidate! –se despidió el amable doctor.

El silencio era digno de un cementerio... Ninguno de los dos nos atrevimos a preguntar nada más y, aún menos, a abrir la boca. Salimos de la consulta con cara de condenados y, en ese momento, comprendimos, esta vez sin guasa, las caras de los que salían de esta consulta, ¡Justicia o lección kármica!, como se suele decir. Conforme andábamos hacia el ascensor, rompí el silencio y le dije al zombi de Nando.

–Dame el pase, que voy a por la cita para el análisis.

Sin decirme nada, Nando me dio todos los documentos que debía presentar y me acerqué al mostrador mientras Nando se quedaba en la puerta con la mirada perdida. “No es para menos”, pensé yo, “¡qué rabia, qué putada de vida!”. Entregué el pase y la señorita, tras mirar en el ordenador, me respondió:

–El lunes, a las ocho de la mañana. En ayunas, por favor.

–Gracias. Por cierto, no sabrá cuánto tardan los resultados, ¿no? Se lo digo para pedir cita para el médico.

–No hace falta cita. Cuando se realizan estas prueba, suelen llamarte una vez tengan los resultados. En cuanto al tiempo que tardan los mismos en este tipo de análisis, suele ser un mes, aunque el doctor se lo ha puesto urgente –me explicó ella.

–Vale, muchas gracias. Que tenga un buen día –me despedí cordialmente.

Salí y no veía a Nando por ningún sitio. Comencé a buscarlo con la mirada y lo vi fuera del recinto, bajo las escaleras, sentado. Estaba visiblemente afectado... ¡Lógico! Me acerqué a él y le dije:

–Nando, tío, que es solo una prueba. No quiere decir nada. Ni bueno ni malo –traté de animarlo y analizar el tema desde la perspectiva más saludable.

–Ya, Leo. Pero no sé... me da mala sensación –dijo mi amigo en tono derrotista.

–A ver, Nando. ¿Con tantas te has acostado sin preservativo? –le pregunté inocentemente.

–Pues sí, Leo, sí. Además, no es cuestión de cuántas sino de que alguna de ellas tuviera sida. ¡Vete tú a saber cuál! Y lo peor: si yo lo tengo... solo Dios sabe a quién he podido contagiar... Y eso me preocupa más –respondió él, melodramático.

–Bueno... no me seas trágico, Nando. Esperemos y después ya veremos. Lo primero es comprar todos los medicamentos y empezar el tratamiento cuanto antes. ¿Sí? ¿Estás conmigo? Yo lo estoy.

Traté de animarlo y de usar la fría lógica. Hacer conjeturas antes de saber los resultados no iba a ayudar a Nando en nada, solo a que se quedase calvo del estrés.

–Sí, Leo. Mejor nos vamos... –dijo con tono depresivo.

–Si quieres, vamos a ver a Fabián –le sugerí.

–¿Qué Fabián? –preguntó desconcertado él.

–El farmacéutico amigo mío y cliente de mi bar. ¡Tú lo conoces...!

–Sí, vale. Como veas... –me respondió completamente apático.

–¡Venga! Vamos a recoger el coche...

Y nos fuimos camino del coche con unas caras que daba asco verlas. Nos subimos y pusimos rumbo en dirección al pub. Llegamos y aparcamos sin complicaciones. Abrí el establecimiento, puse en marcha el aire y pregunté:

–Nando, ¿quieres una cerveza, un vino, un refresco? ¿Qué te pongo?

–No sé, Leo. ¿Tú que vas a beber? – me preguntó todavía un poco ido.

–¿Yo? Una caña fresquita –dije sin vacilación.

–Pues... lo mismo.

Puse las cervezas y nos las bebimos del tirón.

–¿Pongo otra? –pregunté, aunque era una afirmación más que una pregunta.

–Sí –el tono de Nando ahora sí que era firme, así que las puse.

–Por cierto, Nando, no vamos a beber más, no vaya a ser que no te puedas tomar las pastillas.

Apuramos las cervezas y le dije:

–¡Vamos a la farmacia!

Fuera de juego

Capítulo 10. Don Francisco

Cuando menos lo esperamos, podemos acabar habitando el relato que no queríamos habitar, un relato que, pensábamos, era completamente ajeno a nuestra vida... Creemos que la enfermedad siempre es la del otro. Que nunca es ni va a ser la nuestra. Por ello, cuando somos conscientes de que hemos sido atrapados por ella, nuestra primera reacción es de incredulidad. Ese sentimiento se acentúa cuando se trata del sida. Porque hay quienes creen que se trata de algo que solo afecta a personas con un perfil muy determinado, un perfil con el que no tenemos nada que ver. De repente, nos damos cuenta de que tenemos todo que ver con ese perfil del que nos considerábamos tan alejados. Eso es lo que le ha sucedido a Nando. Y, aunque no parezca a primera vista, también a Leo. Porque cuando quienes están cerca de nosotros se ven azotados por el látigo del dolor, de la enfermedad o de la muerte, las sentimos como nuestras y tememos que, en cualquier momento, la repercusión del impacto nos acabe alcanzando. Así que de este modo está Leo, saltando de relato en relato intentando encontrar uno en el que puede alojarse con un poco de comodidad y calma... Como vemos, no lo está consiguiendo...

* * *

Salimos y nos dirigimos a la farmacia. Por el camino, nos encontramos a Manolo, el propietario del Mesón, y, para no variar, comenzó a hablar... Él también era cliente de Nando, por lo que le refirió algo de un pedido... “¡Para eso está Nando hoy!”; pensé, pero, al ver que no paraban, le dije:

–Nando, voy a la farmacia. Allí te espero...

–Sí, Leo. Acabo con Manolo y voy.

Entré en la farmacia y allí estaba Toñi, la auxiliar. Fabián estaba en su despacho reunido y acompañado pero, aún así, me saludó con la mano y yo le devolví el saludo. A continuación, me dirigí a Toñi:

–Dame esto, por favor.

Ella, tras mirar las recetas, se fue para los estantes, cogió los medicamentos y se acercó. Mientras recortaba los códigos, me preguntó:

–Leo, ¿sabes cómo tomarlos? –se interesó ella.

–¡Sí! Tres al día, ¿no? –dije un poco inseguro.

–Sí –confirmó ella–. Este, cada ocho horas. Y el otro, después de la comida y la cena. Te lo apunto en las cajas... Pero tómatelas con agua, Leo, ¡no con Cutty Sark! –recomendó ella sonriendo y con un poco de guasa.

–Ya lo sé, guapa...

Ella sonrió.

–Entonces... ¿lo apunto o no? –volvió a ofrecerse amablemente.

–Bueno, sí, apúntalo – respondí yo agradecido: así, seguro que Nando no se haría un lío.

Normalmente, tanto yo como la gente que trabajaba conmigo en el pub íbamos a la farmacia, sacábamos los medicamentos, o lo que necesitásemos, y lo pagábamos a final de mes. Así que salí de la farmacia y, para mi sorpresa, Nando todavía estaba hablando con Manolo, por lo que me acerqué y les dije:

–¡Ya está bien! ¿De qué estáis hablando?... Seguro que ya habéis arreglado el mundo entre los dos...

Manolo, que no se calla ni amordazado, me dijo:

–No, Leo... Estoy hablando con Nando de lo mal que está la cosa... Ayer, sin más, hice una caja de cuatrocientos cincuenta euros. ¡Imagínate! Un cocinero, un ayudante, tres camareros, yo, el alquiler, la luz, el agua, los impuestos... Después de hincharme de trabajar, ¿cuánto perdí Leo? Y eso sin contar con el socio... ¡El peor socio que puede tener un restaurante! El “cubo de la basura”! Que también come, porque los productos que no se venden aguantan dos o tres días y, luego, ¡para el socio...!

–¡Serás mamón! –le interrumpí–. Así que el pescado “fresquito” que me pones... ¡lleva tres días en la vitrina! Anda, Manolo, ¡me vas a matar, tío! –le dije en tono picajoso para que dejara de quejarse.

–¡No, Leo! No digas eso... A ti te pongo todo fresco, joder. ¡A ver quién es el guapo que le pone algo pasado al Leo!, el “mafioso” de la plaza... ¡Me lo como yo antes! –dijo riendo.

–Ya lo sé, Manolo. Es medio broma, ¡hombre! –respondí sonriendo.

–Me lo imagino... ¡Oye! Y lo de “mafioso” también... Más bien, sería “el medio mafioso”... –dijo riendo–. En ese momento, se asomó Fabián a la puerta de la farmacia y, al vernos de cháchara, se acercó a pasos agigantados para cotillear...

–¡Reunión de hosteleros y representantes de hostelería, clientes muertos! –dijo en plan de coña.

–¡Hombre, Fabián! Estaba hablando del bajón que están dando los negocios de la zona y Leo dice que exagero... ¿Tú qué opinas? –le dijo Manolo.

–Que tienes razón. Ayer, estuve de guardia y se vendió la mitad de preservativos, tampones, compresas, nolutiles, aspirinas, termómetros y jeringuillas que normalmente vendo. Y eso es muy significativo...

–Fabián, por favor, lo único que eso quiere decir es que a la gente le duelen menos las muelas y la cabeza, joden a pelo y, lógicamente, se les retrasa la regla... Bueno y se ponen menos... ¿insulina? –le interrumpí medio en broma.

–Lo que quiero decir es –contestó Fabián– que la gente se aguanta hasta el día siguiente para ir al médico y que se lo recete. Así, pagan menos. Eso es. En cuanto a los preservativos y las jeringuillas... ¡mejor me callo! Eso es lo que estaba comentando al representante de la cooperativa cuando tú entraste esta mañana... Por cierto, lo que te has llevado, ¿es para ti, Leo?

Ante la pregunta me quedé un poco cortado porque conozco a Fabián... y es de la saga de Jesús, un “chismosillo”. Fui a contestar pero Nando se adelantó.

–No, es para mí –le dijo Nando rotundo.

–¿Y eso? ¿Qué te ha ocurrido? –le preguntó Fabián con muy poca ética profesional por su parte, con Manolo por allí, que, aunque amigo, no tenía por qué enterarse de ciertas cosas tan personales...

No sé si Manolo se llegó a dar cuenta, solo sé que aprovechó y se despidió.

–Bueno, señores, vuestra compañía es muy grata pero tengo que irme al tajo que es hora de trabajar. Nos vemos luego. Nando, me mandas cuando puedas lo que te he pedido. Y, si queréis, pasad a tomar una cerveza que os espero. Hasta luego, Fabián, Leo... –añadió con un leve movimiento de cabeza mientras nos iba nombrando.

–¡Hasta luego, Manolo! – le contestamos los tres a la vez.

Una vez que se fue, Fabián se acercó más a Nando y puso su mano en el hombro.

–Dime, ¿qué te ha ocurrido? –insistió el farmacéutico.

–Nada, simplemente me dolía el estómago y me han mandado ese tratamiento y una analítica...

Yo pensé que Nando le estaba dando demasiadas pistas...

–¿Qué analítica?¿La tienes ahí?

–¡No! –contesté yo rotundamente... pero Nando dijo al unísono, mientras sacaba los informes del médico:

–Sí, aquí está!

“Nando, ¡has metido la pata!”, pensé, “¿Para qué le dices nada a Fabián?” Claro que él no le conocía bien y, si lo pienso, la culpa fue mía por llevarlo a comprar los medicamentos precisamente a esa farmacia.

Fabián cogió los informes, se puso las gafas y empezó a leer, mientras pasaba su mano derecha por la barbilla moviendo a su vez la cabeza. Tras terminar de leer, miró a Nando y dijo:

–¡Joder, chico!¿Cómo te encuentras?

–Bien, con molestias en el estómago pero bien...

–¡Ya!, pero ¿alguna vez te has hecho la prueba del sida? –preguntó Fabián sin tapujos.

–No, nunca, es la primera vez –respondió Nando tajante y sin dejar lugar a ninguna duda.

–Pues yo de ti –aconsejó el farmacéutico–, con independencia de la Seguridad Social, me lo haría particularmente. No es por nada. Simplemente, tarda menos. Yo conozco a un analista, bueno, ¡y Leo también! Don Francisco. Sabes quién te digo, ¿no? Ese que va mucho a tu bar los viernes...

–¡Ah, sí! Don Francisco... Que su mujer se llama Ana, ¿no? –traté de recordar.

–¡Ese! Si quieres, lo llamo y mañana mismo te hace la prueba. Que no quita el que te la hagas en la Seguridad Social. Pero si te la hace Francisco, seguro que tienes los resultados, como mucho, en siete días. ¡Que siempre es una ventaja! Las enfermedades, cuanto antes se detecten, mejor. Y más de la que estamos hablando... ¿Qué te parece, Leo?

–A mí, bien. Pero es Nando el que decide... Tú verás –le dije mientras lo miraba directamente a él.

–¿Tú cómo lo ves, Leo? No sé, yo pienso lo mismo que Fabián, cuanto antes mejor...

–Pues, si os parece, lo llamamos ahora mismo desde la farmacia –añadió Fabián.

Nos encaminamos hacia la farmacia, entramos y nos fuimos directamente a la rebotica tras saludar a Toñi.

–Hola, Toñi –la volví a saludar cariñosamente.

–Hola, Leo. ¿Otra vez aquí? –dijo ella.

–Sí, hija, sí. Me voy hacer socio honorífico de la farmacia. O, ¡mejor!, auxiliar de farmacia y así me quedo con tu puesto –le dije simpáticamente.

–¡Anda!¿Qué listo que eres...! Pues yo voy a poner un bar de copas junto al tuyo –me contestó riendo mientras yo pasaba a la rebotica.

Cuando entré, Fabián ya estaba llamando a Francisco, el analista.

–¿Sí? ¿Francis? Soy Fabi. ¿Qué tal estás? –y se dio una pausa–. Sí, sí, yo bien. Mira, Francis, tengo aquí delante a unos clientes y amigos. Uno de ellos es Leo, el dueño de... –silencio–. Efectivamente, del pub. Se tiene que hacer la prueba de VIH, que le ha mandado el especialista de digestivo y estamos pensando que, como sabes lo que tarda, si se la hicieras en tu laboratorio... –más silencio–. No, a Leo no, a su amigo Nando –otra pausa para la

contestación—. Sí, por un problema de candidiasis en el esófago que le ha producido una esofagitis. Sí —otro silencio—. Ya, ya... Bueno, vale. Nosotros estamos en el mesón de Manolo. Te esperamos. Un abrazo y gracias.

Tras lo cual, colgó y nos explicó:

—Me ha dicho que ya ha terminado y que se viene a tomar una cerveza con nosotros en el Mesón de Manolo. ¿Nos vamos y lo esperamos?

—¡Claro! —dijo Nando—. ¿No, Leo? —me preguntó, aunque no había lugar para una negativa.

—Sí, me parece bien. Vamos para allá —concluí yo.

Fabián se dirigió en ese momento a Toñi que, por cierto, se había enterado de toda la conversación, por lo que ya se podía enterar hasta el gato, y le dijo:

—Toñi, me voy a tomar una cerveza. Si a las dos no he venido, cierra y te marchas. Si hay alguna novedad, estoy en el Mesón de Manolo.

—Vale, Fabián. No te preocupes.

Nos despedimos de Toñi y cruzamos la acera camino al mesón. En la corta distancia que había, Fabián le puso la mano por el hombro a Nando mientras le decía:

—En principio, no te tienes que preocupar. ¡Gracias a Dios!, la ciencia adelanta día a día y la medicina no es como antes... El sida está cada vez más controlado y causa menos mortalidad.

¡Vaya conversación antes de tomarse una cerveza! Mirándolos a los dos, me imaginaba a Fabián subido en el hombro de Nando con apariencia de buitre leonado mientras Nando, conforme le hablaba Fabián, iba menguando hasta convertirse en un pajarito... ¡Además que lo parecía, qué cojones! Me acerqué a los dos y les sermoneé:

—Anda, que estáis para animar un velatorio, callaos un ratito y vamos a tomarnos esas cervecitas, ¡hombre!

—No, Leo, lo que le estoy diciendo a Nando...

—Ya lo estoy oyendo, Fabián. Por eso os digo que os relajéis un poco y, si es posible, hablemos de otras cosas —le corté.

Nada más entrar, estaba el corro de los impertérritos seres, ya saben, ese foro de habladores que existen en casi todos los bares que no paran de comentar y hablar de todo lo que se pueda hablar, tenga o no interés, joda o no: la cosa es entretenerse... Al ver a Fabián, un componente habitual de su grupo, quisieron atraerlo a su redil para pedir novedades farmacéuticas, no sé, quién estaba embarazada, quién tenía sífilis, un infarto, cáncer o espinillas en el culo, la cosa era hablar de alguien o algo. Lógicamente, Fabián se acercó a ellos con cautela, los saludó, les susurró algo y dijo en voz alta, imagino para que lo oyera yo:

—Señores, perdón pero me voy con Leo y Nando. Luego hablamos.

A lo que uno de ellos, Eugenio, contestó:

—Siempre ha habido clases, ¿verdad, Leo? —añadió dirigiéndose a mí.

—¡Es verdad, Eugenio! Siempre ha habido clases y escuelas con maestros para enseñar al que no sabe... —le respondí sonriendo.

Mis palabras, de momento, fueron suficientes para acallar las voces en alto, pero no los tonos bajos del coro de los miserables, que se quedaron mirando cotilleando algo, lo que le hubiera dado tiempo a soltar Fabián, porque

me imagino que algo les dijo sobre nosotros y, tal vez, nada bueno.

Manolo se acercó y nos preguntó:

–¿Qué os pongo?

–¿Cervezas para los tres? –preguntó Fabián.

–Sí –contestamos Nando y yo.

Tras servimos las cañas, Fabián intentó retomar la conversación de las enfermedades pero yo le corté diciendo...

–Fabián, ¿dónde vas este año de vacaciones?

Logré desviar la conversación.

–No lo sé aún pero no salimos de España. Quizás, nos centremos en Toledo y, desde allí, haremos un *tour* por Castilla, por variar, porque, para ir a la playa, nos quedamos en Andalucía. ¡Que mejores playas que las nuestras, ninguna! –dijo Fabián.

–Siempre lo he dicho: no comprendo lo de ir a buscar costa y playa cuando, como dice Fabián, en Andalucía hay playas de sobra y, de envidiar, no tienen nada que envidiar a ninguna... Y si hablamos de turismo cultural, estamos al nivel de los mejores del mundo, sobrados de monumentos, arte, historia... Y de los museos, mejor ni hablar. Yo tengo muchas ganas de ir a Barbate desde que me habló Leo de Zahara de los Atunes y, en concreto, de aquel hotel tan especial, de sus playas, de esas cenas tan románticas. Y, sobre todo, tengo curiosidad por ir a ver aquel agujero que le hiciste al mosquitero de la cama con el cigarro, Leo –dijo Nando mientras se reía recordando mi anécdota.

–Bueno, bueno –dije riendo–. Tampoco hay que contar tantos detalles... La verdad es que lo pasé de fábula, estupendamente. Aquel lugar es precioso y, lo mejor de todo, la compañía. ¡Qué tiempos! Queríamos volver, pero, de momento, no ha podido ser... –dije poniéndome melancólico al recordar tanta belleza.

Nando me cortó.

–Cuéntale a Fabián lo que te ocurrió... ¡Anda que estar en un sitio así, bien acompañado y ponerte malo...! ¡Tiene guasa! –se reía al recordar lo que le había contado–. Y, como es lógico, su pareja cogió un cabreo impresionante porque pensó que echabas de menos algo, o, peor, ¡a alguien! ¿No, Leo?

–Pues, sí. Eso ocurrió. Pero Fabián sabe que a los que padecemos del estómago nos afectan mucho los cambios climáticos y, no sé por qué, allí tardé un poco más de la cuenta en habituarme. Siempre me ha pasado en todos los viajes... Y sí, ella, no sé, pensó algo erróneo... ¡Mejor lo dejamos, capullo!

Al menos, la conversación se había tornado divertida, a costa de mi persona pero, ¡eh!, mucho, ¡mucho!, mejor... Terminando mis palabras, entró don Francisco.

–Buenas tardes, señores. ¿Qué tal están? –dijo en voz alta, siendo correspondido por todos los presentes.

Francis nos vio y vino directamente a nuestra mesa.

–Hola, Francis. Te presento. Bueno, a Leo ya le conoces. Y este es Fernando, Nando, un amigo.

–¡Encantado!

Nos saludamos todos e intercambiamos respectivos apretones de manos. Manolo se acercó y también saludó.

–Hola, don Francisco. ¿Qué le pongo? –preguntó muy atentamente.

Fuera de juego

–¡Hola, Manolo! Un rioja y algo para picar, no sé, un platito de jamón. Vengo estragado. Hoy, no tenía ganas de desayunar y solo he tomado un café con leche. Así que mejor un vino y llena a los señores. ¿Os parece? –nos preguntó.

–Yo, mejor un rioja, que me estoy embuchando –dijo Nando.

–Yo, igual –secundé.

–Pues... mejor, pon una botella de rioja para los cuatro. ¿Vale? –acabó diciendo Fabián a Manolo.

–Sí, será mejor.

Manolo sirvió la botella mientras cambiaba los vasos de cerveza por copas de vino.

–Aquí está. Una botella de rioja. ¡Salud, señores! –dijo con todo su arte malagueño.

–Gracias, Manolo. Pero, ¡por favor!, que no tarde mucho el jamón –le dijo Francis.

–No, tranquilo, si ya está aquí –respondió Manolo mientras ponía el plato de jamón justo delante de Francis, al cual, se le dilataron las pupilas cual depredador en plena caza.

–¡Salud, amigos! ¡Por nosotros! –dijo Francis mientras brindábamos.

Tras unos sorbos de vino y un picoteo del magnífico jamón, Francis comentó a Fabián con mucha discreción:

–Fabi, yo no soy partidario de hablar de estos asuntos en un bar y, todavía menos, en este, con el hormiguero que tenemos en la esquina... Pero le voy a echar un vistazo a los informes y ya vemos lo que hacemos... ¿Tienes ahí los informes? –le dijo a Fabián, quien, mirando a Nando, preguntó:

–Nando, ¿me das los informes?

Nando los sacó del bolsillo y se los fue a dar a Fabián pero Francis se adelantó y los cogió directamente.

–Gracias, Fernando.

Empezó a leerlos, paró, miró a Nando y le dijo:

–Fernando, si te parece, me quedo con ellos y luego, a la tarde, te pasas por la consulta.

–Sí, don Francisco, me parece bien –dijo él como quitándose un peso de encima.

–Bueno... es igual, te quedas con ellos y los traes esta tarde ¿Está bien para ti a las siete o prefieres más tarde? Antes, no puedo. Hasta esa hora, la tengo ocupada... –le dijo amablemente mientras le devolvía los informes.

–A la hora que le venga mejor a usted –dijo Nando con tono de máximo respeto.

–Vale, a las siete te espero. ¿Sabes dónde está la consulta?

–Yo le acompañaré, no se preocupe –le dije rápidamente.

–Sí, Leo me acompaña. Aunque mi hermano también lo conoce: tiene bastante amistad con una chica que trabaja allí, con la que estudió en la escuela de idiomas. ¡Ah!, y mi padre creo que también le conoce a usted...

–¿Cómo se llama tu padre? –preguntó intrigado don Francisco– ¿No será Fernando Díez, don Fernando Díez? –caviló sorprendido.

–Sí, efectivamente. Fernando Díez es mi padre –dijo Nando riendo.

–¡Joder!, don Fernando Díez. ¡El más prestigioso representante de medicamentos de Andalucía! No me lo puedo creer, niño... Tu padre, aparte de ser un gran señor, es un gran amigo mío y yo le quiero como si fuera mi hermano... ¡Claro! ¿Y tú eres...? ¡Ya! El pequeño, el golfillo... ¡Anda que no me ha hablado tu padre de ti y de tus fechorías! –“Vaya coincidencia”, pensé mientras Francis continuaba–. Pues, ¿sabes que la chica de quien me hablas, amiga de tu hermano, es Ana, mi mujer? Bueno, mi segunda mujer. La conocí en el laboratorio, nos enamoramos y nos casamos... ¡Cuando le diga que he estado con el hijo de Fernando, no se lo va a creer! Ella habla casi a diario con tu madre Carmen. Y doña Carmen es una madraza... ¡Qué pequeño es el mundo, un pañuelo! Pues nada, Fernandino... ¿No es así cómo te llaman tus padres? ¿Sigues en el negocio familiar, con los medicamentos?

–No, también soy representante, pero de bebidas, alcohólicas...

–Bueno, has cambiado los medicamentos por “otro tipo de medicamentos” –dijo entre risas–. En fin, espero que don Fernando y doña Carmen se lo tomaran con ingenio, porque vaya cambio tan drástico, hijo... ¡Bueno! Luego nos vemos y hablamos. Lo que siento es que nos conozcamos por motivos profesionales, pero son las cosas de la vida...

–Don Francisco, lo que sí que quiero es que, por favor, no se entere mi padre. ¡Y, aún menos, mi madre!

–Antes que nada y, primero, ¡no me hables de usted y menos de don! Ser hijo de Fernando ya te convierte en familia. En cuanto a la discreción, por mi parte la habrá. Y espero y confío que lo hablado no trascienda de los aquí presentes. ¿No, Fabi? Estamos entre caballeros y personas serias y no quisiera tener que llamar al orden o, ¡peor!, perder las amistades con alguien por algo tan elemental y profesional...

Al dirigirse a “Fabi”, dejó bien claro quién, en un momento dado, podría perder los papeles o hablar de más. Se veía que lo conocía bien.

Terminamos la botella de vino, el jamón y, cuando Nando tuvo la intención de ir a pagar, don Francisco le interceptó y dijo:

–No, por favor, yo venía dispuesto a pagar, porque Fabi no se mete la mano en el bolsillo ni para dar el cambio, pero ahora lo hago con más agrado si cabe. Por favor, Manolo, toma –le decía mientras le entregaba la tarjeta–. Cobra todo esto y una copa de los señores... –mirando y señalando al corro de parlanchines.

Por mucho que insistió Nando, no le fue posible hacer cambiar de opinión a Francis, que se despidió, diciendo:

–Me marcho que me está esperando Ana. Vamos a comer con su hermana y me ha advertido que no llegue tarde. ¡Ya conocéis a las mujeres! ¡Como no le hagamos caso, acaban divorciándose y quedándose con el patrimonio de toda la vida! Luego nos vemos.

Se fue elegantemente y salió por la puerta.

–Bueno, Nando... ¿Nos vamos o montamos un chiringuito? –le pregunté a mi amigo aprovechando la retirada de don Francisco.

–No, no, nos vamos... ¿Me llevas a casa?

–Claro, no te voy a dejar aquí –le dije resaltando la obviedad.

–Bueno, Fabián, te agradezco tú interés... –dijo Nando.

–Nada, no te preocupes. Dale recuerdos a tu padre de mi parte y que todo salga bien –le interrumpió Fabián.

–Eso espero yo también. Hasta luego y gracias. ¡Hasta luego, Manolo! –se despidió Nando.

–Gracias –dijo Manolo.

–¡Hasta luego! –me despedí de ellos mientras salíamos por la puerta.

No me sorprendió en absoluto que Fabián se quedase con el grupo de marras: seguramente, quería subsanar el fallo que había tenido diciendo algo que no debía haber dicho...

–Leo, ¿nos vamos a comer? –sugirió Nando una vez fuera.

–¡Claro, Nando! No querrás que vayamos a desayunar ¡a esta hora! –le respondí.

–No, hombre... Digo que si nos vamos los dos a comer a algún sitio. ¡Anda, te invito! –dijo expectante.

–Nando, no es que me invites. Es que estoy harto de comer en la calle, mejor dicho en restaurantes. Quiero comida casera, en mi casa, hacerla yo, comerla yo...

–Sí, tío y tener que limpiar los platos tú... ¡Venga, vamos a comer a un sitio en el que nunca has estado! –me cortó él.

–No me lo creo pero... ¡venga a ver si es verdad! –acepté el desafío.

–Vamos a “Casa Andrés”, a ver el mar y a comer un buen pescado a la sal. No sé, me apetece. ¿Vale? –su tono era casi de súplica.

–Vale –dije “derrotado”-. Vamos a donde te salga de los cojones. Pero en mi coche y, así, volvemos a tiempo...

–¿A tiempo de qué? –preguntó inocentemente.

–¿De qué, de qué...? Primero, yo tengo que abrir el bar. Segundo, ¿no te acuerdas de que estás citado a las siete en el laboratorio de Francisco? –dije poniendo mucho énfasis.

–Pues claro que sí, pero... ¡si son las dos y media, capullo! Anda que eres lento hasta para mirar la hora. Nos da tiempo de ir, volver y tendremos que esperar, eso seguro...

–Nando, al Rincón, no, “porfa”... –le interrumpí en tono de súplica.

–Pero, ¿no te he dicho que vamos al Restaurante Andrés? Venga y tira ya, mamón.

Tras subirnos en mi coche, fuimos dirección al Paseo Marítimo y, aunque no tenía ganas con todo lo mío, en esos momentos no podía dejar solo a Nando. Durante el trayecto, no despegó sus labios para decir nada, tenía la mirada perdida y estaba callado, muy callado, y eso me preocupaba. No sé, aunque, por una parte, lo veía normal, por otra me extrañaba, conociéndolo como le conocía. Me daba la sensación de que pasaba del tema y eso no era lógico.

Seis o siete vueltas intentando encontrar un hueco donde meter el coche y, por fin, un aparcamiento.

–¿Está bien aquí? –le pregunté.

Él no contestó, simplemente asintió con la cabeza y se bajó del coche.

–Por aquí –dijo al entrar en una de las calles. Por supuesto, yo le seguí.

Llegamos al Restaurante Andrés. Yo lo conocía de ir muy de vez en cuando porque, a pesar de estar muy bien, lo consideraba excesivamente subido de precio... Y, por eso, dije:

–Nando, el restaurante es muy bueno, pero un poco caro...

–Ya..., yo suelo venir mucho con mi padre. Aparte de eso, es cliente mío y está muy bien –me contestó él.

Nada más entrar se acercó el *maitre*.

–Don Fernando, ¡qué alegría verle! –dijo mientras nos daba la mano, primero a Nando y después a mí –. Encantado de verle, señor..

–Déjate de “don”. ¿Cómo estás? –le dijo Nando amistosamente.

–Bien, Fernando, gracias. ¿Vais a comer? –preguntó.

–Si es posible, sí, pero...

–Lo sé. Y, además, vas a tener suerte. Tu mesa la tenemos reservada por si viene un cliente especial como tú, así que pasad...

Y entramos en el salón, guiado por el *maitre*.

Por el camino, Nando fue saludando a todo el que vio... Lo que siempre he dicho: ¡Es único!, y lo conoce medio mundo. Por lo que me pude enterar, el *maitre* se llamaba Paco y nos situó en una mesa justo delante de una enorme cristalera desde donde se podía ver el mar. El mejor sitio.

–Aquí está, tu mesa. ¿Os pongo cerveza?¿Vino?¿Qué os apetece?

–¿Seguimos con el vino, Leo? –me preguntó Nando.

–Sí, mejor, para no mezclar... –contesté.

–Pues... nos pones una botella de rioja. El que esté bien, tú lo eliges...

–Nando, ¡os voy a poner un vino excelente y unos aperitivos! Os dejo la carta y vais eligiendo –dijo al mismo tiempo que nos entregaba la carta.

–No, Paco, no hace falta. Leo, ¿pescado a la sal o carne? –me consultó.

–Me da igual. Si hubiera una carne blandita, lo preferiría. Hoy, estoy cansado de pescado...

–Pues yo igual, Paco. Si están bien los solomillos de ternera, nos pones uno, vuelta y vuelta. Y el de Leo, en su punto –especificó Nando.

–Buena elección, los solomillos son excelentes –confirmó el *maitre* Paco.

–Entonces, eso. ¡Listo! –dijo Nando.

–¿Os pongo de guarnición unas patatas al horno y pimientos? –preguntó él, tentándonos para poder terminar de tomar la comanda.

–Sí, lo que quieras...

Nos sirvieron el vino y unos pequeños canapés, así que brindamos.

–¡Por nosotros, Leo! –dijo Nando animado y emocionado mientras alzaba su copa.

–¡Salud!¡Por nosotros, Nando! –dije yo mientras empezábamos a beber.

Yo estaba un poco nervioso. Tenía deseos de saber lo que rumiaba Nando en su cabeza, por lo que le pregunté sin tapujos:

–Y bien, Nando, ¿qué piensas? Dime la verdad...

–Pues mira, Leo, creo que me ha tocado... –dijo él, cambiando al tono derrotista.

Fuera de juego

–Que te ha tocado ¿qué? –pregunté un poco exasperado.

–¿Qué va a ser? ¿Viste las caras del médico, de Fabián, de don Francisco...?

–Claro que las vi y... ¿qué pasa? –sabía por qué camino quería ir pero no se lo iba a poner fácil.

–No sé, me da la impresión de que lo que tengo no es bueno... Cuando Francis leyó los informes, me miró de una forma un tanto extraña...

–Nando, ¡no seas pesimista! Me están dando ganas de marcharme. Pocas tenía de venir, pero se me han quitado las ganas hasta de comer... Vamos a ver lo que nos dice Francis y, luego, ya veremos, ¿no, tío? ¡Salud, capullo! –le dije tratando de animarlo.

Con un nudo en la garganta, levanté mi copa y brindamos, deseando de corazón, y como nunca, ¡salud!

Se acercó Paco y nos preguntó:

–¿Qué tal el vino?

–¡Estupendo! –le aseguró Nando mientras yo asentía reforzando sus palabras.

–Nando... veo que te has quedado más delgado. ¿Estás haciendo régimen o deporte? –dijo Paco inocentemente, sin ser consciente de hasta qué punto estaba metiendo la pata.

A Nando se le cambió la cara y a mí ni os cuento... “¡Andal!”, pensé, “que la vista del Paquito de los cojones...”. Me adelanté a Nando y contesté:

–¡Eso es de tanto hacer el amor!

Paco miró de reojo a los comensales contiguos, se sonrió y se marchó sigilosamente.

–Cojones con el Paco... Un poco más y te pregunta si tienes sífilis –le dije a Nando, medio indignado, riendo y alucinado con la situación.

–Anda, Leo... ¡que cuando te pones basto, no hay quien te gane! –decía Nando mientras se descojonaba.

–Le iba a decir que era de follar mucho... Lo que pasa es que he sido comedido –dije en voz baja.

Pasado un tiempo prudencial, apareció Paco con un par de platos.

–Aquí está la carne... Poco hecha para ti, Nando, y en su punto para el señor. ¡Que la disfruten!

–Gracias –le contesté.

Pues “el Paco”, indiscreto era un rato, pero, eso sí, al mismo tiempo era un muy buen profesional, al César lo que es lo del César... ¡La carne estaba excelente! Comimos, bebimos y hablamos lo justo, sin sacar la conversación sobre enfermedades (ya saben que, comiendo, no se habla). En cuanto a las vistas, eran maravillosas (sí, señor) pudiéndose contemplar toda la bahía. Una vez acabados los platos, apareció de nuevo el “Paquirrín”...

–¿Qué tal la carne? –preguntó mirando a Nando, porque a mí ni se atrevía.

–Tenías razón. Era agua. ¡Excelente!

Paco, mientras retiraba los platos, le preguntó a Nando:

–¿Os apetece algo más o pasamos a los postres directamente?

–Mejor, los postres... Que a mí no me entra nada más –le dije poniendo una mano sobre el estómago.

–Tenemos yogur de chirimoyas. Te lo digo porque sé que te gusta mucho... ¿Os lo pongo con un poco de nata y bienmesabe?

–Sí, Paco. Ponlo.

–¿Tú lo has probado, Leo? –me preguntó el *maître*.

–¿Yogur de chirimoyas? Nunca. Lo otro, sí –dije expectante.

–Seguro que te va a gustar –dijo confiado Paco.

Y tampoco se equivocó “Paquirrete”. Muy bueno, sí señor. Una vez terminado el orgásmico postre, volvió:

–¿Ponemos a los señores una copita? ¿Lo de siempre, Nando?

–Sí. ¿Y tú, Leo? –preguntó Nando.

–No, por favor. ¡Más alcohol, no! No vaya a ser que te haga Francis el análisis y te diga lo mismo que el médico del Hospital... Mejor, un café. ¿No te parece? –dije un poco empachado.

–Es verdad, Leo. Pero a mí el café me cae regular y me pone nervioso... Bueno, sí. Dos cafés, mejor. Pero que el mío no esté muy cargado, por favor.

El “Pacurrete”, al oír lo de la analítica, se quedó con las ganas de preguntar. Pero al mirarme y ver mi cara, se calló... Era lo mejor.

Una vez que hubimos acabado de almorzar y estábamos ya relajados, decidimos irnos. Nando abonó la cuenta y nos fuimos a dar un paseo para ver el mar tranquilo. Durante un largo trecho, no hablamos de nada, solo observamos, olíamos y oíamos el murmullo de las olas. ¡Qué paz! Nos detuvimos y nos sentamos en el malecón. Ya teníamos que decir algo y fui yo quien comenzó.

–¿Qué piensas, Nando?

–Lo peor, Leo, es que no me viene nada positivo a la mente. Tengo, más que ganas, interés por saber lo que me va a decir el analista pero, sobre todo, mucho miedo. Leo, sabes que mi mejor amigo eres tú. Si algún día me ocurriera algo, sería mi deseo que lo mucho o lo poco que tengo te lo quedas tú...

Ante este ataque de muerte súbita que le dio, tuve que interrumpirle...

–¡Pero Nando, tío, déjate de historias! ¡No te va a ocurrir nada, coño! ¡Estás muy negativo! Entiendo tu preocupación pero tenemos que pensar en positivo. Olvídате de nombrar ya herederos ni mierdas, que no te va a pasar nada. Esto es un susto que, de vez en cuando, nos viene bien para darnos cuenta de las cosas que hacemos mal. Nada más, tío. Ya verás... ¡Algún día nos reiremos de todo!

Y él me interrumpió.

–Leo, déjame que hable. ¡Nunca me dejas terminar nada! A ver si te das cuenta de que todos tenemos derecho a pensar en negativo o positivo... Sé que quieres animarme, pero, por favor, seamos realistas por una vez en nuestras vidas. ¿Sí?

Me dejó sin palabras, nunca le había visto hablar tan sereno y triste...

–Perdona, Nando. Solo quería...

–¡Ya lo sé! Lo comprendo y te lo agradezco. Pero hoy me toca hablar y decidir a mí. Y quiero que me escuches. Solo eso, ¿vale? Y no me interrumpas más. Como te he dicho, todo lo que tengo quiero que sea para ti... Hay unos ahorros y unas acciones en el banco que me aconsejó Miguel Bayón... Ya sabes, nuestro ex compañero de

estudios... Pues actualmente están en alza. Mañana, iré al asesor y prepararé los documentos que hagan falta, y ¡calla!, no me contestes nada –me dijo cuando abrí la boca para cortar este sinsentido de conversación, pero, ante su insistencia volví a callar... –. Ya sabes que a mi familia, gracias a Dios, no le hace falta nada. Ellos están muy bien económicamente y no saben ni lo que tengo. Así que para ti y punto.

Nando giró su cara hacia el lado contrario, lo que me permitió darme cuenta de que se le habían saltado las lágrimas: estaba llorando. Yo le pasé la mano por el hombro, me bajé del malecón y le dije...

–Nando, las deudas no me las dejes, ¡por favor! ¡Ya tengo suficientes!

Él se volvió y empezó a reír, me abrazó y dijo, llenándose la boca:

–Eres un hijo de puta, ¡cabronazo! Tienes un corazón de piedra. Desde luego que tú no te morirás de un infarto, mamón...

Di un salto a la arena y me dirigí a la orilla, tentándole.

–¿Jugamos a la rana, capullo? ¿Te acuerdas de las palizas que te pegaba? Venga, coge una piedra... ¡Como voy a tener dinero, acciones y un coche, me lo juego todo! –le dije entre carcajadas.

Nando también se bajó del malecón y empezó a reírse mientras se pasaba un *kleenex* por los ojos...

–¡Qué hijo de puta y qué cabrón! Eres capaz de vender un Rolls-Royce con un motor de seiscientos... ¡Venga, que te voy a ganar mi herencia, gilipollas!

Tenía que intentarlo y salir con cualquier gilipollada... porque yo también lloraba como un niño, como los niños que éramos en ese momento, y me salió bien la jugada ya que comenzamos a jugar a la rana... Nando, antes de agacharse a coger la piedra, se metió la mano en el bolsillo, me dio un pañuelo y me dijo:

–Anda, mariquita, sécate los ojos que se te va a correr el rímel y a caer las pestañas postizas –dijo mientras reía.

Para mí, eso fue suficiente. Comenzamos los dos a hacer el ganso, a lo que estábamos acostumbrados de toda la vida... Éramos dos tontorrones. Viejos, pero tontorrones. Cansados de hacer trampas y mentir en cada tirada con esas frases de “eso no vale, tramposo, cabrón” y mil cariñosas palabras más, nos sentamos en la arena, ya ni nos acordábamos de la visita al analista. Durante esos minutos, volvimos a ser los niños que, lustros atrás, jugábamos sin dar importancia a nada, ni a la gente que pasaba, que nos miraba y pensaría: “¿Qué hacen estos dos locos con esas pintas jugando en la playa?”. Pero nosotros éramos ajenos a todo y todos. Nuestra realidad nos había llevado, con el paso del tiempo, a esa situación.

–Oye, tío, vámonos ya, que parecemos dos “colgaos” –le dije a Nando.

–Sí, será mejor. ¡Vamos! –dijo él entre risas.

Nos sacudimos la arena, y mientras reíamos, nos insultábamos cariñosamente... Después de mil vueltas, conseguimos encontrar el coche porque ninguno de los dos nos acordábamos de dónde lo habíamos aparcado... lo cual nos causaba más risa aún. Esa risa nerviosa que sale cuando, más que reír, a uno le gustaría llorar. Nos subimos y nos fuimos camino al centro a ver a Francis, el analista. Cuando llegamos y, para evitar dar más vueltas, aparcamos en el *parking* municipal.

Nando cogió el ticket del *parking* y se lo metió en el bolsillo. Yo le pregunté:

–¿Qué haces? Dámelo, tío...

–Tú no pagas nada. Y luego hablaremos... ¡que eres un cabronazo!

Todo completamente gratuito y por la cara.

—¿Qué dices? ¿A qué viene esto? —pregunté muy sorprendido.

—¿Que a qué viene?... Será mamón el tío... ¿Por qué no me has dicho lo que ha pasado con José? ¿A qué esperabas?

Yo me quedé sin palabras.

—¿Cómo lo sabes? —medio tartamudeé.

—Por tí, ¡no! Eso seguro...

—¿Quién te lo ha dicho? —dije en modo interrogatorio.

—Da igual pero lo sé... Yo, confiando en tí, haciéndote participe de mis desgracias... ¿Y tú? ¿Qué haces? ¿Qué te ocurre, tío? ¿Pensabas que no me iba a enterar?... —Nando me dejó ver que estaba molesto.

—No, hombre, lo que pasa es que hoy no era el día más oportuno para contarte nada... ¡Vamos, pienso yo!... Pero ¿cómo lo sabes, tío? —le volví a insistir.

—Solo te voy a decir que tu amigo Nando, ¡porque soy tu amigo!, está para algo. ¡Vamos, digo yo! Porque cuando me ocurre algo, ¿a quién he acudido? A tí, ¿no? ¿Entonces...?

—Vale, Nando. Lo siento mucho. Pensaba contártelo pero, hoy, precisamente... no. Hoy me importaba más tu problema que mis gilipolladas. ¡Entiéndelo! Y no quiero que jodas el día enfadándote conmigo, ¡por favor!

Mi tono era una mezcla de disculpa y súplica.

—No, Leo. No me enfado pero me he quedado con las ganas de que me lo contaras tú... Solo eso...

—Bien, pues si lo sabes... me ahorras el trago. Porque la verdad es que es un trago...

—Leo, lo que nos pasa no es más que lo que nos buscamos... Y eso vale para los dos. Creemos, confiamos y nos dejamos llevar por los sentimientos. Pensamos que todo el mundo es como nosotros y, peor aún, queremos casi obligar a las personas a que sean y piensen como nosotros... Y no es posible. Cada uno es como es... —reflexionó muy acertadamente—. Leo y Nando, tú y yo, formamos parte de una sociedad, la sociedad no forma parte de nosotros y eso es lo que nos pierde. Queremos que nos amen cuando amamos, que nos quieran cuando queremos y que piensen lo que nosotros pensamos. Y lo peor de todo es que ya no nos da tiempo a cambiar... Como tú me dices, “en la reencarnación”... Pues, fíjate, estoy seguro que ni reencarnados cambiaremos, aunque seamos un gato, un perro, una mosca, o como decía el amor de tu vida, “una libertina” o “mañana otro poquito”. Un día te contaré algo sobre ella... —dijo en tono misterioso y enigmático—. Y volviendo a lo que estamos hablando... Leo, como de todas formas te enterarás, te diré que quién me lo ha contado ha sido María, el mismo día que ocurrió, el día que me quedé en casa con el resfriado. Me llamó y me lo contó, con la condición de que no te dijera nada...

—Nando —le interrumpí—. Ya no sé en quién confiar. Lo primero que le dije fue que no se lo contara a nadie...

—¿Lo ves, Leo? ¡Eres un egoísta! Tu miopía mental no te deja ver más allá... ¿Sabes una cosa? María, al igual que muchas otras personas, te quiere mucho, yo diría que demasiado, y no sé porqué... Ya sé que tú dices eso de que “¡hay que tener ganas!”. Pero tienes que ser consciente de que ella te quiere desde el primer día que te conoció y, si no te has dado cuenta, ¡eres aún más idiota de lo que pensaba! Durante este tiempo, si lo piensas un poco, te darás cuenta de las miles de cosas que ha intentado para entrar en tu vida, para compartir algo contigo y solo ha encontrado, como me ha dicho, un amigo, un compañero de trabajo y, en ocasiones, un padre... Leo, María es mayorcita para saber lo que quiere. ¡Deja que las personas nos equivoquemos! Igual que tú te equivocas —dijo él un poquito gruñón—. Te voy a hacer una pregunta: ¿le has dado alguna oportunidad? Seguro que no. El “maduro de Leo” siempre sabe lo que tiene que hacer... Pero solo para algunas cosas porque para otras eres un inmaduro

gilipollas y un niñato de mierda... —Yo estaba a punto de intervenir cuando añadí—. Y no me cortes que te doy un guantazo. Estoy cansado de oír tus consejos. Hoy te toca a ti aguantar el chaparrón y te digo que te has equivocado con María, lo mismo que con Jose y con muchas personas más. Recapacita, piensa las cosas antes de decirlas o hacerlas... Sé realista, tolerante, comprensivo, condescendiente, flexible, no hace falta que pierdas tu condición ni tu naturaleza. Si hubieses actuado así, te aseguro que hubieras llegado hasta donde te lo propusieras —sentenció Nando.

Después de lo oído me quedé mudo y cortado, menos mal que llegamos al analista... Como era la primera planta, subimos por la escalera así que, ¡por fin!, Nando se calló de una puñetera vez. Llegamos a la puerta, llamamos al timbre y, en pocos segundos, abrió la puerta Ana, la mujer de Francis, que nos saludó.

—Hola, Leo, ¿qué tal? Pasad, Francis os está esperando —y mirando a Nando le dijo—. Yo soy Ana, la esposa de Francis. ¿Tú eres Nandito, el hijo de Carmelita? Dame dos besos, cariño. Esta mañana, he hablado con tu madre un rato. ¡Tiene unas cosas! Me dice que se quiere ir a vivir a Santo Domingo para estar todo el día en la playa tomando mojitos... y ¡que tu padre se harte de ver mulatas! —dijo entre risas.

—Sí, las cosas de mi madre... —secundó Nando.

—Bueno, ¿y tú qué tal estás? —preguntó cariñosamente.

—Pues no lo sé, a eso vengo, a ver si Francis “me arregla” —le respondió mi amigo sonriendo.

—No te preocupes, ¡pasad! —nos dijo mientras llegábamos a la puerta del despacho de don Francisco y, tras llamar a ella, añadió —: Francis, aquí están Leo y Nandito.

—¡Gracias, Ana! Adelante.

Estaba claro que en esa pareja había mucho amor. Francis se puso de pie para darnos la mano y, posteriormente, nos invitó a sentarnos.

—¿Qué tal estás, Nandito?

—Bien... bueno, bien no, muy preocupado y nervioso —le dijo Nando.

—Vamos a ver... dame los informes —dijo al tiempo que estiraba la mano para recogerlos cuando Nando los sacó—. ¡Tranquilo! —dijo al ver las manos temblorosas de Nando y comenzó a ojear los informes muy despacio. Pasados unos minutos eternos dijo—: Vamos a ver, Nando. Como amigo de la familia y el cariño que os tengo, te voy a hablar con toda la sinceridad. Voy a ser lo más claro posible... Las enfermedades, sean las que sean, cuanto antes se combatan mejor. Mira, Nandito, en principio te diré que la analítica que te han enviado es la propia ante los síntomas y resultado de la gastroscopia... Como sabes, han apreciado una candidiasis, que las defensas que genera tu cuerpo no han sido capaces de eliminar... ¿Por qué? En principio, a causa de estar bajo de defensas o, lo que es igual, una inmunodeficiencia. ¿Qué significa eso? Pues que existe una posibilidad de que, por algún motivo que, al fin y al cabo ya no nos interesa, salvo que sea a consecuencia del consumo de drogas por vía intravenosa, lo cual es un problema peliagudo...

—Francis —interrumpió Nando—, nunca he consumido ningún tipo de esas drogas dijo rotundamente.

—¡Mejor! Eso me tranquiliza porque, descartando eso, solo nos queda el contagio mediante transfusiones sanguíneas en países tercermundistas o, lo más habitual, mediante vía sexual. Lo siento pero te tengo que preguntar... ¿Has mantenido alguna vez relaciones con hombres?

“¡Joder! ¡Que Nando tenía que ser bisexual por narices...!”. Nando casi da un salto.

—¡Nunca!, por favor... Me gustan demasiado las mujeres.

Francis sonrió ante el comentario.

–Es solo una pregunta profesional, ¡no te alteres! Entonces, con mujeres me imagino que sí. Quiero decir, fuera de la pareja si la tienes...

–No, no tengo pareja, pero sí suelo hacerlo... Y antes de que me lo preguntes, y aunque te parezca una barbaridad, en muchas ocasiones ha sido sin protección. Lo sé, lo sé, ¡fallo mío!, sí, pero ha ocurrido y ya no puedo rectificar... –se autoflageló mi amigo.

–Vale, Nandito, me lo imagino. En el ambiente en el que os desarrolláis, y con esos añitos de más, es normal; si pescáis algo apetecible, os lo coméis hasta con espinas y, si no, ¡que se lo pregunten a tu amigo Leo, que tiene fama de ser un ligón de aúpa! En fin, continuemos, como bien has dicho... Lo que ha pasado no tiene vuelta atrás. La siguiente pregunta y casi, casi, la última... Sé que trabajas en una distribuidora de bebidas. Además, tu trabajo es nocturno, con lo que eso conlleva, y me imagino que tendrás muchísimo estrés, ¿no?

–No sé... Siendo comercial, estás prácticamente todo el día en la calle, las ventas, los impagados... Lo normal, no sé. Como estoy acostumbrado, no lo veo especialmente estresante...

–Pues confiemos en que lo sea y te explico el porqué... Lo detectado puede tener varias causas, pero yo me centraría en dos. Una, el estrés, que puede explicar esa bajada de defensas. Y la otra... te hablo claro... el sida.

Al dar esta opción, la del estrés, nos causó un poco de tranquilidad durante unos segundos porque don Francisco continuó.

–Ahora, te diré las posibilidades que el causante de esta inmunodeficiencia sea el estrés... Digamos que es una entre cien... El noventa y nueve por ciento restante... sería probablemente el sida...

Después de oír esto, a Nando y a mí casi se nos corta la digestión... ¡Menos mal que ya estaba más que digerida la comida! La consulta se nos cayó encima y don Francisco pasó de ser un amigo a un conocido y, seguidamente, a un nefasto agorero. Pero él continuó siendo sincero, cosa que es de agradecer.

–Así que si este es el motivo, el estrés, con los medicamentos que estás tomando te desaparecerá la esofagitis y, posteriormente, ya decidiría tu doctor cómo combatir el resto de síntomas, no sé, quizás con algún ansiolítico para paliar este cuadro de ansiedad, reforzar tus defensas, etc. Pero eso es cosa de los médicos, no olvidemos que yo soy analista... Bueno, y en el caso contrario, es decir que fuera sida, ellos ya valorarán y verán los posibles tratamientos...

Tras hacer una pausa para analizar nuestras caras prosiguió.

–Pero actualmente, y con los datos que tenemos, no podemos pensar ni bien ni mal, solo seguir los protocolos que ya existen, nada más. Como bien sabéis, y, si no, os lo digo yo, la medicina avanza a pasos agigantados, por lo que no se puede ser derrotista... Así que vamos a empezar la casa por los cimientos. Lo primero, la analítica. Mañana, si te parece, a las nueve, vienes y te hacemos la extracción de sangre. Procuraré tener los resultados lo antes posible y, así, podremos hacer las valoraciones oportunas. Si quieres o queréis hacer alguna pregunta más, estoy a vuestra disposición –concluyó Francis.

¿Qué íbamos a preguntar con los porcentajes manejados...? Nada de nada. No nos quedaba ni saliva. Pero, para asegurarse, el insistió.

–¿Nada? Pues mejor. Quedamos en eso. Mañana, te espero a las nueve de la mañana y ánimo: hay que confiar en que todo saldrá bien, nada más –finalizó el analista.

–Francis, perdona que te insista pero, por favor, no quiero que mi familia se entere de nada, salga bien o mal... –le volvió a recordar el cansino de Nando.

–Si fueras otra persona, te diría que me ofendes... Pero, conociéndote, solo te diré que mi ética y mi profesionalidad están por encima, incluso, de la amistad. Puedes estar tranquilo que esto no sale de nosotros. Y,

en cuanto a Ana, no te preocupes. Aparte de ser una gran profesional, sé que no se le pasaría por la mente comentar nada con nadie y, aún menos, con tu madre. Pero... también os quiero decir que no habéis estado muy acertados en decírselo a Fabi... Leo lo conoce y sabe que a veces se le escapan “cosillas”... Y peor es el grupo de descerebrados con los que se junta... Confíemos que sea solo una percepción mía equivocada aunque, de todas formas, se lo advertiré de nuevo.

–La culpa ha sido mía, Francis. Fui a la farmacia de Fabián a comprar los medicamentos para Nando y, aunque fue Toñi quien me atendió, lógicamente puso a Fabián al día. Él, posteriormente, se ha interesado y nos dijo que sería una buena idea hablar contigo... No sé, coincidencias –dijo con un poco de sentimiento de culpa.

–Hombre, Leo. No te preocupes, que es solo un comentario. Tú no tienes la culpa de nada. Si, acaso, es Fabi, que se pasa de su cometido. Él es farmacéutico y no ¡un cuentacuentos! Y menos tratándose de cosas tan serias– miró el reloj y añadió –. Bueno, pues nada. Mañana a las nueve, te esperamos, aunque yo no estaré porque tengo una convención en el Palacio de Congresos, pero estará Ana –dijo mientras cogía el teléfono–. Ana, ¿puedes venir por favor?

Se abrió la puerta y apareció Ana, que escuchó atentamente lo que le dijo don Francisco.

–Ana, mañana a las nueve vendrá Nandito para la analítica que te he comentado. Lo incluyes en la agenda. ¡Ah! Y otra cosa. Él me dice que está muy preocupado porque su familia se entere... Aunque yo ya le he dicho que esté tranquilo...

–Para nada, Nandito –se giró para mirarlo directamente a los ojos–. Puedes estar tranquilo porque no se enterarán de nada... ¡Además! No seas tan cagoncillo. Ya me ha explicado Francis. Verás como todo sale bien –le dijo mientras le pasó la mano por la cara en un gesto casi maternal–. Bueno, Francis. Ahí está don Bernardo, esperándote y dándole la paliza a la enfermera. ¿Te lo paso? –dijo con una sonrisa radiante y tono motivador.

–Sí, que pase... ya hemos terminado.

Ana salió y Francis se levantó. Nos dio la mano a ambos y, a Nando, un abrazo y le comentó en voz muy bajita, casi en susurros:

–¡Ánimo, follador! Eres igual que tu padre. Ya te contaré las juergas que nos tiramos los dos antes de separarme, bueno... ¡y después, también! Anda que si Carmencita y Ana se enteraran, nos capaban a tu padre y a mí –terminó entre risas.

Tras despedirnos de Ana y de la enfermera, salimos por fin a la calle, hechos polvo pero vivos, así que sondeé los planes de mi amigo.

–Bueno, Nando, ¿qué vas a hacer ahora?

–Me voy a llegar a la oficina, que tengo un lío de cojones, entre el resfriado y lo que no es el resfriado... Además de preparar facturas, que no quiero que se me acumulen muchas... que luego la gente se despista...

–Nando... por cierto, en relación a las mías, me dices lo que te debo y te las pago a final de mes... ¿Puedo? –le dije entrecortado y con un nudo en el estómago.

–¿Tú? ¡Me las pagas mañana antes de sacarme sangre! No vaya a ser que la palme y me dejes la losa catalana, ¡qué te conozco moroso!... –hizo una pausa dramática antes de empezar a descojonarse–. ¡Anda y vete a la mierda!, ya hablamos de lo tuyo otro año. Y no te preocupes. En cuanto a lo de Jose, ya hablamos mañana, ¿vale?, y vemos lo que hacemos... Yo lo denunciaba y ya está. Si quieres, llamamos a Pepe, que está en la brigada de estafas y que lo busque para meterle un paquete al cabrón ese... Bueno, piénsalo. ¡Mañana lo hablamos!

–Sí. Mejor lo hablamos mañana. De todas formas, luego te llamo a la oficina para quedar mañana...

–¿Para qué? Mañana nos vemos aquí, a las ocho y media. Y no hace falta que me recojas. Me vengo en el coche que luego tengo que ir a la costa –me comentó Nando.

–Como quieras. Entonces, mañana en el Mesón de Manolo, a las ocho y media y desayunamos... Bueno, yo, tú no puedes... Venga, ¡hasta mañana, mamón! –me despedí, dándole una palmada en la espalda y un abrazo.

A pesar de los ánimos que quería demostrar, sabía perfectamente que Nando estaba mal, muy mal. Pero, ¿qué podía hacer yo?... Ya no cabía nada más que hacer. Después de lo oído al analista, solo quedaba esperar y rezar para que el culpable fuera el estrés, para que Nando estuviera en ese minúsculo territorio del uno por ciento. De camino a mi bar, pasé por la farmacia, que ya estaba cerrando, y, ¡sorpresa!, allí, con Fabián, estaba... ¿quién?, pues “mi amigo” Jesús. ¡Uf!, qué pocas ganas tenía de saludarlo. Pero había que ser cortés, así que le pregunté:

–Hola, Fabián, Jesús, ¿qué tal? –con el tono más carente de emoción que hayáis podido escuchar.

–Hola, Leo –contestó primero Jesús–. Nada... que he venido a recoger un medicamento para una infección de oído que tengo.

“Será de estar con la oreja pegada en todos los sitios”, pensé yo.

Y Fabián, que no se calla, ni tampoco pareció escuchar lo que le dijo don Francisco, va y me pregunta:

–¿Qué? ¿Cómo le fue a Nando en la consulta de Francis?

–¡Ya está! ¡Ya ha metido la patal! ¡Será bocazas el tío!”, me dije. Hay que salir de este berenjenal antes de que se entere todo el mundo...

–Bien, todo bien, ya han quedado –me limité a explicar secamente pero, ¡cómo no!, esta información iba a picar la curiosidad de alguien, así que me preparé para la inminente pregunta.

–¿Qué le ha pasado a Nando?

Jesús no me defraudó... el cotilla mayor del reino.

–Nada, que tiene un poco de colesterol y se va a hacer una analítica –le dije tranquilamente, mientras Fabián se quedaba un poco extrañado de mi respuesta... ¡No!, si le parecía le iba a decir que Nando podría tener sida y que Jesús tardara, literalmente, cinco minutos en enterar a toda la plana de buitres... ¡Vaya cabronazos!

–¿Colesterol? No me extraña, con la vida que lleva... ¡Veremos a ver! Cualquier día de estos nos da un susto, bebe demasiado, bueno... Y otras cosas... ¡Estoy harto de decírselo!

Y yo pensé: “Y nosotros estamos hasta los cojones de ti...”. Y me reí al recordar lo que me había dicho Nando de Pilar... “En cuanto a susto, ¡el que te podrías llevar tú! porque te podría decir en presencia de todo el mundo, sin faltar a la verdad, que tienes encima un buen montón de cuernos, que llevas todas las papeletas del sorteo para ser un buen novillo... ¡Qué digo! Un auténtico toro de Miura”. Y perdonadme que diga esto pero hay gente que se merece esto y más porque a lo único que se dedican es a juzgar a los demás cuando lo que tendrían que hacer es mirarse dentro de ellos mismos... En momentos así, me sale mi vena de soberbia, pero él siguió a lo suyo...

–Pues, ¡cómo se entere su madre de lo del colesterol! Tal y como está con Fernandino... ¡qué disgusto! –dijo el muy cabrón.

–No sé por qué se iba a enterar ni su madre ni nadie. Ya somos todos mayorcitos para meternos en lo de los demás. El que más y el que menos, tiene por qué callar –respondí borde y tajante.

Jesús, que me conoce, cambió el tema y, mirando a Fabián, le dijo:

–Bueno ¿nos tomamos esa cerveza?

Fuera de juego

Fabián me miró y le dijo:

–Otro día, Jesús... Ya es tarde y me está esperando mi mujer para dar el paseíto diario. Antes de cenar, nos damos una vuelta de una hora por el Paseo Marítimo, así quemamos grasa. ¡Os lo aconsejo!

–Bueno... pues entonces nos vemos mañana... Sí, mañana, cuando recoja la receta del médico, te la traigo y ya te pago...

–No te preocupes, Jesús... mañana u otro día –contestó Fabián.

–Bueno, Leo... a ti no te digo nada, que estás como siempre... ¡de rabo alzado! Hasta otro día, ¡ya me pasaré por tu bar a verte!

–Cuando quieras, Jesús... Hasta luego, señores –les dije y me marché.

Por aquel entonces, el mamarracho de Jesús estaba convaleciente de su infarto, por lo que, según él, estaba “gestionando” la invalidez para, así, poner al día su ritmo cardíaco y, al mismo tiempo, su nivel de criticón. Ahora que no tenía nada que hacer, podría ser un chismoso profesional con titulación reconocida.

Me fui directamente a mi bar y allí estaban María y Marta, las dos trabajando como locas. El local estaba a tope. Entre la gente que había y los saludos de unos y otros, me costó trabajo llegar a la barra... Pero nada más verme, Marta me interceptó y dijo:

–¡Anda, mi niño, ya está aquí el jefe! Vaya vidorra que te estás tirando con el rollo, ¡tío! –me soltó con mucha guasa y aún más arte.

–¡Hola, guapísimas! ¿Qué tal?... Bueno, no hace falta que os pregunte. Si sigue la cosa así, ¡me echáis a la calle y os quedáis con el negocio! –dije sinceramente alucinado por cómo estaban llevando ese par de leonas toda la carga de trabajo con una sonrisa en la cara siempre.

–Nos lo estamos planteando, jefe. ¿Y tú, cómo estás?... Por cierto, ¿cómo fue lo de Nando? –se interesó María (esa niña era un amor absoluto).

–Anda, loquilla... ¡Ya hablaremos tú y yo! Lo de Nando, bien... Bien jodido... Tiene colesterol y se va a tener que cuidar...

María, que se dio cuenta del significado de mi “ya hablaremos”, me replicó.

–¿Te lo ha dicho el tío? ¡Desde luego!... ¿Estás enfadado, jefe bonito? –me dijo en tono zalamero mientras me acariciaba la cara.

–María... ¿Cómo me voy a enfadar contigo guapetona?, ¡con mi niña chica!, con mi amor de mi vida, con...

–Vaya dos... Os juntáis y sois un peligro... –interrumpió Marta-. María, a ver si un día estos dos carcamales nos invitan a una cena y a lo que sea... Que tendrán mucho cartel, pero nosotras no nos creemos “ná” de “ná”, ¿verdad, bonita? –dijo mientras se reía a carcajadas.

–Ya se lo he propuesto yo pero, ¡se raja!, se ve que me tiene miedo... –dijo María riendo.

–El día en que me ponga yo a... ¡me van a faltar mujeres! –me reí yo-. Bueno... dejémonos de coñas... ¿Os falta algo?, que me voy a ver a una gente...

–Nada, nada, vete pero... ¿Qué gente vas a ver?... ¡De mujeres, nada!, que para mujeres estamos aquí nosotras. Además, si te vas te esperamos para el cierre que tenemos que hablar –me dijo riendo María.

–Sí, si acabo temprano vendré a hablar con vosotras y, si no, mañana...

De pronto sentí una mano sobre mi hombro.

–Leo, ¿qué les das a estas, que las tienes locas? –me giré y era Ángel, la pareja de Marta.

–¡Hola! ¿Qué haces, Ángel? –le pregunté alegremente.

–Pues... como estoy libre por las tardes, me vengo a vigilar a esta, que está muy salida, y de paso le echo una mano... Luego, llega a la casa y me dice que está muy cansada, la valiente... ¡Vaya cara que tiene! Por cierto... ¿Y el buitro de Jose? –me preguntó riendo.

–De vacaciones... Se ha ido con su novia a Brasil y... ¡Veremos a ver si vuelve!

–Pues mejor que se quede allí, porque vaya cara que tiene el tío –dijo Ángel compasivamente.

–Bueno, Ángel, tengo que irme... Ahora me quedo más tranquilo, sabiendo que estás tú aquí, tío.

–Nada, Leo, no te preocupes, que como no tengo nada que hacer a partir de las siete, si te parece bien, me vengo todos los días a vigilar a estas dos, que vaya tela que tienen... ¡Y peligro! Sobre todo, esto último.

–¡Me parece estupendo! ¡Oye María, Marta! No le cobréis nada a Ángel, pero que tampoco beba mucho –les dije riendo para, después, despedirme–. Hasta luego.

–Adiós cariño y ¡cuídate!, que tienes una cena pendiente con mi amiga María –me dijo Marta de forma picarona.

–¡Chao, jefe! ¡Que no te violen! –dijo María mientras Marta se reía.

–Sí, lo haré, muchos besos.

Y salí de allí, por el pasillo abarrotado, en dirección a la calle. Continué saludando a unos y a otros porque, aunque os parezca anormal, con un bar de copas tan personalizado, la clientela asidua de este negocio llega a pasar de clientes a amigos de toda la vida y a casi familia... Por eso yo, a veces, estaba mejor aquí que en mi casa.

No sé si algunos recordáis una serie de televisión llamada *Cheers*, la cual trataba sobre las vivencias de los clientes en un pub con este nombre. ¿La recuerdan? En esta serie, los asiduos e, incluso, los nuevos clientes, contaban a su dueño, encargado o camareras, sus problemas, vivencias y situaciones, tanto familiares como personales y laborales... No sé, tal vez esa serie me influyó mucho en la forma que tuve de enfocar mi negocio, llegando a personalizarlo y creando un ambiente totalmente novedoso en nuestra ciudad.

A muchos os preguntaría: ¿Quién, en un bar de copas de confianza, no se ha tomado unas de más y le ha contado al camarero algo que le ha ocurrido, alegre, triste, con o sin importancia? Creo que, casi todos, alguna vez lo hicimos...

Yo, como buen andaluz, no suelo llamarlo “pub”, prefiero llamarlo “bar de copas”, pero les dejo a su elección como prefieran llamarlo... Creo que los que frecuentáis bares de estas características me daréis la razón sobre que, a veces, se asemejan más a un confesionario que a un bar de copas. Y, como muestra de ello, os relataré una de las miles de conversaciones mantenidas con un cliente y amigo... ¡Ustedes juzguen!

Fuera de juego

Capítulo 11. Las cátedras de Eugenio

Agotado de ir de relato en relato sin que ninguno parezca proporcionarle la paz que necesita, Leo decide hacer una breve parada en un relato más acogedor, una especie de área de servicio, en términos modernos, o de fonda, en términos de tiempos pasados, que le permite descansar de su viaje no se sabe si con destino cierto o no...

* * *

Recuerdo que en mi bar, a la hora de cierre de los establecimientos de la zona, sobre las ocho y media, más o menos, se acercaba un grupo de tertulianos formado por un elenco de ilustres de la zona, ya saben, el farmacéutico, el de la tienda de electrodomésticos y propietarios de otros establecimientos cercanos al mío... En estas tertulias, se hablaba de todo lo normal que se puede llegar a hablar a esa hora y, delante o detrás de una copa, que si el jugador tal..., que si el tenista..., que si la vecina parecía y entonces lo era..., que me he comprado..., que mi mujer, que mi hijo, que si vendo mucho, que si yo vendo más... Lo normal...

El líder indiscutible de los tertulianos era Eugenio, por dos motivos: el primero era que su padre había sido el precursor, comercialmente hablando, en la zona, regentando un próspero negocio de tejidos; el segundo motivo era que, tras haberlos heredado Eugenio y sus hijos, por sus derroches y prepotencias, acabaron arruinándolo, por lo cual, a sus “amigos” y colegas comerciantes de la zona, les valía de comidilla.

En una ocasión, muy anterior a los días en que se desarrollan los hechos que estoy narrando, Eugenio llegó antes que sus compañeros tertulianos y me dijo:

–Leo, ponme un vinito tinto mientras viene esta gente.

Eugenio siempre bebía un “riojita” pues así era como él llamaba al Rioja. Se lo puse y lo acompañé con unas aceitunas... Al coger la copa, me di cuenta de que estaba, aparte de un “poco” bebido, bastante alicaído... Yo seguí en mis quehaceres hasta que me llamó y me preguntó:

–Leo, ¿sabes lo que es la tiesibiritis?

–Pues no, Eugenio... ¿Qué es eso? ¿De qué se trata? –me interesé ingenuamente.

–La tiesibiritis es una enfermedad malísima... ¡La peor que existe! Además, que todo el mundo se da cuenta de quién la padece, por mucho que se trate de disimular... ¡Y dicen que se contagia...!

Yo le miraba con cara de gilipollas...

–Perdona, Eugenio. Pero es la primera vez que oigo hablar de esa enfermedad...

–Leo, estás un poco lento de reflejos, ¿no? La tiesibiritis es ¡estar tieso!, sin un euro, sin un duro, ¡arruinado!

Yo, que sabía por el trance que estaba pasando, quise quitarle importancia y animarle.

–Hombre Eugenio... Esos son momentos pasajeros de la vida. ¡No te preocupes, que todo se arreglará! –dije tratando de demostrar confianza y seguridad respecto a lo que acababa de decir.

Él me miró con cara de resignación.

–Eso espero. De verdad que confío en ello –dijo por fin.

–Seguro que sí, Eugenio. Confía en ti. Tú eres un pionero de la zona y sabrás dar con la clave. ¡Te lo aseguro! –le dije sinceramente.

Y no me equivoqué. Pocos años después, me enteré de que había transformado su anticuado y desprestigiado

Fuera de juego

negocio en una cafetería y, gracias al empeño de su mujer, al reciclaje de sus hijos y a su fuerza de voluntad, a pesar de su edad, se recuperó económicamente y, lo más importante, también logró recobrar la confianza en sí mismo. Es todo un ejemplo a seguir... que me vino a la mente al comparar la situación por la que él pasó y por la que estaba pasando yo... Una parte de mí, no quería rendirse. Pero, por otra parte, también tenía que admitir que estaba cansado y abatido.

Tras recordar todo lo que me había enseñado Eugenio, salí a la calle y, en otra de mis paradas obligadas, vi a otro amigo y cliente que me saludó.

—Hombre, Leo. ¿Cómo estás?

—¡Carlos!, ¿qué tal? —respondí.

—Pues nada, hemos dicho Nieves y yo, ¡vamos a tomarnos una copita al bar de Leo! Y aquí estamos... ¡Ah!, por cierto, te voy a presentar... María, este es el dueño de este tugarío, Leo.

—Hola, encantada...

María..., al verla me dio una sensación un poco extraña..., como de conocerla pero ¿de qué? No sé, sentí algo especial.... Le di dos besos y añadí:

—Luego nos vemos.

Capítulo 12. Una desconocida familiar

Lo primero que estaréis esperando es una descripción... Bueno, pues ahí va...

Esta mujer no tenía edad. ¿Qué quiere decir esto? Pues que no sabría calcularle sus años. No sé si tenía cuarenta, cincuenta o sesenta. Lo que si me llamó la atención fue su belleza de niña y su madurez de mujer y no esperéis que, más adelante, os diga la edad, porque, como os dije, ¡nunca me interesó!: sed un poco espirituales.

El que piense que hubo un flechazo, se equivoca de lejos, aunque sí un interés inmediato por conocerla y descubrir lo que, a mi parecer, escondía tras esa belleza y ¿madurez? Tanto fue así, que decidí regresar al bar para tratar de averiguar algo más sobre ella.

Por mucho que lo intentaba esa noche, a causa del trabajo y el movimiento que había, no pude entablar una conversación continuada. Por mucho que lo intenté, no me fue posible... Eso sí, no dejaba de mirarla y fijarme en sus gestos, a veces llenos de tristeza, otros de alegría, pero especiales, muy especiales. Bebía zumo de piña y no la vi fumar. Por tanto, no fumaba, o, tal vez, sí, vete tú a saber.

Una de las veces en las que, como era habitual, fui a saludar a unos amigos que se habían sentado en una de las mesas del salón, mi amigo Carlos me interceptó y dijo:

–Leo, nos marchamos...

–¿Tan pronto?

Carlos me miró extrañado. Tal vez, era la primera vez que yo decía esa frase de “tan pronto” a un cliente o amigo. Lo normal que solía decir era: “¡Os invito a una copa!”, “Hasta pronto” o poco más.

–¿Os tomáis otra? –corregí.

–No, gracias. Tenemos que llevar a María a su casa...

¡Ah!, entonces, era cierto: se llamaba María. La verdad es que me deslumbró tanto su encanto al observarla, que se me había olvidado hasta su nombre.

–Vale, como queráis. ¡Espero veros pronto! –exclamé...

¡Joder!, mi amigo Carlos me miró con una cara... Pensaría que estaba colocado o que me habría convertido a una de esas sectas extrañas como en la que estaba Tom Cruise (¿se podrá decir esto?)... ¡Qué cumplido me había vuelto! Al apercibirme de ello, cambié mi actitud por la normal y le di la mano a Carlos, añadiendo:

–Carlos, ¡nos vemos!

Luego, le di los correspondientes besos a Nieves y, por último, a María, a la que, curiosamente, sentí estremecerse... contagiándome esa sensación, lo cual me aturdió más. Llegué a pensar: “¡Leo, a lo mejor le has puesto demasiado énfasis a los besos!”. Pero sabía que si había sido así, mi intención no había sido esa.

La noche continuó y, lógicamente, yo estaba centrado en mi trabajo pero se me venía a la cabeza esa mujer, María... ¿Qué me llamaba tanto la atención de ella? Y no, no piensen mal o, mejor, bien o normal... No era únicamente una atracción corporal... No sé cómo explicarlo. Era, más bien, espiritual. Incluso, llegué a pensar que tal vez era una bruja o, mejor, una meiga, que el sentido de bruja lleva a errores...

Los clientes se fueron marchando hasta quedarnos los cuatro: María, Marta, Ángel y yo. Aunque eran las cinco de la madrugada, decidimos unánimemente dejar preparado el bar para el día siguiente. Así que nos repartimos el trabajo. Cada uno se encargó de una cosa y, así, terminamos lo antes posible para, al día siguiente, estar más

tranquilos.

Una vez acabado el trabajo, nos sentamos a tomar una copa relajados, oyendo el último cedé de Simply Red, que siempre poníamos una vez finalizada la jornada, mientras charlábamos de lo acontecido en la noche...

* * *

Tengo que confesar que a mí los Simply Red no me gustan... Pero parece ser que a Leo y a las chicas del bar, sí, así que, ¡qué remedio!, ahí lo dejo reflejado.

* * *

Marta, que es una viborilla, me comentó:

–¡Qué curioso, Leo! ¿No estabas citado con una gente? ¿Cómo es que te has quedado?

– Porque, al final, hablando con uno y otro se me hizo tarde y lo he dejado para mañana...

Salí del paso, ya que no quería contarles hasta qué punto la misteriosa María había tenido algo que ver.

–Ya, ya... Me he dado cuenta de que no has parado de hablar con Carlos, Nieves, y su amiguita...

–Pues, no sé, tampoco he hablado mucho...

–Desde luego, Marta... –entró Ángel en acción–. Eres como el perro del hortelano. ¿Quieres dejar a Leo tranquilo? –intervino solidario, mientras María no paraba de observarme y oír a Marta.

–¡No! Lo digo porque Nieves tiene un gabinete de psicología en la calle Granada, Y, seguramente, la que venía con ella era una de sus pacientes... No vaya a ser que te enrolles con una loquilla de verdad... Y ¡eso es lo que te falta! ¡Como tú estás tan bien...! –se rio mientras miraba a María, a la que vi muy seria...

–Con tu permiso, Ángel... –dije mirándolo.

–¡Yo paso! –dijo él entre carcajadas.

–¡Marta, hija! Cualquiera mira a alguien contigo cerca... ¡Le haces el padrón! Anda, acaba la copa que Ángel tiene ganas de marcha y luego le dirás: “Estoy cansada” –le dije riendo.

–Sí, lo que tú quieras pero a ti te ha hecho tilín, guapo –dijo ella muy perspicaz.

–Tilín, no. ¡Tolón!, guapa.

–¿Cómo se llama? –preguntó María bastante seria.

–No sé, creo que es tu tocaya... María...

–¡Ah, vaya! ¡Otra María! ¡Las tienes por pares! –añadió la mordaz y discreta Marta.

–¡Anda, Marta! Que tienes muy mala sangre... ¿Nos vamos, Leo? –dijo Ángel al rescate, mientras terminaba su copa.

–Venga, sí, vayámonos que ya es hora... –medio les ordené.

Marta, para echar más leña al fuego, nos invitó a María y a mí a tomar la penúltima en su casa. Pero desistí, alegando mi cita con Nando a las ocho y media de la mañana para el análisis...

–¡Ah, es verdad! No me acordaba. ¿Me lleváis? Hoy no me he traído la moto... –les preguntó María a Marta y Ángel.

—¡Claro que sí! — dijo Ángel.

Así que, después de un largo reparto de besos y abrazos, por fin nos marchamos a descansar. Ellos llevaron a María a su casa y yo me fui a la mía, a tratar de dormir lo que pudiese antes de la analítica de Nando... Vamos, unas dos horas de sueño, minuto arriba, minuto abajo.

Fuera de juego

Capítulo 13. Mujeres

Otra vez el despertador: a las siete y media de la mañana. Ducha y a la calle rápidamente en dirección al Mesón de Manolo, a esperar a Nando... ¿Esperar? ¡Para nada! Nando había llegado antes y estaba leyendo el periódico para no variar. Al verme, lo cerró y dijo:

–Buenos días, Leo. Tienes una cara de medio muerto que no puedes con ella... –dijo él.

–¡Buenos días! Sí, anoche me quedé en el bar hasta pasadas las cinco y eso pesa... Bueno, ¿cómo estás de ánimos?

–¿Cómo crees tú?

–Pues lo normal, como lo estaría yo, ¿qué quieres que te diga?... En fin, vamos al toro, que, cuanto antes terminemos, ¡mejor!... ¿No habrás desayunado? –pregunté temiéndome una respuesta afirmativa.

–¡Anda! Pues, ¡sí!...

–¡Pero serás capullo, Nando! Desde luego que eres la reoca...

–¡No, hombre! ¡Es broma! Era simplemente para joderte un poco... –dijo entre risas, tomándose el pelo.

–Pues... ¡empezamos bien! Te voy a mandar a la mierda, ¡idiota! –le dije entre molesto y divertido.

–Venga, vamos, que llegamos tarde...

– Y este con la manía de que llegamos tarde... El que llega tarde eres tú, que es al que tienen que sacarle sangre... A joderte, ¡mamón!

Y me despedí, bebiéndome de un trago el café que me había puesto Manolo y masticando, rápidamente, el último bocado del pitufo.

Llegamos al laboratorio, subimos andando y tocamos al timbre. La puerta la abrió la enfermera. Entonces, Nando le dijo:

–¡Hola, buenos días! Soy Fernando Díez...

–Sí, sí, pase, por favor, y siéntese.

No llegamos a sentarnos cuando apareció Ana.

–Hola, Leo. Hola, Fernandito. Venga, entra.

Nando entró en la sala.

–Leo, ¿quieres pasar? –me preguntó ese encanto de mujer.

–No, gracias. Mejor lo espero aquí, tomando el fresco –le dije sonriendo.

Ella me respondió también con una sonrisa.

Nada. En un plis plas, ya estaba Nando fuera, con la típica postura del corte de mangas mientras Ana le ordenaba tiernamente:

–Apriétate unos cinco minutos para evitar moratones.

–Por favor, ¿me puede rellenar ese impreso? –le preguntó la enfermera a Nando.

Fuera de juego

–Leo, rellénalo tú, anda –delegó en mi.

–Sí, anda, no vaya a ser que te quiebres... –le dije mientras cogía el impreso y me disponía a rellenarlo.

Puse los datos mientras Nando no paraba de hablar con Ana. Le pregunté algunas cosas de las cuales no me acordaba, en unos casos, o ignoraba, en otros. Una vez terminado, lo entregué obedientemente a la enfermera.

–¿Lo firma, por favor? –dijo la enfermera.

–Nando, ¡firma aquí! –le dije.

–No, no hace falta Nando... –le dijo Ana.

–Es igual –dijo Nando mientras lo firmaba.

–Bueno... ¡pues listo! Francis ya te llamará. Ahora, tranquilo y a esperar –dijo Ana.

–¡Gracias, Ana! Ya nos vemos y espero que con buenas noticias –le respondió Nando.

–Venga. Y tranquilo que te llamamos –le aseguró ella.

–Bueno, Ana... Tendré que pagar, ¿no? –le preguntó mi amigo.

–Eso, ¡ya lo hablas con Francis! A mí, no me ha dicho nada... –dijo con una sonrisa.

–Pero Ana...

–Venga, Fernandito –le interrumpió ella–, que tenemos mucho trabajo. ¡Hasta pronto! Adiós, Leo.

–Adiós, Ana. Y ¡gracias! Dale recuerdos a Francis –me despedí yo.

–¿De tu parte?, por supuesto –me dijo a mí–. Y cuídate –dijo mirando a Nando.

Salimos y nos fuimos directos a la cafetería para desayunar (en mi caso, por segunda vez, pero ya más tranquilo). En el corto trayecto, le comenté a Nando que el día anterior me había encontrado con Jesús. Nando me miró e hizo un gesto de desprecio.

–Mira, Leo. De ese tío no quiero saber nada. Por cierto, ¿qué piensas a hacer con respecto a Jose? ¿Has pensado algo o vas a dejar que ese cabrón se salga con la suya?

–¿Y qué puedo hacer, Nando? ¿Meterme en más líos? Denuncias, abogados... Ya sabes que eso conlleva una serie de follones impresionantes y, al final, ¿qué? Si lo encontrasen, ¿me devolverá el dinero? ¡Ya se lo habrá gastado! ¿Qué otra cosa puede ocurrir? ¿Que lo metan en la cárcel? ¿Me merece ello la pena? Eso, sin olvidar que ese dinero es B...

–Leo, en principio y en caliente, te diría que sí. Pero, conociéndote y conociéndome, no estamos acostumbrados a esos líos... Es preferible pasar del tema y tirar adelante... ¡Es lo mejor! En eso, te doy la razón. Y, si algún día aparece, ¡ya veremos! ¿Te parece? –me trató de animar Nando.

–Pues eso es lo que te he dicho yo, capullo. Por cierto, Nando... Si está Manolo en el Mesón, nada de médicos, enfermedades ni puñetas. Y, si te pregunta, elude la respuesta o cambia de tema, que ya sabes que él no, pero los tertulianos... ¡se las traen! –le recomendé.

–Sí, Leo, lo sé.

Entramos en la “cafetería”, bueno, al Mesón de Manolo. Después de los saludos de rigor, pedimos el desayuno y nos sentamos en mi mesa preferida que, por suerte, estaba libre. Mientras desayunábamos, Nando me comentó:

–Leo, si salgo de esta, ¡voy a cambiar radicalmente mi vida! ¡Palabra! Voy a buscar algo más normal y quitarme de la calle... ¡Y, sobre todo, de la noche! Esto mata. Y tú también deberías pensar algo o, por lo menos, estabilizarte sentimentalmente. Leo, no se puede estar solo toda la vida, trasnochando y sin nadie a quien decir algo serio... Aunque, a veces, me pregunto si serviremos para eso. ¡Fíjate!, tanto tú como yo tuvimos parejas estables. ¡Buenas mujeres en todos los aspectos! Y, al final, lo echamos todo por tierra por tonterías... ¡Por nuestras tonterías y querer mantener un ritmo que, si lo pensamos, es una mierda...! Y perdón por la palabra, que estamos desayunando. Pero es una realidad y, como te dije, o cambiamos o mejor nos metemos en un hoyo y nos echamos tierra encima...

–Tienes toda la razón. Pero, a esta edad, ¿qué hacemos? ¿Cómo cambiamos? Eso es lo complicado... En lo demás, te doy toda la razón. Más que nada, porque la tienes. En cuanto a lo que está ocurriendo, ¡no te preocupes! Ya verás como todo sale bien y ¡algún día nos reiremos de todo! Seguro que sí –dijo muy seguro.

–Por cierto, Leo. Lo de María, ¿qué tal? ¿No te has planteado el tener una relación con ella? Estoy hablando de algo serio. Ella es el perfil ideal para ti: joven, guapa, culta, educada, de buena familia, sin problemas económicos, conoce tu negocio y, sobre todo, te quiere. ¡Piénsalo! Si no te decides, la vas a perder. Otro tren que ha pasado y no lo has cogido. Y, tal vez, sea el último. Además, con el currículum que tenemos, ¿qué podemos pedir?

–¿Cómo que “qué podemos pedir”? Pero tú, ¿qué quieres? ¿Compartirla, cabrón? –le dije riendo.

–¡No, hombre, no! Es una manera de hablar, leches... Quiero decir que te vendría bien. De verdad, Leo... Aunque María está para comérsela... Bueno, no te digo más... –dijo mientras se reía también.

–Hablando en serio, Nando. Yo, a María, la veo como una hija. A lo sumo, como una amiga y nada más. En otras circunstancias, y si yo fuera más joven, ¡tal vez! Pero, a estas alturas..., ¡imposible! –le aclaré a mi amigo.

–Pues te tengo que avisar: como no te decidas, sé de buena tinta que María se va a marchar a Soria con su hermana. No sé si sabrás que tiene en Madrid varias tiendas de complementos en exclusiva y se la quiere llevar con ella. Ya se lo ha dicho en varias ocasiones y sé que se lo está pensando. ¡Tú verás! –me informó Nando sobre la situación con un poco de pena.

–Dejémoslo, Nando. Ya te lo he dicho: aunque sentiría que María se marchara, me alegraría por ella, porque la quiero mucho y le deseo lo mejor. ¡Por cierto! Hablando de María, pero no de esta..., anoche estuvo en el bar Carlos, ¡ya sabes!, la pareja de Nieves la psicóloga... y venía con ellos una amiga que se llamaba María. No sé como describírtela pero es una mujer muy enigmática...

–¡Anda! –me interrumpió–. ¡Qué chorrada! ¡Una mujer enigmática! Pero, Leo, no me digas más que te conozco: ya te has enganchado y, además, como siempre, “¡a primera vista!”... Dentro de unos días, me dirás que estaba casada y tenía ocho hijos, que era viuda, espiritista, transformista, que si tal, que si cual... ¡No empecemos, Leo! –se cachondeó de mí.

–No, Nando, no es eso. ¿Ves? Y luego, tú me dices a mí... ¡Coño, no me dejas terminar nada! Simplemente, sentí algo extraño al verla, no sé... Como si la conociera de algo. Fue algo muy raro, Nando...

–Pues ten cuidado, porque, últimamente, te pasan demasiadas cosas extrañas... Entre el fantasma gorrón de don Enrique, el tal Luis, abducido por un taxi y que te dejó cincuenta euros, sus memorias y un móvil cargado de misteriosos mensajes de una enigmática Mariela... ¡vas a perder la chaveta! Y, para colmo, esta María, que, seguramente, será una paciente de Nieves que más que “enigmática” estará como una chota y harta de antidepresivos... ¡Lo único que te falta es decirme que, por las noches, levitas! Leo, déjate de inventos que, últimamente, creo que estás leyendo demasiado a Stephen King...

–No seas tan extremista... que tú también te las traes. De todas formas y, ahora que me lo has dicho, hablaré con Nieves y le preguntaré sobre esa mujer. Me tiene intrigado... –le dije.

—¡Coño, Leo! Si quieres, nos llegamos ahora con el pretexto de saludarla... Yo, que hace tiempo que no la veo, seguro que le da mucha alegría...

—¡Hombre! ¡Claro que le va a dar alegría! Anda, Nando, no me seas cabrón...

—¿Por qué me dices eso? —preguntó medio ofendido.

— Nando, por favor, que soy yo, Leo. Y, aunque no me lo dijeras, sé que entre Nieves y tú hubo algo... Recuerda que cuando estuviste unos meses ayudando a tu padre en la oficina y Carlos trabajaba en Marbella... ¡venías a verla a cada momento! Y no me digas que era para darle muestras de los medicamentos a las once de la noche... — le refresqué la memoria.

—¡Ay, Leo! Desde luego, mezclas todo con todo... Eso fue durante un tiempo en que, por mi trabajo, tenía que estar relacionado con mis clientes. Nada más. Y, cuando una mujer se encuentra sola, al menos en este caso, se trata de matar el tiempo de alguna forma. Solo eso... La visitaba tanto porque se encontraba aburrida y yo le hacía compañía... —trató de autoconvencerse porque, lo que es a mí, no lo logró. Mi ceja arqueada ante lo que me acababa de contar era un prueba de ello.

—¡Sí, ya! El doctor Nando que le hacía compañía y, de paso, aliviaba los males a la psicóloga... Desde luego, que hay cosas que no entiendo en las mujeres... Y más, conociendo a Carlos, ¡que es un tío estupendo! ¡Algunas mujeres son la leche...!

—Tienes razón, Carlos. Es un tío de puta madre, lo reconozco. Pero es que Nieves, en determinadas cuestiones, es muy liberal. Y, ¡ojo!, no solo conmigo —admitió él.

—Me lo imagino, Nando, me lo imagino.

—Bueno, Leo... Vamos a pasar a verla, ¡anda! —volvió a proponer Nando.

Yo, en otro momento, le hubiera dicho que no. Pero tenía tantas ganas de saber más sobre esa mujer, que acepté gustosamente.

—¡Vamos! Pero, Nando, no te enrolles que al final me dejas tirado, cabrón...

—No, hijo, no. ¡Qué pesado!

¡Ya! Pesado me dice... ¡Cómo lo conocía!

Pagué la cuenta y salimos del Mesón de Manolo, no sin antes tener que oír la típica retahíla con Manolo de lo mal que estaba el negocio.

—Leo, que mala está la cosa. ¡Tú no te puedes quejar! Anoche, no cabía ni un alfiler en tu local. Estuvimos en la puerta y nos tuvimos que ir... No había forma de entrar... ¿No te quejarás?

—Manolo... ¿Alguna vez me has oído quejarme? Nunca. Me vaya bien o mal. ¿Para qué? —dije un poco cansado del temita de siempre y, más, teniendo en cuenta mi situación.

—Es verdad, Leo. Nunca te has quejado y, en el fondo, haces bien, tienes razón. ¿Para qué?

—Manolo, nos tenemos que ir... Así que, ¡hasta luego! —le dijo Nando con ganas de marcharse.

—¿Vais a venir a comer? He traído un rape ¡buenísimo! —nos tentó Manolo como buen restaurador que es.

—Yo, hoy, no puedo, que tengo comida de familia, pero, a cenar, sí vengo, eso seguro —le dije.

—Pues yo, seguramente, vendré a comer con una amiga... Resérvame la mesa del gilipollas este —dijo Nando.

–Vale, Nando. Ya está reservada... – le dijo Manolo.

–¿Lo ves? Ya vas a traerte a Nieves a comer. ¡Eres un cabronazo!

–No, hombre. Vengo con mi hermano, que me ha dicho que quiere hablar conmigo. Será para algún trajín, porque dar, lo que se dice dar, nada de nada.

Yo pensé: “¡Pero si le ha dicho a Manolo que vendría con una “amiga”!” En fin, por no volver a sacar el tema, decidí cerrar el pico.

Fuimos camino al gabinete de psicología. Por el camino, le pregunté a Nando si sabía a cuánto ascendían mis deudas con su empresa, ya que hacía dos meses que no pagaba ninguna factura y no por falta de liquidez sino por culpa de Nando que siempre me decía: “No te preocupes. El mes que viene, te paso todas”.

Pero como él no me contestó, le insistí, y Nando me acabó diciendo:

–Leo, ahora no debes nada a mi empresa. Estás a cero, incluido el pedido que hizo ayer María... Así que ¡a callar! y no me des la mañana...

–Pero Nando...

–Ni Nando ni narices. Yo ya tengo las facturas pagadas y, cuando te sanees, me las pagas a mí y santas pascuas. ¿Te parece? Y dejemos el tema o no te enterarás de quién es la “misteriosa María” – me extorsionó riendo.

Llegamos y, como es una primera planta, subimos a pie. En la puerta, había un cartel que decía: “Empujad”. Así que Nando me dio un empujón...

–¡Qué gracioso eres! –le dije, empujándole yo también.

Entramos y, ¡vaya luzazo!, nunca me hubiera imaginado que el tratar con gente chalada como yo diera para todo esto... En la entrada, había un mostrador con una, me imagino, enfermera o, tal vez, recepcionista, nunca me llegué a enterar, una chica de físico explosivo a la que solo le faltaba el liguero, el tanguita y la falda tipo cinturón... De escote, ya iba sobrada... Nunca me he explicado por qué parece que, para ocupar un puesto de trabajo en las recepciones de determinados negocios y despachos profesionales, los únicos criterios a tener en cuenta sean el atractivo corporal y la predisposición a remarcar ese atractivo con prendas de vestir lo más sucintas posibles. ¿Acaso esos detalles son un indicio sólido y fiable de solvencia y destreza profesionales?

A la derecha de la recepción, había una sala tipo película americana con decoración minimalista y varias señoras sentadas leyendo el *Vogue*, el *Hola*... Según parece, algo curará eso, ¡digo yo!

La chica nos preguntó:

–Buenos días, ¿tienen cita?

Creo que, tanto Nando como yo, pensamos lo mismo: “¡Ojalá la tuviéramos contigo!”.

–Sí, soy Fernando Díez y mi compañero es Leovigildo de los Altares, de los laboratorios Dacma y tenía una cita con la doctora Nieves.

“Desde luego, cara no le falta a este: Leovigildo de los Altares... ¡Valiente hijo de puta lioso!”.

–Un momento... –dijo la chica mientras ojeaba la agenda– Pues, lo siento, no lo tengo anotado...

–Seguramente, se le ha olvidado a la doctora. Ella misma me la dio por teléfono... Es más, no teníamos tiempo pero, ante su insistencia, cancelamos otra cita para venir. Pero si no está en su agenda, nos marchamos y ya veremos cuándo podremos volver, porque nuestras oficinas están en Londres y no solemos venir salvo en casos

muy especiales –la engañó Nando con mucho arte.

–¡No, por favor!, será un error. Un momento, que voy a consultar a la doctora.

La chica, agenda en mano, se dirigió a la consulta de Nieves... Seguramente se lo podría haber dicho a Nieves por teléfono pero, ante ese fallo garrafal, prefirió anunciarle la visita en persona. Pasados unos segundos, salió la chica y nos preguntó:

–¿Quieren pasar, por favor?

–Gracias –le contestó Nando completamente metido en el papel.

Nada más entrar, nos encontramos a Nieves partida de risa.

–¡Nando, no cambias! ¡Anda! Si el de los Altares, ¡es Leo! ¡Vaya dos cabrones! –nos decía mientras me daba a mí dos besos y a Nando, besos, abrazos, cogida de mano y sobeteo en general. Vamos, que un poco más y... Y, mejor, me callo. Sí, mejor...

Como era lógico, y me temía, Nieves y Nando comenzaron a hablar de esto, de lo otro, y de lo de la moto, ignorando por completo mi presencia... “¿Para qué coño he venido yo aquí?”, me pregunté, “¿De alcahueta, Leo? ¿De eso?”. Pasaron diez minutos y yo, harto de toser y carraspear para hacerme notar, por fin, logré captar la atención de Nando:

–Mira, Nieves... tenemos una pregunta... Ayer estuviste en el bar de Leo con Carlos y una tal María, ¿no? –le dijo Nando sin ningún rodeo.

–Sí, María, una paciente. Bueno, aparte de eso, es la hermana de una compañera de facultad que hizo cardiología y me la ha remitido porque ha tenido una serie de problemas... ¿Qué ocurre con María? –preguntó intrigada.

–Nada, mujer, nada... Bueno, que mientras venía a visitarte me he encontrado con Leo y, al decirle que venía a verte, me ha comentado que anoche estuvisteis en su bar con esta chica y que le parece conocerla de algo, que es una persona muy intrigante y quería saber algo más de ella. Yo le he dicho que viniese conmigo y te preguntase de paso... por si le puedes aclarar algo de ella. Siempre y cuando no sea nada profesional.

–Nando, espero que lo entendáis... Por mucha amistad o confianza que tengamos, no debo ni puedo hablar de mis pacientes, aunque fueseis familiares... Salvo a su hermana. Por eso, lo único que os puedo decir es eso, que es paciente mía, que está siguiendo una terapia de grupo, con apoyo de fármacos y poco más. No obstante, si Leo está tan interesado por María, lo que puedo hacer es intentar preparar una cita casual, no puedo hacer nada más. Lo que si te diré, Leo, es que, efectivamente, es una persona enigmática y retraída pero que, como persona, es excelente. Lo que le ocurre es que ha sufrido mucho. Y hasta ahí puedo llegar, chicos... Y ahora, cambiando de tema, si quieres, no sé, tal vez esta semana podamos pasar por tu bar... Aunque lo suyo es que, si quieres conocerla, será mejor sacarla de allí, porque tú no paras de estar con uno y otro. Si tienes tanto interés, ¡tú verás!

–Pues gracias, Nieves –le dije animado.

–Bueno, Nando. ¿Cuándo nos vamos a comer un día en plan tranquilos? –le propone Nieves.

–¡Hoy mismo! He reservado una mesa en el Mesón de Manolo... ¡Ah!, no te creías que realmente venía a verte ¿verdad?

“Será mamón”, pensé, “y me dijo que comería con su hermano... Aunque este es capaz de estar citado con su hermano y dejarlo plantado... ¡Si lo sabré yo!”.

–La verdad es que no me he creído nada. ¡Conociéndote! Pero si me dices que tienes la reserva, no tendré más remedio que creerte. Además, me viene muy bien porque Carlos no viene hasta pasado mañana... Así que ¡estoy libre!

“¡Puf!”, pensé, “estos dos no se cortan... Ni el uno ni la otra...”.

–¡De maravilla! Entonces, si te parece, ¿a las dos nos vemos allí? –le preguntó Nando.

–Ok, pero no te vayas aún, que tengo media hora libre... ¡Para una vez que te pilló!

Yo ya lo vi claro... Me levanté y les dije:

–Bueno –les dije mientras me levantaba– Yo me voy, que tengo que recoger documentación de la asesoría. Os dejo y ya nos vemos luego...

Fue como si se lo hubiera dicho a las paredes. ¡Anda que también se inmutaron! ¡Ni caso me hicieron! Aunque lo esperaba, ya que me di cuenta de que estaban locos por quedarse a solas, ¡y bien solos! Así que salí de la consulta, me dirigí a la recepcionista y le dije:

–Adiós, señorita, hasta otro día –deseando que fuese más pronto que tarde... No le di una tarjeta de mi bar por culpa del rollo que le había metido el mamonazo de Nando...

–Que tenga unos buenos días, señor –me contestó la maciza recepcionista.

Me fui a la asesoría a recoger la documentación relativa a la liquidación y a la baja de Jose... Después, a casa a descansar y a comer algo, sin olvidarme de arreglar ciertos papeles que se me estaban acumulando con tantas historias.

A las doce de la noche, sonó el teléfono... ¿Quién creen que era? Pues sí, efectivamente, era María (María, la chica del bar):

–Hola, Leo. ¿Cómo estás? –saludó ella cariñosamente.

–Bien, María. ¿Ocurre algo? –pregunté yo un poco preocupado.

–No, nada. Solo que acaban de marcharse Nando y Nieves... Han estado tomando una copa y me han preguntado por ti... ¡Ah! Y Nieves me ha dicho que te dijera que el viernes viene con esa chica, la tal María...

¡Anda que Nieves...! Un poco más y pone un cartel luminoso de neón... ¡Lo que me faltaba! Ahora o mañana me tocaría aguantar a María y a Marta...

–Vale, María. ¡Gracias! ¿Cómo va la cosa? –le dije lo más asépticamente posible, fingiendo no darle mucha importancia al mensaje de Nieves.

–¡Bien! Todo muy bien... Lo único relevante es que ha venido la Policía Municipal para pedir la Licencia de Apertura. Se la mostré y nada, se han ido sin problemas. Eso sí, recordándonos que a las dos de la madrugada tenemos que cerrar... También me han dado un toque con la música. Pero nada, solo que no la ponga muy alta.

–Perfecto, muy bien. ¿Está Ángel por ahí? –pregunté para quedarme más tranquilo.

–¡Claro! Este se ha apuntado todas las noches... Mejor, así estamos acompañados por un hombre... ¡Como a ti no te da la gana de venir! Aunque ya sé que el viernes vendrás seguro, ¿no, guapetón? –dijo ella cargando la escopeta de muy buenas pullas... Lo sabía: si no me lo decía, la chica reventaba.

–Ya te vale, ¿no, María? Cada día, te estás pareciendo más a Marta... ¡Mañana nos vemos! Y ya sabes: cierra cuando veas oportuno pero no os quedéis muy de madrugada, que, cuando han venido los municipales una vez, son capaces de volver a dar la paliza... ¡Cuídate, mi niña, un beso! –me despedí tratando de no darle mucha importancia a sus pullitas.

–¡Hasta mañana, cariño! ¡Que sueñes con las angelitas! –se despidió ella riendo.

Fuera de juego

Y así pasó la noche y llegó el día... Así que, lo de siempre... Igual que todos los días, andanzas y circunstancias que, seguro, ya las conocéis. Tras mis trámites personales en casa, fui al bar a echar un vistazo y preparar las cosas para la jornada intensiva de ese día.

Capítulo 14. Sorpresas y coincidencias

¿No les resulta curiosa la coincidencia de nombre entre la chica que trabaja para Leo en el bar y la enigmática paciente de Nieves? ¿Será sincero Leo con ello? ¿O no será que, inconscientemente, ha querido llamar del mismo modo a las dos mujeres? Porque, lo que parece, es que, en realidad, la mujer ideal para Leo sería una combinación de la primera María, la chica que resulta demasiado joven para que él se atreva a iniciar una relación, y la segunda María, la mujer madura que, hasta el momento, es demasiado lejana e inaccesible como para que él pueda pensar que puede iniciar una relación con ella. Pero una María con la apariencia física de la segunda y la jovialidad y perpetuo buen ánimo de la primera, ¡esa mujer sí que sería irresistible para Leo! Es decir, que esa María fantástica, esa María que, en realidad, no existe (al menos, de momento), vendría a ser algo así como la Dulcinea de Leo. Pero, entonces, si existe una Dulcinea, Leo y Nando vendrían a ser Don Quijote y Sancho Panza. Por tanto, de forma sibilantemente sutil, Leo no está sumergiéndose en un relato de trazas ya conocidas. Así que ¡cuidado, lectores! Puede ser que Leo, ese hábil y experimentado habitante del mundillo nocturno, esté intentando darnos gato por liebre... ¡Sean cautos!

* * *

Cuando llegué, vi que todo estaba ya preparado... ¡Joder con María y Marta, sí que se lo habían tomado en serio! Así que, una vez puesto el aire acondicionado y conectada la música de fondo, me senté a ver las cajas y comprobar los pagos pendientes que tenía que hacer. Mientras hacía los cálculos, se me venía a la cabeza, de vez en cuando, lo de Jose... Aunque me acordaba más de esa mujer, María... ¿Qué habría detrás de esa mujer? Tenía la intuición de que me llevaría una sorpresa. ¿Por qué me recordaba algo? ¿Y qué era? Le trataba de poner cara en alguna situación vivida. Pero, a pesar de mis esfuerzos, nada. ¡Qué cosa más extraña, Leo!

Al mediodía, me llamó Nando para invitarme a comer y, lógicamente, lo mandé a hacer puñetas:

–Pero, Nando... ¡Que vamos a parecer pareja! Anda y vete con tu amiga Nieves, mamón. Y pásate bien por toda la ciudad... ¡Tú y tu prudencia!

–Leo... Esta mañana he hablado con Carlos para evitar malentendidos. Le he contado que ayer estuvimos comiendo juntos Nieves y yo. ¿Y qué crees que me ha dicho? Pues nada. Él sabe que somos amigos desde hace mucho tiempo... Y lo de pasearme, a mí no me importa. Y a ella menos... ¡Que eres muy antiguo!

–Sí, pero... ¡No creo que le contaras todo, cabronazo! –le reproché un poco.

–Bueno, Leo, que te estás pareciendo a Jesús, ¡coño! ¿Vamos a comer o no? –me respondió molesto.

–No, tío, tengo que ir a casa. En serio, otro día, mejor. Y, por cierto, Nando: ya quedan seis días para los resultados...

–¿Qué me vas a decir a mí? Lo tengo marcado en el calendario de mi oficina, en el de casa y en la agenda... Pero, mejor, no pensar...

–¡Hay que pensar que todo saldrá bien! ¡Tenemos que tener fe, Nando, mucha fe! –le dije para animarnos a ambos.

–Ya... ¡El de la fe eres tú! Pero no vayas a hacer promesas en procesiones o algo así, ¡que te conozco, beato! –me dijo entre risas.

–¡Tú, déjame a mí, ateo de mierda...! ¡Déjame, que yo lo arreglo hablando con mis santos! –bromeé.

–Haz lo que quieras pero ¡yo no voy descalzo detrás de ningún santo! –respondió él.

–No, cabrón... A lo mejor, querrás ir vestido de lagarterana... ¡Venga! Mañana nos vemos, que tengo que

preparar cosas.

–¡Hasta luego, Leo! A lo mejor, me llevo esta noche por tu bar... Aunque lo dudo, porque tengo un buen plan... ¡Adiós, cateto! –se despidió él, divertido.

–Adiós, ¡pijo de mierda! –le respondí cariñosamente.

Me fui a casa, preparé algo de comer, concretamente una ensalada y un bocata. Después me eché una siesta, que hacía tiempo que no descansaba al mediodía. Sobre las siete de la tarde, me desperté, preparé una manzanilla, me metí en la ducha, me afeité y me preparé para irme al bar. Tenía ganas de saber si lo que había dicho Nieves se cumpliría, es decir, que llevaría a María. A las ocho y, una vez aparcado el coche, entré por la puerta y ¡ya había gente! Sobre todo, guiris que se ponían finos a base de cervezas una vez terminadas las clases de español para extranjeros y que, luego, se iban a casa a ducharse, y vuelta a empezar hasta la madrugada. Nunca comprendí cómo aprendían español, aunque en los bares se aprende mucho, y si no, que me lo digan a mí y a muchos que nos hemos tirado media vida en ellos.

Una vez dentro, fui para la barra directamente. Allí estaba Marta. Por cierto, muy arreglada. Y me pregunté: “¿Y eso?”. Yo estaba acostumbrado a ver a Marta siempre igual, con unos pantalones vaqueros medio rotos, una camiseta con mil letras en inglés, francés, alemán o chino y un coiletero agarrándole la pelambarrera rizada de color castaño... Pero, ese día, llevaba una falda, muy cortita, y una camisa, muy escotada, con la mitad de los botones sin abrochar... Imaginé que, después de cerrar, se iría de fiesta con Ángel... Aunque, aún así, le pregunté:

–¡Hola, guapetona! ¿De qué te has vestido hoy?

–¡Hola, Leo! Estoy guay, ¿eh? Toda erótica... –me dijo mientras ponía una pose provocativa.

–Sí. La verdad que ¡demasiado erótica! Veremos a ver cuando venga Ángel y te vea...

–¡Ya me ha visto, tío! Te recuerdo que vivimos en la misma casa...

–Es verdad... Bueno, y esa vestimenta, ¿a cuenta de qué? –reconduje la conversación.

–¿No lo sabes? –se impresionó ella al tiempo que abría mucho los ojos–. ¡Ah!, pues al verte tan arregladito... he pensado que venías preparado...

–¿Preparado para qué, Marta? Dilo de una puñetera vez –le dije bastante impacientado.

–Pues verás... Mañana es el cumpleaños de María... ¡Veintisiete añitos! ¿No me digas que no lo sabías?

Por mi cara, con toda la boca abierta, se dio perfectamente cuenta de que, efectivamente, yo no sabía nada.

–Pues disimula y date por enterado porque sí no... ¡Se líe el taco, guapo! Ya está preparada la tarta y, a las doce, tenemos preparado el fiestón con amigos y familiares de ella –me explicó Marta.

–Sí, no te preocupes... Por cierto, ¿y María? ¿Dónde está? –pregunté a propósito de la cumpleañera.

–Viene de camino. ¡Mira, ahí está!

Miré hacia la puerta mientras ella estaba entrando y ¡cómo venía! La verdad es que María ¡era preciosa! Pero ese día estaba ¡exageradamente bonita! Traía un vestido rojo, demasiado escotado para mi gusto, unos tacones muy altos del mismo color, el pelo recogido con un coco y esos ojos negros tan inmensos que llenaban el local... ¡Bellísima! En definitiva, como era ella.

–María, ¡qué guapísima estás! –le dije mientras le daba dos besos–. ¡Felicidades, loquilla!

–¡Gracias, Leo! ¿Te has acordado? ¡Qué ilusión! Pero no sigas que me vas a poner colorada. ¿De verdad que estoy

guapa?

Y se giró, dejando ver el cuerpazo que tenía... Hasta ese día, no me había dado cuenta de ¡lo bonita que era! De verdad que no...

–¡Estás que matas, preciosa! –le dijo Marta cariñosamente mientras le plantaba un sonoro beso.

–¡Tú no te quedas atrás, cariño! Hoy, seguro que nos sale un hombre en condiciones y dejamos a estos dos batatas –entre carcajadas.

–Venga, María, ¡a trabajar! –le ordené medio en broma, mientras los guiris que estaban allí la felicitaban demasiado efusivamente. Y lo peor era que María, mientras me miraba y veía mi cara de gilipollas, les daba aún más “cariño”.

Por fin, entró en la barra y comenzó a entrar la clientela de la tarde y de la noche. Tanto Marta como María llamaban la atención de todos y todas las que llegaban... ¡Coño! ¡Me dio que pensar...! ¿Y si, a partir de ese día, las obligaba a ir de esas guisas? Evidentemente, no. Al final, serían muchos más los problemas...

La noche se fue animando y Ángel llegó, con lo cual me quedé un poco más tranquilo para poder irme a las diez al Mesón a cenar el rape que Manolo me había guardado con tanto cariño. El mejor rape del mundo, ¡según él! Y también el más caro, ¡según yo! Y, como siempre, se quejaba, ¡más aún!, de la poca clientela que tenía a pesar de ser verano. Y yo, harto de oírle siempre con la misma cantinela, le contesté:

–Manolo, que es final de mes y la gente, hasta que no cobre, ¡está tiosa! Pero, seguro, que, más tarde, se empieza a animar. Además, con lo que me has cobrado hoy por el rape, ¡ya tienes la caja llena!

Y Manolo se reía. ¡Qué cara!

Mientras hablábamos, comenzó a entrar gente poco a poco y, casi, casi, se llenó el salón, por lo que aproveché esa tesitura para marcharme. De camino a la puerta, le dije:

–¿Lo ves, Manolo? Te lo dejo lleno –comenté divertido por la coincidencia.

–¡Es verdad, Leo! Te voy a contratar para que me traigas suerte. Luego, nos llegaremos a tomar una copa cuando cerremos, que ayer me dijo Marta que hoy celebrabais el cumpleaños de María... Así, que nos vemos por allí.

–Vale, Manolo, ¡hasta luego! –me despedí.

Normal. Él cerraba, más o menos, a la una o, como muy tarde, a la una y media de la madrugada, mientras que yo, a las tres, a las cuatro e, incluso, a las cinco. ¡Eso sí!, con la puerta cerrada y con mucho cuidado de no armar jaleo ni de molestar a los vecinos, para así evitar que llamasen a la Policía Municipal y, como era lógico, nos obligasen a cerrar.

Llegué a mi bar y, no sé por qué, nada más entrar, tuve la necesidad de preguntarle a Marta:

–¿Han venido Carlos y Nieves?

–Sí, Leo... –contestó ella un poco desganada.

–¿Dónde están? –me impacienté.

–Se han marchado a cenar, pero me han dicho que luego, a última hora, se volverían a tomar una copa...

–Y... ¿venían solos?

Mi ansiedad se hacía muy evidente.

–Sí, pero... ¿por qué tantas preguntas? –dijo ella extrañada cuando, de repente, se le iluminaron los ojos y le apareció una sonrisa en su cara–. ¡Ah, ya! Pues no! No venía María. Pero, aunque no te lo pensaba decir, la iban a recoger para ir juntos a cenar... Por eso se han ido con tanta prisa. Leo, yo te pediría algo esta noche... ¡Y no te enfades! Pero, por favor, ¡no estropees el cumpleaños de María, “porfa”! Tiene mucha ilusión en que lo celebremos todos juntos...

–Pero, ¿por qué me dices eso?... –le pregunté ingenuamente.

–Porque si vienen Carlos, Nieves y esa chica, sé que eres capaz de marcharte con ellos... Yo te aconsejaría que te quedaras aquí y lo celebrásemos con nuestra María. Ya tendrás tiempo de hablar o ligar con la otra... ¿Te parece? –me sermoneó Marta como buena amiga.

–Tienes razón y no te preocupes. ¡Gracias, Marta! Aparte de ser una buena amiga, eres un encanto –le dije mientras le daba un beso.

Esa noche, ya me había salvado una vez y, podríamos decir que, con su consejo, esa era la segunda vez. ¿Cómo no escucharla?

–Jefe, no te pases con los besos, ¡guapetón! –me dijo riendo y volviéndose a meter en el papel de chica dura.

La noche transcurrió con un buen ambiente. Llegaron las doce de la noche y Ángel, que lo tenía todo preparado, apagó la luz y la música, mientras Marta salía del almacén con una preciosa tarta con sus correspondientes velas. Al unísono, todos cantamos el cumpleaños feliz y María, emocionada, pidió la ayuda de Marta y varias amigas para soplar las velas todas juntas, a la vez que se encendían las luces y sonaba de nuevo la música.

Los clientes y amigos comenzaron a bailar mientras besaban y felicitaban a María. Yo esperé mi turno y le di tres besos, uno en cada mejilla y otro en la frente, deseándole mucha felicidad... Ella me abrazó, me dijo algo al oído que no llegué a entender y me besó en los labios. Disimuladamente, me aparté para que pudiera continuar recibiendo los agasajos de los presentes.

Cogí mi copa y me fui en dirección a la entrada del bar, al principio de la barra, saludando y hablando con amigos, conocidos y clientes, mientras que Marta, María y Ángel comenzaron a cortar la tarta y a servirla en platos de plástico... cuando, de pronto, sentí una mano sobre mi hombro:

–¡Hola, Leo! ¿Llegamos tarde?

Eran Carlos, Nieves y ¡María! ¿Qué alegría sentí!

–¡Hola! No, no, llegáis justo en el momento idóneo... ¡Hola, Nieves! ¡Hola, María! ¿Qué tal? –les saludé muy contento.

–Bien, ¿nos hemos perdido algo? –preguntó Nieves.

–No. María acaba de soplar las velas y ahora están poniendo la tarta –les dije.

–¡Estupendo! Antes estuvimos y tú no estabas. Así que nos fuimos a recoger a María para cenar y fue una pena: esperábamos cenar los cuatro... Por cierto, te dijo Marta que hoy veníamos, ¿no? –me preguntó Carlos.

–Sí, me lo dijo... Pero no sabía que queríais que yo fuera a cenar con vosotros. ¡Lo siento!

–No, no te preocupes. Lo pensamos esta tarde. Bueno, otro día será... –intervino Nieves.

–¡Claro que sí! Pero avisadme. Por cierto, ¿qué vais a beber? –les pregunté con bastante curiosidad por saber que bebería María.

–María, una copa de vino dulce. Nieves, un vodka con zumo de naranja. Y yo, un Jack Daniel's con hielo... –dijo

Carlos cuando María, con una voz muy suave, preguntó:

–Si no te importa, me gustaría beber un vodka con zumo de naranja. ¿Puedo, Nieves? –preguntó casi pidiendo permiso.

–¡Claro que sí, cariño! Leo, a María le pones igual que a mí –me dijo Nieves.

Yo entré en la barra y me dispuse a coger los vasos cuando vi que Marta venía de poner la tarta al grupo de Carlos. Se acercó y me dijo:

–No te preocupes, Leo. Yo lo pongo. Allí, te he dejado tu tarta...

–¿Sabes lo que tienes que poner? –le pregunté.

–Sí, me lo ha dicho Carlos. Dos vodkas con naranja y un Daniel's. ¿Te lleno a ti? Tu copa está aguada...

–¡Sí! Gracias, bonita.

Salí de la barra en dirección al grupo de Carlos y compañía. Por el camino, me crucé con Nieves y le pregunté un poco extrañado:

–¿Dónde vas?

–A felicitar a María, que la tienen secuestrada en el rincón. ¡Angelita mía! Por cierto, ¡qué guapa es esta niña! –me comentó.

–Sí, sí que lo es –le contesté. No había mucho más que decir, salvo la verdad.

–¡Ah, Leo! Lo de cenar con nosotros era para que pudieses ir congeniando con María. Pero nos dijeron que estabas cenando en el Mesón de Manolo y no quisimos ir... por si estabas acompañado por alguien. Por cierto, esta noche María no tiene prisa y se puede quedar hasta las dos o las tres, así que aprovecha lo que puedas... Tú verás. Aunque sí te rogaría que la trataras con mucho respeto y cariño...

–No te preocupes, que mis intenciones no son otras que conocerla. Nada más. ¡Porque ni yo mismo sé lo que espero de esta mujer! De verdad, Nieves. Te agradezco tu ayuda. ¡Muchas gracias!

–Nada, Leo. Confío en ti y en tu delicadeza. Te conozco y sé cómo eres... ¡Bueno, voy a felicitar a María! Ahora vuelvo que, si no, no iré nunca.

Cuando llegué a la esquina, Marta ya había servido las copas y me di cuenta de que Carlos no me había perdido de vista, con un semblante de duda... Tal vez, al no saber de qué estábamos hablando tan misteriosamente su pareja y yo...

–¿Qué tal la tarta? –le pregunté como forma de romper el hielo que transmitía.

–Bien –dijo Carlos muy serio y un poco seco.

–¡Muy buena! Me gusta mucho y, con vodka, ¡mejor! Es la primera vez que me la tomo así –dijo María sonriendo tímidamente.

–¡Salud! –dije en el momento que llegó Nieves y cogió su copa.

–¡Salud por todos y por María! –brindó Nieves.

Estuvimos bebiendo, hablando, cruzando conversaciones... Vamos, lo normal en una reunión de cuatro personas o dos parejas, como lo queráis llamar. María, poco a poco, iba cogiendo confianza, aunque la justita, muy justita. Llegó un momento en que la pude apartar del grupo con la colaboración y ayuda de Nieves, que dijo:

–Hablad vosotros que nosotros tenemos que hablar de un asuntillo... –dijo divertida mientras cogía a Carlos por el brazo y se apartaba con él.

Sin perderles de vista, María, más que entablar una conversación, se limitaba a contestar a mis preguntas. Lo normal cuando se habla con alguien a quien no se conoce.

–¿Te gusta este ambiente? –le pregunté interesado en su opinión, ya que era mi pub.

–Sí, mucho... aunque no suelo venir a bares de este tipo... –dijo ella dulcemente.

–¿Este tipo? –pregunté extrañado y divertido, esperando su aclaración.

–Sí, suelo ir a cafeterías y restaurantes, ya sabes, otros ambientes más tranquilos. Aunque sabía de su existencia por... un amigo, un buen amigo... –me contestó haciendo un raro movimiento de sus ojos.

¿Quién sería? Aunque muerto de la curiosidad, no me atreví preguntarle por “ese amigo”. “Tranquilo, Leo, ya lo diré”, me dije. A partir de ahí, traté de ganarme su confianza poco a poco, comenzando por contarle vivencias en mi bar, eso sí, asuntos intrascendentes y entretenidos, evitando sacar temas escabrosos o extraños, que había muchos. Le hablé de mi época de estudiante, mis trabajos y de mi vida actual, todo ello entremezclando las bromas pertinentes en cada caso. Ella escuchaba casi en silencio y asentía con la cabeza, con su mirada o gestos. De vez en cuando, me contestaba con pocas palabras cargadas de una dulzura especial que nunca en mi vida había oído... Cuanto más hablaba, más me daba cuenta que esta mujer estaba como metida en un pozo... ¿Por qué? No lo sabía...

Podría pensar en muchas cosas, pero estaba seguro de que cualquier conjetura que hiciera sería errónea... Nos bebimos una segunda copa y pensé que, al no estar acostumbrada a beber, esa copa tal vez le hiciera desinhibirse un poco. Pero nada, al contrario, se mantenía a la defensiva y se cerraba aún más.

Marta y María no paraban de dar vueltas, acercarse e intervenir en la conversación, tanto la de Carlos y Nieves como en la nuestra, preguntando: “¿Qué tal estáis? ¿Queréis más tarta? ¿Os falta algo?” y comentarios de ese estilo... En una de las ocasiones, Marta se dirigió a María y le preguntó:

–¿Tú eres de aquí? Porque pareces extranjera...

–Sí, soy de aquí. Pero es cierto que a veces me confunden con centroeuropea.

María se sonrió. Aunque reservada, no tenía nada de tonta y, durante la velada, se había dado perfectamente cuenta del trasiego de Marta y María. Tanto es así que, tras una de las “visitas” de María, me preguntó:

–Leo, esta chica del vestido rojo... ¿María, no? ¿Es tu pareja?

–No, por favor, es muy amiga. Llevamos muchos años trabajando juntos y por eso tiene tanta confianza –le dije sonriendo ante su ocurrencia.

–No entiendo a los hombres... Cuando les quieren, no quieren. Y, cuando no les quieren, quieren que les quieran. Aunque parezca un juego de palabras, es real. Piénsalo –me replicó ella.

–Lo pensaré. Pero, ¿por qué me dices eso? ¿Acaso tú has tenido esa experiencia? –le pregunté. Y, de pronto, se le cambió el semblante y se acercó a la barra.

–Creo que me estoy mareando un poco... No me hagas mucho caso –me dijo mientras se apoyaba en la banqueta.

Nieves, que no nos perdía de vista, se acercó.

–Mariela, ¿estás bien?

Y el mundo se detuvo por un instante... ¡Coño, Mariela! ¿No será..? No, no podía ser, pero y si... Sin pensármelo más le dije:

—¿Mariela? ¿Tú eres Mariela?

—¿Qué dices, Leo? ¿Te ocurre algo?

Nieves, al ver mi gesto, me miró con cara asombrada.

—Perdona, Nieves, pero, ¿le has llamado Mariela?

—Sí, es el nombre por el que le solemos llamar los familiares y amigos. ¿Por qué? —preguntó aún más extrañada.

—No, por nada —me acerqué a María y le pregunté un poco preocupado—: ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien... Solo un poco mareada pero es normal, es la primera vez en mi vida que tomo dos copas...

—¿Puedo hacerte una pregunta, por favor? —le dije un poco inquieto.

—Sí, claro. Dime... —me animó.

—¿Conoces a Luis?

A María se le cambió le cara. Se puso blanca, comenzó a sudar y se desvaneció. Carlos y yo la sujetamos al tiempo que ella reaccionó un poco, buscó a Nieves con la mirada y, con gesto desairado, le dijo:

—Pero, ¡Nieves!, ¿cómo has sido capaz? Te creía mi amiga...

* * *

Estaba claro. El hechizo de la presunta Dulcinea se había roto... Tal vez, de forma irreversible... Y eso dejará alterado el ánimo de Leo para toda la noche... No encajamos con facilidad las expectativas desechas y las ilusiones rotas...

* * *

Nieves me miró con cara de horror y me dijo:

—Pero, Leo, ¿qué estás diciendo? ¿Quién te ha hablado de Luis?

—Nieves, es algo muy largo de contar...

Carlos y Nieves cogieron a María (bueno, Mariela) y la sentaron en una silla. Marta, al ver lo que ocurría, se acercó.

—¿Se ha puesto enferma? ¿Os traigo agua, café...? —preguntó atentamente.

—Es una bajada de tensión. Tráenos un café, por favor, Marta —le solicitó Nieves.

Luego, se giró, me miró y, casi, me ordenó:

—Leo, tenemos que hablar muy seriamente de esto...

Carlos se acercó.

—¿Qué ha ocurrido, Leo? —preguntó, preocupado y desconcertado.

—No lo sé, Carlos. Creo que ha habido un malentendido...

Fuera de juego

Yo estaba igual que él.

Tras tomarse el café, un agua y otro café, María o Mariela se iba recuperando... Durante ese tiempo, Nieves no paró de increparme sobre lo ocurrido y yo, para evitar más enfrentamientos innecesarios, le rogué a Marta y a María que se mantuvieran al margen, oyeran lo que oyeran. A pesar de su insistencia de mantenerse a mi lado, logré convencerlas para continuar con su trabajo e ignorar los reproches e insultos que Nieves profería hacia mi persona.

Por otro lado, Carlos nos insistía a Nieves y a mí que le contáramos lo que había sucedido y el motivo del estado de Nieves. Yo le pedí que, por favor, no insistiera, que no era el momento, aunque le prometí que, una vez se repusiera Mariela, le contaría exactamente lo ocurrido y el por qué nombré al tal Luis. Una vez medio recuperada, Carlos le dijo a Nieves:

–Nieves, creo que deberíamos llevar a María a su casa...

–Sí, creo que es lo mejor... Carlos, me vas a hacer un favor. Te agradecería que la llevaras tú, quiero quedarme para hablar con Leo –dijo en un tono que daba miedo.

–¡Pero Nieves...! –le replicó.

–Confía en mí, Carlos. Por favor, llévala a casa y, después, vienes a recogerme –le dijo con una sonrisa.

Carlos, ante la insistencia de Nieves, aceptó a regañadientes, aunque, antes de marcharse, se acercó a mí y me dijo:

–Leo, voy a llevar a María a su casa. Nieves se queda aquí, que dice que quiere hablar contigo... Te ruego que seas paciente con ella. Por favor, no sé lo que le ocurre, pero, conociéndola, ¡la veo muy enfadada contigo! –me comentó seriamente preocupado.

–Carlos, no te preocupes. Tú me conoces y no voy a discutir con una mujer. ¡Y menos con Nieves! Por ella y, por supuesto, por respeto a ti –dijo confiado.

–Gracias, Leo –me dijo mientras me posaba la mano en el hombro.

–María, ¿estás mejor cariño? –le estaba preguntando Nieves a Mariela–. ¡No te preocupes! Eso es cosa del vodka que te ha caído mal. ¡No estás acostumbrada! Ahora, Carlos te va a llevar a tu casa para que descanses. Mañana, te espero en mi consulta a la una y hablamos. No te comprometas con nadie que vamos a ir a comer las dos. ¿Vale, cariño? Confía en mí. ¿Puedes levantarte? –llamó a Carlos ante el gesto tambaleante de Mariela y le dijo–: Carlos, por favor, trae el coche a la puerta para que ande lo mínimo. Aún está mareada.

Y así lo hizo Carlos. Fue por el coche y lo puso delante de la puerta en doble fila.

–Lo siento Nieves... –dijo Mariela con la mirada un poco ida–. Disculpa si he dicho algo fuera de contexto, perdona por el espectáculo. ¡Qué vergüenza! No sé lo que me ha ocurrido... –luego me miró a mí y añadió–: Lo siento, Leo, por el mal rato que os he dado. Discúlpame con María y el resto de sus amistades. Gracias por ser tan amables conmigo... Gracias, Leo –dijo completamente compungida.

–Tranquila, María, tranquila. ¡No ha pasado nada! Cuídate mucho –traté de tranquilizarla.

En ese instante, entró Carlos.

–¿Nos vamos? El coche está en doble fila y molesta –dijo él.

–Sí, Carlos. ¡Venga, María, vamos! –le dijo Nieves mientras la cogía de un brazo y Carlos del otro y yo me mantuve detrás.

Acompañamos a Mariela hasta el interior del vehículo, le pusimos el cinturón y cerramos la puerta del coche. Entonces, Nieves se dio la vuelta y entró al interior del bar con pasos agigantados. Yo miré a Mariela y me pareció ver a una niña desvalida. Tanto fue así que, desde lo más profundo de mi alma, me salió esta frase:

–Cúidate, guapa...

Ella, tal vez extrañada de oír esas palabras, me miró sonriendo, bajó su mirada y se despidió de mí con un tímido gesto de su mano.

Cuando Carlos inició la marcha, yo me dirigí hacia el interior del bar esperando cualquier reacción de Nieves, pero bastante tranquilo porque, ahora, solo quedaba aclarar las cosas, solo eso.

Nada más entrar, María se acercó y me preguntó preocupada:

–Leo, ¿cómo va la chica?

–Mejor –le contesté un poco más animado.

–Y tú, ¿cómo estás? –añadió.

–Bien, María. Gracias. Estoy bien, no te preocupes. Perdona, pero acaba de entrar Manolo y sus empleados. Atendedlos y, por favor, seguid con lo vuestro, que tengo que hablar con la leona, quiero decir, con Nieves –le dije mientras veía a Nieves fumando y bebiendo el vodka con una ansiedad desmesurada, de modo que me acerqué a ella y la incité–: ¡Tú dirás, Nieves!

–Leo, ¿hay aquí algún lugar dónde podamos hablar tranquilamente? –me miró con cara de mala leche.

–Sí, en el almacén –le dije totalmente despreocupado.

–Pues, si no te importa, vamos allí, que quiero que me aclares algo. O, mejor, ¡todo lo ocurrido hoy aquí! –exigió.

–Pues vamos –le dije mientras la dejaba pasar primero señalando el final del pasillo.

Llegamos al almacén, entramos y llamé a Marta para indicarle:

–Por favor, Marta, que nadie nos moleste y díselo a María. Gracias.

–Ok, Leo. ¿Os pongo algo de beber? –preguntó ella, presintiendo que lo íbamos a necesitar.

–Sí. ¿Lo mismo para los dos? –pregunté mirando a Nieves, la cual asintió con la cabeza.

Cuando Marta se marchó, Nieves entró a la carga.

–Bueno, Leo... Esto es más serio de lo que tú te crees. Lo único que te rogaría es que seas sincero y me cuentes la verdad... Si me dices que va a ser así, continuamos. Pero si tienes dudas, terminamos aquí y ahora la conversación y ya veré lo que hago...

–Mira, Nieves... Esto, más que una conversación entre amigos para aclarar algo, parece ¡un juicio! Y creo que te estás equivocando...

–Bueno –me interrumpió–. Si me estoy equivocando, me disculparé contigo y punto. Pero, si es lo que pienso, es algo muy grave, Leo, ¡muy grave! –dijo ella muy enfadada.

–¡Pues venga! Comienza con el interrogatorio, a hacer tus preguntas, conjeturas o lo que sea –me resigné un poco enfadado porque no entendía nada, pero Nieves estaba lejos de estar reaccionando de forma racional.

–Lo primero y más importante que quiero preguntarte: ¿Ha sido Nando el que te ha contado o hablado del tal

Luis?

–¡Ah! –me sorprendí– ¿Nando conocía la relación entre María y Luis?

–¡Leo, no te hagas el tonto y, aún menos, me trates como si fuese idiota! Recuerda dos cosas. Una, que soy psicóloga. Y otra, que os conozco bastante bien a los dos... –me dijo muy alterada.

En ese momento, entró Marta como caída del cielo.

–¡Perdón! Aquí tenéis las copas. Os dejo las botellas, hielo, agua y zumo de naranja, por si queréis tomar otro...

–Gracias, Marta –le dijo Nieves, a lo que Marta asintió y se fue.

–Mira, Nieves, ¡nunca en mi vida he tomado a nadie como idiota! En cuanto a hacerme el tonto... ¡menos! Así, que si quieres hablar educadamente, continuamos. En caso contrario... ya sabes dónde está la puerta.

–Leo, perdona... Te repito la pregunta...

–Nieves, me he enterado aunque yo no soy psicólogo. Tampoco soy tonto. Y soy yo el que te aclaro... Si te pregunto si Nando conocía la relación existente entre María y Luis es porque no sé nada de ello y, o te explicas mejor, o no nos aclararemos en toda la noche... ¿Conforme? –le dije secamente, a ver si así reaccionaba y dejaba de machacarme sin saber el porqué.

–Perdona, Leo, me he pasado... Te lo contaré todo confiando en tu amistad y discreción. Aunque me imagino que tú lo sabrás ya. Ayer, Nando y yo pasamos la noche juntos en mi casa...

–No, guapa, no lo sabía... ¡Ya te empiezas a equivocar de nuevo! ¡Valiente psicóloga! Y esto que te voy a decir que te valga para los restos: Nando y yo no hablamos de cosas privadas que afectan a terceras personas. Y, aún menos, cuando atañe a quienes nosotros queremos y apreciamos. Y ese es tu caso.

Nieves se quedó cortada, pero reaccionó.

–Bueno, es igual, lo siento... –dijo ella.

–¡Pues prepárate! Porque, tal y como has empezado, ¡vas a tener que decir más de una vez “lo siento”!

–Vale, Leo, lo siento. Y, como te iba diciendo, pasamos la noche juntos. Esta mañana, cuando me iba a duchar, me preguntó si podía mirar en mi portátil su correo electrónico, por si había algo urgente. Lógicamente, le dije que sí y le di mi clave. Él entró en internet y ahí viene mi duda... No sé si durante ese tiempo aproveché y entré en mi listado de expedientes, buscó el de Mariela y, por eso, sabías tú de su problema con Luis. Eso es lo que he pensado cuando tú le preguntaste a Mariela si conocía a Luis... ¿Qué podía pensar? Las casualidades y las coincidencias no existen. Y, ahora, dime tú: ¿no estoy en mi derecho de pensar que eso es lo que ocurrió?

Tras oír esto, si no le hubiera dado mi palabra al pobre de Carlos de que sería paciente con Nieves, la hubiera mandado a la mierda... “Pero no, Leo. Sé un poco diplomático como dice Nando”, pensé. Y reuní todo mi autocontrol para responderle.

–Nieves, primero, lo que me estás contando es nuevo para mí. Y segundo y principal, veo que no conoces a Nando nada de nada... ¡Bueno!, salvo para lo que te interesa de él... ¡Piensa un poco! ¿Crees que Nando sería capaz de hacerte eso? ¿A ti o a nadie? ¿Tan bajo concepto tienes de él? Y otra pregunta: desde que le diste la clave de tu portátil hasta que saliste de la ducha, ¿cuánto tiempo habrá pasado? ¿Una hora? ¿Media?

Ella puso mala cara.

–¡No, por favor! ¡Quince minutos como mucho! –replicó ella.

–Vale. Es decir, que, en quince minutos, Nando buscó primero en la carpeta donde están los expedientes. ¿Cuántos expedientes puedes tener? ¿Veinte? –conjeturé, ignorante, de mí.

–¡No! ¡Más de seiscientos! –aclaró ella.

– ¡Ya! Vale... Entonces, en quince minutos Nando entró en tu carpeta, con los seiscientos expedientes, buscó y encontró el de María, que era por el nombre que él la conocía, lo leyó y se enteró de todo... ¿Tan fácil es encontrar en tus archivos a una paciente tuya? Lo digo para no recomendarte a nadie. Además, ¿cuántas pacientes que se llamen María tienes en tus expedientes? ¿Dos? ¿Tres? Vamos, Nieves... Esto es absurdo...

–Hay varias... No sé cuantas exactamente...

–Las que sean... Cinco, seis... ¡Es igual! Te repito: buscó un expediente con un simple dato, el nombre, los leyó, ¡todos me imagino!, o se imaginó cuál y quién era nuestra María... Todo ello, ¿en quince minutos? ¿No te parece un poco de *Misión Imposible* o de Agente 007? –le dije, enfadado por la película que se había montado la “psicóloga” a raíz de su escarceo.

–Bueno, Leo, mirándolo así... tienes razón y lo siento. Pero, compréndelo, esa es la única forma por la que tú podrías tener ese dato y saber de Luis... Así que, ahora, viene mi pregunta. Si no es por Nando, ¿cómo sabías tú lo de Luis?

–Pues no lo sientas por mí. Siéntelo por ti, por Nando y, sobre todo, por Carlos, que pienso que no se merece eso... Te diría más: tú no te mereces a Carlos. Y, a partir de hoy, te agradecería que nunca más se te ocurra darme clases de ética y, aún menos, de moral. Para mí, personalmente, tú no eres la más idónea para impartirlas... Y para suavizar la situación, te diré que cada uno puede hacer de su capa un sayo, siempre que no haga daño a los demás y, aún menos, despreciar sus sentimientos... Y ahora te contaré lo ocurrido y por qué relacioné a María con Luis. Es una historia un poco larga pero trataré de resumirla en lo posible y centrarme en los puntos que a ti te puedan interesar y te valgan, si es posible, para ayudar a Mariela. A Nando le conté mi experiencia con Luis pero, al igual que yo, nunca se podría imaginar que pudiera tener relación con María... Te puedo asegurar que si tú no la hubieras llamado Mariela... nunca hubiera relacionado a una persona con otra. Ahora, Nieves, presta mucha atención, porque, lo que te voy a contar, lo tengo suficientemente documentado.

Y comencé a contarle lo ocurrido aquella tarde con Luís... Conforme me adentraba en lo que pasó ese día, más cara de extrañada ponía ella y eso que estaba acostumbrada a oír más de una historia peliaguda dada su profesión. Pero la verdad es que todo era demasiado inverosímil, ¿no os parece?

Una vez acabado mi relato, Nieves me pidió por favor que le entregara el móvil y los sobres con su contenido para estudiarlos más detenidamente, a lo cual me negué rotundamente alegando que no me parecía correcto por mi parte. Entonces, me sugirió hacer unas fotocopias para tranquilamente poder analizarlo y adjuntarlo al expediente de Mariela, lo que igualmente desestimé. Solo le di la opción de que los viera, leyese, y tomara las notas que considerara oportunas. Tras mucho insistir, y ante mis negativas, ella aceptó mi única proposición. Estábamos terminando cuando tocaron a la puerta. Era Carlos y, nada más verlo entrar, Nieves le dijo:

–Carlos, ¡Leo me está contando algo increíble! Si no fuera porque conozco bien la historia, pensaría que se la está inventando. ¡No lo puedo creer! Bueno, Carlos, ¿cómo has dejado a María?

–Bien. Por el camino, se quedó dormida. De vez en cuando, nombraba a un tal Luis. Se ha hinchado de llorar, me imagino que por el colocón. La he dejado en casa con su hija, que se ha asustado un poco. Le he explicado que le ha sentado mal la cena y ya se ha quedado más tranquila. Menos mal que su nieta estaba dormida y no se ha enterado de nada... ¡Menos mal! –Aunque logré disimularlo, para mí fue una sorpresa absoluta que Mariela tuviera una hija e, incluso, una nieta–. Le he dicho a Lourdes que mañana le recuerde a su madre que tiene cita contigo a la una. Y nada más. Me ha dado las gracias, me ha preguntado por ti, yo le he dicho que te has tenido que quedar con tu sobrino y que, por eso, la he llevado yo. Me ha dado recuerdos para ti. ¡Bueno, contadme!

Fuera de juego

–Mañana, Carlos, que es algo largo... –le dijo Nieves.

–Pero, ¿habéis aclarado las cosas? No quiero veros enfadados...

–Sí, todo está claro, ¡muy claro! Lo único que me falta ahora es ver unos documentos que tiene Leo en su casa. Si no te importa, nos llegamos y les echamos un vistazo...

–Nieves, ¿ahora? ¿No puede ser mañana? Recuerda que a las seis viene a recogerme Daniel para ir a Sevilla. Tenemos una reunión importante...

–No te preocupes. Vete a casa y descansa. Yo voy con Leo y, luego, cojo un taxi o él me lleva. ¿De acuerdo, Leo? –sugirió ella.

–Sin problemas, Carlos. Ve tranquilo, yo la llevo luego –le dije amablemente.

–Vale. Pues me voy. Un besito, cariño. Y no vuelvas muy tarde, que tienes que descansar. ¡Leo, nos vemos! –se despidió.

–¡Buen viaje, Carlos! ¡Tened cuidado y que todo salga bien! –le respondí.

En ese momento, llamaron a la puerta del almacén. Era María.

–Leo, está aquí Nando. Dice que si estás liado se va...

–¡No, cariño! ¡Dile que pase! – le dije.

A Nieves se le alegró la cara. Pero, a Carlos, la cara se le cambió en negativo... ¡Lógico! Carlos, aunque buena persona, no tenía un pelo de tonto. Pero quería con locura a Nieves y yo creo que, por eso, le permitía algunas, digamos, “cosillas”. Tal vez, prefería eso a perderla... Cada cual es cada cual y eso hay que respetarlo. Nando entró, aparentemente, con una copita de más.

–Hola, Leo. ¡Carlos! Hola, Nieves, guapísima. ¿Cómo estáis?

–Hola, Nando. Anda, siéntate, cabronazo. ¿Qué? Vienes gracioso, ¿eh? –le dije.

–Bueno, yo ya me voy. Ten cuidado, Nieves. Hasta mañana –dijo Carlos.

–¿Qué le pasa a Carlos? –preguntó Nando mirando a Nieves.

–Nada, que se tiene que ir de viaje esta madrugada a Sevilla por asuntos de trabajo... ¡Y parece que va al Congo...! –le respondió Nieves tratando injustamente el tema.

–Nando, ¡ahora te tomas un café cargadito! ¿Vale? –le sugerí sin dejar lugar a la duda.

–¡Vale, capullo! ¡Me lo tomo!

Abrimos la puerta del almacén y ¡al fin pude salir! Ya no había nada más de qué hablar allí. El bar estaba medio vacío. Marta y María, ayudadas por Ángel, estaban limpiando y reponiendo las bebidas.

–Marta, pon un café cargadito para Nando.

Me giré, entré en el almacén y vi a Nieves y Nando besándose.

–¡Por favor, Nieves, Nando! Un poco de seriedad...

–Perdona, Leo. Me voy a tomar el café –me respondió Nando mientras salía fuera.

–¡Nieves, hija! Un poco de pudor... Aquí hay personas que conocen a Carlos... Además, se acaba de ir. Imagina

que vuelve. ¡Vaya marrón! –le dije enfadado por la inconsciencia de ambos.

–Lo siento, Leo. Pero entre lo que ha ocurrido esta noche, la bebida y lo que me has contado... estoy un poco dislocada –se justificó mientras se arreglaba el pelo y la falda.

–Yo diría un mucho calentona... –le repliqué.

–¿Cómo, Leo? –preguntó ella algo ofendida.

–Nada, Nieves, es broma...

–Pues no seas ordinario...

–¡Perdona, Santa Nieves! O, mejor, ¡Blancanieves! –le dije riendo.

Para no continuar con una conversación que, al final, acabaría en discusión, salí del almacén, mientras Nieves, tras de mí, se fue directamente al servicio. ¡A saber...! Estuve hablando con María, Marta y Ángel. Estaban muy contentos por cómo había transcurrido la noche, salvo por lo ocurrido con Mariela... Todo salió muy bien y el cumpleaños alegró la velada. Las dos leonas seguían igual de guapas, porque lo eran, pero estaban ya derrengadas del tute que se habían dado. Mientras María recogía los servicios de las mesas, yo me acerqué a ella y le dije:

–María, te debo una. Si quieres, el viernes nos vamos a cenar tú y yo, los dos solos... Y celebramos tranquilos tu “cumple”. ¿Quieres? Dime que sí por favor...

A ella le cambió la cara y el brillo de sus ojos se multiplicó por mil.

–¿De verdad? No me gastes bromas que estoy molida... –dijo ella, entre emocionada y desconfiada.

–¡Pues claro que es verdad! Además, mira –y dije en voz alta–: ¡Marta, Ángel! Si no os importa, el viernes María y yo nos vamos de marcha... Así que vosotros os hacéis cargo del bar. Ángel, si te parece que venga tu prima Ana esa noche... ¿Tú la avisas?

–Leo, no sé si podrá. Como está estudiando y...

–¡Claro que sí podrá! ¿Verdad, Ángel? –interrumpió Marta y le dio un codazo a su pareja.

–Sí, seguro que puede. No te preocupes, Leo.

¡Cualquiera le hacía la “contra” a Marta...! ¡Estaba tan sexi que no lo podía desperdiciar!, pensaría Ángel.

Marta se acercó a María y le besó, para luego decirle en voz baja:

–¡Vaya, tía! ¡Te has ligado al jefe! Desde luego que yo siempre lo he dicho: “Esta es una caza fortunas”. ¡Qué guay!, ¿no, cariño? Aprovechate y abusa de él en todos los sentidos. ¡Sin piedad!

Las dos se rieron de las ocurrencias de Marta.

* * *

Si se dan cuenta, el arrebató de Leo invitando a cenar a María, la chica del bar, responde más, posiblemente, a su decepción con Mariela que a una intención firme y meditada de iniciar una relación estable con quien ahora es su empleada. Parece más el afán por subirse a un nuevo relato cuando el de la presunta Dulcinea ha quedado hecho añicos...

* * *

Nando ya se había tomado el café y parecía estar más aclarado cuando Nieves salió del servicio y me dijo:

Fuera de juego

–Bueno, Leo, ya es muy tarde. ¿Nos vamos? Nando, ¿te vienes a casa de Leo? –le invitó ella.

–¿Para qué? –preguntó mi amigo un poco desconcertado.

–Para ver las cartas y el móvil de Luis... –contesté yo.

–¡Ah, sí! ¿Y eso? ¿A estas horas...? –parecía bastante sorprendido.

–Ya te lo cuento todo por el camino. ¡Venga, Nando! ¡Vayámonos! –dijo Nieves mientras sobaba la espalda de Nando.

–Siii, voy con vosotros y luego te acompaño a casa, ¿no, Nieves? –añadió Nando con un pequeño guiño (ni que yo fuera estúpido...).

–Sí, mejor. Así, no me tiene que llevar Leo –incitó Nieves con una sonrisa pícaro en su cara.

–Bueno, familia, a descansar. ¡Mañana nos vemos! Iros a casa directamente que tenéis cara de muertos vivientes –le dije a María, Marta y Ángel –. María, ¿tú has venido en moto?

–No, me he venido en coche... Con este vestido, ¿cómo iba a venir en moto? ¿Para enseñar todo y despeinarme? No, gracias... –dijo mientras se reía.

–No, si te lo decía por si te llevaba...

–¡Vaya, hombre, para una vez que me quieres llevar, no hace falta! Gracias, Leo –y me dio un beso.

Nos despedimos todos tras los besos, abrazos y los pertinentes sobeteos varios. En la puerta, le pregunté a Nieves:

–¿Vamos en mi coche?

–No, me voy con Nando y nos vemos en tu casa. Él sabe dónde es, ¿no? –me dijo.

–¡Cómo para no saberlo! Venga, nos vemos allí. El que llegue antes, espera.

Me subí en el coche y me fui directamente a casa. Como no había tráfico, en siete minutos ya estaba hasta aparcado. Subí, preparé la mesa sacando la carpeta negra, folios, bolígrafos y cualquier cosa que valiera para el caso, aunque quité gran parte del material (entre otras cosas, lo que no había leído aún). No me parecía bien enseñar todo lo que me dejó Luis.

Pasó ¡casi una hora! y, por fin, llegaron los dos... Yo estaba cabreado y, nada más entrar, lo demostré:

–¿Dónde os habéis metido, coño?

–Abajo, hablando... –mintió el valiente de Nando, mientras Nieves riendo me preguntó:

–Leo, ¿dónde está el aseo? Porque tendrás aseo, ¿no? –muy graciosa ella...

–La última puerta al fondo del pasillo –le respondí secamente.

–¡Gracias!

Y entró contenta en el baño, como si fuera ajena a todo el enfado que estaba proyectando.

–Nando... ¡estás perdiendo los papeles! –me encaré.

–Leo, te prometo que es la última vez, ¡palabra! Pero es que Nieves... ¡es increíble! –me confesó.

–Confío en que sean verdad ambas cosas: que es increíble y que sea la última vez que... ¿No tienes ya bastantes problemas? ¿Le has dicho lo de tus pruebas?

–Se lo dije el primer día... cuando estuvimos en su consulta... ¿Qué te crees que soy?

–No, no es por nada... Es por tomar precauciones, solo eso... –le aclaré.

–Sí, Leo, las tomamos...

Nieves se asomó desde el aseo y me preguntó:

–Leo, ¿me puedo duchar para refrescarme un poco? Es que estoy muy acalorada...

¡Me sorprendió que Nieves hablara de acaloramientos con tanta ligereza...!

–Sí, Nieves. Tras la puerta, hay un albornoz rosa. Lo puedes usar, está limpio –le indiqué un poco perplejo.

–Gracias –añadió ella y cerró de nuevo la puerta.

En diez minutos, Nieves estaba lista, aunque salió en albornoz y preguntó:

–¿Os importa? Así, estoy más cómoda... Además, la falda se me manchó de bebida y, como la he tenido que frotar con agua, la he puesto a secar...

–No, guapa, no nos importa –le dije un poco más calmado con la situación.

Nos sentamos, hice una infusión para mí y café para Nieves y Nando, puse las cosas sobre la mesa y comenzamos a echar un vistazo. Primero, el móvil, se había quedado sin batería... por lo que ya no había posibilidad de ver nada en él. Aunque lo pusimos en carga, al encenderlo nos pidió un pin que desconocíamos, por lo que lo descartamos.

No obstante le enseñé el texto que yo había transcrito de los dos últimos mensajes, salientes y entrantes. También le di el número de móvil que anoté, que según Nieves, coincidía con el de Mariela. Estuvimos leyendo esos versos tan tristes que Luis, parecía ser, le había escrito a ella... Y luego nos centramos en leer los pocos folios que yo había dejado a la vista.

Nieves, mientras tomaba notas, me dijo:

–Todo coincide con lo que me ha contado Mariela. Es una pena porque, si antes tenía mis dudas, ahora estoy absolutamente convencida de que este Luis estaba enamorado de Mariela. Puede parecer sorprendente que una mujer con formación, cultura, acostumbrada a superar situaciones difíciles... pudiera dejar pasar lo que a primera vista parecía ser el amor de su vida. Existe la posibilidad de influencias externas, amigos, familiares... Aunque, con su edad, todos pensaríamos en descartarla, a veces ocurre... Los consejos, las recomendaciones de unos y otros son capaces de confundir, destruir o construir, según el caso. Hay veces que los consejos se vuelven contra la felicidad de las personas, vengan de quien vengan. Cada uno tiene que buscar su felicidad aunque nos equivoquemos. Es un derecho indiscutible. Y, con esto que acabo de decir, Leo, espero que comprendas la estupidez que me has dicho antes sobre que yo no soy la persona ideal para dar clases de moral... Si está en mi mano el buscar mi felicidad con quien me plazca, ¡nadie es quién para decirme dónde, cuándo, ni con quién! Espero que tú lo entiendas y todo el que me quiera o sienta algún aprecio hacia mí, también... En cuanto a lo de hacer daño, eso es otro asunto pero no, por evitar un daño, voy a engañar eternamente a una persona, ni voy a hipotecar mi existencia. Y, si se sienten dolidos, ¡lo siento!, pero nada más... Ellos verán lo que harían en mi caso y también son libres de tomar su decisión... pero nunca la mía –aproveché que Nando había ido al aseo para confesarse–: Leo, estoy enamorada de Nando desde que lo conozco... ¡Es el amor de mi vida! Si por mí fuera, haría lo imposible por estar con él el resto de mi vida. Carlos lo sabe, porque se lo he dicho mil y una veces, pero no se resigna a perderme. Y le comprendo. Por eso estoy con él, aun sabiendo ambos que nuestro final llegará.

Espero que me entiendas. Es verdad que he sido un poco alocada en mi vida, pero todo lo he dejado y olvidado por Nando. Lo quiero y amo. Solo que por mucho que se lo digo, no depende de mí, y sí de él... –concluyó dándome un beso en la mejilla cuando Nando ya venía por el pasillo.

Después del monólogo oído, solo pude decirle a Nieves:

–Perdóname, ya me conoces. A veces, hablo contra lo que pienso y, en otras, pienso contra lo que hablo.

Ella me miró y sonrió.

–Leo, olvida tus disculpas pero... ¡nunca lo que te dije! Y la próxima vez, ¡haz el café menos cargado! ¿Vale? –añadió sonriendo dulcemente.

Y ahí quedó zanjada nuestra reyerta.

–Como estaba diciendo – continuó hablando Nieves –, quizás las influencias externas tuvieron algo que ver en la ruptura entre Luis y Mariela. Pero yo no lo creo. Pienso que el problema es que Mariela no pudo librarse de la carga del pasado...

Aquella noche, Nieves solo se atrevió a revelar una parte de la historia de Mariela ya que el secreto profesional la ataba para poder contar el relato completo de los hechos. Solo un tiempo después, conociendo fragmentos incompletos de la narración, que pudimos unir a los que ya habían sido desvelados, llegamos a tener el dibujo íntegro de una historia de amor frustrado. El pasado de Mariela no había sido, en un principio, muy diferente a la de otras mujeres de su generación. Una boda llena de ilusión, el nacimiento de los hijos... Parecía que había conseguido formar una familia feliz. Pero, de repente, todo se manifestó como una simple apariencia, una sarcástica ficción que, para ella, fue una cruel burla que el destino le había preparado. Un día, su marido le confesó que era homosexual, que nunca había sentido amor por ella y que su único propósito al casarse había sido crear una fachada que sirviera de tapadera frente a las convenciones sociales. Lo que había sido, de cara a la galería, un matrimonio feliz, se evaporó de la noche a la mañana y dejó a Mariela sola con sus hijos, presa de una desconfianza total hacia los hombres e incapaz de iniciar una nueva relación.

Cuando Luis y Mariela se conocieron, entre ellos nació, casi de inmediato, un amor intenso y sincero. Luis hizo todo lo posible para que la relación llegara a buen puerto pero Mariela nunca pudo confiar en Luis. El recuerdo de lo acontecido con su marido invadía completamente su mente hasta anular cualquier posibilidad de unir su destino con el de otro hombre. Cuando llegué a tener todas las piezas del rompecabezas, los escritos de Luis adquirieron pleno sentido. De lo que no hay duda es que en esta historia hubo amor, mucho amor, ¡tal vez demasiado!, pero las circunstancias no fueron las más propicias para que Mariela y Luis pudieran disfrutar plenamente de sus sentimientos y llegar a convivir como una pareja que se quiere.

Nando, que, durante toda la noche, se limitó a escuchar y beber café, nos miró muchas veces a ambos con ganas de preguntar, pero, sobre todo, se sintió feliz al saber que dos personas a las que quería mucho habían zanjado sus diferencias. Y así terminó la noche: de madrugada.

Nando y Nieves decidieron marcharse y, en el descansillo, Nieves me dijo:

–Leo, me gustaría que lo que hemos hablado esta noche no trascienda. Mariela está pasándolo muy mal y no sé cómo acabará todo esto. Si te parece, olvidamos lo ocurrido –propuso ella.

–Por mi parte, no recuerdo ni sé nada de nada... –dije.

Y así quedamos. Yo, particularmente, me quedé más tranquilo, aunque, curiosamente, sentí mucho lo ocurrido entre Mariela y Luis, unas personas tan desconocidas y, a la vez, tan entrañables...

Capítulo 15. Mi cena con María

Y ahora, ¿qué? El relato posible, y hasta deseable, se ha desvanecido para Leo. No tiene otra opción que empezar de cero. O, quizás, no. Aún existen dos narraciones incompletas cuyos respectivos desenlaces pueden ser el inicio de una nueva historia. Y Leo tiene que vivirlos para saber a qué atenerse. En cada una de las dos historias, su papel es muy diferente. En la de María, su empleada en el bar, tendrá que tomar decisiones. En la de Nando, tendrá que esperar acontecimientos y reaccionar según como los mismos vengan. Son los dos extremos opuestos de las posibles actitudes ante la vida: dejarse llevar por la corriente o tomar la iniciativa. A veces, las circunstancias no nos conceden la posibilidad de elegir.

* * *

Por fin, llegó ese viernes que María seguro que ansiaba tanto y que yo no tenía muy claro qué pensar de él. Si no hubiera sido porque se me olvidó la fecha del dichoso cumpleaños, no tendría que haberme complicado la vida con la cenita de marras. Pero, ahora, no había posibilidad de escapar ni de inventar ninguna excusa. Marta estaba entusiasmada con nuestra cita. Y María, aunque intentaba ocultarlo, también estaba ilusionadísima con nuestro encuentro. No me gustaría que me malinterpretaran. No es que yo no quisiera tener una cena agradable con María. Es que temía que esa cena tuviera consecuencias que no sabía si deseaba realmente o no que se produjeran. ¿Tenía futuro una posible relación entre María y yo? ¿Podía, al final, estropear lo que era una buena amistad y una satisfactoria relación jefe-empleada? ¿Qué pasaba si la noche acababa por la mañana, tomando juntos el desayuno en casa de uno de los dos después de haber compartido sobre las mismas sábanas las largas horas de la madrugada? ¿Cómo debíamos tomarlo? ¿Como el encuentro puntual de una sola noche? ¿Como el inicio de un compromiso estable entre nosotros? ¿Y si cada uno lo tomaba de una manera diferente? Pufffff... Demasiadas preguntas en un momento en que los problemas no hacían más que amontonarse uno sobre otro.

Pero había que sobrellevar la situación. Decidí reservar mesa en un restaurante de los buenos, en pleno centro, cerca de la misma calle Larios, pero que no fuera ni muy discreto ni demasiado romántico, con el fin de no crear un ambiente ni de intimidad o complicidad excesivas. Además, tras la cena, mi idea era dejarla en su casa y despedirme de ella en el mismo portal. Un beso, ¡qué bien lo hemos pasado! y adiós. Al día siguiente, como en la canción de Julio Iglesias, la vida seguiría igual. Pero ahí fue donde mi plan empezó a desmoronarse. Porque, cuando la llamé a mediodía de ese viernes para ver la hora en que la iba a recoger y contarle dónde íbamos a cenar, ella hizo que yo tuviera que cambiar el paso sin dejarme tiempo para reaccionar.

—¿Sabes una cosa, Leo? Que me ha parecido una tontería que me lleves a un restaurante. Vamos a celebrar mi cumpleaños, ¿no? Pues, entonces, yo decido dónde quiero ir. Así que vamos a cenar en mi casa. Verás lo que te voy a preparar... ¡Vas a quedar encantado!

“Pues ese es el problema, hija mía... ¡Que me quede encantado...!” pensé yo.

—Pero, ¿para qué te vas a molestar, María? Eso va a ser mucha tarea para ti... Mejor vamos al restaurante en el que yo he hecho la reserva y así no tienes que complicarte la vida...

—Pero si ya tengo casi todo preparado... No me vayas a hacer el feo de no venir que te conozco, Leo...

La encerrona ya estaba hecha. No podía librarme. Era meterme en la boca del lobo. Pero había que hacerlo. Lo que más me preocupaba era lo ilusionada que se le veía a María. ¿Qué esperaba de esa noche? Temía partírle el corazón. Y empezaba a sospechar que iba a ser inevitable.

Llegué a casa de María a eso de las ocho y media. Cuando abrió la puerta, me sorprendió ver la casa a oscuras.

—Pero, ¿qué ha sucedido? ¿Han saltado los plomos? —pregunté ingenuamente.

María se llevó un dedo a sus labios pidiéndome que guardara silencio antes de animarme a entrar con una amplia y cálida sonrisa. Utilizó la luz del móvil para que no estuviéramos en la penumbra más absoluta hasta llegar al comedor de la casa. Una vez allí, me llevé una nueva sorpresa. La mesa estaba iluminada solo por velas. María había tenido que elegir la mantelería más elegante de la que disponía para la ocasión. Sobre ella, había dos bandejas de *sushi* y una botella de vino que observé, en cuanto me pude fijar en la etiqueta, que había sido elegida con exquisito buen gusto. María había ido a la peluquería para poder presumir ante mí de un precioso peinado y se había maquillado con sumo cuidado, de forma que sus hermosas facciones resaltaban aún más. Llevaba puesto un vestido negro que no le llegaba a las rodillas. Unas medias también negras estilizaban sus piernas y eran el detalle que faltaba para que luciera su elegante y bella figura en todo su esplendor. La realidad es que en solo tres minutos me había dejado completamente desarmado, de modo que me senté a la mesa sin poder pronunciar palabra y convencido de que, tal como iba la situación, María iba a hacer conmigo lo que le diera realmente la gana.

—¿Qué te parece, Leo? No puedes decirme que no me he esmerado... ¿Acaso íbamos a estar tan a gusto y comer igual de bien en el restaurante en el que habías hecho la reserva? Esta noche, en ningún sitio ibas a estar como aquí vas a estar. Eso, te lo prometo.

—La verdad es que te has empleado a fondo... Has hecho un gran esfuerzo. Te tengo que dar mi enhorabuena.

—No me des aún la enhorabuena. La noche no ha hecho más que empezar...

De momento, María me estaba ganando por goleada. Y tal como iba la situación, no sabía si iba a llegar a reaccionar o me iba a dejar llevar completamente por lo que ella hiciera. Y lo peor era que tampoco sabía si debía dejarme llevar o no...

Empezamos a comer las exquisiteces que María había preparado y mi cabeza no hacía más que dar vueltas sobre cómo tenía que actuar. La razón y los sentimientos estaban enfrentados y era consciente de que en esa batalla no iba a ser posible que existiera un vencedor porque la una y los otros estaban perfectamente igualados. María derrochaba simpatía y buen humor y yo estaba parapetado tras la empalizada de mis cautelas y mis temores.

—Mira, Leo, no sé lo que me pasa pero a los hombres de mi edad los veo muy poco maduros... Me parecen que no pasan de ser unos niñatos insoportables. Y yo no puedo pensar en tener una relación con alguien así. Quiero un hombre hecho y derecho que tenga claro lo que quiere, que sepa cómo tratar a una mujer y que no esté buscando un lío de una noche o de unas pocas noches... ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí, claro que te comprendo... Pero no creas que lo que dices es algo que te pasa solo a ti... Ni que pasa solo ahora... Eres una chica joven. Por tanto, los chicos de tu edad son también jóvenes... Y el ser jóvenes tiene sus virtudes y sus defectos. Entre las virtudes, están la energía, el entusiasmo, el optimismo... Y entre los defectos, están, lógicamente, que el carácter está por hacer, que faltan experiencias vitales importantes, que impera cierta arrogancia, que no se tienen en cuenta las necesidades e intereses de los demás... El madurar depende del tiempo... Y si eres joven, a lo mejor no has vivido el tiempo suficiente para ser una persona madura... Pero eso no basta para descalificar automáticamente a alguien...

—No, Leo, no... Hay comportamientos que son imperdonables... Y que el tiempo no va a servir para corregirlos... En todo caso, hará que empeoren... Te lo digo yo.

María seguía cerrando el cerco en torno a mí... No sé si estas palabras son las adecuadas... Parece, más bien, que estoy hablando de una cacería o de una persecución que no de una agradable cita entre dos personas que se respetaban y que, seguro, se querían. Pero esas palabras son, créanme, las ajustadas para expresar el dilema en el cual me sentía atrapado.

—María, ¿cómo crees que era yo cuando tenía una edad como la tuya? Pues era un “cabra loca” que igual podía hacer una cosa que otra y que iba por la vida sin ningún plan claro ni ninguna motivación firme...

María me miró fijamente y estiró uno de sus brazos para, con enorme cariño, unir nuestras manos.

–Leo, ¿por qué evitas el tema al que quiero llevar nuestra conversación?

No sabía qué contestar. En ese momento, no es solo que deseara a María. Es que sentía por ella un enorme afecto que no hizo más que acrecentarse y consolidarse conforme me iba revelando sus reflexiones y sus sentimientos. Pero la diferencia de edad entre nosotros seguía siendo para mí un obstáculo que veía incapaz de superar.

–María, por lo que has dicho hasta ahora, creo que me estás queriendo decir que me ves como una persona madura...

–Exactamente, eso es lo que quería decir...

–Pues, como persona madura que soy, te voy a decir algo que, quizás, pueda ser duro pero que es fruto de mi mayor experiencia, de ese rasgo de mi carácter que aprecias tanto... Soy mayor que tú. Y soy tu jefe. Eso hace que tenga que tener mucho cuidado en mi relación contigo. Lo que parece que va sobre ruedas, enseguida se puede torcer... Y puede dar lugar a trances amargos y desagradables... Somos buenos amigos. Muy buenos amigos. Y una bonita amistad tiene, muchas veces, más valor que lo que parece un amor apasionado. Porque los amores, muchas veces, vienen y van... Pero las amistades duran para siempre. Y yo no quería, por nada del mundo, perder la amistad que tengo contigo porque pienso que es de las cosas más valiosas que tengo en la vida.

María bajó la mirada con triste resignación. Estuvimos en silencio durante el resto de la cena. De vez en cuando, ella llenaba nuestras copas pero evitaba que nuestros ojos llegaran a encontrarse. Una vez que terminamos de comer, ella pareció recuperar la sonrisa.

–Supongo que no me rechazarás un Cutty Sark, ¿no?

–No, mujer. ¿Cómo te lo voy a rechazar? Ya sabes que es mi bebida favorita...

Después de que María se sirviera otro Cutty Sark, ambos nos sentamos en el sofá del comedor. Antes, María cogió un paquete de tabaco de uno de los muebles del salón. Me ofreció un cigarrillo y encendió otro para ella. Poco a poco, el humo del tabaco envolvió el silencio que aún manteníamos, el silencio que construíamos para hacer de ese momento un momento único: se instaló en nosotros la sensación de que no había otra opción posible, de que la nuestra era una historia que no iba a ser escrita, un relato sin imprimir, una narración sin exposición, nudo y desenlace. No sé cuánto tiempo transcurrió. Pero fue María quien puso fin a ese paréntesis sereno y callado.

–A veces, pienso que no te conozco, Leo.

–¿Por qué? Si yo soy un libro abierto... No tengo ningún secreto...

–Todos tenemos secretos. Los libros también los tienen. Muchos secretos. Yo creía que íbamos a pasar juntos esta noche. No sé... Tienes la imagen de ser un mujeriego empedernido. De ser un seductor a tiempo completo. Pensé que no ibas a dejar la oportunidad de estar conmigo si te lo ponía en bandeja... Pero he descubierto que eres una persona más compleja de lo que quieres aparentar...

–Es que esa imagen que muchos difunden de mí no es más que una caricatura... Dan a entender poco menos que soy un coleccionista de amantes. Y yo no soy así. Soy más romántico que ligón. Y también soy una persona responsable.

–Me he dado cuenta de que eres más responsable de lo adecuado...

–Esta noche, he sido responsable en su punto justo...

–No. Has rechazado algo que te podía hacer feliz... Y que me podía hacer feliz a mí. Y cuando dos personas son felices, transmiten esa felicidad a quienes les rodean. ¿Acaso no es ser responsable desear ser felices y transmitir felicidad? ¿Es responsable rechazar esa posibilidad? No lo veo así... En absoluto.

Estaba descubriendo facetas de María que ni imaginaba que podían existir. Estaba poniendo todo de su parte para que esa noche no quedara como un agujero negro en nuestras vidas. Y me estaba dando cuenta de que no se iba a rendir fácilmente. Recordé lo que me dijo Nando, esa larga perorata en la que me puso los puntos sobre las íes y en la que me dejó helado con una firmeza que nunca antes le había visto. ¿Estaría yo equivocado? ¿Debía dar un paso que, hasta ese momento, tuve claro que no iba a dar? Empecé a dudar... Y María lo percibió. Soltó su copa y dejó el cigarrillo sobre un cenicero que estaba sobre una mesita baja que había colocada al lado del sofá. Se acercó a mí con sus ojos clavados en los míos, antes de acercar sus labios a mis labios. Me empezó a besar con lentitud y con una tan honda demostración de cariño que me dejó completamente desarmado. Apagué el cigarrillo y eché la colilla en mi copa, ya vacía, y la abracé y la empecé también a besar. Al momento de silencio anterior, le siguió otro de pasión y afecto. Pero mi cabeza seguía dando vueltas. Mi cuerpo iba por un camino y mi cerebro, por otro muy diferente.

De repente, me vi sacudido por una especie como de fagonazo en mi interior. No sabría explicar qué me sucedió. Podría mencionar muchos motivos. Y no sería sincero con ninguno de ellos. Me despegué de María a la vez que mantenía mis manos sobre sus hombros. Le di un beso en la frente, me levanté del sofá y me dispuse a irme. Ella pareció quedarse congelada, sin saber cómo reaccionar.

Yo ya había abierto la puerta de la casa cuando María encendió la luz del pasillo que había acabado de atravesar. La penumbra se desvaneció y, por primera vez, contemplaba esa casa perfectamente iluminada. María estaba de pie con los brazos en jarras en la entrada al salón. En su rostro, había una expresión que era mezcla de rabia, enfado y tristeza.

–No sé que tienes en esa cabeza, Leo. No lo sé... ¿Qué te ha sucedido de repente? ¿Acaso no estábamos pasándolo bien? ¿Qué pretendes con esta huida? ¿Castigarme a mí? ¿Castigarte a ti mismo? ¿Castigarnos a los dos? La vida es muy corta, Leo. No tiene sentido que renunciemos a la alegría... Que renunciemos a disfrutar de las posibilidades que surgen para ser felices... Leo, por favor, ven... No te vayas. No dejes pasar este tren para el que el destino nos ha dado los billetes...

Yo no sabía qué hacer. A un lado, tenía a María, diciendo las palabras más bonitas que una mujer me había dicho nunca. Al otro, tenía las escaleras que daban a la calle. Estaba atrapado en un dilema que no sabía cómo resolver. Y, cuando te enfrentas a una situación así, siempre te dejas llevar por la intuición, de modo que, en el momento, piensas que has acertado plenamente y, con el paso del tiempo, te das cuenta de que, en ocasiones, en muchas ocasiones, es inevitable que tengas que equivocarte para resolver los dilemas que no tienen solución...

Capítulo 16. Noticias para Nando

Apenas puede dormir la noche anterior al día en que le daban los resultados de los análisis a Nando. Solo pude cerrar los ojos en algunos breves instantes y creo que pude caer dormido durante unos pocos minutos. Pero, enseguida, despertaba, acosado por pesadillas y pensamientos negativos. Así que a las seis de la mañana me levanté y fui al pub, con idea de hacer cualquier cosa: ordenar el almacén, arrojar a la basura todos las cajas y trastos viejos que me pudiera encontrar o limpiar el pequeño despacho donde guardaba los papeles del negocio o atendía, en ocasiones, a los proveedores. Lo que fuera por hacer tiempo y evitar pensar en lo que, de cualquier forma, para bien o para mal, iba a resolverse por sí mismo y que yo no podía controlar (eso era lo que más me enfurecía en mi interior).

A las siete y media, ya estaba para arriba y para abajo acumulando bolsas a la entrada del pub y llevándolas, poco a poco, a los contenedores de basura más cercanos. Y, entonces, vuelta a empezar. El sudor me caía por la frente. No sé si por el esfuerzo que estaba haciendo (que no era tanto) o por los nervios conforme sabía que se acercaba la hora fatídica. Me serví dos o tres copas de Cutty Sark con el fin de calmarme un poco. Pero, a pesar de ello, no hacía más que mirar el móvil una y otra vez. Pero nada: ni un mensaje, ni una llamada, ningún aviso... Me empezó a doler el estómago. Pero yo seguía erre que erre con mis trabajos, tenaz y obstinadamente...

A eso de las doce y medio de la mañana, oí unos golpes en la cortina metálica del pub, que estaba levantada a medias. La acabé de alzar y ahí estaba Nando, inmóvil y con el gesto inexpresivo. Entró sin decir palabra y se sentó en uno de los taburetes que había junto a la barra. Yo bajé nuevamente la cortina metálica y me puse de pie ante él, esperando a que me dijera algo.

– Leo, me ha llamado Francis y me ha dado los resultados...

Yo, todo tenso y agitado, le pregunté:

– ¿Qué? ¿Qué ha dicho?

Nando contestó de forma seria y escueta:

– Mal, muy mal...

– ¿Mal?

De repente, me dio un mareo que casi me hizo caer al suelo si no hubiera sido porque Nando me cogió por los brazos.

–Pero, Leo, ¿qué te pasa?

–No sé, Nando... Todo me da vueltas...

–Eso ha tenido que ser la impresión. Espera que voy a por Fabián a ver si te da algo...

Nando salió y, al cabo de unos dos o tres minutos, volvió con el farmacéutico, que traía una caja de pastillas en la mano. Fabián fue corriendo al otro lado de la barra. Cogió un vaso y lo llenó con agua. Volvió a mi lado y, tras sacar una pastilla de la caja, me dijo:

–Tómame esta pastilla con esta agua... Verás cómo te hace sentir mejor, Leo...

Me la tomé sin rechistar. Parecía estar más calmado. Pero, en pocos segundos, la situación de Nando volvió a ocupar todos mis pensamientos.

Fuera de juego

–¡Qué palo más grande, Nando! ¿Qué vamos a hacer ahora?

–¡Chico, si sé que te vas a poner así, no te digo nada!

–Pero, ¿cómo no me lo ibas a decir? ¡Si llevamos dos semanas esperando el resultado!

–¡Pero si los resultados han salido bien! ¡No tengo sida...! ¡Estoy limpio!

–Entonces, ¿por qué me has dicho que habían salido mal, hijo de puta?

Nando, entre temeroso e implorante, me contestó:

–Era una broma...

Yo no sabía muy bien cómo reaccionar ni qué decirle. Y no llegué a decidirlo porque, de repente, me dio otro bajón que, nuevamente, casi me hace ir a parar al suelo.

–Pero, Leo, ¿qué te pasa? –dijo Nando con expresión de terror en su rostro.

Entre él y Fabián me mantuvieron incorporado y, solo entonces, fue cuando el farmacéutico reparó en la copa con los últimos restos de *whisky* que había sobre la barra. Con gesto de preocupación, me preguntó:

–Leo, no habrás bebido alcohol, ¿no?

–Sí, dos copas y media... O algo así...

–Pero, ¿cómo no me lo has dicho antes? El alcohol es malísimo con la pastilla que te he dado...

–Pero, ¿cuándo quieres que te lo haya dicho? Si prácticamente has llegado y me has metido la pastilla en la boca, cabrón...

–Venga, vamos al servicio rápido... Tienes que vomitar todo lo que te has tomado... Alcohol, pastilla, todo...

Así que, ¡hala!, los tres al servicio y Fabián, ni corto ni perezoso, me puso de rodillas delante del retrete y me metió los dedos en la boca hasta casi llegar a la campanilla... Y se pueden imaginar lo que pasó. No es que echara fuera el alcohol y la pastilla, es que creo que eché hasta la primera papilla que tomé de bebé...

Volvimos a sentarnos junto a la barra y me tomé un par de vasos de agua que me hicieron sentir mejor. Así que pude volver a la carga contra mi amigo Nando, aunque, en ese momento, también pensaba que, con esos amigos, pocos enemigos me hacían falta para llevarme al otro barrio.

–Pero, Nando, ¿cómo has podido bromear con cosas así? Casi me has matado...

–¿Qué quieres que te diga...? Cuando don Francisco me dijo que no era sida, que estaba en ese uno por ciento milagroso del estrés, ¡tenía que explotarlo!

–¡Sí, cabrón! Pues lo hubieras explotado con tu prima, ¡coño!, no conmigo.

–¡Oye!, que yo también me he llevado un susto cuando te he visto tan mal...

– Sí, leches, pero el bajón me ha dado a mí y no a ti...

Pero, enseguida, tanto Nando como yo nos dimos cuenta de lo que significaban los resultados reales del análisis y dimos rienda suelta a la tensión que nos había estado atenazando durante más de dos semanas. No pudimos evitar que se nos saltaran las lágrimas y nos dimos un fuerte abrazo que puso fin a la breve pelea que habíamos tenido instantes antes. Creo que Fabián también se emocionó. Dio unas palmadas en el hombro a Nando y salió del bar para dejarnos solos en ese momento de alegría y liberación para ambos.

Al día siguiente, por la noche, Nando y yo recorrimos una larga lista de bares y pubs del centro de Málaga para celebrarlo. La verdad es que cogimos una buena “tajá” pero el motivo merecía la pena. En mitad de la juerga, cuando aún conservábamos algo de lucidez, Nando me hizo una confesión que me dio que pensar.

—¿Sabes una cosa, Leo? Esto que ha sucedido me llevado a reflexionar muy seriamente. Estoy más convencido de lo que te dije el otro día. Mi vida tiene que cambiar. No puedo seguir al ritmo al que voy. Tengo que sentar la cabeza. No solo eso. Tengo que cambiar mi estilo de vida. Ya no tengo edad para ir por ahí cerrando bares y ligando sin parar... Creo que hay otras cosas más importantes y no se puede vivir sin buscarlas ni sin intentar alcanzarlas... Voy a iniciar una nueva etapa... Quiero pasar página.

En ese instante, un aluvión de presentimientos inundó mi cabeza. No sé por qué pero supe que me iba a quedar solo. Que Nando iba a iniciar una fructífera etapa en su vida y que yo me iba a adentrar en unos tiempos no demasiado agradables... A pesar de la borrachera, supe que los buenos tiempos ya habían pasado.

Fuera de juego

Capítulo 17. 8 de febrero

Poco a poco, Leo se ha quedado sin historias del pasado a las que aferrarse. Todas ellas han acabado en callejones sin salida que lo condenan a la parálisis. Por ello, tiene que volver al punto de partida en el que empezó a recordar con la esperanza de salvarse a sí mismo. A lo mejor, encuentra algún relato que lo redima de una vida gris, aburrida y sin ilusiones. Es decir, que volvemos al presente...

* * *

El sonido chirriante del teléfono me devolvió de golpe y porrazo a la realidad... Al ser ocho de febrero, solo podía significar una cosa... ¡Ya llegaban las felicitaciones! Así que, querido lector, si aún estás ahí, perdona pero tengo que contestar.

—¿Dígame?

—“Buenos días, pan de higo” ¡Felicidades, mamonazo, mariquita, cateto!

No me lo podía creer...

—¡Nando, cabrón! ¡Qué alegría, tío! ¿Cómo te has acordado? —estaba muy sorprendido y emocionado.

—¡Vamos, Leo! ¿Cómo se puede olvidar un día tan importante para la humanidad? El nacimiento de un hijo de puta como tú... ¿Cómo estas, tío?... Imagino que más viejo...

—No me lo puedo creer. ¡El que menos esperaba! Bien, estoy bien... ¿Y tú?

—Bien, perdona... Tengo a alguien a mi lado, dándome el coñazo, que te quiere felicitar...

—¿Leo? — se escuchó una voz femenina con acento alemán.

—Sí, Inge, guapísima. ¿Qué tal estás?

—Bien, ¡feliz cumpleaños! Y muchos besos...

—Gracias, bonita. ¿Cómo te trata este capullo?

—Bien, muy bien. Aunque, a veces, creo que es *gay* porque habla mucho de ti...

Al fondo, oí a Nando decir:

—¡Dame el teléfono!

Y, entonces, se puso él.

—No le hagas caso, mariquita. Y, ahora, en serio. ¿Cómo estás, cabrito viejo?

—Muy contento, Nando. No me esperaba vuestra llamada. No sabes la alegría que me habéis dado. ¿Y vosotros?

—De maravilla, Leo... Por cierto, ¿nos tomamos unas copas para celebrarlo y una buena cena?

—¡Ojalá, Nando! No tienes cojones...

—Pues no, cojones puede que no tenga pero... ¡sí los billetes de avión para estar esta tarde ahí, en Málaga!, para invitarte a una... ¿qué digo a una?, a muchas copas y ¡a cenar, cabronazo!

—¡Anda ya! —le dije sin terminar de creérmelo...

Fuera de juego

–Sí, Nando, ¡ya tenemos los billetes para esta tarde! ¡Vamos a Málaga para verte y estar contigo! –dijo Inge.

–¡A ti, sí te creo! ¿De verdad que venís? ¿Viene Nandito? –pregunté muy emocionado.

–No, Leo. Nandito se queda con mi mamá. Solo vamos a estar el fin de semana y no queremos llevarlo para una estancia tan corta. En verano, más tranquilos, sí –me explicó Inge.

–¿A qué hora llegaréis? –pregunté.

–No lo sé, sobre las seis y media de la tarde... Pero no te preocupes, ¡conocemos Málaga! –dijo Nando riendo.

–Bueno, Nando, sabes que no tengo vehículo. Pero, si quieres, voy al aeropuerto y nos venimos en taxi...

–Gracias, Leo. Pero el mamón de mi hermano viene a recogernos, nos lleva a casa, saludamos a la familia y nos refrescamos... Por cierto, ¿dónde nos vemos, tío? ¿Y a qué hora? Y ¡sé puntual!, que llevo metida en las venas la famosa puntualidad alemana –dijo a carcajadas.

–No sé, Nando. ¡Donde tú digas!

–Leo, tiene que ser cerca de la playa. Ya sabes que a Inge le encanta, y, ¡coño!, yo también echo de menos el mar. ¿Sigue abierto el Restaurante Andrés, en el Paseo Marítimo?... ¡Cuántos recuerdos! Ese sitio es divino y, a lo mejor, sigue allí Julio. Además, Inge me está diciendo que sí, que ahí... ¡Decidido pues! ¡Allí! –sentenció Nando.

–Claro que está abierto, Nando... Pero vale un huevo. Mejor vamos a...

–Nada, Leo –me interrumpió él–. Al Restaurante Andrés. Déjate de historias, que invito yo y tú a callar... ¡Bueno!, mejor dicho, invita Inge que es la ricachona... ¿Verdad, cielo? –escuché como Inge se reía.

–¡Vale, Nando! Si Inge quiere allí, ¡no se habló más! ¿A qué hora?

–No sé... ¿Está bien a las ocho y media? No sé... Di tú... Y así nos da tiempo de tomar una copilla antes de cenar...

–¡Me parece perfecto!

–Pues nada, Leo. Un abrazo y besos. ¡Nos vemos luego! Que no se te olvide tu uniforme... ¡Ya sabes! La sábana para contarme tus fantasmadas... –me dijo descojonado ante su ocurrencia.

–Sí, Nando... Y la tuya también ¡capullo! Nos vemos a la tarde y que tengáis un buen viaje. ¡Besos y gracias! –me despedí y luego colgué.

No lo podía creer: venían Inge y Nando. No les veía ¡desde agosto!, cuando estuvieron con Nandito unos días. ¡Qué guay! ¡Qué alegría! Y, de nuevo, sonó el teléfono... ¡Ah, era mi hijo!

–Felicidades, papá. ¿Cómo estás?

–Muy bien, hijo. Gracias. ¿Y tú?

–Bien, bien... ¿Cómo te encuentras con un año más, viejecito? –dijo él entre risas.

–¡Otro cabronazo! Me encuentro muy joven... Creo que ¡más que tú! –le dije mientras me reía.

–¿Quién ha sido el otro cabronazo? –me preguntó mientras se mondaba de risa.

–Nando...

–¡Ah, Nando! ¿Te ha llamado?

–Sí, hijo. Además, viene esta tarde con Inge. Por cierto, vamos a cenar. ¿Te vienes con nosotros? Ya sabes que te quieren muchísimo.

–¡Qué bien, papá! Me encantaría pero hoy no puedo ir... Te llamaba para felicitarte y avisarte de que el domingo me llevo a tu casa. Comemos juntos y te llevo el regalo...

–¡Estupendo, Javi! Nos vemos el domingo, hago una paella y una ensalada, ¿vale? ¿O prefieres otra cosa?

–No. ¿Para qué vas a cocinar? Nos vamos por ahí y te invito, que ya he cobrado. ¿Te parece?

Yo, como sé que no le gusta demasiado la paella, le di la vuelta a la situación.

–Sí, Javi, pero invito yo –le dije pensando, no sé, que tal vez el domingo pudiera sacar del cajero con la cartilla... ¡Esperaba que sí!

–Papá, no seas tonto. ¡Te invito yo! Además, irá conmigo una persona que tiene muchas ganas de verte. Así que limpia la garita –dijo riendo misteriosamente.

–¿Quién es, Javi?

–No te lo digo... Que me ha dicho que te quiere dar una sorpresa. Solo te diré que... ¡nada, no te digo nada!, para que no te emociones y especules, que eso te gusta mucho a ti. Pero ten por seguro que no te voy a llevar una *stripper* para celebrar tu cumpleaños –se rio.

–¿Quién es? Bueno, mejor no te pregunto, que te conozco y, con lo cabezón que eres, sé que no me lo vas a decir... Entonces, nos vemos el domingo, nene. No vengas muy tarde, que para ti el reloj no se ha inventado aún...

–No, papá. Iré a una hora prudente. ¿A las seis de la tarde? ¡Es broma! Estaré a la una y media –siguió cachondeándose.

–Te espero. O, mejor, os espero. ¿Quién me has dicho que es? –tenía que intentarlo.

–¡Anda, papá! Un beso, cuídate y da recuerdos y besos a Inge y Nando. ¡Nos vemos el domingo! Si te hace falta algo, me das un toque al móvil, ¿vale?

–Sí, hijo, gracias. Un beso –me despedí y volví a colgar.

Bueno... ¿Quién será el o la invitada invisible? Ya lo sabré el domingo... Y, de repente, ¡otra llamada! ¿Todo el mundo se había coordinado para llamarme al mismo tiempo? ¡Oh!, mi madre.

–Leo, hijo, ¡felicidades! ¿Cómo estás?

–Gracias, mamá. Bien. ¿Y tú?

–Bien, también. ¿Vas a venir a comer?

–No, mamá. Hoy no puedo. Mejor, mañana sábado. ¿Sí?

–Sí, hijo, cuando puedas. Mañana te espero, que tengo tu regalo aquí.

–Muy bien, mamá. ¡Mañana nos vemos! ¡Un beso!

–Un beso, hijo. Hasta mañana. ¡Y come!

–Sí, mamá, comeré. ¿Cómo me iba a olvidar? ¡Hasta mañana!

–¡Espera!, que se pone tu hermana...

Fuera de juego

–Niño, ¡felicidades!

–¡Gracias, hermana!

–Mañana, ¿vienes a comer?

–Sí, ya se lo he dicho a mamá. ¡Mañana nos vemos! ¡Un beso!

–¡Un beso! ¡Hasta mañana!

Y se terminó la llamada.

Bueno, ¡pues ya están todas las felicitaciones! Ahora, solo me quedan los mensajes de amigos y amigas que se acuerden... ¡Ya sabéis! De los santos, sí, pero de los cumpleaños se olvidan. Y con las edades que tenemos... ¡todavía más!

Y, ahora, a prepararme. Voy a limpiar un poco la casita porque seguramente vendrán Inge y Nando... Bueno, limpiar, la verdad, no hace falta porque siempre está limpia. Yo suelo ensuciar más bien poco pero, desordenada, ¡está muy mucho! Por cierto, si vienen, como no les dé agua, porque lo que son bebidas... ¡Ah sí!, tengo una botella de vino tinto de Moclinejo que es buenísimo. Por cierto, ¡me lo iba a beber hoy en la comida para celebrar mi “cumple”! Pero, mejor, lo guardo para mañana. Aunque, conociéndoles, con una botella no cabemos ni a una ronda.

Ahora, me hago mi paellita... Espero tener avíos y, luego, ¡Dios dirá! ¡Vamos, eso espero!, que diga algo... De repente, suena el timbre, ¿Quién será? Joder, espero que no sea el casero: le debo, con este, tres meses, aunque me dijo que no me preocupara... Abro la puerta con mi lógico recelo y veo a un chico que reconozco de algo...

–¡Hola!

–Buenos días. ¿Don Leoncio León? –preguntó con cara de media risa.

–Sí, soy yo.

–Traigo este paquete para usted.

Yo miro y veo una caja bastante grande.

–¿Quién lo manda? –pregunté ante la duda.

“¿Quién coño me manda a mí un paquete? A no ser que sea una bomba...”.

– Don Alberto Mata – me dice.

– Don Alberto Mata, ¿quién es?

De repente, me acordé. “¡Ah, mi amigo Alberto, del Restaurante La Plaza!”. (Del cual os hablé al principio de mi relato... ¡Ya sabéis! ¡Al que le “sobraba” personal!).

–¡Ya! Tú eres unos de los camareros, ¿no? Ya decía yo que te conocía de algo. Pasa, pasa...

–Sí, señor. A mí, también me sonaba su cara...

–Pero, ¡por favor!, no me trates de usted... ¿Qué es? –pregunté señalando el paquete.

–Pues la verdad es que no lo sé. Don Alberto está de viaje y, antes de marcharse, nos dejó este paquete y un sobre con su dirección para entregárselo hoy –me dijo mientras me entregaba un sobre cerrado, en el cual había escrito: “D. Leo León”.

–Gracias, ¡déjala aquí! ¿Tengo que firmar algo?

–No, nada –se rio él.

–¡Pues gracias! ¿Quieres tomar algo?

–No, pero, de todas formas, ¡muchas gracias! ¡Adiós!

–¡Gracias a ti y hasta otro día! ¡Adiós!

¡Qué raro! Cogí la caja y, ¡coño!, cómo pesaba. Sin perder un minuto, la abrí... ¡Cojones con Alberto! La caja era como una pequeña cesta de Navidad. Tenía tres botellas de rioja tinto, dos botellas de Old Parr, lomo, salchichón, chorizo, ¡todo ibérico!, una lata de lomo en manteca, otra de lomos de atún, un pequeño queso manchego, una lata de caviar, y, ¡sorpresa!, ¡un Moët & Chandon! ¡Vaya con Alberto! Abro el sobre y saco una nota manuscrita que dice:

“Felicidades, Leo. Aunque no puedo estar contigo, quiero que sepas que me acuerdo de ti y deseo que tú también de mí. Eres un buen amigo, mi amigo. No te preocupes por nada que ya hablaremos cuando regrese. Ahora disfruta y sé feliz. Un abrazo de tu amigo Alberto”.

Y más sorpresas... En un pequeño sobre, había diez billetes de cien euros. ¡Mil euros! ¡No me lo puedo creer! ¡Qué hijo de la gran puta!

Hay veces en la vida que uno se tiene que tragar lo que nunca llegó a tener que masticar... “Y, aún menos, pensar”, me dije. Ni os cuento como había cambiado la cosa desde esa mañana, ¿no os parece? Pues sí, es verdad: “Que la vida te da sorpresas”. Saqué las cosas de la caja, guardé la pasta en la mesita de noche, mi caja fuerte particular, y me dije: “Leo, hoy, de paella, nada”. ¡Lástima que no venga a comer mi hijo Javi! ¡A él le gustan mucho estas pijadillas!

¡Bueno, Leo! ¡A comer, a beber y a relajarte!, que aún te queda la noche con Inge y Nando.

Tras picar un poco de los manjares enviados por Alberto, me senté en el sofá con un vaso corto con hielo y un poco de Old Parr y agua. Y aquí estaba, haciendo tiempo hasta que llegaran mis amigos desde Alemania. Más tarde, me ducharía otra vez, porque tenía unos calores que para qué, con tanta “pringue”.

Tumbado en el sofá, se me venían a la cabeza mil historias que me habían pasado en la vida... Seguía recordando tantas cosas pasadas... Pero, ¡oye! ¡que ya son las seis y cuarto! Con tanto hablar conmigo mismo, se me había ido el santo al cielo y ya era hora de prepararme. ¡A la ducha, Leo! Me metí en el aseo, me afeité y duché. En poco más de media hora, estaba en perfecto orden de revista, listo para asistir a la gran velada. No sé si por los nervios o por la comilona de ibéricos, tenía molestias en el estómago. Sentía un dolor extraño en el pecho, mucha pesadez...

Cogí un billete de cien euros de los que me había mandado Alberto, lo metí en la cartera y, directamente, ¡a la calle! “Lo primero”, me dije, “Leo, al estanco a comprar un paquete de tabaco y, en esta ocasión, del mejor. Nada de marcas potajeras”.

Llegué al estanco y, antes que nada, le pregunté a la estancuera:

–Perdona, ¿tienes cambio de 100 euros? Es que no tengo nada más pequeño...

¡Qué lujo poder decir eso!, ¿no? ¡Pues sí, qué leches!

La estancuera, que estaba hasta los mismísimos de contar monedillas cada vez que iba yo por allí, me miró y me dijo sonriendo:

–Claro que sí.

Fuera de juego

Le di el billete y, tras mirarlo, pasarlo por la máquina y mil comprobaciones más, me dijo:

–Leo, ¿lo de siempre?

Que era lo más barato... ¡Vamos si sería barato y malo que, en vez de estar la advertencia de “puede matar, etc., etc.”, se veía dibujado un nicho!

–No, Marlboro.

Me lo dio, me cobró y a la calle.

Como ya eran las siete y veinte, decidí coger un taxi y así hice. Vi uno, lo paré y, una vez dentro, comenté:

–Buenas tardes. Al Restaurante Andrés. ¿Sabe dónde está?

–Sí, señor. En el Paseo Marítimo, ¿no?

–Sí –le contesté.

Como no había apenas tráfico, a las ocho menos veinticinco ya estaba allí. Pagué y, cuando me estaba bajando del taxi, me acordé: “¡Anda, Leo! ¡No has llamado para reservar! ¡Veremos si hay sitio!”.

Entré al restaurante y, nada más entrar, un saludo que no me esperaba:

–¡Leo! ¡Cuánto tiempo sin verte!

–¡Julio! ¿Cómo estás?

Era mi amigo Julio. Lo conocía desde que yo tenía el bar de copas. Él, en aquel entonces, trabajaba en un restaurante cercano y solía venir una vez cerrado el restaurante, ya de madrugada. Y, cuando libraba, solía venir con alguna compañía agradable.

–¡Leo, me alegro mucho de verte! Pasa, por favor.

¡Allí estaba otra vez! ¡Qué recuerdos! Sobre todo, del último día que fui con Nando, en el tiempo en que lo pasamos mal con el tema de su enfermedad...

–¡Pasa, por favor! –me insistió Julio caminando hacia el salón mientras yo le seguía.

Cuando estaba a punto de avisarle sobre mi olvido de reservar mesa, me dijo:

–¡Aquí está la mesa! ¿Esta es la que reservaste?

–Pero, ¿cómo lo sabías?

–Por la reserva... –él cogió la agenda, la miró y me dijo–: Día 8 de febrero, señor Leo, mesa 1, junto cristalera, cuatro personas a las ocho horas... ¿Es correcto? –dijo con una radiante sonrisa.

–Sí, perfecto. Pero... ¿de cuándo es la reserva?

Él me miró extrañado.

–De ayer... ¡Ah!, ¿no llamaste tú? Ya me extrañaba... Pues esta es la mesa... ¿Te sientas, por favor? Si te parece, mientras esperas, te pongo una botella de rioja como siempre.

–Sí, está bien, Julio. Un rioja. El que tú veas. Lo dejo a tu elección.

–Gracias.

– ¡Gracias a ti! – contesté muy alegre.

Una vez servida la copa, esa tremenda copa, empecé a saborearla frente a aquel maravilloso ventanal desde donde se veía toda la bahía... Al momento, me trajeron unos pequeños canapés para acompañar el vino y, en ese momento, miré el reloj: las ocho... “Vamos a ver a qué hora llega Herr Nando”. Levanté la vista y, ¡hala!, ya estaban allí Inge y Nando.

El primer beso y abrazo fueron los de Nando y, después, los de Inge, mientras mi amigo aprovechaba para decir:

–¡Felicidades, viejo cabrón! –palmeando mi espalda.

–¡Gracias, capullo! Pero no me des tan fuerte que me vas a matar, borrico...

–¿Se nota, Leo? Va al gimnasio. Estaba ya gordo –dijo Inge riendo.

–¡Vaya músculos que te han salido a la vejez! ¡Estás duro, Nando! –dije a carcajadas.

–¡Duro de todo! –se rio él.

–Por favor, Nando, Leo, que hay más personas aquí –dijo Inge mirando las mesas de alrededor.

–¡Perdón! –dijimos los dos al unísono.

–Sí, ¡esta mujer me va a matar con tanto deporte y comida sana! Y tú, también estás duro... pero de los huesos que tienes, mamón. ¡Estás muy delgado! ¿Y eso?

–¡Deporte, Nando, mucho deporte gracias al gobierno de España y sus pensiones! La pensión española, ya sabes...

–¿Eso qué es, Leo? –preguntó Inge.

–Ya te contaré luego... ¡Vamos a brindar! ¡Por vosotros y mi sobrino, que os lo habéis dejado en las Germanias!

Y chocamos nuestras copas... ¡Qué recuerdos!

Aunque nunca me gustaron los tríos, empezamos a hablar de todo. Lo primero era preguntar por la familia de Inge (su madre, su padrastro, su tía...) y la familia de Nando. Ellos, al igual que yo, también preguntaron y se preocuparon por mi familia y, sobre todo, por mi hijo Javier, al cual tienen un gran cariño. Que fácil todo (con lo complicado que se supone que es entenderse entre tres personas) diciendo cada cual lo que se le venía a la cabeza, entremezclando una conversación con otra, pasado, presente y vete tú a saber.

Julio se acercó y, tras saludar a Inge y Nando, nos preguntó:

–¿Qué van a cenar?

–¿Queréis carne, pescado, o, mejor, salchichas de Frankfurt? –les pregunté sonriendo, a lo cual Nando contestó:

–¡No, por favor! Pescado... ¡Mucho “pescaíto” frito, a la plancha, a la sal, como quieras, pero pescado! ¿Verdad, mi vida? –dijo mirando a Inge.

–¡Siii, pescado! –se emocionó ella.

–Bueno, os pongo... –empezó a decir Julio cuando yo le interrumpí.

–Lo que tú veas mejor, Julio. ¡Confiamos en tu elección!

–¡Ah!, pero antes nos pones unas raciones de jamón y queso, añejo a ser posible. Inge me decía en el avión que tenía el antojo de jamón y queso, y no vaya a ser que... –le pidió Nando.

–¡Ahora mismo! –dijo Julio mientras se dirigía a la barra rápidamente.

–¡Brindemos, por... por nosotros! –dijo Nando y, tras beber la que era la segunda botella, Nando dio un toque con la cucharilla en la copa y dijo–: Bueno, Leo, el venir a verte no solo es para celebrar contigo tu cumpleaños... ¡que, por cierto, me importa un huevo! –dijo riéndose–. Inge y yo queremos informar al tito Leo de que... ¡vamos a ser papás de nuevo!

Cuando oí la noticia, se me saltaron las lágrimas y le di tres besos a Inge, uno en cada mejilla y un tercero en la frente. Luego, me abracé a Nando al que, por cierto, también se le asomaron algunas lágrimas. Volvimos a brindar y pedimos la tercera botella de Rioja.

–Bueno, Leo, dejemos las emotividades... –dijo Nando mientras se secaba las lágrimas–. Tenemos un proyecto que contarte y esperamos tu ayuda...

–Lo que queráis –les dije sin dudar.

–Leo, yo te contaré parte y ella, el final. Sin tener en cuenta las reglas de cortesía de “primero las damas y luego los caballeros”, comienzo yo –dijo riendo–. Lo primero, ya lo sabes: ¡Inge está embarazada! Sabes que, antes de casarnos, decidimos tener dos hijos y, con la edad que tengo..., quiero tener hijos, ¡no nietos! Así que, cuanto antes, ¡mejor!, esa es la primera noticia...

–¡Dudo muchísimo que haya otra que la supere! –les dije mientras les cogía de las manos a los dos.

–¡Déjate de mariconadas conmigo! Y no sobes más a Inge, ¡que te conozco! A ti, una mujer te da la mano y... ¡peligro!

–¡Qué mamón eres! –le contesté y él se rio.

–Lo segundo..., ¡queremos que tú seas el padrino! Pero, en cuanto a ponerle tu nombre..., pues la verdad ¡como que no! Porque ¡vaya nombrecito, leches! Ya te podías haber llamado Rafael, por ejemplo... Pero el padrino está decididísimo... Serás tú. Y el nombre, si es niño, será Javier, como tu hijo. ¿Qué te parece?

¿Qué me podía parecer? ¡El mejor regalo del mundo! No sabía cómo expresar lo que sentía en esos momentos... Pero, improvisando, como he estado haciendo toda mi vida, levanté la copa, me puse en pie y dije:

–Pues ahora toca brindar... ¡Por vosotros y por el padrino!

Nos levantamos los tres, tras brindar y beber... Nando se acercó y me dio un beso, parecido al de aquel día, hace años, en este mismo lugar, aunque aquel fuera por diferentes motivos, y en medio de una situación por la que todavía estoy dando gracias a Dios por que se resolviera favorablemente. Volvimos a sentarnos y Nando dijo:

–Bueno, ahora te toca a ti, Inge...

–¡Ah! ¿Pero hay más...? –le dije sonriendo.

–Claro que sí. ¡Calla, Leo!, que no has cambiado. Deja hablar. ¡Venga, Inge! Dile... –me regañó “papá” Nando.

–Vamos a ver como lo digo con la idiosincrasia tan personal y bonita que tenéis los andaluces. Leo, Nando y yo queremos que te vengas a vivir con nosotros a Alemania. A ver cómo lo explico mejor... –dijo con los ojos rojos y mirando a Nando mientras él la cogía de la mano.

–Inge, tanto ensayar y ahora... –dijo Nando–. Te entiendo, cielo. Tranquila. Continúa... –le decía mientras yo no salía de mi asombro.

–Perdona, Leo. Y no te enfades con lo que te voy a decir pero ¿qué haces tú aquí solo? Bueno, no solo, no sé cómo explicarte... Tu familia tiene su vida. Tu hijo, que es tu principal vínculo, también la tiene: su trabajo, sus

amistades, su círculo... Y tú, ¿qué?, Leo. ¿Qué haces aquí? ¿Aguantar a los trasnochados amigos que te quedan? Mejor dicho, ¡que nos quedan! Tienes una edad para poder disfrutar y vivir una vida con ilusión... Encontrar aquí una ocupación es complicado. Allí, no te faltaría de nada y, lo de menos, amigos. En cuanto al trabajo, si quieres puedes trabajar en la empresa familiar. Como sabes, mi madre tiene un pequeño hotel que ha decidido que gestionemos nosotros y, concretamente, Nando. Además, si te cansas o te aburres, coges el avión y en tres horas estás de vuelta. Pero te aseguro que no te arrepentirás. Te conozco algo y sé que esto sería la solución para ti. Y ¡una gran alegría para nosotros, Leo! Te queremos y nos gustaría que, por lo menos, ¡lo intentaras! Y ya no sé qué más decir, Nando. Perdona, pero es muy difícil decir sentimientos con palabras... –decía Inge entrecortada.

–¡Lo has hecho muy bien, cariño, muy bien! –le decía Nando mientras la besaba.

–Y, ¡bueno, Leo! ¡Di algo! –me animó ella.

–¿Qué voy a decir, Inge? ¡Gracias! Has estado perfecta, muy bien. Lo he entendido todo y ¡me ha llegado al corazón! Deberías dedicarte a la política. No sé si lo has dicho, como dices tú, “con idiosincrasia”, pero sí con mucha gracia y salero... –le dije mientras nos reíamos los tres.

–¡Aquí está el jamón para el antojo de la señora! –dijo Julio como caído del cielo.

–¡Coño, Nando! ¡Aquí no han cambiado las cosas! Los camareros están pendientes de lo que se dice, habla y de si se hace el amor o no... ¡Ojo, Inge!, que he dicho hacer el amor, en plan “fisno”...

–Es verdad, Leo. Esto no cambia... Qué cotillas... –dijo Nando mientras volvíamos a reírnos, brindar y, ¡cómo no!, comer jamón anti-antojos.

–Leo... –dijo Julio riendo–. No cambias, ¡ni cambies!

Yo le di una palmada en su espalda.

–¡Gracias, Julio! ¡Otro día te lo cuento!

Todo transcurrió con una tranquilidad inimaginable... Hacía tiempo que no me encontraba tan relajado, tan bien. “¡Qué semana!”, me dije... Y aún me quedaba la sorpresa de mi hijo Javi, ver a mi madre y recoger su eterno regalo, “la colonia”. (A veces, me he preguntado: Leo, ¿tan mal hueles que siempre te regalan colonia?). Además, después de tanto tiempo, a la vejez, me salen perspectivas de futuro...

Nos pusieron la típica zarzuela de pescado que sirven en Málaga y su costa, con toda clase de pescados cocinados de diferentes formas, tal y como había pedido Nando. ¡Todo exquisito! Los boquerones fritos, el bacalao, la rosada, los calamares, los chanquetes, la jibia... Estos manjares iban acompañados de la igualmente típica ensalada de pimientos. Inge y Nando disfrutaban, parecía que nunca hubieran probado el pescado. ¡Curioso! Echabas de menos lo que siempre ha estado junto a ti y nunca le diste importancia...

Terminamos de cenar y dije:

–Bueno, ahora os invito a la penúltima en mi casa, “la casita”.

–¡Sí, cómo no! Vamos a la mansión del conde Leo. La casa, bueno, la casita, con más encanto que he conocido en mi vida. Inge, creo que tú no la conoces. ¡Te vas a enamorar de ella, ya verás! –dijo Nando riendo.

Mientras él le daba un beso a Inge, ella le cortó.

–¡Vosotros sabréis por qué tiene tanto encanto! ¡Valientes dos inmaduros! Por cierto, Leo, tengo una amiga a la cual le encantará... ¡Seguro! Pero, claro, tienes que venir a Alemania para conocerla –me dijo sonriendo picarona.

–¿Te refieres a Claudia?

Ella asintió.

–Es verdad. ¡Está buenísima y, además, forrada! –dijo Nando riendo—. Eso sí, no hay un tío que la aguante una semana seguida... Así que deberás tener paciencia con ella...

Tras abonar la cuenta, ¡que solo Dios sabe lo que costó!, nos fuimos a despedir de Julio.

–Julio, ¡gracias por todo! El pescado, como siempre, ¡el mejor del mundo! ¡Todo perfecto! Muy bien. Y el oído..., también lo habéis mejorado. ¡Gracias! –dijo Nando a carcajadas.

–¡No le hagas caso, Julio! ¡Es cosa del vino! Que, aunque alegra el paladar, afloja la lengua. Gracias por todo, Julio. ¡Nos vemos! –me despedí yo.

–¡Gracias a vosotros! ¿No os tomáis una copita de Moët & Chandon, que ya está preparada? ¡Y, así, brindáis por el cumpleaños de Leo! –nos tentó el astuto y magnífico Julio.

–¡Vale! ¡Pero de piel! Que si nos sentamos, seguimos... –dijo Inge.

Y así lo hicimos. Brindamos acompañados por Julio y nos despedimos.

Cuando salimos del restaurante, Inge le dijo algo a Nando, él me miró y me dijo:

–Leo, dice Inge que le gustaría dar un paseo por la playa. ¿Vamos a dar una vuelta por el Paseo Marítimo y nos jugamos una rana?

–Vale, pero esta vez me pagas la apuesta que me dejaste a deber, ¡cabronazo!

–Sí, ¡el higo de tu hermana! –dijo Nando.

–¿Qué es eso de la rana, Nando? –preguntó curiosa Inge.

–Nada, nuestras gilipolladas...

Una vez en el Paseo Marítimo, saltamos el malecón y nos sentamos en la arena.

–¡Eh! Solo un ratito que, en el estado en que Inge está, no es cuestión de que se le resfríe el toto –dijo el bruto de mi amigo.

–¿Qué habláis? –preguntó Inge.

–Nada, tonterías que dice Leo...

–No le hagas caso Inge. Ha sido él...

–¡Desde luego que parecéis dos niños! ¡Viejos pero niños! –dijo Inge entre risas.

Estuvimos diez minutos tirando piedras como dos tontos, recordando y riendo... Aunque, eso sí, un poco más responsables por la sencilla pero imponente presencia de Inge y, sobre todo, por su estado.

–Venga, que hace fresco. ¡Vamos! –dijo Nando.

Ayudamos a Inge a levantarse porque casi se estaba quedando dormida y saltamos de nuevo el malecón.

Nada más salir, Nando paró un taxi y pusimos rumbo a “la casita”. Cuando llegamos, Inge, después de echar un vistazo o, mejor dicho, un vistacillo, hizo lo que toda mujer que se precie: preguntar por el servicio y entrar... Cuando salió, comentó:

–Disculpad, pero yo me voy a sentar un poco...

–Sí, cariño, tienes que estar agotada... No has parado en todo el día... –le dijo Nando y, aunque demasiado repetitivo, le dio los besitos correspondientes.

Nosotros, para no perder el ritmo, nos sentamos delante de la mesa camilla, nos pusimos una copa y continuamos hablando mientras ella se quedaba dormida... Le echamos una mantita para evitar que se enfriara y continuamos bebiendo y hablando, no sé, eso de, ¿te acuerdas de tal, de cual...?¿y aquella vez que nos pasó tal cosa?¿tú estabas el día que...? Recordando, ya solo somos recuerdos... ¿Quién nos iba a decir que estaríamos en esta situación después de lo vivido? Y recordé aquella frase tan repetida por mí en los malos momentos de mi vida: “Algún día nos reiremos de todo”.

Fuera de juego

Capítulo 18. Amigos para siempre

Nando y yo seguíamos conversando en mi “casita” como si no nos hubiésemos visto en agosto y como si, incluso antes y después de ese último encuentro, no hubiésemos estado en contacto por teléfono casi continuamente.

–Nando, esta noche, cuando estábamos en el restaurante, no he podido remediar acordarme de la última vez que estuvimos allí. No he querido comentar nada por Inge. Además, no era el día y aún menos el momento...

–Me lo imagino. Aunque ella lo sabe, ya se lo conté... Anda, ¿qué te crees? ¿Que yo no me acordé? Por cierto, ¿qué habrá sido de Paco, Paquirrín, el oportuno...?

–¡Ese la palmó! ¡Seguro! Con lo mal fario y cotilla que era el cabrón... –le dije riendo y siendo un poco cruel.

–Oye, Leo, ¡hay que ver! Después de pasarlo tan mal, con tanto secreto y misterio, y, al final, se enteró mi padre de todo... ¡Cómo no! El hijo de puta de Fabián se lo había contado a Jesús, Jesús a Javier, un amigo de mi hermano, mi hermano llamó a Ana, la mujer de Francis y la engañó diciéndole que yo se lo había contado... y, al final, lo sabía hasta el “guardacoches” del hospital... ¡Y. peor aún, mi padre! Menos mal que el resultado fue negativo...

–Ni me lo recuerdes. Tu padre me llamó y me puteó, que por qué no se lo había dicho, que no esperaba eso de mí... ¡No quiero acordarme! Menos mal que tu padre es un tío de puta madre y comprendió mi situación de mediador y confesor tuyo... Pero ¿sabes lo que más me jodió?

–¿Hubo más? –dijo inocente Nando.

–¿Cómo que si hubo más? ¡Coño!, que perdí la herencia que me ibas a dejar si la palmabas.

–¡Qué hijo de puta, cabrón...! Pero, ojo, ¡ganaste un amigo! –dijo mientras llorábamos de la risa.

–Sí, vamos, ¡un chollo!... Pero es curioso que, gracias a eso, dejaste la representación de bebidas alcohólicas, te hiciste inmobiliario y conociste a Inge... ¡Y fíjate hasta dónde has llegado y cómo estás! ¡Qué historia más bonita...! Al final, tenía yo razón: “Algún día nos reiremos de esto”. ¿O no? Por cierto, y cambiando de tema, ¿cuánto tiempo te tiraste acostándote con Nieves?

–¡Vaya cambio, mamón! De ciento ochenta grados para ser exactos... Pues lo de Nieves duró un año, más o menos, después de aquella noche en tu casa, que, por cierto, ¡eso era una casa y no este corralito! La verdad es que ella tenía una visión del tema de las relaciones personales demasiado liberal para mí. Por ejemplo, te puedo decir que yo no era el único. Recuerdo que un día me llamó para que fuera a su casa, ¡donde vivía con Carlos!, había venido un amigo suyo y quería que hiciésemos un trío...

–Y tú, ¿qué hiciste? –le pregunté.

–Yo le dije que no me atraía la idea... ¡Ah! Y otro día me dijo que lo hiciéramos contigo...

–¿Conmigo? ¡Haberme pedido opinión! –dije fingiendo indignación.

–¡Déjate de coñas, Leo! Con la labia que tiene Nieves, igual te hubiera convencido y, después, hubieras sido tú quien me hubiera convencido a mí.

–Pues sí. La verdad es que tenía un poder de convicción y una lengua que, vaya, si todo lo hacía igual, ¡joder, lo que me perdí! Y ahora, hablando en serio, esa noche me confesó que estaba enamorada de ti. Así que, todo lo que me has contado, no eran más que rabetas para que te fijaras en ella como mujer, no como objeto sexual...

–Leo... pues me dejás de piedra –dijo asombrado–. No sé qué decir... La verdad es que ahora creo que en esa época andaba demasiado confundido... Todo era estrés y tensión. Iba a un ritmo que ni yo mismo era consciente de lo que hacía y por qué lo hacía. Ahora, me alegro de haber dejado atrás todos esos problemas...

Leo y Nando se miraron a los ojos. Empezaron a ver su pasado como el de unos personajes que estaban en un relato que no les correspondía, un relato para el que no estaban preparados y del que desconocían todos sus resquicios y todas sus interioridades. Un relato que iba a continuar por su cuenta pero en el que ellos no iban a estar presentes.

–Pues, Nando, eso que has dicho me ha hecho recordar que hace poco me encontré a Pilar y me preguntó por ti insistentemente. Te está buscando como una loca. ¿No la dejarías embarazada, verdad? –le dije riendo.

–De eso, nada... Lo nuestro fue algo puramente circunstancial... Ya le dije que yo no estaba dispuesto a seguir el juego en el que ella estaba... Y peor, llegar a ser la pareja de la ex pareja nada más y nada menos que de Jesús... Vaya futuro tan triste y público, porque ese era capaz de airear cualquier cosa que se le ocurriera a los cuatro vientos... Y, por cierto, ¿qué pasó al final con María?

Cada vez que nos hacíamos una pregunta, mirábamos con disimulo en dirección a Inge y comprobábamos que seguía dormida, más que nada “por si las moscas”: no era cuestión de que se enterase de esta “curtida” conversación de fantasmas jubilados.

–Cuando le dije que iba a cerrar el bar, se ofreció a trabajar gratis. Luego, a buscar dinero y quedarnos el bar entre los dos. Y yo, a todo le respondía negativamente. ¡Ya sabes que en esa época yo estaba muy mal anímica y económicamente!, motivo que me obligó a, más que cerrar, dejar el bar. Y, aunque me arrepienta..., creo que hice lo oportuno. Como sabes, Fernando se interesó en él y, al final, ¡menos mal que llegamos a un acuerdo!, que, aunque regular económicamente hablando, con lo que me pagó casi pude liquidar las deudas acumuladas... No todas, porque a ti, por ejemplo, te dejé una buena losa... ¿Unos cuantos miles de euros? Nunca me lo has dicho. ¿Cuánto te dejé a deber, capullo?

–Bueno, no me cambies de conversación. Que eso no me interesa ahora. Ya te los cobraré cuando sea tu jefe. ¡Contéstame a lo de María! ¿Qué pasó al final con ella? –insistió el curioso de Nando.

–Tras mis negativas, una tarde me llamó y quedamos citados para tomar un café y, después de intentar convencerme sin éxito sobre lo del bar, me contó sus proyectos, que coincidieron con los que tú me habías advertido: cambiar de aires, irse a Soria con su hermana y trabajar en Madrid. Quedé en llamarla si cambiaba de opinión, pero no lo hice. A los pocos días, me llamó Marta, muy triste, y me dijo que María se había marchado, desapareció y ya no la he visto más, aunque hace unos días me volvió a llamar Marta y me dijo que María venía a pasar unos días con su madre, que está fastidiada a consecuencia de una caída que tuvo...

–Joder, Leo, ¡qué pena! Yo siempre creí y aposté porque acababais juntos... No sé por qué... ¡Ah! Y, hablando de marías, ¿qué pasó con la tal Mariela, la mujer misteriosa? ¿La viste más?

–No. Como Carlos terminó la relación con Nieves, dejó de venir al bar. Y ella también. En cuanto a Mariela, tampoco la vi más. Pero, en una ocasión, me encontré a Carlos y me comentó que la había visto por el Paseo Marítimo del Rincón, con su nieta y un señor de su edad. En principio, creí que era Luis. Pero, por las señas que me dio, seguro que no era él...

–¿Qué sería del tal Luis? –preguntó intrigado y nostálgico Nando.

–A Luis, sí me lo encontré un domingo en el Palacio de Congresos, en una exposición de pinturas, y me contó que se fue a vivir a Conil de la Frontera. Según parece, compró o heredó una casa de su madre y se quedó a vivir allí. Ahora se dedica a pintar. Conoció a una chica que es pintora o escultora y se fueron a vivir juntos. Me dio mucha alegría verle, estaba muy cambiado. No sé, lo vi muy feliz, incluso parecía más joven. Le comenté que tenía sus escritos y me dijo, más o menos, lo mismo que me dijo en su día, algo así como: “Ya verán la luz

cuando tú la veas”, o algo por el estilo. Comimos juntos, me presentó a su pareja y me dio su número de teléfono, su dirección y me invitó a pasar un tiempo en su casa.. Pero, tú ya me conoces... ¿Que hacía yo allí, todo tieso? Por cierto, Nando... ¿le contaste a Inge lo de la tortuga? –me reí mientras él miraba hacia el sofá.

–Leo, ¡eso es lo único que nunca le he contado, ni se lo contaré! De todas formas, la tortuga vivía sola y aburrida en ese jardín tan grande... ¡Solo contaban con ella una vez al año! Yo creo que le hice un favor porque, seguramente, en su reencarnación será un león o, quizás, el presidente del gobierno de España. ¡Vete tú a saber!

–¡Que cabrón, Nando! Anda que desearte a la pobre tortuga ser presidente de gobierno ¡y de España!, con lo mala que está la cosa. ¡Qué mala leche tienes! –me reí con él ante su ocurrencia.

–¡Qué de recuerdos, Leo! ¡Cuántas cosas hemos pasado juntos!

–¡Y separados...! ¿Te acuerdas cuando tu hermano te llamó para lo de la inmobiliaria...? –le recordé.

–¡Hombre, que si me...! ¡Fue el cambio de mi vida!

–Nando, ¿me permites que te lo recuerde tal y como me lo contaste?

–¡Claro, Leo! Venga, ¡cuenta que es lo tuyo! Adelante...

Fuera de juego

Capítulo 19. El cambio

El hermano mayor de Nando era copropietario de una inmobiliaria pero, por asuntos varios que no vienen al caso, le cedió el negocio y sus acciones... ¿Y cómo fue esto? Os lo cuento...

Tras la peliaguda situación que pasó Nando, un día su hermano le llamó por teléfono y le pidió que fuera a su oficina que quería hablar con él de negocios. Él se apresuró a ir con gran curiosidad. Una vez allí, tras pasar por su secretaria, entró en su despacho.

–Hola, Nando. ¿Qué tal? –le preguntó su hermano.

–Bien, Santi. ¿Y tú? –dijo Nando cordialmente.

–Muy liado con el trabajo. ¡Siéntate! –Tras sentarse, su hermano le dijo–: Mira, Nando. He hablado con papá y, después de lo que te ha pasado, hemos pensado que, como yo no tengo tiempo de llevar la inmobiliaria, voy a cederte los derechos, o, lo que es igual, las acciones que tengo en ella. ¡Así, matamos dos pájaros de un tiro! Tú dejas las representaciones, te quitas de la noche, te centras en algo más tranquilo y, a mí, ¡me quitas un peso de encima!

A Nando, al principio, le pareció un poco extraño, ya que su hermano lo único que le había dado eran disgustos y, muy de vez en cuando, los buenos días. Pero, bueno, pensó, alguna vez tendría que reconocer que él no solo era el pequeño de la familia.

–No sé si lo sabrás dijo Santi–. La inmobiliaria es una sociedad que hicimos Pedro y yo, que, como sabes, es un buen amigo mío. Me insistió tanto que accedí, más que nada por hacerle un favor, ya que yo aporté el título y él, el trabajo. ¿Tú conoces a Pedro? Es muy buena persona y yo lo estimo mucho, pero tampoco confío mucho en dejar en sus manos un negocio del que, al final, el responsable y titular soy yo... Por eso, he pensado en ti. Creo que los dos podéis hacer una buena labor y, por supuesto, sacar rentabilidad al negocio. ¿Qué te parece? –aclaró Santi a Nando.

–Bueno, si es así, en principio me parece bien. Si lo he entendido correctamente, en la sociedad seríamos Pedro y yo y los beneficios serían para los tres, ¿no?

–No, Nando. La sociedad la formaríais tú y Pedro. Yo solo apporto el título, nada más. Y los beneficios son a repartir entre vosotros. Yo no quiero ni beneficios y, mucho menos, perjuicios. Ni un céntimo. Lo único que pretendo es que tú seas el que custodie el título que yo he puesto. ¿Lo entiendes?

–Sí, vale, lo veo muy bien. No sé, como tú veas...

–Pues nada, así quedamos. Yo prepararé el traspaso de acciones de la sociedad y ya te llamo para que la firmes.

–Ok, Santi. Pero una duda: ¿Pedro está de acuerdo?

–Claro que sí. Además, no le queda otro remedio. Esto o cierro la inmobiliaria. Ya se lo he dicho y, lógicamente, lo ha comprendido –lo tranquilizó.

–Bueno, si es así...

–Así es. Son las once. Nando, ¿tú tienes algo que hacer ahora?

–¡No, tengo la mañana libre!

–Bueno, entonces, si te parece, te llegas a la oficina que está Pedro esperando, hablas con él y aclaráis las cosas. De todas formas, yo le llamaré y le diré que vas para allá...

Fuera de juego

–Me parece bien.

–Pues no se hable más. Confío en ti. Y, ahora, te dejo, que tengo una reunión.

–Estupendo. ¡Gracias, Santi! Ya hablamos!

–Venga, Nandito. Y ánimo. Ya verás. Tú, que estás acostumbrado y te gustan las relaciones, seguro que acabas encantado de este trabajo.

Tras despedirse del personal de la oficina de su hermano, Nando se dirigió a la inmobiliaria, que estaba en un emplazamiento bastante céntrico. En cinco minutos, llegó y, ¡joder!, que le estaba esperando Pedro, en la misma puerta, con las manos en los bolsillos... Nada más lo vio, dijo:

–¡Hola, Pedro!

–Nando, me alegra verte.

–Mi hermano me ha dicho que venga a verte... No sé si ya ha hablado contigo...

–Claro que sí. Entra, siéntate –dijo mientras él hacía lo mismo–. ¡Vas a ser el nuevo socio!

–No sé, eso parece...

–Bueno, pues toma nota –dijo Pedro mientras le dio folios y un bolígrafo a Nando, que no pudo evitar pensar: “Pues sí que tiene que haber trabajo para que me haya dado tantísimos folios para tomar nota”–. Comenzaré –dijo Pedro–. ¿Ves lo que hay en esta oficina? –preguntó.

Os diré que la oficina constaba de un solo despacho, amplio, en el cual habían dos mesas de escritorio con sus correspondientes sillones, sillas, ordenadores y todo tipo de material de oficina: fax, fotocopidora, una pequeña mesa de reuniones, etc.

–Sí, lo veo –contestó Nando.

–Bueno, pues la mitad es tuyo...

–¡Gracias, Pedro!

–Aún no me des las gracias... Lo que hay aquí, es decir, el mobiliario, tiene un valor inventariado de doce mil euros...

Nando, mirando, le dijo:

–Pues si tú lo dices... lo valdrá –contestó Nando.

–Nando, ¿estás de acuerdo con la valoración?

–¡Hombre, Pedro! Te repito: si tú lo dices, estoy totalmente de acuerdo –respondió Nando.

–Pues ¡me parece genial! –exclamó Pedro–. ¡Firma aquí!

Y le puso por delante un documento, en el cual se relacionaban todos los enseres de la oficina, así como su tasación y, al final, en la última hoja, ¿qué?: un reconocimiento de deuda por valor de seis mil euros...

–No entiendo... –dijo Nando.

–¿Qué parte no entiendes? –preguntó Pedro.

–Pues que, antes de empezar a trabajar, ya debo seis mil euros. Entonces, ¿cuáles son las acciones de mi

hermano?

–Pues el cincuenta por ciento –contestó Pedro.

–Pero aquí, ¿se debe todo...?

–¡Claro que sí! Si aún no hemos comenzado... ¿Qué creías?

Y ahí lo entendió todo. ¡Ya le extrañaba, ya, la generosidad de su hermano Santi! Le había cedido un negocio que era todo deudas. ¡Pues vaya negocio de los cojones!

Pedro lo miró y dijo:

–Nando, si quieres, en vez de firmar, puedes abonarlo en efectivo y rompemos el documento...

Nando, que no ha sido nunca muy listo, pero tampoco idiota del todo, firmó con la esperanza de que el negocio generase beneficios como para pagar esa trampa inicial o, en último caso, salir corriendo...

–No te preocupes, Nando. Ya verás que, a partir de ahora, de las comisiones y ganancias, una vez descontados los gastos de alquiler, luz, comunidad, gastos generales, etc., te iré descontando parte, hasta saldar la deuda. Por cierto, ya puedes acomodarte donde quieras. Esta es mi mesa. Ahora, si quieres puedes coger la que tú quieras...

¡Pero si solo había dos mesas en la oficina y en una estaba sentado él! ¿Qué elección le daba realmente ese tarado? “Empezamos mal las medias”, pensó Nando, así que mi amigo se sentó en la que estaba libre...

¿Qué os parece esta situación? Pues según el punto de vista desde el que lo queráis ver. Por un lado, bien, ya que Nando ya tenía un trabajo fuera de la nocturnidad y alevosía. También un despacho con mesa... Pero, por el otro, no le iban a regalar todo ese material y los gastos... ¡Normal! Nando ordenó su mesa (¡bueno, casi suya!, porque hasta que no la pagara... no lo era; pero tampoco hay que ser tan pejuguera).

Pedro le dio un catálogo con todos los inmuebles que tenían en venta, traspasos, alquileres, etc. Y él comenzó a estudiarlo... A su edad, ¡estudiando! Llegó la una del mediodía. Pedro cogió el teléfono y llamó.

– Oye, “cari”, ¿qué te tengo que llevar? –silencio–. Vale, vale, sí, tomo nota, vale, sí... –otro silencio–. ¿Para ropa blanca? Sí, sí, claro... Bien, un beso... ¡Hasta ahora!

Colgó y se levantó de su mesa, llena de prensa deportiva y poco más. Cogió la nota que había escrito mientras hablaba por teléfono, se puso sus gafas y la leyó. Cuando hubo acabado, le dijo a Nando:

–Bueno, me marcho. ¡Hasta mañana!

–¡Ah! ¿Nos vamos ya? –le preguntó Nando sorprendido.

–¡No, hombre! ¡Me voy yo! Tú, si te parece, te quedas hasta la una y media. Yo me marcho a la una porque tengo que hacer la compra para casa. ¡Ya sabes! ¡Las mujeres!

–Sí, me parece bien... Pero me pareció oír “hasta mañana”... ¿Por la tarde no trabajamos?

–Hombre, yo no. ¡Tú sabes que vivo en El Rincón! Y, por las tardes, venir aquí es un coñazo: aparcar, con el calor que hace... ¡No merece la pena! Yo suelo echar una siesta después de comer. Luego me despierto, me ducho y me marcho al club social a la partidita de dominó con los amigos. Pero tú puedes abrir a las cinco y cerrar a las ocho u ocho y media. ¡No creo que a partir de esa hora venga o llame alguien! No obstante, si te quieres quedar hasta las nueve, ¡tú mismo! Eso sí, si tienes algún problema me llamas a casa y, si no estoy, me dejas el mensaje en el contestador, que, cuando llegue, trato de contactar contigo... Porque el móvil lo apago... ¡Ya sabes! ¡No puedo estar jugando con un móvil encendido!

Fuera de juego

–Pues nada, Pedro. ¡Hasta mañana! –se despidió Nando, pensando que, con este ritmo de trabajo, tardaría mil quinientos años en pagar la deuda de la parte contratante de la primera parte (¡vaya, vaya...!).

Imaginaos esta situación... Un poco rara, ¿no os parece? A mi entender, cuando me lo contó Nando, me pareció que ese Pedro tenía “un poco de caradura el pollo”. Además, puedo aseguraros que es cierto lo que os cuento. Yo conocía a Pedro, sabía de qué pie cojeaba y Nando me lo confirmó, pero le animé, porque prefería que estuviera trabajando en la inmobiliaria a que volviera a su vida de Drácula.

Pasó una semana. El negocio fue marchando porque Nando era un fantástico relaciones públicas. Además, en aquellos tiempos todo se vendía, alquilaba, traspasaba, tardase más o menos. Recordad la proliferación de inmobiliarias en esos años. Pedro, diariamente, hacía su preceptiva llamada de la una para anotar el pertinente pedido que debía adquirir posteriormente en el hipermercado. Por la tardes, sus partiditas con los amigos mientras Nando se quedaba en la oficina chupando rueda para pagar lo antes posible esos seis mil euros que, una vez liquidó, solo Dios sabe dónde estaban y quiénes eran los receptores finales de ese dinero, pero... ¡Aquí no acaba esto! ¡Ahora comienza la guasa!

Un miércoles llegó Pedro a la oficina absolutamente pletórico.

–¡Buenos días, Nando! –dijo sonriendo.

–Hola, Pedro. Te veo muy animado...

–¡Fabuloso, Nando! Anoche, apareció en el club la señora alemana a la que le enseñé el adosado de La Cala y me dijo ¡que se lo queda! Repasamos las condiciones y me dio el OK. ¡Lo compra!

–¡Estupendo! dijo Nando cuando realmente pensaba: “¡Por fin, has vendido algo, aunque sea jugando al dominó!”.

–Sí, pero hay un pequeño inconveniente...

–¿Cual? –le preguntó Nando intrigado.

–Como sabes, en esta venta existe una cantidad en dinero en B, concretamente dieciocho mil euros, seis mil para la propiedad y los doce mil que corresponde a nuestra comisión...

–Sí. ¿Y qué? ¿No quiere pagar con dinero en B?

–Sí, Nando. Lo paga...

–Entonces, ¿dónde está el problema?

–Bueno... dice que lo paga, pero hay que ir a por el dinero a Alemania y, concretamente, a Kaiserslautern, o como se pronuncie...

–¡Ah, vale! ¿Y? Sigo sin ver el problema.

–Hombre, Nando, que hay que ir a Alemania ¡ya! a cerrar la operación. Ella se marcha mañana, porque dice que tiene la celebración de un aniversario de no sé qué, y he quedado en que esta noche concretemos cómo lo vamos a hacer. Es decir, cuándo vamos a ir.

Eso escamó a Nando pero esperó que continuara.

–Nando, yo iría... Pero, ya sabes, mi mujer no se quiere quedar sola en casa: los niños, una casa muy grande... En definitiva, ¡que no puedo hacer ese viaje!

Nando pensó: “¡Esto es más o menos como el día del reparto de muebles! Si no puede ir Pedro... ¿A quién le

tocará? ¡Correcto! ¡A mí!”. Y Pedro continúa:

–Nando, si te parece, vas tú, cierras la operación y recoges el dinero. ¿Te parece? ¡Ojo!, los gastos del viaje los pagamos a medias, claro está.

“¡No, hombre!”, pensó Nando, “¡si te parece, lo pago solo! ¡Tiene cojones la cosa!”. Aunque es cierto que a Nando le interesaba más que a Pedro: tenía claro que, en caso contrario, se perdería el trato, porque Pedro, por no enfadar a su mujer, ¡prefería perder lo que fuera! Ella era la heredera de una cadena de tiendas de confección y le mantenía. Pedro, los beneficios que obtenía en la inmobiliaria, los destinaba a sus caprichitos. Así que estaba todo claro.

Nando le miró y dijo:

–Vale, Pedro. ¡Voy yo!

–¡De puta madre, Nando! –exclamó Pedro.

“La tuya”, pensó Nando.

–Mañana, concretamos que es la una y me tengo que marchar. Luego a la noche, hablaré con esta familia y mañana te cuento –todo esto lo decía mientras cogía el teléfono para su llamada habitual, tras la cual, acabó diciendo–: ¡Hasta mañana!

–Adiós, Pedro...

Llegó el día siguiente y, ¡como siempre!, Pedro apareció a las nueve de la mañana. Porque, ¡eso sí!, aunque antes no lo he mencionado, a las nueve de la mañana estaba entrando en la oficina, hiciera frío o calor... Aunque, posteriormente, Nando se enteró de que no tenía más cojones porque llevaba a los niños al colegio... ¡Ah, golfo!

–¡Buenos días, Nando! –saludó alegremente.

–Hola, Pedro. ¿Qué tal anoche?

–Bien. Hablé con esta familia y me han dado la dirección y la cita... Hemos quedado el sábado por la mañana. No obstante, te he hecho un *planning* y he pensado que, si quieres, te puedes ir mañana viernes por la mañana en un vuelo chárter que sale para Frankfurt a las siete de la mañana y llegarás a las diez y media, aproximadamente. Luego, en el aeropuerto, coges un taxi, que te lleve a Kaiserslautern, que está a dos horas. Con lo cual, a las doce y media del mediodía estarás allí. Te firman los documentos, recoges el dinero, te vuelves en taxi y puedes coger de regreso un avión que sale a las siete media y ¡a las diez y media estas aquí, más o menos! Yo te recojo en el aeropuerto. ¡Y listo! ¿Qué te parece el planteamiento? –me dice, y yo pienso: “¡Será cabrón! ¡Que fácil hace este los planes para los demás mientras él se toca los huevos... ¡”.

–Pedro, pero ¡la cita es el sábado!

–Sí, así es, es el sábado. Pero, si llegas el viernes, terminamos antes. Si te vas el sábado, me será imposible recogerte... Los niños juegan un torneo infantil de tenis y me viene fatal. Y de la forma que digo, aparte de venirme a mí bien, con el chárter ahorramos una pasta...

–Bueno, Pedro ¡como veas! Pero avisa a esta familia que voy el viernes...

–Claro, ¡mañana mismo les llamo y se lo digo!

–¿No será mejor hoy? –“¡Ahora mismo!”, pensó Nando.

–No, porque si se lo digo hoy, me pueden poner pegas pero... si se lo digo una vez que estés de camino, ¿qué van a decir? ¡Ya sabes! Estos alemanes son muy serios y cumplidos.

Fuera de juego

–Por eso te lo digo, ¡capullo!, por eso...

–No te preocupes. Además, me ha dicho la señora que su hija está en casa... –Nando, para no continuar con una conversación de besugos, cedió.

–Como tú digas Pedro, haz las gestiones oportunas...

Y, como siempre, se puso a leer la prensa deportiva, intercalando, de vez en cuando, cuatro frases referentes al trato tan fabuloso que había hecho. Y tenía razón: les dejaba un beneficio importante, concretamente seis mil euros a cada uno... De los cuales había que descontar los gastos, ¡claro!

Sobre las doce, Pedro dijo:

–Nando, voy a la agencia de viajes a por los billetes de avión y te los traigo. He sacado del banco quinientos euros por si te hacen falta. Creo que está bien...

–Sí, hombre. De todas formas, yo llevo otros quinientos y las tarjetas, por si pasara algún imprevisto, que espero que no...

–Me parece bien –añadió Pedro–. Aunque no pensemos que vaya a pasar nada. Además, una vez que te dé el dinero, puedes disponer de lo que te haga falta y ya haremos cuentas. Vamos a quedar para mañana... Si te parece, te recojo a las cinco de la mañana. De tu casa al aeropuerto, tardamos quince minutos como máximo. ¿Qué te parece?

–Me parece bien, Pedro... Esta tarde no voy a venir a trabajar, para preparar los documentos...

–¡Ok, Nando, claro!

Cuando volvió, me entregó el billete de avión, el dinero y todas las indicaciones.

Como de costumbre, aunque esta vez un poco antes de la una, Pedro llamó a su casa para el pedido diario, tomo sus notas y, ¡cómo no!, se despidió con un:

–Bueno, Nando, me marcho. ¡Hasta mañana y descansa!

–Hasta mañana, Pedro –respondió Nando desganado.

Ahora, tenemos que volver a la madrugada del 8 de febrero... Bueno, ya era el 9 de febrero... Nando y Leo seguían hablando.

–Es verdad, Leo. Lo estás contando al pie de la letra. ¿Recuerdas? Ese día, nada más salir Pedro por la puerta, te llamé para contarte las novedades...

–¡Joder, sí que me acuerdo! Ahora, continúa tú Nando, mientras yo me bebo una copa. ¡Me encanta escucharte cuando cuentas esta parte!

–Venga, continúo yo –dijo Nando–. Yo me convertiré en el relator ahora...

» Recuerdo que te llamé y te dije:

» –Leo, ya está todo concretado. Me marcho mañana a las siete de la mañana... Tú que has estado allí muchas veces: en este tiempo, ¿qué ropa me llevo?

» Y tú me dijiste:

» –Nando, llévate algo de abrigo. Esta mañana, he hablado con Brigitte y me dice que estaban a quince grados, o sea, que hace un poco de “frío” para nosotros.

- » –Pero, Leo, ¿cómo va a hacer frío? Si hoy estamos a veinticinco grados aquí... A ver si me abrigo y me aso...
- » –Pues haz lo que te salga de los cojones... Tú me has preguntado y yo te he contestado... ¡Tú verás!
- » –No te pongas así, Leo... Venga, ¿qué me llevo? –te volví a insistir.
- » –Hombre, para un solo día, con que te llesves un traje y un par de camisas, mudas por si te cagas, el cepillo de dientes y una bolsa por si vomitas, ya está bien. Yo también me suelo llevar una caja de cien preservativos y, si me sobra alguno, me los traigo para el resto de la semana.
- » –Sí, Leo, para hacer la fiesta del globo... ¡Anda, fantasma! Me imagino que te llevarás también ¡la sábana!, bueno “las”, porque llevarás de repuesto...
- » –¡Ah!, qué mala es la envidia –dijiste tú–. Hombre de poca fe y esperanza –me dijiste mientras te hartabas de reír–. Bueno, tío, ¡que te diviertas! Por cierto, Nando. Veo este viaje un poco precipitado. ¿Por qué no te quedas a pasar el fin de semana allí? Si quieres, llamo a Brigitte, que te enseñe aquello, aunque sé que tú conoces Frankfurt, pero los pueblos cercanos son muy bonitos... Y el domingo te vienes... –me animaste.
- » –Tienes razón, Leo. Pero ya te he dicho cómo lo ha planificado Pedro para ahorrar. Si le digo eso, ¡le da un patatús!
- » –Bueno, tú verás. Pero, ya que sales de España, podrías aprovechar, ¡capullo!
- » –No, mejor acabo lo antes posible... Además, estoy un poco preocupado y nervioso por el asunto del dinero. No sé, creo que, cuanto antes se acabe, mejor. Ya nos iremos tú y yo más tranquilos un fin de semana...
- » –Vale, Nando. En eso quedamos. Y no te preocupes. Ya verás que todo te sale bien, te gusta, repites y te haces el rey del contrabando europeo –me motivaste mientras te reías a carcajadas.
- » –¡Claro! Sí, seguro que sí... El Al Capone europeo... Bueno, te dejo que me voy a casa a preparar las cosas...
- » –Pero, Nando, si lo que tienes que preparar se hace en diez minutos. ¿Quieres que nos veamos esta tarde en mi bar y nos tomamos unas copitas?
- » –No, Leo, que te conozco. Además, me quiero acostar temprano y fresco que mañana, a las cinco de la mañana, el capullo de Pedro estará en la puerta de mi casa y quiero llevar buen cuerpo, ¡no una resaca de muerte!
- » –Pues lo dicho. Buen viaje, Nando. Un abrazo, que folles mucho y te acuerdes de los amigos –me sugeriste mientras te mondabas de risa.
- » –Vale. Un abrazo, cabrón. ¡Nos vemos el domingo en tu bar!
- » Y, por fin, te colgué...
- » Menos mal que el día anterior se habían ido mis padres una semana al apartamento de Nerja, porque, si no, mi madre me hubiese preparado ocho maletas por lo menos. No obstante, a las seis me llamó mi madre para darme, como siempre, los mil consejos que me daba antes de salir a algún viaje, aunque fuera a la esquina. Cuando eran ya las siete, le dije:
- » –¡Venga, mamá! Que tengo que hacer las maletas... Cuelgo que me duele ya el oído...
- » –Sí, sí, hijo... Pero ten cuidado... ¡Cuídate y no te acerques a nadie no vaya a ser que vayan con malas intenciones! No confíes en las mujeres que tú eres muy inocente...
- » –Sí, sí, mamá –la interrumpí con intención de colgar.
- » –Espera, hijo, que tu padre quiere despedirse de ti...

Fuera de juego

» Mientras, escuché a mi padre.

» –¡Venga, Carmen! Que es ya muy mayorcito para esto...

» –¡Fernando! –replicó mi madre–. ¿No te vas a despedir de tu hijo? Desde luego que, ¡hay que ver qué duro eres!... ¡Ponte ahora mismo!

» –Sí, Carmen, me pongo –dijo él absolutamente derrotado.

» –¡Hijo, buen viaje! Un beso –mientras le dijo a mi madre–: ¡Ya está, Carmen!

» –Qué despedida más sosa, ¡por Dios! Hijo, besos...

» –Sí, mamá, adiós.

Y, al fin, pude colgar. Hombre, yo comprendo a las madres, pero hay veces que ¡vaya tela!

UNA FRASE, UNA REALIDAD (9)

Había otra gran frase de aquella gran señora a la que ya me referí con anterioridad:

“Si te quieres llevar bien con una madre, nunca le digas la verdad sobre sus hijos”.

Fuera de juego

Capítulo 20. Oscuro secreto

» Metí en la maleta las cosas más básicas y dejé preparada la ropa que me iba a llevar puesta el día siguiente. Me acosté después de poner tres despertadores, por si las moscas.

» Y llegó el viernes. A las cinco de la mañana, ya estaba Pedro esperándome delante de casa. Bajé, nos saludamos con un corto “¡buenos días!” y nos marchamos camino del aeropuerto. Durante el trayecto, me dieron ganas más de cien veces de volver a casa y acostarme. Pero ya no podía echarme atrás. ¡Valiente lío! Pedro no paraba de hablar y su final siempre era el mismo...

» –Menos mal que estoy cerca de mi casa porque, cuando te deje, tengo que recoger a los niños y llevarlos a las clases de tenis.

» ¡Y a mí que me dieran por saco! Hacer más de dos mil kilómetros de ida y otros tantos de vuelta, sin tener ni idea del idioma y, encima, cargado con dinero B o negro, como le queramos llamar. ¡De cárcel! ¡Tiene cojones y vaya tela que tenía la cosa! Pero él, dale que dale con los niños de los cojones. Ya podría su mujer moverse un poquito y llevarlos... ¡Coño, que el colegio estaba a cincuenta metros de su casa! Por fin, llegamos, porque si llega a ser más largo el trayecto, me lo como crudo. Paró el coche, me bajé y, casi sin parar, me dijo:

» –Buen viaje, Nando. Buena suerte.

» Lo de “buena suerte”, me resultó un poco sospechoso... ¡Será hijo de puta! ¡Tranquilo, mejor te callas, Nando, y no pienses más!

» Bueno, para los que habéis viajado en avión, no hace falta que os cuente todo el rollo de los trámites de facturación una hora antes, pasar por aduana, etc. Después, el embarque. Te recoge un vehículo tipo autobús, te lleva a pie de avión, subes las escalerillas, te saluda una señorita que, según todos, está muy buena, te sientas, al ratito oyes por los altavoces al piloto que te cuenta una historia que, salvo yo, me parece que nadie le pone atención. De buenas a primeras, una azafata sale a acojonarte, explicándote todas las salidas por si se estrella el avión, ¡qué mal rollo!, la verdad a eso no presté atención porque, si no, me bajaba directamente. Luego, te avisan de que te abroches el cinturón y, poco después, te quedas pegado a él. ¡Vaya tirón! Y a volar...

» Y, ¡hala!, ya se puede fumar, beber, ir al servicio... Así que este hombre, llamado Fernando, en cuanto se acercó la azafata y le preguntó: “¿Desea algo el señor?”, contestó:

» –Pues una copa como un piano de cola.

» Y te traen esas botellitas de las que te sueles beber seis o siete. A la tercera, te fijas en la azafata y piensas: “La verdad es que sí, ¡que está muy buena! Tienen razón”.

» Es verdad que el tiempo del vuelo, por lo menos a mí, se me hace más o menos corto en proporción al alcohol que tenga en mi cuerpo. Y eso lo puede asegurar un servidor. Tras ese corto-largo viaje de dos horas y cuarenta y cinco minutos, aproximadamente, aterrizamos en el aeropuerto de Frankfurt. ¡Qué inmenso!

» Una vez recogida la maleta de la cinta de equipajes, me apresuré a pasar por el control de aduana. Ni se fijaron en mí. Eso me tranquilizó. Pensé: “Si a la vuelta es igual, de puta madre”. Tras lo cual, fui persiguiendo los carteles de *Exit* en busca de la salida, para localizar un taxi e ir cumpliendo el *planning* del cabronazo de Pedro.

» Durante mi travesía, todo bicho viviente que se cruzaba conmigo me miraba de una forma extraña. Seguramente, sería por el moreno de mi piel, pensé, aunque lo más probable es que fuese por la cara de gilipollas que llevaba. Diez minutos después, divisé la tan esperada *Exit* final, unas enormes puertas de cristales con apertura de sensores de aproximación, ¡ya saben!, te acercas y se abren automáticamente, te alejas y se cierran... Se nota que yo veía *Barrio Sésamo*, ¿verdad?

» Una vez fuera, ¡sorpresa!, sentí como un golpe enorme en el pecho que me hizo retroceder. “¡Joder!, que frío”. Yo había salido de Málaga con veintisiete grados, por lo que mi vestimenta era de verano. Pero, al llegar allí, me encuentro con dos grados. ¡Qué barbaridad! Retrocedí y entré de nuevo en el aeropuerto. Exhausto por la impresión recibida, me senté, para recuperarme, en una especie de asientos que había allí instalados.

» Me acordé de lo que me había dicho Leo. Allí mismo, abrí la maleta, saqué un jersey de entretiempo y me lo puse, lo que me alivió un poco mientras me relajaba del susto. Comprendí por qué me miraban tanto. Dirían: “¿A dónde va este chalado con vestimenta de verano?”. Una vez repuesto, salí de nuevo a la calle. “¡Pero qué frío!”. Me dirigí hacia una parada de taxis que vi a lo lejos y, nada más acercarme, el taxista me saludó amablemente, abrió el maletero del vehículo e introdujo la maleta en él. Yo correspondí al saludo en español y le entregué el folio en el cual estaba escrita la dirección donde me dirigía. Él asintió con la cabeza, antes de iniciar la marcha.

» Le pregunté en plan indio “cuánto costar”, haciendo un gesto de chasquido con los dedos, y el hombre me preguntó:

» –¿Español?

» –Sí, le contesté –y me dijo el importe en un perfecto español.

» A mí me pareció un precio aceptable y, ante mi conformidad, ¡en marcha!

» Efectivamente, como me dijo Pedro, la distancia era de una hora y media, más o menos, así me lo confirmó el taxista. Durante el trayecto, no paró de hablar de España, ya que en varias ocasiones había pasado unos días en casa de unos familiares que tenían un apartamento en Mijas y tenía muchos amigos allí. ¡No paró el cabrón! Como buen taxista que era, me preguntó a qué había venido. Yo le contesté que a visitar a unos amigos (no le iba a decir que a llevarme dieciocho mil euros en dinero negro, no parecía nada conveniente).

» ¡Qué forma de conducir! Muy bien pero a unas velocidades de vértigo. Lógico con esas carreteras amplias y, sobre todo, bien señalizadas: así era un gustazo conducir. El viaje se me hizo ameno gracias a la conversación del genuino taxista y, por fin, llegamos a Kaiserslautern. Más que bonito, ¡bello! El paisaje era de cuento. Un pueblo, bueno, más bien una ciudad, pero una ciudad preciosa, todo cuidado y conservado. ¡El estilo alemán!, con sus típicas casas de madera, parques, jardines y mucho verde, ¡muchísimo verde!

» Entramos en una especie de urbanización de apariencia residencial donde todas las casas, si no iguales, guardaban una similitud unas con otras sin romper el encanto de su entorno. El taxista, tras comprobar la dirección con la especie de plano que le di, exclamó algo en alemán mientras se detenía delante de una preciosa casa. Volvió a comprobar y me dijo:

» –Aquí es, señor.

» –Gracias –le contesté.

» Nos bajamos del vehículo y él abrió el maletero, sacó la maleta, entregándomela con agrado y cuidado. Yo, que durante el trayecto había preparado el importe tratado más cinco euros de propina, se lo entregué. Él me dio las gracias y un apretón de manos, dirigiéndose nuevamente hacia su vehículo. Me dedicó una última frase:

» –¡Qué lo pase bien, señor!

» –¡Gracias, nos vemos en Mijas! –le contesté.

» Él sonrió mientras levantaba el pulgar guiñándome un ojo.

» Tras colgarme la maleta, me dirigí a la puerta de entrada y pulsé el timbre. En segundos, se abrió la puerta y apareció ¡una chica preciosa!, el prototipo de alemana: piel blanca, pelo rubio, ojos azules, estatura media y un cuerpo que a mí me pareció de escándalo. Ella me miró y, seguramente, pensó igual que yo: “¡Qué maravilla de

- hombre! Piel morena, pelo negro, ojos negros, estatura media y un cuerpo de escándalo!”. ¿Que exagero? ¿Y qué? De los modestos, nunca se ha escrito nada.
- » Después de esta exposición de personas y situación, yo, entrecortado, le dije:
- » –Buenos días. Mi nombre es Fernando y vengo de Málaga, España. ¿Me entiende?
- » Mientras yo hablaba, la chica sonreía. Después de mi presentación, contestó.
- » –Hola, sí. Encantada. ¡Soy Inge, la hija de Andreas! Pase, por favor –dijo ella radiante, abriendo de par en par la puerta–. ¡Hace frío en la calle! –dijo mientras me miraba la vestimenta tipo Ibiza en agosto.
- » –Sí, sí que hace... –le dije mientras traspasaba el umbral de la casa.
- » Si ella era bonita, la casa era la “repera”. ¡Vaya casa! Toda de madera, con mil y una alfombras cubriendo casi la totalidad del suelo y una temperatura superagradable. Ya saben, allí, o tienes calefacción, o la palmas. Con esas temperaturas, ¡ya me dirán!
- » –Siéntese –me dijo señalando un precioso sofá que se encontraba en un gran salón con una decoración exquisita, propia del lugar y de la categoría del inmueble.
- » Tras sentarme, después de ella lógicamente, me dijo:
- » –Usted se llama Fernando, ¿no?
- » –Sí, pero no me hables de usted –le contesté, pensando en intimar.
- » –La cita era mañana, ¿no?
- » “¡Coño!”, pensé, “el hijo puta de Pedro, con el rollo del colegio de los niños, del hipermercado y de su nación, no ha avisado del adelanto de los planes... ¡Empezamos bien!”.
- » –Sí, era mañana. Pero mi compañero Pedro creo que ha avisado a su madre...
- » –Pues no sé, porque le espera mañana –dijo ella –. Voy a llamarla. Está en casa de mis tíos. Hoy es el aniversario de la muerte de mi papá y lo celebran juntos.
- » –Vaya, lo siento –le dije sinceramente.
- » –¡No! –sonrió ella–. Mi papá murió hace veinte años. Lo de hoy es un recordatorio.
- » –¡Ah, bien!
- » Y pensé: “Pues, entonces, no lo siento tanto”.
- » La chica se levantó y salió del salón. Yo me quedé con cara de “pasmao” mirando aquella decoración tan exquisita. De pronto, volvió a entrar.
- » –¡Fernando!
- » –¡Qué susto! –me había pillado completamente absorto.
- » –Perdón, le he asustado... –me dijo sonriendo al darse cuenta del salto que había dado.
- » –No, estaba pensando...
- » ¡Vamos!, como si el pensar te diera motivos para dar esos saltos.

» –¿Quiere un café?

» Yo, la verdad, no suelo tomar café salvo en el desayuno, porque me pone nervioso, pero, por educación y por no pedirle un vodka con naranja a la hora que era, le contesté:

» –Gracias.

» Por lo que se ve, la chica, al oír “gracias”, lo entendió como quiso y me trajo un vaso de medio litro con café, café, de ese al que le pones la cucharilla y se queda clavada por su densidad. Ella también llevaba en su mano otro pedazo de café que ni os cuento.

» –¡Gracias! –dije alucinando.

» –Por nada –contestó ella y se quedó mirando.

» Qué ojos, qué preciosidad, yo la miraba como las imágenes más románticas que recordaba de *La dama y el vagabundo* e imaginaba que sucediera algo parecido a lo que ocurre en la famosa escena de los espaguetis. Me llevé el vaso a la boca y comencé a beber. Ella, entonces, dijo:

» –Llamé a mi mamá. Me dice que viene para casa.

» Yo, con la boca seca que traía, sin olvidarnos del nerviosismo, me había bebido hasta la última gota de café. Inge, que se dio cuenta, me dijo:

» –¿Lo has terminado? ¿Te traigo otro?

» No me dio tiempo a contestar: en segundos, tenía entre las manos otro medio litro de café.

» –Toma, Fernando.

» –Gracias –le dije y se quedó mirándome.

» Yo empecé a beber y, en ese momento, sonó el teléfono..

» –¡Perdón! Si quieres algo, me llamas –me dijo mientras se marchaba.

» De buenas a primeras, empezaron a emanar de mi cuerpo serrano una serie de tics. El ojo derecho se abría y cerraba como si un muelle lo impulsara; la pierna daba saltos, ¡no sé por qué!, porque alegría tenía poca. Me dieron unas ganas enormes de fumar un cigarro, no sé, por eso de que el tabaco tranquiliza y porque me gustaba mucho fumar... Miro y observo: ¿No hay ceniceros a la vista? Continúo mirando y justo a mi lado, en una mesa esquinera, veo un jarrón tipo bol con tapa. Lo abro y ¡sorpresa! estaba lleno de tierra. ¡Ya está!, el cenicero. Por educación, antes de encender el cigarro llamé a la chica.

» –Inge, Inge...

» Pero no contestó, aunque la oía hablar a lo lejos, imagino que por teléfono. Ante mi desesperación, ni corto ni perezoso saqué un Marlboro, lo encendí y en un ¡plis plas! me lo fumé. Con disimulo, echaba las cenizas y la colilla en el bol y lo tapé pero... ¡hala! Sigo nervioso... Oigo que la chica continuaba hablando y pensé: “Tanto en Alemania como en España, la mujer coge un teléfono y no para hasta dejarlo listo. ¡Frito, vamos!”. Bueno, pues me fumé otro y, así, hasta cuatro seguidos, fumados y apagados. De vez en cuando, abanicaba con mi mano los olores y humos para que desaparecieran en aquel gran salón. ¡Qué iluso!

» De repente, dejé de escuchar que la chica estuviera hablando, oí unos pasos tipo desfile militar y reapareció Inge... Cada vez me parecía más bonita. Entró en el salón y comenzó a olisquear como notando el olor a tabaco. Yo me acojoné y decidí decirle que había fumado pero ella me miró y dijo:

- » –Era mi mamá. Dice que, en media hora, estará aquí. La tiene que recoger Klaus, su novio, y vienen para casa.
- » Inge se dirigió hacia el fondo del salón, donde había un gran ventanal, y abrió una de las puertas. Yo ya no me atrevía a decirle nada, salvo que me lo preguntase.
- » –Fernando, mientras esperas te pondré un café. ¿Quieres unas galletas? –me ofreció amablemente.
- » –No, gracias, no te molestes...
- » –No es molestia –dijo mientras retiraba mi vaso vacío de la mesa y se marchó mirando las alfombras, quizás para ver si había tirado las cenizas en ellas y, visto y no visto, aparece con otro café y unas galletas.
- » –Toma, Fernando –me ofreció mientras ella se bebía el otro medio litro de café.
- » Pensé: “¡Aquí, los cafés se harán por cubos, no por cafeteras!”. Ella se quedó mirando y yo, por no hacer el feo, me bebí de un tirón el café y me tragué una galletita. De nuevo, sonó el teléfono.
- » –Perdón –se disculpó mientras volvía a desaparecer.
- » –No te preocupes –le contesté yo.
- » “Nando”, me dije, “no bebas más café que te va a dar un infarto. Bueno, mientras habla, que eso sí que tiene esta chica, hablar por teléfono lo sabe hacer muy bien, me fumaré un cigarro...”. ¿Uno? ¡Cinco!, que es el tiempo que duró la conversación telefónica. Menos mal que no era un móvil, porque me imagino que, en años posteriores, esta chica pasaría a ser una clienta preferente.
- » Inge entró de nuevo en el salón y volvió a husmear al viento en busca del olor existente, mientras me explicaba:
- » –Era mi tía. Mi mamá ya viene de camino.
- » –¡Ah, bien! ¡Estupendo!
- » –¿Te gustan los jardines, las flores? –me preguntó con cara de duendecillo.
- » –Sí –le contesté.
- » –¿Quieres ver el jardín? –me invitó, señalando hacía la cristalera que anteriormente había abierto.
- » Yo creo que fue una excusa para sacarme del salón y dejara de humearlo... Salimos al jardín pero antes volvió a aplicar con mecánica eficacia su esmerado ritual de cortesía:
- » –¡Ah, Fernando! ¿Te has terminado el café? ¡Te pongo otro!
- » Muchas borracheras había cogido en mi vida pero ¿de café?, ¡nunca!... Ese día, estaba en un estado tal que, si me hubieran tomado la tensión, ¡se rompe el tensiómetro! Os lo aseguro: más que andar, ¡levitaba!; más que moverme, ¡volaba! Además, ya no coordinaba bien, por lo que hablar con coherencia me era casi imposible.
- » Le contesté con un gesto de mi cabeza que, más que gesto, fue un tic nervioso. Mientras levitaba hacía el jardín, pasé por el porche en el cual había una gran mesa de madera con ocho sillas y sus correspondientes cojines... ¡Coño!, eso sí que era un jardín. Podría tener de seiscientos a mil metros cuadrados. ¡Y no exagero, os lo prometo! Todo rodeado por un verdor que ¡molestaba hasta la vista! Alrededor, tenía arboleda y unos grandes maceteros con plantas y flores. Al fondo, en la linde con la casa de al lado, se levantaba una valla de madera preciosa con unas enredaderas cargadas de flores rojas y, junto a ella, una especie de cascada de piedras de la que manaba agua con el ruido característico que esto provoca y la sensación de de paz y tranquilidad que da... al que estuviera tranquilo ¡claro!... porque, en mi estado, para que ese sonido me resultara tranquilizante necesitaba que fuera acompañado de ¡una tortilla de valium o tranxilium de ciento cincuenta miligramos, si los hay!

Fuera de juego

- » Al lado de la cascada, había una pequeña piedra oscura que me llamó bastante la atención porque destacaba entre el verdor del césped. Cuando me dirigía hacia ella, escuché una voz encantadora con un funesto mensaje:
- » –¡Fernando, aquí te dejo el café! –dijo sonriendo y poniéndolo encima de la mesa del porche...
- » En ese momento, pensé: “¡Esta tía me va a matar con tanto café!”
- » –¿Te gusta? –me preguntó.
- » Yo no sabía si me preguntaba por los árboles, las plantas, el café o ella. ¡Qué lío tenía en mi cabeza! Estaba drogado con tanta cafeína, nicotina y no sé qué más, sin olvidar la situación: el tiempo pasaba y la señora, la mamá de Inge, no llegaba...
- » –Pues sí, me gusta mucho –pensando al decirlo: “¡Esta contestación es genérica y vale para lo que me puedas preguntar!”.
- » –¿Te bebes el café? Se va a enfriar...
- » –Sí, ahora.
- » Entonces, me voy, le doy un “buchito” y digo:
- » –¡Qué bueno está! –temiendo ya por mi vida, añadí–: Pero ya no me pongas más... ¿Sabes?, padezco del estómago y, si tomo mucho café, me puede sentar mal...
- » –¡Ah! –dijo ella–. Te quería ofrecer una copa mientras esperabas. Pero, si padeces del estómago, ¡el alcohol no es bueno! ¡Me la tomaré yo!
- » Y dio media vuelta, dejándome con el último barril de café que me había servido... ¡Lo peor era que me había perdido la copa! Aunque, si la cargaba igual que el café de los cojones, hubiera pillado una cogorza a la primera. ¡Qué mala suerte tienes, Nando! “A veces, es mejor callar y esperar a que hablen los demás, ¡gilipollas!” me decía mientras andaba en dirección a la valla del fondo, pasando por la cascada con su agua tan limpia, transparente y sonora.
- » Me faltaba un metro para llegar cuando, de pronto, ¡tres bestias negras con forma de perros! comenzaron a ladrar y gruñir desesperadamente al otro lado de la valla... con el consiguiente susto que casi me hizo caer de cabeza en aquel frondoso edén. Me dirigí de vuelta al porche, cuando me fijé de nuevo en esa piedra negra que destacaba en el césped, “¡Verde, que te quiero verde!” rodeé la cascada y le propiné un punterazo que la hizo volar hacia el lugar donde los ogros se encontraban. Los “monstruitos” se lanzaron hacia la piedra disputándose cuál de ellos la atrapaba, hasta que uno consiguió atraparla y roerla de forma desmesurada.
- » Yo me dije: “¡Anda, cabrones, a ver si os quedáis sin dientes!” mientras encendía un nuevo cigarrillo para tratar de relajarme. “¡Aquí no olerá nada y, además, las cenizas y la colilla se las tiro a los perros “matones”!”. En ese momento, se asomó por la cristalera Inge y me dijo:
- » –¿Quieres pasar? Ya ha llegado mi mamá.
- » –¡Voy! –le dije mientras tiraba el cigarro al césped y lo pisaba con disimulo.
- » Entré en el salón y ella me dijo:
- » –Siéntate, Fernando, ya viene mi mamá.
- » –¡Bien, gracias!
- » Y me senté. En ese momento, entró un ropero empotrado de seis puertas o, lo que es igual, un prototipo de

alemán, sesentón él, con una pedazo de jarra llena de cerveza, que me saludó.

» –Hola ¿cómo estás?

» ¿Cómo iba a estar después de que su hijastra me hubiera largado tres litros y medio de café? Mal, muy mal. Pero disimulé.

» –Bien. ¿Y usted? Soy Fernando.

» –Bien, gracias. Ya viene Andreas... –Andreas era la mamá, es decir, la compradora.

» –¡Ah, gracias!

» En ese momento, apareció la señora, acompañada de su hija...

» –Hola, Fernando. ¿Cómo estás? –me saludó cordialmente.

» –Bien, señora. ¿Y usted?

» Pero no me contestó. Comenzó a llorar como una posesa y se fue directamente para el jarrón (o sea, mi cenicero), lo coge, lo abraza y empieza a hablar en alemán mientras gime, llora y casi grita. Yo, evidentemente, me quedé alucinado...

» Su hija la consolaba mientras me miraba y sonreía como disculpando la situación. Yo, más nervioso aún, no sé si por el drama o el efecto del café, se me vino a la cabeza lo que la situación había hecho obvio: “¡Nooo! ¡Nando, tu cenicero es la urna de las cenizas del marido!”. Pasé por todos los colores, acabando en el blanco... “¡Cojones! ¡Como lo abra, me echan a la calle! ¿Qué digo? ¡El grandullón me da de guantazos...! ¡O la madre!”. La señora, abrazada a la urna, se marchó hacia el jardín junto a su hija y, nada más atravesar la cristalera, comenzó a nombrar algo o a alguien. No sé, como si llamara a un perro, gato o algo parecido. Inge, con cara de asombro, miró en el jardín, dio una vuelta y regresó diciendo algo en alemán a su madre, mientras la acompañaba de nuevo al interior del salón. Se dirigieron a la mesa donde se encontraba la urna y la depositaron en el mismo lugar. Mientras, el novio, con su pedazo de jarra, acompañó a Andreas hacia el interior de la vivienda, me imagino que para tomarse un café. Entonces, Inge me dijo:

» –Lo siento, Fernando. Ya se le pasa. Disculpa por esta situación...

» –No, no te preocupes, lo comprendo...

» –Mi mamá ha ido por el dinero. Si quieres, puedes preparar los documentos.

» –Bien, pero disculpa que te pregunte. ¿Qué hacía tu madre en el jardín? Parecía que llamaba a algún animal y, la verdad, es que no he visto a ninguno salvo los perros de la casa de al lado...

» –¡Ah sí! Lo que buscábamos era a una tortuga que acompañó a mi padre durante la guerra. Siempre ha estado con nosotras, y claro, en este día se la recuerda aún más, la entra en casa... Recuerdos y tradiciones... Por cierto, esta mañana me pareció verla junto a la fuente. ¿Tú la has visto? Es pequeña y negrita...

» “¡Tierra, trágamel! La piedra que se han comido esos energúmenos era la tortuga guerrera... Pero, ¡Nando!, ¿qué has hecho, asesino? ¡Te la has cargado! Bueno, tú no, pero has ayudado a que se la coman las bestias de los vecinos”. Sin saber qué decir, por decir algo, le dije:

» –No, no la he visto pero, ya sabes, las tortugas cogen carretila, se esconden en cualquier lado y aparecen cuando y donde menos te la esperas...

» ¡Claro, como si fueran gatos...! Y pensando que, en las cacas de los perros del vecino, ahí seguro que aparecería. La conciencia y el miedo a que descubrieran lo ocurrido... ¡no me dejaba tranquilo! Eso, sin contar

con lo que me había bebido, que no era poco. A pesar de que me la estaba jugando, arriesgándome a que me cortasen los huevos, cogí a Inge de la mano como si me fuera a declarar, lo cual a ella le extrañó, y le dije:

» –Inge, perdona, quiero decirte una cosa...

No es por ponerme ñoño, pero creo que ella pensó que le iba a pedir matrimonio, o algo por el estilo, y estaba entregadita...

» –Dime, Fernando...

» –Antes, al entrar, has olido a tabaco, ¿no?

» –Sí, eso me ha parecido. Pero, al no ver las cenizas ni restos, he pensado que tal vez el olor venía de la cocina, porque yo fumo allí. Desde que falleció mi papá, no se ha fumado nunca en el salón. Así lo decidimos mi mamá y yo y nunca nadie ha fumado aquí...

» –Pues sí, yo he fumado y lo siento...

» –¿Cómo?

» Cuando dijo ese “¿cómo?”, me acojoné y pensé: “Nando, aquí se acaba el negocio”.

» –Pues sí, he fumado mientras hablabas por teléfono en la cocina...

» –¿Sí? ¿Y dónde has echado las cenizas...?

» Yo, con la cara descompuesta y el cuerpo ni os cuento, miré hacia la urna, levanté una ceja y... ella me dijo:

» –¿Aquí dentro?

» –¡Sí! Y lo siento muchísimo! Pero al abrirlo y ver lo que creía ser tierra, me imaginé que quizás servía para eso...

» Ella me miró, comenzó a reír y yo me asusté porque pensé: “Nando, a esta le ha dado un ataque y ahora viene lo peor...”.

» –No te preocupes... –me dijo sin parar de reír. Cuando se recompuso, añadió–: Si no lo sabías, no importa, ahora sacamos los cigarrillos...

» Lo que faltaba. Encima, tenía que tocar al “fiambre” hecho polvo, ¡y nunca mejor dicho!, para sacar las ocho o diez colillas que se encontraban dentro. Eso, sin contar las del difunto. Miré con cara de terror a la urna y ella me dijo:

» –Tranquilo, las saco yo...

» –¡Gracias y perdón, perdón, disculpa! –le decía mientras ella se marchaba hacia la cocina riéndose a brazo partido y volviendo momentos después.

» –¡Once cigarrillos! Muchos, ¿no? ¿Sabes? Fumas mucho y bebes demasiado café. Eso es malo para el organismo...

» “¡Será hija de su mamá! ¿Que bebo demasiado café? ¡Pero si me lo has puesto tú, “cacho” asesina!

» Me volví a sentar en el sofá. Superada esta crisis, comencé a ordenar y preparar los documentos. Contrato de compraventa, condiciones y recibo de entrega a cuenta... De repente, apareció Andreas acompañada de su novio Klaus, con un sobre, el cual contenía los dieciocho mil euros. Inge, que según me dijo, era licenciada en Economía Internacional y conocía perfectamente el idioma español, tras leerlo, le dio el visto bueno.

» Firmaron, me entregaron el sobre y, tras contar el dinero, finalizó la formalización inicial... El resto, las escrituras, se firmaba en España. Tras acabar, nos estrechamos la mano cordialmente y me invitaron a comer en casa. Se lo agradecí y les comenté la imposibilidad dado al plan de viaje que tenía, lo cual comprendieron, no sin darme antes la posibilidad de que, en caso de quedarme, Inge se ofrecía a llevarme al aeropuerto... Nuevamente, se lo agradecí pero creía innecesario causar esas molestias. Además, tenía unas ganas locas de volver a Málaga. Una vez que me hube despedido de la señora Andreas y su novio, le pedí a Inge que, si no le era molestia, llamara a un taxi... Y así lo hizo.

» Ya en la puerta de la casa, mientras llegaba el taxi, tuvimos una corta pero cordial conversación. Ella me comentó que la semana siguiente vendría, acompañando a su mamá, a Málaga, para firmar las escrituras, ver el inmueble y valorar las posibles reformas a realizar... Y, de paso, se iba quedar unos días para ir a la playa y ¡comer pescaditos!, que le encantaban.

» Yo, que no soy tonto, me ofrecí a ser su cicerone, (¡vete tú a saber!), a lo cual accedió, mientras se reía y decía:

» –Me parece bien Fernando, pero ¿me invitarás a tomar un café...? »

» –No, Inge. ¡A todo menos a café! Creo que me tiraré unos años sin probarlo.

» Y llegó el taxi. Inge le explicó al taxista donde tenía que llevarme. El conductor, que, por cierto, también chapurreaba el español, abrió el maletero e introdujo la maleta. Yo me despedí de Inge con dos efusivos besos que ella correspondió, mientras yo le decía:

» –¡Gracias por todo, te espero con mucha ilusión!

» Ella, casi sin querer soltar mi mano, me dio un nuevo y entrañable beso en los labios. Me subí en el taxi y, ¡halala!, camino de Frankfurt.

» Llegamos a la hora prevista, aunque muy ajustados. Una vez en el aeropuerto, llamé a Pedro para confirmarle que todo había salido perfecto y que solo me quedaba el trámite de pasar aduana. Él me tranquilizó diciendo que, en caso de que descubrieran el dinero, no me preocupara, que enseñara el documento de entrega a cuenta y el contrato de compra venta, los cuales justificaban suficientemente la posesión del dinero. Una vez facturada la maleta, embarcar y toda la retahíla que conllevaba esto, subí al avión, me senté, abroche el cinturón y comencé a pensar en todo lo que me había ocurrido, digno de una película de Peter Sellers. ¡Qué vergüenza, tío!

» Me prometí a mí mismo no contárselo a nadie, excepto a mi amigo Leo. A él se lo podía contar todo. Tras despegar el avión, pedí una botellita tras otra de vino tinto hasta que me dormí. Me desperté cuando avisaron del inminente aterrizaje en el aeropuerto de Málaga. ¡Hogar, dulce hogar! Una vez me bajé del avión y, tras recoger la maleta, pasé por el control de aduana, preguntándome el guardia civil:

» –¿Algo que declarar? –mientras pasaba la maleta por el escáner.

» –Nada –dije tranquilamente.

» –Bien, ¡adelante!

Fuera de juego

Capítulo 21. La “casita”

» Y, por fin, en Málaga. ¡Qué alegría! Vi a Pedro a lo lejos. ¡Ah! ¡y sorpresa!, también estaba Leo, siempre Leo, en los peores y mejores momentos de mi vida. Le di la mano a Pedro y un abrazo y un beso a Leo, sentía como si me hubiera tirado veinte años fuera...

» –¿Qué tal el viaje? –se interesó Pedro.

» –Bien, todo bien... Salvo que no me esperaban... –le dije, apuñalándole con mi mirada.

» –Bueno... llamé pero no me contestaron. Y como tenía que ir con mi mujer a comprar, se me olvidó. ¡Pero sabía que tú lo solucionarías!

» –Sí, Pedro, sí, “pa” ti la perra gorda...

» –¡Ah, cabrón!, Nando, ¡vaya cara que traes y qué pestazo a vino, hijo de puta! –me dijo Leo, siempre tan elocuente y “fino” él.

» –Sí... me he tomado una copilla para hacer más ameno el viaje. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí, capullo?

» –Pues nada, como sabía que llegabas, llamé a Pedro y quedé con él para recogerte. Por cierto, me tienes que invitar a una copita...

» –Sí, para eso estoy yo ahora...

» –Anda, Nando. Me tienes que contar. ¿Has fo...

» –Que “fisno” eres Leo, siempre pensando en lo mismo...

» –¿En qué voy a pensar?

» –¿Dónde traes el dinero? –preguntó Pedro con cara de sieso.

» –¡Aquí, en el bolsillo! –le respondí mientras echaba mano al sobre que llevaba en el pantalón.

» –No, déjalo. Cuando salgamos.

» Leo cogió mi maleta y pusimos rumbo hacia el aparcamiento. Tras subirnos al coche de Pedro, saqué el sobre y se lo di, comentando:

» –Toma, quédate con él y ya hacemos cuentas el lunes.

» Él lo abrió y, tras contarlos, me dio cinco mil euros.

» –Toma, Nando. El lunes hacemos cuentas. ¿Traes justificantes de todo?

» –¿De todo? No. Más bien, de nada. No le he pedido factura al taxista. La verdad es que no caí. Pero toma los quinientos euros, ni los he tocado...

» –¡Ah!, estupendo. Bueno, da igual. Si sabes lo que te han costado los taxis, ya hacemos las cuentas –me dijo mientras cogía los quinientos euros que me había dado, bueno, prestado.

» –Sí, ya haremos las cuentas Pedro...

» –Sí, mejor el lunes, en la oficina, más tranquilos...

- » Arrancó el coche y nos fuimos hacia el centro.
- » –Nando, ¿te llevo a casa? –preguntó Pedro.
- » –Sí, por favor, a casa, que me voy a dar una ducha de campeonato...
- » –A casa y luego ¡nos vamos a cenar algo! –insistió Leo animado.
- » –Vale, Leo, cenamos, pero en la casa y tranquilos, no tengo ganas de dar vueltas por ahí, que te conozco...
- » –Sí, viejo, a casita...
- » Por el camino, Pedro y Leo no pararon de hablar mientras yo daba saltos de nerviosismo, que no de sueño. Estaba agotado, muy cansado... pero la maldita cafeína... Pedro nos dejó en mi casa, nos despedimos y quedamos para el lunes en la oficina.
- » Entramos en casa y yo le dije a Leo:
- » –Si quieres tomar algo, ¡ya sabes, en el salón están las bebidas! Y en el “frigo”, los refrescos y cervezas. Tú mismo. Yo me voy a duchar...
- » Leo entró en la cocina, abrió el “frigo” y me comentó:
- » –Nando, ¡esto es un frigorífico!, no el mío, que está cadavérico... –dijo mientras cogía una cerveza –. Nando, ¿te apetece un revuelto de espárragos y gambas? –me sondeó.
- » –Sí, Leo. Algo suavito me parece bien...
- » –Vale, pues lo voy a ir preparando –me dijo.
- » Mientras me duchaba y relajaba, Leo se enfrascó en la cocina haciendo el revuelto, “su revuelto”, que, según él, era el mejor del mundo y, efectivamente, lo hacía exquisito.
- » Una vez duchado, ¡anda!, ya estaba preparada la mesa con el mejor revuelto del mundo, la cerveza, el vino y el pan. “¡Que buen anfitrión es Leo!”, pensé cuando él me ordenó:
- » –¡A comer, capullo!
- » –¡Qué bien huele, Leo!
- » Y nos sentamos a cenar. Estaba buenísimo. Además, me hacía falta comer algo e ir eliminando la cafeína que tenía en mi cuerpo.
- » Durante la comida, relaté a Leo lo sucedido mientras este se partía de risa. No olvidé mencionar mil y una veces a aquella maravillosa mujer que había conocido: Inge. No sé, algo me decía que sería la mujer de mi vida. Y no me equivoqué.
- » Tras acabar, recogimos los platos y nos sentamos en la terraza a tomar unas copas mientras, no sé por qué, veía a Leo con cara de preocupado. Conociendo sus cambios de humor, podría ser desde una chorrada hasta algo muy importante. Así que, deseoso de oírle desfogarse, le pregunté:
- » –Y bien, Leo, ¿qué te ocurre? Y no me digas que “¡nada!”, que te conozco...
- » –Bueno, Nando, voy a dejar el pub... Lo he pensado mucho y no tengo forma de reflotar. Estoy más que tocado, hundido. Fernando Casas quiere quedarse con él y el golpe bajo de Jose ha sido definitivo. Estoy descapitalizado y sé que, por mucha ayuda que me presten, ya no voy a levantar cabeza. No tengo ilusión y, además, estoy cansado, harto. Así que, si llegamos a un acuerdo Fernando y yo, lo dejo...

» –Hombre, Leo, piénsalo. El bar es casi tu vida... Es todo para ti... Sabes que si lo que necesitas es ayuda económica, ¡la tienes por mi parte! Sin problema, me dices lo que te hace falta y el lunes lo pongo en tus manos y ya me lo pagarás, aunque sea en copas. No soy millonario, pero tengo lo suficiente para reflotar tu negocio y cuatro más como ese. ¿Soy chulo, verdad, mi Leo? Recapacita. Si lo dejas, ¿qué harás? ¿Trabajar? ¿Dónde? ¿De qué? ¿De camarero? ¿De encargado de un bar? Eso, con suerte. Después de tantos años acostumbrado a tu negocio, tus formas, tus ilusiones, ¿vas a perder todo por un agobio, por una mala situación, por un bache...? ¡Si todos hicieran lo mismo, no habría ni un negocio en pie! Te lo aseguro. Piénsalo, aunque conociéndote... sé que ya está decidido. ¿Es así, tío?

» –Así es. Es más, el lunes estoy citado con el gestor para hacer el contrato y firmar el traspaso.

» –Pues, de todas formas, lo piensas, ¿vale? De aquí al lunes, te da tiempo. No hay problema porque hay solución. Y, ahora, bebamos, ¡por nosotros, por nuestro futuro, que es largo, gordo y duro! ¡Por decir algo! –y nos reímos.

» –Por cierto, Nando. ¿Cuándo viene tu “amor germánico”?

» –Me ha dicho que esta semana, Leo. Tengo una sensación muy extraña... Sé que es una tontería lo que te voy a decir pero me parece que me he enamorado...

» –Lo que estás es calentón, ¡hijo puta! No te acerques a mí, cabrón...

» –No, Leo, no. Es en serio. No sé si por el mal rato que pasé, la forma de actuar de ella, su forma de ser, su forma de... todo. Además, ya la verás. ¡Es guapísima! Una belleza, muy inteligente, habla español de puta madre... Y no sé qué decirte más...

» –Dime que tiene pasta y ¡ya está dicho todo! Con eso, yo me conformo... aunque fuese un callo malayo... –añadió Leo.

» –Materialista de mierda, facha, pijo, tieso... –le interrumpí.

» –Lo último, seguro. Más tieso que un ajo. Y con más trampas que un cazador de pajaritos –nos reímos los dos (al menos, el humor no lo perdíamos).

» En ese momento sonó el teléfono... ¿Quién sería a esa hora?... Seguro que mi madre para preguntarme o, más bien, interrogarme sobre el viaje.

» –¿Sí? –contesté y fue cuando la oí-. ¡Hola, Inge! ¿Qué tal? Yo, bien, muy bien. Un viaje tranquilo, no hizo falta hacer uso de los chalecos ni de las instrucciones de la azafata para desalojar el avión... ¡Es broma! Bien, todo bien. Llegué a tiempo... Pero dime... ¡Ah! ¿Que llegas el lunes? ¿A qué hora? A las cinco de la tarde... ¡Bien! ¡Allí estaré! ¿Cuánto tiempo estarás? ¡Qué bien! Estupendo... Si quieres, te puedes quedar en casa de un amigo... –dije mirando a Leo, que empezó a poner cara de mala leche-. Bueno, no, mejor en mi casa. Aquí sobra sitio. No te preocupes y no reserves hotel. Cuando vengas, hablamos. ¡Nos vemos el lunes! ¡Un beso, Inge!

» Y colgué tras unas palabras cariñosas de despedida.

» Se me cambió la cara. Ya no me sentía cansado... ¡todo era felicidad! Levanté la copa, la choqué contra la de Leo, con tanto ímpetu que casi la rompí.

» –¡Viene el lunes, Leo! Ya la conocerás. Te va a gustar. Tengo que hablar con mis padres para ver cuándo llegan. Le he dicho que, mientras reforman la casa, se puede quedar aquí. Había pensado en tu casa pero... no me fio... ¡Es broma! Pero creo que aquí es mejor... Además, tú tienes que hacer tus cosas y una visita siempre rompe el ritmo y la intimidad. ¡Qué bien, Leo! Brindemos. ¡Por nosotros!

» –Por vosotros, Nando. Te veo pletórico y platónico... ¡Salud por todos, por el amor, por la amistad, por la vida que, aunque a veces es dura, siempre es bonita y entretenida!

» Y, como es normal, pasó el domingo y llegó el lunes y llamé a Leo a eso de las diez.

» –Leo, ¿cómo estas, tío? Bueno, antes de nada ¿pensaste en mi oferta o continuas en tus trece? –me estaba imaginando su contestación mientras hablaba.

» –Gracias, Nando. Lo he pensado y, como te dije, voy a tirar la toalla. ¡Ni por las cátedras de Eugenio! Comprende que es más por salud que por otra cosa. Después de lo que hemos vivido tú y yo estos últimos tiempos, creo que lo mejor es soltar el bar ¡ahora que tengo una oferta! Debo relajarme y buscar algo más tranquilo y estable, Nando, que tú sabes mejor que nadie que la edad cada vez pesa más y yo no me veo con unos cuantos años más detrás de una barra poniendo copas y aguantando el chaparrón. De verdad que te lo agradezco, pero entiéndelo...

» –No me digas más. Si es por tu salud, ¡te doy toda la razón! Menos mal que yo también rectifiqué gracias a tus consejos, de lo contrario ¡Dios sabe dónde hubiera acabado! O, peor, ¡cómo! Pues nada, tienes mi apoyo y ayuda, eso no hace falta que te lo repita más, ¿no?

» –Bueno, Nando... Hoy viene tu amor, ¿no? Estarás contento, ¡cabronazo!

» –No te lo puedes ni imaginar. Estoy muy nervioso, tengo unas ganas locas de verla y, sobre todo, de tratarla y conocerla. Sí, Leo, muchas ganas, no te voy a mentir.

» –Pero ¡mírate! Si pareces ¡un niñatillo! Bueno, pues que lo pases bien. O, mejor, ¡que lo paséis bien! Ya nos vemos, que esta semana estaré muy liado de papeleo, a ver si soy capaz de acabar pronto...

» –¡Oye, Leo, te llamaba para ir a comer juntos! Que hasta las cinco no llega. Y, ¡coño, no me dejes solo!

» –No, si te parece... me agarro de tu mano. ¡Anda y vete a la mierda! Nando, ¿no te enteras de que tengo cita con el asesor, con Fernando y con la propiedad para preparar la documentación y llegar a un acuerdo en el precio que me tiene que pagar el mamón de Fernando? Te prometo que, si termino pronto, te llamaré... ¿Vale?

» –Vale, pero a ver con quién me voy a comer yo...

» –Llama a Jesús, lo invitas y, de paso, le cuentas tus intenciones con Inge para que, así, se entere hasta su madre en Alemania antes de que cante el gallo. Pero ¡no le digas lo de la tortuga!, que, ¡igual, no sales vivo –dijo riendo.

» –Sí, claro. A ese, lo va a llamar su “puta madre”. Bueno, Leo, tío, que todo te vaya bien. Llámame si acabas pronto, por favor, y suerte –me despedí.

» –Te llamo. Venga, un abrazo y un beso.

* * *

Bueno, de nuevo soy yo, Leo. Paso a seguirles contando el resto de la historia.

Como es lógico y normal, la cosa se alargó toda la mañana, la tarde y hasta tuvimos que dejar asuntos para el día siguiente, por imposibilidad de acudir uno (el comprador) u otro (yo) a la hora y el lugar que su interlocutor le proponía. Nando me llamó a las nueve de la noche para decirme lo feliz que estaba, que me fuera con ellos a cenar, a tomar una copa y mil cosas más. Yo le conté lo ocurrido y le dije que me era imposible, que cuando dejara de estar liado le llamaría y quedaríamos para conocer a la “más bella del mundo”.

Tras tres días entre negociaciones, cambios de contratos, cláusulas y mil pegos más, ¡por fin terminamos el trato!, que aunque no fue muy favorable, medio salvaba la situación de ruina en la cual me encontraba. Negocié con los acreedores, intransigentes algunos y considerados otros, los pagos de las deudas pendientes y conseguí medio cancelar la totalidad de lo adeudado. Algunos de los proveedores, ante la amistad forjada durante estos años y conocedores del porqué había llegado a esa situación, me condonaron parte de los débitos, dejando saldadas la cuentas. Nando, durante esos días, no paró de llamarme, y de insistir en que nos viésemos y darme el coñazo...

Una vez terminado todo, sentado en mi casa y viendo el restante de efectivo que me había quedado tras liquidar casi todo, me dieron ganas de llorar, salir corriendo o meterme a cura. Después de tantos años de esfuerzo, trabajo y penalidades... ¡no me quedaba ni para pipas!, como se suele decir.

Estirando mucho, que digo mucho, ¡muchísimo!, podría vivir, bueno, vivir, a lo que durante toda la vida se suele llamar “vivir”, es decir, no morir de hambre, tres meses escasos. ¿Cuánto me quedó? No llegaban a los tres mil euros. Lo primero que debía hacer era cambiar de vivienda, que por la actual pagaba ochocientos euros al mes, más la comunidad, agua y luz. Su propietaria tenía intención de subirme la renta este año y, como alternativa, me ofreció otro apartamento, bueno, estudio, con unas condiciones, según ella, ¡excepcionales “por ser para ti, Leo”!, semiamueblado, trescientos cincuenta euros, incluidas el agua y la comunidad, lo cual acepté en base a mi nueva situación y siempre pensando que, en un futuro, podría cambiar de nuevo de inmueble a otro más, digamos, aceptable.

Dicho y hecho. Embalé mis trastos, los metí en el coche y, en dos viajes, ya estaba en mi nueva vivienda. La verdad es que no me había fijado mucho, pero, cuando entré allí, se me cayó el techo, bueno, el “techito”, encima.

Aquello era como una casita de muñecas y, por eso, nada más entrar, la bauticé como “la casita”. Pero algo tenía, por lo menos un techo, bueno, un techito y un suelecito, sí, todo en diminutivos. Una vez terminado todo el trajín, me senté en mi sofá y decidí llamar a Nando, al que ya había informado de mi cambio de casa, y, aunque aún “despistadillo con su diosa germana”, tenía muchas ganas de verle, sobre todo, feliz, así que lo llamé para que, cuando pudiera, cuando quisiera y cuando su diosa Inge tuviera a bien liberarlo de su omnímoda influencia, viniera a conocer mi nuevo y modestísimo domicilio.

Fuera de juego

Capítulo 22. Caminos separados

¿Por qué Leo parece estar dejando a un lado su propia historia y está dedicando tanto tiempo a contar la de Nando? Quizás, porque la suya propia le ofrece pocas expectativas. Tal vez, porque quiere tomarla como ejemplo vivo de que cualquier persona puede renacer de sus cenizas y encontrar un nuevo relato, un nuevo destino... Aún no sabemos cuál de las dos respuestas es la correcta.

* * *

Durante las semanas siguientes, Inge y su familia regresaron con frecuencia a Málaga, para alegría de Nando, con el fin de ir avanzando con las reformas de la casa que habían adquirido. Durante ese tiempo, la chispa inicial que había surgido entre mi amigo y la belleza alemana se fue consolidando como una relación seria y con visos de ser algo más que un simple “amor de verano”. Pasados dos meses desde que ambos se conocieron, Nando me llamó para que nos viéramos y conociera, por fin, a Inge, algo que ya era hora porque, la verdad, es que ya estaba muerto de la curiosidad. Quedamos citados en el bar de la Plaza, el de mi amigo Alberto, a las ocho de la tarde.

Llegué a las siete y media y pregunté por Alberto pero, como la mayoría de las veces, estaba de viaje, esta vez en Santo Domingo. Así que me pedí mi Cutty Sark con hielo, agua en vaso corto y me senté en la terraza a esperar.

A las ocho en punto, ya estaba allí la pareja feliz. La verdad es que, nada más verlos venir, lo vi claro: ¡Desprendían felicidad! ¡No me equivoqué esta vez! Nando había cambiado en todo. Tenía mejor cara, vestía diferente (aunque que conste que él siempre vistió bien) y hasta la forma de andar había variado. Venían cogidos de la mano. Ella era como me la describió Nando: preciosa, melena rubia, ojos azul mar, mediana estatura, bonito cuerpo, con mucho estilo y apariencia muy joven, yo diría que demasiado para Nando y bastante bien para mí (“¡Que cabrón soy!”): hacían una pareja ideal.

Conforme se acercaban, me incorporé. Él le dijo algo a ella sonriendo y ella me miró:

–Hola, ¿qué tal? Me imagino que tú eres la famosa Inge –le dije yo.

–Hola. Y tú el famoso Leo, ¿no? –me dijo ella mientras intercambiamos unos besos.

Era simpática y muy agradable. De cerca, guapa, muy guapa. Y elegante en el amplio sentido de la palabra: una señora, aún siendo señorita. El cabrón había dado en el clavo. Si además era como él decía, inteligente, me la quedaba yo del tirón.

–¿Qué tal, Leo?

–Hola, Nando. ¡Bien! Y a vosotros ya os veo, ¡estupendamente!

–Sí, todo bien... Eso sí, hartos de pescado, playa y salidas nocturnas...

–No, si el que tuvo, retuvo y guardó para la vejez –le dije entre risas.

Comenzamos a hablar, beber, comer... ¡hasta las dos de la madrugada!, que cerraron. Era una chica encantadora y se la veía muy enganchada a Nando. No paraban de mirarse, cogerse de la mano, mimarse, ¡vamos un asco!, y yo haciendo de celestino agilipollado... ¡Ya se podría haber traído una amiguita de iguales características para mí! “Eso es lo que te hace falta a ti, Leo”, me dije. Una vez cerrado el garito, Nando me dijo:

–Anda, Leo, nos vamos a mi casa y nos tomamos la penúltima...

¿Y por qué no vamos a mi “casita”? –pregunté.

–Ya iremos otro día, tengo mucha bebida en casa y hay que gastarla...

Fuera de juego

–Sí, mejor. Porque en la mía solo hay todavía cajas y follones. Aún me quedan cosas por ordenar... Pero yo me voy en mi coche. Y, así, cuando me harte, me quito de en medio.

–Venga, vamos para casa. ¡Allí te esperamos!

Fui al camarero y pagué. ¡Vaya pasta!... así tenía este para viajar tanto el cabrón. Nando se enfadó y me dijo:

–¿No me digas que has pagado? ¡Si te iba a invitar yo! Leo, eres un gilipollas y siempre vas de pagador...

–¡Déjame, hombre! Que quiero quedar bien...

–Vale, como quieras, ¡gilipollas!

Nos fuimos a casa de Nando y continuamos bebiendo, riendo y hablando de mil cosas... Entonces, Nando me dijo:

–Leo, me comenta Inge que ¿por qué no me voy a vivir a Alemania con ella? Su mamá tiene un pequeño hotel y quiere que alguien se haga cargo de él. Y cree que yo puedo ser la persona ideal. Además, le caigo muy bien y me dice que estaría encantada. ¿Qué te parece?

Cuando me lo dijo... lo vi todo claro. Conociendo a Nando, sabía que ya tenía decidido irse a Alemania. Y más, después del encochamiento que percibí en los dos.

–Pues me parece bien. Tendrás que pensarlo porque ¿qué harías con la inmobiliaria y Pedro?

–Pues dejarlo. El asunto inmobiliario, según dicen, e Inge me lo confirma, está a punto de caer en picado en Europa y, sobre todo, en España, que será una de las más afectadas. Ella tiene información privilegiada al trabajar en una de las más importantes empresas europeas de estudios de mercado... En cuanto a Pedro, ¿qué quieres que te diga?, que se busque la vida igual que todo el mundo, o que se haga jugador profesional de dominó en su club social...

–Pues, chicos, ¡me dejáis de piedra!

–Yo le digo a Nando que pruebe –intervino Inge–. Siempre tiene la posibilidad de volver a España, con tres horas de avión es suficiente. Allí tenemos casa y trabajo. Además, quiero que vivamos juntos. Normal, ¿no? –dijo Inge mientras miraba a Nando y le sonreía.

Nando, con su cara de enamorado le dio un beso en la frente. ¡Qué asco de tío! Y qué buena es la envidia sana...

–¿Sabéis lo que os digo?... La vida es corta y nunca se escribió nada sobre los cobardes. Así que si eso es lo que queréis los dos, ¡a intentarlo! Perder, no perdéis nada. Ganar, podéis ganarlo todo. Y si lo tenéis claro, ¡Nando, échale cojones!

–¿Y tú, Leo? ¿Por qué no te vienes? –sondeó Nando.

–No puedo, tengo asuntos pendientes que resolver aquí. Además, está mi hijo, mi familia... De momento no. Más adelante, tal vez lo piense. Inténtalo tú y ya veremos. ¡Por los emigrantes! Bueno, por el emigrante. ¡Salud! –y levanté la copa.

–¡Salud! –dijeron ambos.

A las cuatro y media de la mañana llegué a casa. Aparte de cansado, convencido de que a Nando le quedaba poco tiempo de estar por aquí. Primero, no tenía problemas de economía gracias a sus ahorros y la ayuda de sus padres. Segundo, y más importante, había encontrado la persona que quería y, sobre todo, que le quería. Tercero, que, pensándolo fríamente, ¡sería absurdo por su parte pensarlo mucho! Bueno, Leo, no pienses más, a dormir y mañana será otro día. ¿Qué haré? ¡Solo Dios lo sabe!

Estaba siendo una etapa dura en mi vida. No recordaba que nunca me hubiera sucedido eso de acostarme sin tener nada que hacer al día siguiente. “Pero eso será momentáneo”, pensé, “pronto reharás tu vida...”. ¡Qué iluso! Ya llevaba dos meses en la misma situación y no había perspectivas de que ello pudiera cambiar de forma inmediata...

Y pasaron los días. ¿Uno? ¿Dos? ¿Tal vez tres? Y sonó el teléfono: ¡Nando!

–Leo, ¡nos vamos!

–¿”Nos vamos”? ¿A dónde, Nando? ¿Qué te pasa? –le dije desconcertado.

–Que nos vamos a Alemania Inge y yo...

–¿Cuándo, capullo?

–Esta tarde... Ha surgido así. Han llamado a Inge y se tiene que incorporar mañana en su empresa. Lo he pensado y... ¡me voy con ella, no lo pienso más!

–Estoy de acuerdo contigo. Pero, Nando, ¿y Pedro y tu hermano y tus padres? ¿Qué dicen? ¿Lo hablaste?

–A Pedro ya se lo dije y le da igual. Me ha dicho que la cosa esta parada y que él también estaba pensando en dejarlo para estar más tiempo con su familia... Mi familia, nada, me dice que haga lo que vea conveniente... Bueno, menos mi madre... ¡Ya la conoces! ¡Vaya coñazo! Pero ya la ha convencido mi padre. Así que me voy. Leo, no me da tiempo verte, a no ser que nos lleves al aeropuerto. ¿Puedes?

Fue tal varapalo que no quise comprometerme a llevarlos. Me invadió tal tristeza que no me dejaba hablar. Primero, el bar, mi media vida. Y, ahora, Nando, mi amigo del alma.

–¡Lo siento, Nando! Me gustaría pero tengo una entrevista de trabajo y no sé a qué hora terminaré... ¿Qué te digo, tío? Que te cuides, que seas feliz y que no te olvides de los que nos quedamos aquí. Espero verte muy pronto. Vendrás, ¿no?, hijo de puta... –no pude contenerlas y se me saltaron las lágrimas.

–Claro que sí, amigo. En poco tiempo, estoy aquí. Un mes o dos, lo que tarde en acoplarme con los cabezones estos. ¡Un beso, Leo! ¡Nos vemos pronto! Te paso a Inge, que quiere decirte algo...

–Leo, siento llevarme a tu amigo de esta forma. Perdón, pero, si quieres, puedes venir cuando te apetezca. Allí, siempre tienes una casa y lo que te haga falta. Eres una buena persona y yo también te quiero. Te echaremos de menos y ¡muy pronto! nos veremos. Muchos besos, Leo. Sé feliz, muy feliz.

–¡Gracias, Inge! Besos para ti y para Nando. ¡Cuídalos!, por favor. ¡Es un pequeño gran hombre! Cuídalos... –y colgué.

Fueron demasiadas emociones para tan poco tiempo. Qué tristeza, qué soledad, qué mal estaba...

Pasaron meses, muchos meses, quizás demasiados. Yo me fui acostumbrando a hacer chapucillas, mediar en ventas y traspasos de bares, a intervenir en compras de material de hostelería, tramitar licencias de apertura, principalmente de restaurantes y bares, hacer gestiones para medio vivir o, mejor, medio comer.

Nando e Inge me llamaban casi a diario. Sobre todo, el fin de semana... Se tiraban horas hablando conmigo, contándome sobre su trabajo en el hotel... Mi amigo era feliz, estaba encantado, tenía todo lo que buscamos todos, con más o menos suerte.

Nando, en sus despedidas, siempre terminaba igual.

–Leo, que no me entere de que lo pasas mal económicamente. Sabes que tengo un dinerillo sobrante y puedes contar con él cuando quieras. ¿Te hace falta algo, Leo?

Fuera de juego

–No, hombre, esta semana he vendido “esto y lo otro” –siempre le contestaba lo mismo...

En otras ocasiones, para evitar su habitual pregunta, iniciaba mi conversación diciéndole:

–Nando, ¿sabes?, ayer traspasé un restaurante y me ha dejado una pasta. Si estuvieras aquí os invitaba a cenar...

Todo rollo. Pero, ¿qué le iba a decir? Aunque, en esa ocasión, no le engañé del todo. Había hecho una venta real, mi Audi, porque me hacía falta el dinero para poder continuar mi vida y no acumular deudas. Aunque me jorobó, no tenía otra opción: ya no podía mantenerlo ¡ni echarle gasolina! Terminado mi rollo tomatero, él me dijo:

–Pues, si estuvieras aquí, te invitábamos nosotros...

–Nando, ¿no habrás vendido el hotel de la madre de Inge? ¡Que te conozco!

–¡No!, cabrón... –me decía.

–Nando, ¿has vendido a tu suegra? –le dije riendo.

–No, mamonazo. Pero tengo una noticia, Leo... Inge, ¡está embarazada!

–¡No me jodas, Nando! ¡Qué guay! ¿De quién es? –le piqué.

–Cabronazo...

–No, en serio Nando, no me lo puedo creer. Nando, el abuelo, ¿papá? ¿Y cómo está la futura mamá?

–Bien, está de tres meses, estamos muy contentos. Aunque lo tiene un poco complicado y le mandaron reposo. Queríamos ir a pasar unos días a Málaga, pero el médico le ha aconsejado descanso y, de viajes, nada. Pero, si todo sale bien este verano, iremos de vacaciones los tres, tío. ¡Qué bien suena! ¡Los tres! Y conocerá al cabrón de su tío Leo. Bueno, Leo, te dejo. Tú eres el único que sabe esta buena nueva. Voy a llamar a mi madre y aguantar las dos horas de conversación de la futura abuela –dijo Nando riendo.

–¡Qué alegría, Nando! Cuidala y cuidaos. Sobre todo, cuídate tú, que estás ya muy viejo... ¡Besos y abrazos!

A partir de ese día, sus llamadas eran a diario. Estaban en una nube, era la culminación de su cariño, amor, no sé me ocurre otra cosa que decir. Pasaron cuatro meses. Un lunes, Nando me llamó a las cinco de la madrugada. Me asusté. “¿Habrá pasado algo?”, pensé.

–Leo, Leo, ¡ya!

–“Ya”, ¿qué, Nando...?

–Ya soy padre –dijo gritando de la emoción.

–¿Qué dices? Padre, ¿de quién?

–Inge acaba de dar a luz...

–Pero Nando, ¿estás seguro? Aún le faltaban dos meses... –le dije.

–¡Qué cateto eres! ¿No sabes que existen los sietemesinos, capullo?

–Ah, es verdad, tú lo fuiste...

–Pues la historia se repite. Mi hijo también lo ha sido. Todo ha salido bien, eres el primero en enterarte... Ahora, voy a llamar a casa de mis padres. Leo, cuélgalo, un abrazo...

–Enhorabuena, tío. ¡Dale besos a Inge, a ti y al niño! Porque será un niño, ¿no?

–Sí, un niño. ¡Otro Nando para el mundo! ¡Besos! ¡Ya hablamos!

Estaba loco, se había vuelto loco... Y era normal. ¡Coño!, a su edad, papá. ¡Nando, papá! ¡Qué guay, qué bonito! Tenía muchas ganas de verles y conocer al hijo del hijo de puta de Nando. ¡No lo podía creer...! Pero mi situación económica no me permitía ni coger un autobús para ir a la playa. Y, aunque me invitaron en varias ocasiones, siempre les ponía una excusa de trabajo o relativa a gestiones pendientes. Pero estaba seguro de que, ¡como me dijo!, este verano vendría.

Nando no cambió su costumbre. Seguía llamando pero, ahora, imaginaos el tono de las llamadas y conversaciones a partir de entonces.

–Leo, se ríe, llora, me mira, me parece que ha dicho papá...

... y las mil chorradas cariñosas que solemos decir o pensar los padres cuando se tiene un hijo que, además, era tan deseado. Era un coñazo, pero ¿qué iba a hacer? Pues aguantar al viejo papá, que, por otro lado, me encantaba oír. Sin olvidar la risa que me causaba escuchar esas palabras salir de su boca, de la de Nando, “el JB”, que la palabra más dulce que solía decir antes con referencia a los niños de los demás era: “¡Coño, muy gracioso, pero que lo aguante su padre!”.

Fuera de juego

Capítulo 23. Agosto de 2007

Pasó poco tiempo y llegó el verano. Durante el mes de agosto, se empezaron a suceder en las secciones de economía de los periódicos y de los telediarios unas extrañas noticias sobre que existían problemas con unas llamadas hipotecas *subprime* en Estados Unidos y sobre que varios fondos de inversión habían ido a la bancarrota por culpa de esos problemas. Aunque parecía ser algo lejano que no tenía nada que ver con España, a mí esas noticias me dieron mala espina. Pero no tuve mucho tiempo de pensar en ellas porque un día, a las doce del mediodía, recibí una llamada de un número desconocido para mí.

—¿Dígame?

—Buenos días. Por favor, con don Leoncio León.

Al oír la voz, a pesar de que él trataba de disimular, le reconocí.

—¡Venga, Nando, con la guasa! ¿Qué tal está Nandito y su madre?, ¡abuelo!

—¿Me has reconocido, besugo? Pues ellos están bien, aquí sentados, cerca del mar, tomando una cerveza y comiendo unos *pescaditos*...

—¿Qué dices, Nando? ¡Ya has perdido la cabeza del todo, viejo senil!

—Para nada... Hace una hora que llegamos a Málaga. Dejamos las maletas en casa de mis padres que, por cierto, no están, y nos vinimos directamente a la playa y nos dijimos... ¡Vamos a llamar al cabrón de Leo!

—¿Sin avisarme? ¡He aguantado más de un año tus llamadas y ahora vienes y no me avisas, so mierda!

—¡No, Leo! Lo pensamos ayer y, esta mañana, cogimos los trastos. Nos llevó al aeropuerto Andreas y ya estamos aquí. Queríamos sorprenderos a todos, pero mis padres están en Nerja, vienen pasado mañana. Bueno, ¿te animas? Estamos en el Merendero. ¡Venga, que te esperamos!

—Nando, estoy esperando a un cliente. Le voy a enseñar un restaurante que venden. Cuando acabe con él, si no es muy tarde, te llamo y voy para allá.

Al fondo, aparte del sonido del mar, oí la voz de Inge.

—Vale, espera —me dijo Nando.

—¡Leo! ¿Cómo estás, cariño? —dijo Inge.

—¡Hola, mi niña mamá! Bien. ¿Y tú y Nandito? —casi se me saltaron las lágrimas.

—Yo, muy bien y él, ¡emocionado viendo el mar! El loco de tu amigo se le ocurrió venir para Málaga ayer y hoy estamos aquí. ¡Ya le conoces! Menos mal que tenemos muy buenas relaciones con la directora de Lufthansa, porque no había billetes para ningún vuelo... Pero aquí estamos. ¿Vas a venir? ¡Por favor, tenemos muchas ganas de verte!

—¡Claro que sí, mi niña! Ya se lo he dicho a Nando. Termina un asunto y voy para allá, que yo también tengo muchas ganas de veros y conocer, por fin, a mi sobrinito, aunque con lo que Nando me ha hablado de él, parece que lo conozco mejor que él —dije sonriendo.

—Pues no te entretengo más, te esperamos aquí. ¡Leo, que no nos vamos hasta que tú no vengas! ¡Así que no te hagas el remolón!

—Inge... ¿Remolón? Ya hablas mejor el andaluz que nosotros...

–Cosas de tu amigo. Si sigo así, se me olvidará el alemán pronto. ¡Un beso y te esperamos!

–¡Hasta ahora, mamá bonita! ¡Besos!

Y colgué. Inmediatamente, le di un toque de teléfono a mi hermana y colgué. A los pocos minutos recibí su llamada.

–Leo, ¿ocurre algo? –contestó mi hermana.

–No, nena... Te quería pedir un favor. ¿Me puedes dejar cincuenta euros y, cuando cobre, te los pago?

–¡Claro que sí. Leo! ¿Te hace falta algo más? Te dejo cien mejor..

–No, con cincuenta tengo bastante. Pero que no se entere mamá, ¿vale?

–No te preocupes. ¿Cómo lo hacemos? ¿Te los llevo yo a tu casa?

–No, yo voy a la tuya... ¿Está mamá?

–Sí, está en la cocina, pero yo voy a salir ahora. Mejor te lo llevo yo, me coge de paso. ¿Estás en tu casa?

–Sí, aquí estoy.

–Pues en diez minutos estoy por ahí. Sal a la calle Principal que voy en coche...

–¡Venga! Te espero. Y muchísimas gracias, hermana...

–¡Qué tonto eres! Voy para allá...

Me medio arreglé y fui para la calle Principal... Por el camino, me encontré al típico vecino jubilado que trató de darme conversación, pero le dije que ya hablaríamos, que tenía prisa. Nada más llegar, apareció mi hermana, que paró en doble fila, sacó la mano por la ventanilla y me dio cincuenta euros doblados y arrancó diciendo:

–Cuídate, que te veo muy delgado. Y a ver si vienes a vernos, que mamá está enfadada...

–Sí, nena, iré esta semana –otra promesa más de “esta semana voy a veros”–. Un beso para mamá.

Al desplegar los cincuenta euros, me di cuenta de que eran tres billetes de cincuenta. ¡Mi hermana, siempre igual! Hacía lo que le parecía. Regresé a mi casita y me vestí para la ocasión. Salí, pare un taxi y me fui directamente para el chiringuito...

Nada más llegar, allí los vi. Estaban sentados en primera línea de playa bajo el cañizo, comiendo el pescadito, aunque esta vez con Nandito, que era una mezcla maravillosa entre su madre y su padre. En definitiva, un niño precioso.

Repartimos mil besos y mil abrazos. Y, ¡cómo no!, dos mil cariñosos insultos entre Nando y yo. Pasamos unas horas maravillosas. No pararon de contarme cosas y agasajarme con gestos cariñosos, sin olvidar nuestro juego de la rana. Comimos, bebimos sin parar (sobre todo, lo último: beber). A mí, se me olvidaron todas mis penas y desventuras, a pesar de que Inge y, sobre todo, Nando, trataban de sonsacarme la verdad de mi situación laboral, económica y anímica. Yo toreaba y salvaba todas las preguntas como si de un concurso se tratara. Sobre las cuatro, Inge le comentó a Nando que hacía mucho calor para Nandito. Tanto él como yo lo comprendimos y decidimos irnos. Yo me acerqué a la caja a pagar, pero me dijeron que ya estaba todo pagado. Me volví, miré a Nando y él me hizo un corte de mangas. Inge le llamó al orden y yo sonreí.

Nando, tras despedirse de todos los presentes y recibir un fuerte abrazo del propietario del chiringuito, le señaló que había llegado el taxi y logramos meter en el maletero todos esos bártulos que se llevan encima cuando se va a algún lugar con un bebé más las toallas más todos los enseres playeros.

Nando me dijo que fuera con ellos, que me dejaban en la calle Principal y ellos continuaban para casa de sus padres. Yo accedí y me subí junto al conductor. Por el camino, Nando me dijo que habían llamado sus padres y volvían esa misma noche. Habían preparado una comida para familiares y amigos al día siguiente con el fin de que conocieran a su nieto, que me esperaban y no pusiera excusa alguna o se enfadarían. Ante la insistencia de Inge, no tuve más remedio que prometerles que iría y, así, nos despedimos con la alegría de que nos íbamos a volver a ver muy pronto.

Cuando llegué a casa, me duché y, una vez cómodo, me senté en mi mullido y blandito sofá domado con el paso del tiempo. Puse mi música, la de siempre, esa que me entristecía más que animarme, pero haber visto tanta felicidad contagió mi corazón, que no mi mente. “Leo”, me dije “mañana será otro día, ahora toca cenar algo y descansar”.

Al día siguiente, me desperté como siempre, aunque con un poco de resaca. Ya no estaba acostumbrado a beber tanto... Desayuné, me arreglé y, sobre las doce, fui al estanco, recargué el bonobús y, directamente, a la parada. Tenía que coger dos autobuses para llegar a casa del padre de Nando... Desde donde me dejó el autobús a la casa de don Fernando había unos trescientos metros cuesta arriba. ¡Qué putada con el calor que hacía!

Por fin, llegué. La acera y puerta del chalet estaban llenas de coches. Ya habían venido familiares e invitados. La puerta estaba abierta. Entré y atravesé el jardín. Delante del porche, había montadas unas mesas con aperitivos y bebidas. Dos camareros uniformados servían a los asistentes. Al primero que me encontré fue a Nando, que estaba eufórico, contento y con unas copas de más. ¡El Nando de siempre! Me abrazó, beso y sobó.

—¡Quieres dejarme ya! —le decía sonriendo.

—¡Calla, mamonazo, que te voy a violar!

No cambiaba el tío. Inge se acercó.

—¡Nando!, ¿quieres dejar a Leo? ¡Qué pesado eres! ¡Y no bebas más! —dijo, muy alegre ella también—. ¡Hola, Leo! Pasa —me dijo tras darme un abrazo y dos besos.

Saludé a don Fernando y a doña Carmen, que se alegraron mucho de verme. Eso sí, doña Carmen me soltó eso de:

—Qué desmejorado te veo, Leo...

—Yo a usted la veo más joven y más guapa que nunca...

—¡Qué galante y zalamero eres! ¡Desde luego, Nando y tú sois iguales! —y me dio dos besos más mientras don Fernando, con una copa de vino blanco en su mano, me miraba y hacía un gesto de esos que parecen decir: “A aguantar, chico”.

Conforme fui entrando, me encontré con el hermano de Nando, Santi, con Francis, el analista, y Ana, su esposa, Fabián, Manolo, el propietario del Mesón, con su esposa... Cientos de amigos y desconocidos a los que fui saludando.

Más tarde, en el interior, y una vez que se despertó Nandito, aquello se convirtió en un desfile de familiares, vecinos y amigos que, con sus correspondientes regalitos, se acercaban a saludar a Inge, Nando, a los abuelos y, ¡cómo no!, a ver y a besuquear a Nandito.

A la caída de la tarde, yo, y seguro que Nandito también, estábamos hasta los cojones de estar allí y aguantar a los presentes. No me fui antes porque Inge y Nando estaban muy pendientes de mí. Cuando trataba de despistarme, uno u el otro me agarraban por el brazo y me llevaban junto a ellos. Una de las veces, Inge, que se dio cuenta de la situación, me dijo:

Fuera de juego

–Leo, no te vayas que nos vamos a escapar. Cuando se duerma Nandito, se queda con los abuelos y nos vamos los tres. ¿Te apetece?

–¡Si podéis y queréis...! –le contesté.

–¿Tú qué crees, Leo? –me dijo sonriendo.

El personal se fue marchando, la mitad tenía una cogorza del quince. Unos pidieron taxis y, en el caso de los restantes invitados, conducían sus consortes, que no bebían... En media hora, nos quedamos tranquilos, solos con don Fernando, adormilado en el sofá, y doña Carmen, pendiente de su nieto, a la vez que puteaba a su marido... Así era ella. Pero él pasaba. Mientras los encargados del *catering* recogían todo y limpiaban los restos mortales de los despistados, Inge se acercó y le dijo a doña Carmen:

–Carmen, vamos a llevar a Leo a casa y tomarnos una copa. Te quedas con Nandito. ¿Te parece?

¿Qué iba a decir una abuela?

–¡Sí, iros tranquilos! Pero que Nando no conduzca. Y aún menos Leo...

Algo tenía que decir ella.

–No te preocupes, conduzco yo.

–Eso, hija. Y no tengáis prisa, que yo me encargo de Nandito y de su abuelo.

Inge y yo nos reímos. Inge y Nando, tras despedirse de Carmen y Fernando, y sin olvidar echar una última mirada y besitos a su niño, me miraron y Nando dijo:

–Venga, Leo, a tu puta casa, vamos.

Inge y Carmen le recriminaron su forma de hablar.

–No cambias, hijo. ¡Eres un grosero cuando quieres! –dijo su madre.

–Sí, Carmen. No hay forma de cambiarlo. Venga, vámonos. ¡Hasta luego!

Salimos de allí e Inge se puso al volante del vehículo del padre de Nando, un Jaguar.

–Chicos, ¿para dónde?

Los dos, a la par, dijimos: “¡Al Restaurante Andrés!”. Inge sonrió. A ella, le encantaba el lugar. Y en media hora, estábamos allí.

Aunque estaba a punto de reventar, fue nada más entrar y que Julio nos preparara la mejor mesa en el mejor lugar, nuestra mesa, la de siempre. Nando, como era habitual en él, se pasó al pedir... Eso sí, lo primero fue una botella de vino. Vista y no vista: nos la bebimos en dos brindis.

Comenzaron a traer y a ponernos plato tras plato. Inge disfrutaba del pescado mientras nosotros, entre bocado y bocado, hablábamos y bebíamos una copa tras otra. Tres botellas en media hora... Inge, como buena alemana, sabiendo que tenía que conducir, solo bebió la primera copa del brindis inicial.

–Todo de puta madre, Leo... –dijo Nando, siendo llamado al orden, como siempre, por Inge, con su frase: “Nando, no hay forma de quitarte esa costumbre”.

–Es este cabrón... que me tira de la lengua –se escudaba él, pero viendo que su excusa no surtía efecto, cambió la estrategia—. ¡Perdón, Inge! –decía cual niño pequeño...

¡Qué peligro iba a suponer el pequeño Nandito como aprendiese las estrategias de su padre...! Cada quince minutos, y no exagero, Inge llamaba a los padres de Nando para preguntar por Nandito.

Las horas pasaron. Éramos los únicos que quedábamos en el restaurante. Nando invitó a una ronda a los camareros mientras recogían las mesas. Ellos, muy gustosamente, aceptaron. Julio se acercó y, yo que pensé que nos iban a dar un toque sobre la hora, va y dice:

–¡La casa les invita a una botella de *champagne!*

Mientras ponía tres copas y un camarero acercaba una cubitera con hielo y la correspondiente botella de Moët Chandon, yo me levanté para ir al servicio y, al pasar cerca de la barra, Julio se acercó y me dijo:

–Leo, está todo pagado...

Al parecer, Nando creyó que yo iba a intentar pagar la, más que cena, bacanal romana, y le hizo un gesto a Julio. Yo di media vuelta y me dirigí a la mesa.

–Nando, pensaba que lo íbamos a pagar entre los dos. Me gustaría invitaros, pero no me he traído suficiente y me dejé la tarjeta de crédito en casa...

Inge se acercó.

–Leo, deja que pague Nando –dijo susurrándome al oído–. ¿Sabes? Gana mucho y no gasta nada en Alemania. Es un poco ¿rata?, ¿eso, rata! –decía riendo, mientras Nando nos miraba.

–¡Eh, dejaos de secretitos que os conozco a los dos! –dijo riendo.

Una vez que nos bebimos hasta la última gota, nos levantamos como pudimos y, tras despedirnos hasta del muñeco que había en la puerta, de las farolas y de una papelería, nos subimos al coche. Nando dijo que nos tomáramos la penúltima. Yo le dije que no. A pesar de mi colocón, sabía que Inge tenía ganas de volver a casa y ver a Nandito. Y, aunque insistió, le dije a Inge que, por favor, me llevara a casa. Ella contenta por mi respuesta a Nando, hizo lo que le pedí y me dejó a cincuenta metros de “la casita”. Solo pude despedirme de ella, Nando dormía como un niño junto a ella.

–Ten cuidado, Inge. Os quiero y dale un beso a Nandito de mi parte. ¡Gracias por todo!

–Cuídate, Leo. Se lo daré...

Nos dimos un beso y los vi alejarse.

No sé ni cómo llegué a mi “casita”, solo que me desperté a no sé qué hora y me tuve que tomar dos pastillas para el dolor de cabeza y acostarme de nuevo. Al día siguiente, me desperté a la misma hora de siempre, pero no pude levantarme, la cabeza me explotaba. Así que dos pastillas más y a dormir la mona.

Ese día, me llamó Inge y me dijo que Nando estaba medio muerto. Yo le dije que ¡yo estaba muerto entero!, se rio y me dijo que Andreas, su mamá, estaba un poco indispuesta y que habían decidido adelantar su vuelta a Alemania. Yo lo sentí por su madre y por ellos. Me quedaba muy poco de disfrutar de su compañía, pero, al igual que Nando, no podía ni moverme. Quedó en llamarme por la tarde para confirmarme si se marchaban o no al otro día. Por la tarde, me llamó Nando y me confirmó que se marchaban al día siguiente. Yo le dije que quería acompañarles al aeropuerto y él me dijo que su hermano me recogería el día siguiente a las nueve en la calle Principal.

Era curioso cómo habían pasado los días tan rápidos... Santi me recogió y llegó la despedida. Nandito, Inge y Nando volvían a su Alemania. Camino al aeropuerto, hablamos de tonterías, que era lo nuestro. Cuando llegamos, acompañé a Nando a facturar las maletas y, una vez terminada la tarea, nos miramos. Nos prometimos que, más que un adiós, era un ¡hasta pronto! Y, tras abrazarnos, Nando me dijo:

Fuera de juego

–Mariquita, nos vemos muy pronto, antes de lo que tú crees. Toma –y me dio un sobre.

–¿Qué es esto? –le pregunté.

–Una carta... Quiero que la leas y, cuando te llame, me contestas, ¿vale?

–¡Coño, Nando! Me lo podías haber dicho en persona. ¡Ya estamos poniéndonos románticos!

–Tú lo lees y ya hablamos –me insistió.

Yo la guardé en mi bolsillo. Inge se acercó, nos besamos y nos despedimos con gran afabilidad y cariño, un cariño que, aunque era reciente, era fuerte y sincero.

El avión despegó. No quise acercarme a nadie para evitar el compromiso de volver con los familiares de Nando. Quería estar solo y me fui en busca del autobús. Por el camino, pensé: “Leo, mejor el tren”. Y me dirigí hacia la parada de Renfe. Me senté en el andén y saqué el sobre muerto de la curiosidad: quería saber su contenido.

¿Qué me diría Nando? Imaginé que recalcar lo de irme con ellos allí. Pero no, no decía nada, lo único que había dentro del sobre era un cheque bancario al portador, por la cantidad de doce mil euros! Me quedé mirando un avión que parecía pasar cerca de mí pero que, en realidad, estaba lejos, muy lejos. Dentro de él, veía a Inge, Nando y Nandito felices, muy felices. Miré de nuevo ese cheque, ahora nublado por mis lágrimas, y lo rompí en mil trozos y lo tiré en la papelera. El tren llegó, me subí y me dejó en el centro. Llegué casi sin ver a mi casa, “la casita”.

El tiempo fue pasando y Nando seguía llamándome casi a diario. A veces le contestaba. Otras, no. Nunca me habló de ese famoso cheque... Él me conocía y, a pesar de saber que no lo cobré, nunca se refirió a él. Ni se atrevió...

Capítulo 24. La despedida

Estando conversando con Nando en el día de mi cumpleaños, o, más bien, ya en la madrugada de ese día, todos esos recuerdos de los que les he hablado vinieron a mi cabeza como si una repentina chispa hubiera saltado en mi cabeza.

–¡Qué tiempos hemos vivido, Leo! Por cierto, ¿sabes qué hora es? ¡Son las cinco y cuarto de la mañana! Nos vamos a ir y ya mañana seguimos...

Cogí el teléfono y llamé un taxi.

–Ya está, ya viene de camino, Nando. Anda, vete ya, ¡y déjame descansar, “pesao”! –le dije riendo–. Además, me duele el estómago... Supongo que serán gases... Así que ya sabes lo que tienes que hacer si no quieres que te gasee...

Era tarde, muy tarde. Sobre todo para Inge que, aunque se había quedado dormida en el sofá, no era el lugar más idóneo para descansar. Nando la despertó con mucha ternura y pareció que a Inge le había sentado muy bien ese breve sueño porque salió de él bastante activa y animada. Y se despidieron de mí.

–Quedamos mañana. Te llamo y nos vamos a comer y hablar de todo lo que hoy ha quedado pendiente, ¿no, Leo?

–Ok. Que descanséis.

Inge se acercó a mí y me dio un caluroso abrazo. Nunca podría olvidar las palabras que me dijo antes de salir a la calle.

–Gracias, Leo, gracias por ser como eres. No sé si alguna vez te lo dijeron, pero eres un tipo genial. Tienes que cuidarte, que yo cuidaré de tu amigo Nando, otro tipo único. Sé que te alegra saber que somos muy felices y que nunca en mi vida imaginé y, aún menos, esperé encontrar, a alguien como Nando. ¿Qué te voy a decir a ti? Espero que tú no olvides que te queremos Leo, no lo olvides, siempre éstas en nuestros pensamientos y sé que tú también sientes lo mismo respecto a nosotros.

Inge, antes de dejar de abrazarme, me besó y, a continuación, se giró rápidamente, tal vez para que no la viera llorar. Yo me quedé mirando cómo cruzaban la puerta de mi modesto hogar, di media vuelta y lloré. “¡Yo también os quiero!”, me dije.

Los acompañé hasta la calle y allí estaba el taxi esperando. Nos repartimos besos y un fuerte y largo abrazo.

–¡Adiós, amigos! –les dije, no sé por qué.

–Hasta mañana, capullo. ¡Te quiero, Leo! –me dijo emocionado Nando.

–Sabes que yo también...

Todo esto ante el asombro del taxista que pensaría lo peor o, tal vez, lo mejor... Vete tú a saber.

Subí a casa. Estaba (la sentía) vacía, muy vacía, como siempre. Recordé esa frase de una canción de Alejandro Sanz: *Mi soledad y yo*.

Me serví una copa y me dije: “Esta es la última, Leo. ¡Ya está bien por hoy!”. Puse esa canción, que, aunque no era la idónea, en ese momento me apetecía. Parecía que Inge me había pegado algún antojo... Le di al *Repeat*, puse un vídeo de Barbate y Zahara de los Atunes que me traía tan buenos recuerdos con..., y me eché en mi sofá, en el sofá de mi casita, frente a ese cuadro tan valioso, acompañado de mis recuerdos, de esa noche tan mágica, tan

Fuera de juego

bonita con Inge y Nando, mi amigo de toda la vida.

Pensé: “Leo, ¡a tu edad y padrino!”. Vas a ir a otro país, quizás a vivir y a trabajar... Tal vez, dejé demasiadas cosas para el final, ¡demasiadas cosas! Y me vino el sueño, ese sueño y esa tranquilidad eterna que, aunque nadie lo espera, en ocasiones se desea...

Capítulo 25. Lo inesperado

Intentamos salvarnos a través de los relatos. Pero, en muchas ocasiones, los relatos no pueden hacerlo. Hay realidades que son mucho más poderosas que las palabras, hechos más contundentes que cualquier discurso, por muy elevada que sea la retórica que estemos utilizando. Pero no es menos verdad que las narraciones nos permiten navegar en medio de la tormenta, ir capeando el temporal aunque el desenlace sea el naufragio. Seguimos recordando que la orquesta del Titanic tocó hasta el final. Y lo recordamos porque, en el fondo de nuestro corazón, sentimos que no fue un gesto inútil. Que la música ayudó a recordar, quizás solo a una única persona, pero ello ya fue heroico en medio de la tragedia, que hay cosas que nos definen como seres humanos y que nada tienen que ver con la racionalidad y la lógica sino con los sentimientos y con los ideales que todos albergamos de habitar un mundo mejor. De eso mismo hablan los relatos de Leo. Quizás, no lo redimieron de sus circunstancias. Pero sí pueden redimir a sus lectores de pensar que no existe hueco para los sentimientos y la humanidad en un mundo en el que solo parecen dominar los egoísmos y los materialismos más primarios. Y solo por eso, ya merecerían la pena...

* * *

Sábado, 9 de febrero de 2008

Al día siguiente, Nando llamó insistentemente a Leo. A las doce de la mañana, ante la imposibilidad de contactar con él, se preocupó, llamó a un taxi y fue directamente a casa de Leo. Una vez llegó, acercó su oído a la puerta de Leo antes de llamar al timbre... Le pareció oír música en su interior, una canción: *Mi soledad y yo*.

Llamó al timbre varias veces... Al no tener respuesta, llamó al móvil de Leo, que oía sonar en el interior. “¿Tan dormido puede estar?” Muy preocupado, decidió llamar a Javi, el hijo de Leo.

–Javi, soy Nando. Estoy en la puerta de la casa de Leo y no me contesta. ¿Tú tienes llaves?

–Sí, Nando. ¿Por qué? ¿Ocurre algo?

–No lo sé. Tu padre no contesta y se oye música en el interior. No quiero preocuparte pero...

–Nando, ¡no te muevas! ¡En diez minutos, estoy ahí!

Cuando llegó Javi, se apresuraron a abrir la puerta. No sabían por qué pero ninguno de los dos se atrevía a cruzar el umbral. Se temían lo peor, pero entraron. Y allí estaba Leo, echado en su sofá, vestido con la misma ropa de la noche anterior. Parecía dormido, estaba con su cabeza en el posabrazos del sofá, su cara medio tapada por su brazo, y la mano apoyada en su frente, como si no quisiera ver ni oír nada.

–¡Papá, papá! –gritó Javi.

–¡Leo venga, despierta! –decía Nando mientras le zarandeaba–. No, ¡no nos hagas esto!

Pero Leo no despertaba. No estaba dormido. Estaba frío, muy frío.

Sobre la mesa, un vaso medio lleno (o medio vacío) con Cutty Sark y un cenicero lleno de cigarrillos apagados. Junto a él, un folio manuscrito con unas frases casi ilegibles, algo normal en Leo. Enfrente, la televisión encendida con una imagen fija, María y Leo, junto al mar, en Zahara de los Atunes (pero, ¿de cuándo eran esas imágenes? Nando no sabía que Leo hubiera estado allí con ella). El equipo de música repetía una y otra vez la misma canción, la misma letra: *Mi soledad y yo*. Nando apagó la televisión y el cedé, mientras Javi llamaba al 061.

Javi y Nando se sentaron frente a Leo en absoluto silencio. No sabían que decir. Solo miraban a Leo, su querido Leo, viendo cómo aprender a despedirse de él. Nando le dijo a su “sobrino”:

–Javi, Leo murió como vivió. Pero espero que no haya vivido como moría, porque siempre pensó que sería eterno, como la amistad, el cariño y el amor...

Durante la espera, leyeron y miraron el manuscrito de Leo, lleno de frases de las suyas, sin sentido, como ese “¡buenos días, pan de higo!”. Tal vez era su despedida o, tal vez, un saludo a su nueva vida...

Domingo, 10 de febrero de 2008

Javi, totalmente destrozado por la pérdida de su eterno padre, estuvo acompañado por Nando en esos trámites burocráticos propios de estos desenlaces. En su despedida final, Inge, a pesar de su estado, permaneció junto a ellos.

Nando se mantuvo ido, no derramó ni una sola lágrima. Él decía: “Seguro que este cabrón se ríe de mí desde el más allá, desde el más acá... vete tú a saber... ¡solo Dios y él saben dónde estará!”.

En el tanatorio, a pesar de la insistencia y deseo de estar para despedir a su único hijo varón, su madre, por su delicada salud y edad, no pudo asistir. No faltaron los familiares, sus amigos y muchas amigas, ¡quizás demasiadas! Como es normal, todos recordaron, comentaron y hablaron de Leoncio, Leo. Contaron los chistes al uso en estos momentos, nadie habló mal ni bien de Leo. Seguramente, se acordaban de una de sus frases que repitió miles de veces: “Si muero y alguien dice algo de mí, me levanto y lo cojo del pescuezo”. Y otra frase que nunca faltó en las despedidas a sus amigos y que hoy le tocaba que se la dijeran: “Algún día nos reiremos de todo”.

En una de las salidas y visitas de sus amigos y amigas al bar para “brindar” por Leo, Nando se encontró con María, quizás su amor eterno. Deambulaba perdida, totalmente ida. El saludo entre ambos fue corto. La abrazó y ella le dijo:

–Nando, ¿dónde se ha ido Leo? Mañana, íbamos a celebrar su cumpleaños los tres... Javi, él y yo...

¿Qué podía decir? Se calló. Ella se alejó y, a pesar de llamarla insistentemente, se perdió entre la gente. No la vio más.

“Hay veces que el amor se duerme, otras se muere. Pero lo peor es ver cómo lo matan lentamente”. Se le vino a la cabeza una de esas frases manuscritas que Leo había dejado...

Después, Javi me confirmó que María era la sorpresa, la persona desconocida con la que habían quedado en la “casita” el domingo para celebrar el cumpleaños de Leo los tres juntos. ¡Pues sí, realmente hubiera sido una sorpresa para Leo! Pero, como siempre, él acabó sorprendiendo a los demás.

Cuando terminó la incineración, Nando rogó a Javi que, si decidían esparcir sus cenizas, contara con él. Leo siempre decía “No tirar mis cenizas al mar, ¡que me puedo ahogar! Repartidme por la arena, bajo el sol, para que me dé calor, y que la luna alumbre mis noches”. Javi le prometió que, antes de hacer nada, contaría siempre con Inge y Nando.

Una vez terminado el acto final, cuando cayó el telón, Javi pidió a Nando que le acompañara a “la casita”. Quería recoger algunos objetos personales de su padre y no deseaba estar solo.

Nando le dijo:

–Sí, Javi. Pero, si no te importa, dejaremos a Inge en casa. Está muy cansada y abatida.

–¡Sí, claro! Es normal. Han sido demasiadas emociones...

Y la llevaron a casa.

Después se fueron los dos a “la casita”, con varias cajas de cartón para recoger las pertenencias de Leo... Cuando

entraron, el mundo se les cayó encima. Parecía más pequeña aún de lo que era. La entereza demostrada por Nando hasta ese momento se quebró, rompiendo con un llanto desconsolado. A Javi, no le quedaban lágrimas, sacó la ironía de su padre y dijo:

–Nando, ¿nos tomamos una copa a su salud? Eso, seguro que le gustará. Aunque, conociéndole, seguro que dirá: “Serán hijos de puta los borrachos estos. ¡A mi salud, dicen!”.

Y sonrieron, se sirvieron unas copas a palo seco, sin agua ni hielo ni nada, con solo *whisky*.

–¡Por ti, papá!

–¡Por ti, Leo, cabronazo, aunque me has dejado solo!

Volvieron a llenar y, entre copa y copa, comenzaron a ver y tratar de ordenar las cosas que Leo tenía en su casita. Mil y una chucherías, antigüedades... Entre ellas ¡un óleo colgado sobre la televisión! Muchas cosas viejas, herramientas, planos de barcos, fotos de mil y una personas donde predominaban mujeres, muchas mujeres... Una vida: su vida...

En los cajones, encontraron miles de hojas manuscritas con historias vividas, oídas o imaginadas. El tío nunca lo había dicho, pero, según parecía, en sus ratos libres se dedicaba a escribir. Y bastante. Había relatos para siete u ocho libros... ¿Por qué y para qué? Tal vez pensara algún día editar un libro. Este era capaz de hacerse escritor que, si lo pensamos bien, era lo único que le faltaba.

Javi le dijo a Nando:

–Te agradecería que cogieras lo que quieras. Sabes que mi padre lo hubiera querido.

Nando se levantó y cogió una figurita que había encima de la televisión. Un fantasmilla de porcelana que, en una ocasión, a Nando le salió en un roscó de reyes y se lo regaló a Leo, diciéndole: “Toma, Leo. Tú cuando naciste”.

–Vale, pero coge lo que quieras. Por favor, Nando –insistió Javi.

–No, solo quiero esto. ¡De verdad, solo esto!

En uno de los cajones, encontraron “la famosa carpeta negra”, un móvil y una especie de funda con algo dentro.

–Anda, ¿qué es esto? –dijo Javi – ¡Un Dupont de oro! Y mira, Nando. ¡Tiene una inscripción! “De Enrique para Leo, un tipo genial”. ¿Quién sería este Enrique? ¿Lo sabes Nando?

Nando se acordó de la historia. Pero no quiso comentar nada: no creía que fuese el momento oportuno. Y contestó:

–Sería una de sus amistades... Tenía tantas...

Oscureció y seguían bebiendo, guardando cosas en las cajas, reordenando momentos, mientras no paraban de decir: “¡Mira esto, mira lo otro!”, “me acuerdo de esto y de lo otro”... Una vez que todo estaba empaquetado, Nando dijo:

–¡Se acabó, Javi! ¡Ya nada tenemos que hacer aquí!

–Sí. Ya mañana vendrán unos amigos a llevarme todo a mi casa... ¡Vamos, Nando! Que Inge te estará esperando.

–Javi, espero verte en el bautizo de mi hijo o hija. Como sabes, tu padre iba a ser el padrino. Ante su falta, Inge y yo hemos pensado en que seas tú el padrino. Y ya sabes que, si es varón, se llamará como tú. Se lo prometí a tu padre. ¿Cuento contigo?

Javi comenzó a llorar y solo pudo decir:

Fuera de juego

–¡Siempre podréis contar conmigo y mi amistad para todo! Al igual que mi padre contó con vuestra amistad eterna.

Y ambos se abrazaron.

–¡Hasta pronto, Javi!... Adiós Leo, mi Leo, mi amigo...

* * *

Después de lo escrito y leído, ¿qué se puede decir más? Pues nada... Creo que hay miles de “Leos” en el mundo. En cuanto a las historias relatadas... hay muchas más, hemos empezado casi por el final. Demos la palabra a Nando, el gran amigo de Leo, que se convirtió en una especie de albacea final de su humilde legado...

* * *

Hoy, esos miles de folios que dejó escrito Leo me animan a seguir contando esas vivencias, sus vivencias y la de los suyos, nada perfectas, pero reales, más reales e increíbles que la ficción, porque son muy humanas.

Espero que, como yo, seáis capaces de reír en unos momentos y emocionaros en otros. Así de fácil son la vida y los humanos, aunque a veces tengamos que buscar emociones que, en ocasiones, convertimos en sufrimientos.

Por crecer junto a mí, gracias, muchas gracias, Leo...



José Manuel Cruz (Fotografía de Lorenzo Hernandez)

José Manuel Cruz, después de escribir cuatro novelas pertenecientes al género negro (*Sin tregua se consumían nuestros ojos*, *El día en que paró la música*, *El Enclave – El temor del mensajero* y *El Enclave – Casandra encadenada*) decidió narrar las historias, menos tensas y angustiadas, de unos personajes más pegados a la realidad cotidiana, (aunque, como la vida es así, estos personajes acabaron teniendo sus propias tensiones y angustias). Ahí reside uno de los motivos que llevaron al nacimiento de *Fuera de juego*. Aparte de escritor, José Manuel Cruz es crítico de cine, habiendo colaborado en el blog *El espectador impertinente* y en las revistas *Moon Magazine*, *Acalanda Magazine* y *Cine Contexto* y creando la revista digital *Cine Arte Magazine*, de la cual es director.



Rafael Nadales (Fotografía de Lorenzo Hernandez)

Rafael Nadales es escritor y tiene alma de escritor, aunque él no lo sabe o no acaba de estar convencido de ello. Ha vivido mil y una vidas, de modo que tiene historias para mil y un libros (por lo menos). Conoce Málaga y su entorno como la palma de su mano, de ahí que sus personajes recorran las calles y los rincones de esta ciudad mediterránea buscando que sus vidas tengan armonía y sentido y que estén presididas por la felicidad y el amor, aunque a veces lo consiguen y a veces no, como suele suceder en la vida real.

Fuera de juego